

#1 BESTSELLING AUTHOR
FREIDA McFADDEN



THE INMATE

INMATE

2



ESTE LIBRO LLEGA A TI
GRACIAS A



¡Descubre tu próxima aventura!

FREIDA MCFADDEN

THE



INMATE

Importante

Esta traducción fue realizada por un grupo de personas fanáticas de la lectura de manera **ABSOLUTAMENTE GRATUITA** con el único propósito de difundir el trabajo de las autoras a los lectores de habla hispana cuyos libros difícilmente estarán en nuestro idioma.

Te recomendamos que si el libro y el autor te gustan dejes una reseña en las páginas que existen para tal fin, esa es una de las mejores formas de apoyar a los autores, del mismo modo te sugerimos que compres el libro si este llegara a salir en español en tu país.

Lo más importante, somos un foro de lectura **NO COMERCIALIZAMOS LIBROS** si te gusta nuestro trabajo no compartas pantallazos en redes sociales, o subas al Wattpad o vendas este material.

¡Cuidémonos!



FREIDA MCFADDEN

THE



4



INMATE

Créditos

Traducción y Corrección

Mona

Diseño

Bruja_Luna_

FREIDA MCFADDEN

THE





INMATE

Índice

Importante	3	Capítulo 22	95
Créditos	4	Capítulo 23	101
Sinopsis	8	Capítulo 24	107
Capítulo 1	9	Capítulo 25	112
Capítulo 2	15	Capítulo 26	117
Capítulo 3	20	Capítulo 27	121
Capítulo 4	24	Capítulo 28	124
Capítulo 5	29	Capítulo 29	127
Capítulo 6	34	Capítulo 30	130
Capítulo 7	37	Capítulo 31	133
Capítulo 8	40	Capítulo 32	136
Capítulo 9	47	Capítulo 33	139
Capítulo 10	50	Capítulo 34	142
Capítulo 11	52	Capítulo 35	146
Capítulo 12	55	Capítulo 36	148
Capítulo 13	60	Capítulo 37	153
Capítulo 14	67	Capítulo 38	157
Capítulo 15	70	Capítulo 39	161
Capítulo 16	73	Capítulo 40	165
Capítulo 17	80	Capítulo 41	168
Capítulo 18	83	Capítulo 42	174
Capítulo 19	87	Capítulo 43	178
Capítulo 20	90	Capítulo 44	180
Capítulo 21	93	Capítulo 45	184

FREIDA MCFADDEN

THE



INMATE

6



Capítulo 46	187
Capítulo 47	190
Capítulo 48	195
Capítulo 49	199
Capítulo 50	204
Capítulo 51	209

Capítulo 52	214
Capítulo 53	218
Capítulo 54	221
Epílogo	227
Acerca de la Autora	230

FREIDA MCFADDEN

THE



INMATE

7



The Inmate

una novela de
Freida McFadden

FREIDA MCFADDEN

THE



INMATE

Sinopsis

Hay tres reglas que *Brooke Sullivan* debe seguir como nueva enfermera practicante en una prisión masculina de máxima seguridad:

- 1) Tratar a todos los presos con respeto.
- 2) No revelar nunca información personal.
- 3) Nunca JAMÁS hacerse demasiado amiga de los reclusos.

Pero ningún miembro del personal de la prisión sabe que Brooke ya ha infringido las normas. Nadie conoce su íntima relación con *Shane Nelson*, uno de los reclusos más conocidos y peligrosos de la prisión.

Y ciertamente no saben que Shane fue el amor de Brooke en el instituto, el quarterback estrella que ahora pasa el resto de su vida en prisión por una serie de espeluznantes asesinatos. O que el testimonio de Brooke fue lo que le llevó allí.

Pero Shane lo sabe.

Y nunca lo olvidará.

FREIDA MCFADDEN

THE



INMATE

Capítulo 1

Día Presente

Cuando las puertas de la prisión se cierran tras de mí, me cuestiono todas las decisiones que he tomado en mi vida.

Aquí no es donde quiero estar ahora. En *absoluto*. ¿Quién quiere estar en una penitenciaría de máxima seguridad? Voy a apostar que nadie quiere eso. Si estás dentro de estas paredes, es posible que hayas hecho algunas malas elecciones de vida en el camino.

Claro que sí.

—¿Nombre?

Una mujer con uniforme azul de funcionaria de prisiones me mira desde detrás de la mampara de cristal que hay justo a la entrada de la cárcel. Tiene los ojos apagados y vidriosos, y parece como si no quisiera estar aquí más que yo.

—Brooke Sullivan. —Me aclaro la garganta—. ¿Se supone que debo reunirme con Dorothy Kuntz?

La mujer mira un portapapeles que tiene delante. Ojea la lista, sin reconocer que me ha oído o que sabe algo de por qué estoy aquí. Echo un vistazo detrás de mí a la pequeña sala de espera, que está vacía salvo por un viejo arrugado sentado en una de las sillas de plástico, leyendo un periódico como si estuviera sentado en el autobús. Como si no hubiera una valla de alambre de espino rodeándonos, salpicada de enormes torres de vigilancia.

Después de lo que parecen varios minutos, un zumbido resuena por toda la habitación, tan fuerte que doy un respingo y retrocedo un paso. Una puerta a mi derecha con barras verticales rojas se abre lentamente, dejando al descubierto un largo pasillo poco iluminado.

Miro fijamente el pasillo, con los pies congelados en el suelo. —¿Debería... debería entrar?

La mujer me mira con sus ojos apagados. —Sí, adelante. Pasa el control de seguridad al final del pasillo.

Me hace un gesto con la cabeza en dirección al oscuro pasillo, y un escalofrío me recorre mientras atravieso tímidamente la puerta enrejada, que vuelve a cerrarse con un ruido sordo. Nunca había estado aquí. Mi entrevista de trabajo fue por teléfono,



y el director estaba tan desesperado por contratarme que ni siquiera se sintió obligado a conocerme primero: mi currículum y mis cartas de recomendación eran suficientes. Firmé un contrato de un año y lo envié por fax la semana pasada.

Y ahora estoy aquí. Por el próximo año de mi vida.

Esto es un error. Nunca debí venir aquí.

Miro hacia atrás, hacia los barrotes de metal rojo que ya se han cerrado tras de mí. No es demasiado tarde. Aunque firmé un contrato, estoy segura de que puedo librarme de él. Aún puedo dar media vuelta y abandonar este lugar. A diferencia de los residentes de esta prisión, yo no tengo por qué estar aquí.

No quería este trabajo. Quería cualquier otro trabajo menos éste. Pero me presenté a todos y cada uno de los trabajos que había en un radio de sesenta minutos de la ciudad de Raker, al norte del estado de Nueva York, y esta prisión fue el único lugar que me llamó para una entrevista. Era mi última opción, y me sentí afortunada de conseguirla.

Así que sigo caminando.

Hay un hombre en el control de seguridad al final del pasillo, vigilando una segunda puerta con barrotes. Tiene unos cuarenta años, lleva un corte de pelo corto de estilo militar y viste el mismo uniforme azul que la mujer de ojos muertos de la recepción. Miro la placa de identificación que lleva en el bolsillo del pecho: Oficial correccional Steven Benton.

—¡Hola! —digo, con una voz que me doy cuenta de que es demasiado chirriante, pero no puedo evitarlo—. Me llamo Brooke Sullivan y es mi primer día de trabajo aquí.

La expresión de Benton no cambia mientras sus ojos oscuros me observan. Me retuerzo mientras pienso en todas las elecciones de moda que he hecho esta mañana. Como trabajo en una prisión de máxima seguridad para hombres, pensé que era mejor no vestirme de una forma que pudiera interpretarse como sugerente. Así que llevo un pantalón de vestir negro con corte de bota, combinado con una camisa negra abotonada de manga larga. Hace casi ochenta grados, uno de los últimos días calurosos del verano, y me arrepiento de vestir de negro, pero me parece que es la forma de llamar menos la atención. Llevo el cabello oscuro recogido en una sencilla coleta. Solo llevo un poco de corrector para disimular las ojeras y un poco de pintalabios casi del mismo color que mis labios.

—La próxima vez —dice—, sin tacones.

—Oh. —Miro mis zapatos negros. Nadie me orientó en absoluto sobre el código de vestimenta, y mucho menos sobre el código de *calzado*—. Bueno, no son muy altos. Y son *gruesos*, no afilados ni nada. Realmente no creo...





Mis protestas mueren en mis labios mientras Benton me mira fijamente. Nada de tacones altos. Entendido.

Benton pasa mi bolso por un detector de metales y luego yo paso por uno mucho más grande. Hago una broma nerviosa sobre cómo me siento en el aeropuerto, pero tengo la sensación de que a este tipo no le gustan demasiado las bromas. La próxima vez, ni tacones ni bromas.

—He quedado con Dorothy Kuntz —le digo—. Es enfermera aquí.

Benton gruñe. —¿Tú también eres enfermera?

—Enfermera practicante —le corrijo—. Voy a trabajar en la clínica de aquí.

Me levanta una ceja. —Buena suerte con eso.

No estoy segura de lo que eso significa exactamente.

Benton pulsa un botón y vuelve a sonar ese zumbido estremecedor, justo antes de que se abra el segundo juego de puertas enrejadas. Me dirige por un pasillo a la sala médica de la prisión. Hay un extraño olor químico en el pasillo y las luces fluorescentes de arriba parpadean. A cada paso que doy, me aterroriza la idea de que algún preso aparezca de la nada y me mate a golpes con uno de mis zapatos de tacón alto.

Cuando giro a la izquierda al final del pasillo, me espera una mujer. Tiene unos sesenta años, el cabello canoso y una complexión robusta. Hay algo en ella que me resulta vagamente familiar, pero no sé lo que es. A diferencia de los guardias, viste un uniforme azul marino. Como todos los que he conocido hasta ahora en esta prisión, no sonrío. Me pregunto si eso va contra las normas. Debería revisar mi contrato. *Los empleados pueden ser despedidos por sonreír.*

—¿Brooke Sullivan? —pregunta con una voz entrecortada y más grave de lo que habría esperado.

—Así es. ¿Tú eres Dorothy?

Al igual que el guardia de delante, me mira de arriba abajo. Y al igual que él, parece totalmente decepcionada por lo que ve. —Nada de tacones —me dice.

—Lo sé. Yo-

—Si lo sabes, ¿por qué te los pusiste?

—Quiero decir... —Me arde el rostro—. *Ahora lo sé.*

Acepta la respuesta a regañadientes y decide no obligarme a pasar la orientación descalza. Me hace un gesto con la mano y yo troto obedientemente tras ella por el pasillo. Todo el exterior de la sala médica desprende el mismo olor químico que el resto de la prisión y las mismas luces fluorescentes parpadeantes. Hay



un conjunto de sillas de plástico alineadas contra la pared, pero están vacías. Abre de un tirón la puerta de una de las habitaciones.

—Esta será tu sala de reconocimiento —me dice.

Me asomo al interior. La habitación es la mitad de grande que las de la clínica de urgencias donde solía trabajar en Queens. Pero, aparte de eso, tiene el mismo aspecto. Una mesa de exploración en el centro, un taburete para sentarme y un pequeño escritorio.

—¿Tendré un despacho? —pregunto.

Dorothy sacude la cabeza. —Hay un escritorio ahí. ¿No lo ves?

¿Se supone que debo documentar con los pacientes mirando por encima del hombro? —¿Y un ordenador?

—Los historiales médicos están todos en papel.

Me sorprende oír eso. Nunca he trabajado en un sitio con historiales médicos en papel. Ni siquiera sabía que ya estaba permitido. Pero supongo que las reglas son un poco diferentes en prisión.

Señala una sala contigua a la de reconocimiento. —Es la sala de archivos. Su tarjeta de identificación la abrirá. Le daremos una antes de que se vaya.

Acerca su tarjeta de identificación al escáner de la pared y se oye un fuerte clic. Abre la puerta de golpe y descubre una pequeña habitación polvorienta llena de archivadores. Toneladas y toneladas de archivadores. Esto va a ser una agonía.

—¿Hay un médico aquí supervisando? —pregunto.

Vacila. —El doctor Wittenburg cubre media docena de prisiones. No lo verás mucho, pero está disponible por teléfono.

Eso me inquieta. En el servicio de urgencias, nunca estuve sola. Pero supongo que los problemas allí eran más agudos que los que veré aquí. Al menos, eso espero.

Nuestra siguiente parada en la visita es la sala de suministros. Es más o menos igual que la sala de la clínica de urgencias, pero, por supuesto, más pequeña, también con acceso mediante tarjeta de identificación. Hay vendas, material de sutura y varios contenedores, tubos y productos químicos.

—Solo yo puedo dispensar medicamentos —me dice Dorothy—. Tú escribes la orden y yo dispenso la medicación al paciente. Si hay algo que no tenemos, podemos encargarlo.

Me froto las manos sudorosas contra mis pantalones negros de vestir. —Bien, de acuerdo.



Dorothy me lanza una larga mirada. —Sé que te angustia trabajar en una prisión de máxima seguridad, pero tienes que saber que muchos de estos hombres agradecerán tus cuidados. Mientras seas profesional, no tendrás problemas.

—Bien...

—No compartas ninguna información personal. —Sus labios se alinearon—. No les digas dónde vives. No les cuentes *nada* de tu vida. No pongas fotos. ¿Tienes hijos?

—Tengo un hijo.

Dorothy me mira sorprendida. Esperaba que dijera que no. La mayoría de la gente se sorprende cuando les digo que tengo un hijo. Aunque tengo veintiocho años, parezco mucho más joven. Aunque me siento mucho mayor.

Parece que estoy en la universidad y me siento como si tuviera cincuenta. La historia de mi vida.

—Bueno —dice Dorothy—, no hables de tu hijo. Sé profesional. Siempre. No sé a qué estabas acostumbrada en tu antiguo trabajo, pero estos hombres no son tus amigos. Son criminales que han cometido delitos muy graves, y muchos de ellos están aquí de por vida.

—Lo sé. —Vaya si lo sé.

—Y sobre todo... —Los gélidos ojos azules de Dorothy se clavaron en mí—. Tienes que recordar que, aunque la mayoría de estos hombres te verán por motivos legítimos, algunos están aquí para conseguir drogas. Tenemos una pequeña cantidad de narcóticos en la farmacia, pero están reservados para raras ocasiones. No dejes que estos hombres te engañen para que les recetes narcóticos para abusar de ellos o venderlos.

—Por supuesto...

—Además —añade—, nunca aceptes ningún tipo de pago a cambio de narcóticos. Si alguien te hace una oferta así, vienes directamente a mí.

Respiro. —Yo *nunca* haría eso.

Dorothy me lanza una mirada mordaz. —Sí, bueno, eso es lo que dijo la última. Ahora ella misma acabará en un sitio así.

Por un momento, me quedo sin habla. Cuando el alcaide me entrevistó, le pregunté por la última persona que trabajó aquí, y me dijo que se había marchado por “motivos personales”. No mencionó que había sido detenida por vender estupefacientes a los presos.

Es aleccionador pensar que la última persona que tuvo este trabajo antes que yo está ahora encarcelada. He oído que una vez que estás en el sistema penitenciario, es difícil salir de él. Quizá ocurra lo mismo con la gente que trabaja aquí.



INMATE

14



Dorothy se fija en mi rostro y su expresión se suaviza un poco. —No te preocupes —me dice—. No da tanto miedo como crees. En realidad, es como cualquier otro trabajo médico. Ves a los pacientes, los curas y los devuelves a sus vidas.

—Sí... —Me froto la nuca—. Sólo me preguntaba... ¿Voy a ser responsable de ver a *todos los* presos de la penitenciaría? O, ¿sólo cubro un segmento o...?

Sus labios se curvan. —No, eres tú, nena. Vas a ver a todos. ¿Algún problema con eso?

—No, en absoluto —le digo.

Pero eso es mentira.

La verdadera razón por la que era reacia a aceptar este trabajo no es que tenga miedo de que un preso me asesine con mi propio zapato. Es por uno de los presos de esta cárcel. Alguien a quien conocí hace mucho tiempo y a quien no tengo ganas de volver a ver.

Pero no puedo decírselo a Dorothy. No puedo revelarle que el hombre que fue mi primer novio está preso en la Penitenciaría de Máxima Seguridad de Raker, cumpliendo cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional.

Y yo soy quien lo puso aquí.

FREIDA MCFADDEN

THE



INMATE

Capítulo 2

Cuando entro en la calle de casa de mis padres en mi viejo Toyota azul, llevo en el bolso una tarjeta de identificación plastificada de la penitenciaría de Raker. Dorothy me hizo una advertencia ominosa sobre no dejar que cayera en malas manos, pero basándome en mis privilegios de acceso, estoy bastante segura de que lo único que alguien podría hacer con ella es robar unas tiritas y usar el baño de empleados. Aun así, la protegeré con mi vida.

A pesar de la nota amarga con la que dejé la ciudad hace más de una década, me encantó crecer en Raker. Es un pueblo precioso, con árboles en cada esquina, pintorescas casas antiguas y vecinos que no apartan automáticamente la mirada cuando se cruzan contigo por la calle, como en Queens. Y cuando miras al cielo por la noche, puedes distinguir las constelaciones individuales, en lugar de unos cuantos puntos de luz al azar que probablemente no sean más que aviones.

Este es exactamente el tipo de lugar donde un niño debería crecer. Esto es exactamente lo que mi pequeña familia necesitaba.

Estaciono fuera del garaje para dos coches, un vestigio de los viejos tiempos, cuando mis padres estacionaban en el garaje y yo tenía que aparcar fuera o en la calle. Las viejas costumbres no mueren. Sigo pensando que esta es su casa, aunque ya no lo sea. Es mía, toda mía.

Después de todo, ambos están muertos ahora.

Cuando abro la puerta principal, el sonido de la televisión llega hasta el vestíbulo, junto con el olor a carne cocinada. Cierro los ojos y, por un momento, me permito fantasear con un universo alternativo en el que vuelvo a casa con mi familia y mi pareja está en la cocina preparando la cena.

Pero claro, no es más que una fantasía. Nunca ha habido un compañero en mi vida que haya estado lo suficiente como para cocinar la cena. Empiezo a preguntarme si alguna vez lo habrá. El delicioso olor es cortesía de la niñera, que tuvo la amabilidad de empezar la cena.

—¿Hola? —llamo—. ¡Estoy en casa!

Espero un momento, preguntándome si Josh saldrá a saludarme. Hubo una época en la que la llegada de mamá a casa iba seguida de un revuelo de piecitos y un cuerpo caliente que se abalanzaba sobre mis rodillas. Ese tipo de saludos son menos comunes ahora que Josh ha cumplido diez años. Sigue amándome, no me malinterpretes, pero no *con tanta insistencia*.



Un segundo después, Josh entra descalzo en el vestíbulo. Es la última semana antes de que empiece el colegio, y aprovecha para pasar el noventa por ciento del tiempo en el sofá. O viendo la televisión o jugando Nintendo. No debería permitírselo, pero pronto habrá colegio, deberes y equipos deportivos. Lo suyo son las ligas menores, que no empiezan hasta primavera, pero cuando se acerque querrá que lo lleve al parque a entrenar.

—¡Hola, mamá!

Le tiendo los brazos y cae en ellos, no del todo a regañadientes. —Hola, pequeño. ¿Qué tal el día?

—Bien.

—¿Hiciste algo además de sentarte en el sofá?

Me sonrío. —¿Por qué iba a hacerlo?

Josh se aparta el cabello castaño de los ojos. Necesita un corte de pelo, que, si la historia sirve de indicación, se hará en el baño sobre el lavabo. Pero definitivamente se cortará el cabello antes de que empiecen las clases. Cada día se parece más a su padre, y con el cabello tan desgredado, el parecido es suficiente para que me duela el pecho.

Suena un temporizador en la cocina y me dirijo en esa dirección mientras se intensifica el olor a pollo horneado. Dios, echo de menos las comidas caseras. Mi madre solía cocinar casi todas las noches, pero hacía mucho tiempo que no vivía bajo su techo antes de mudarme aquí definitivamente el mes pasado, tras su muerte.

Me acerco a la cocina justo cuando Margie saca una bandeja del horno. Margie es una abuela de la zona que viene a cuidar de Josh mientras yo trabajo. Intenta protestar diciendo que no necesita una niñera, pero no me parece bien que esté solo durante horas mientras yo estoy a cuarenta y cinco minutos, en una *prisión*. Además, Josh solo tiene diez años. Y no es exactamente un diez *maduro*.

—Eso huele increíble, Margie —le digo.

Margie me sonrío y se pasa un mechón de pelo canoso por detrás de una oreja. —Oh, no es nada. Sólo trozos de pollo asado con salsa de mantequilla y ajo. Y, por supuesto, arroz y espárragos aparte. No se puede comer *sólo* pollo.

Hmm, ¿no se puede? Porque estoy bastante segura de que en los últimos diez años, ha habido un montón de noches en las que Josh y yo hemos comido nada más que pollo. De un cubo con un coronel sonriente al lado.

Pero eso es el pasado. Las cosas van a ser diferentes ahora. Este es un nuevo comienzo para los dos.

Josh toma una exagerada bocanada de aire. —Huele demasiado *condimentado*.





Lo miro fijamente. —¿Qué significa eso? No puedes oler demasiado condimento.

Margie guiña un ojo. —Creo que está oliendo la mantequilla de ajo.

Arruga la nariz. —No me gusta el ajo. ¿No podemos ir a McDonald's?

No entiendo cómo se puede amar tanto a alguien y, sin embargo, querer estrangularlo con tanta frecuencia.

—En primer lugar —digo—, no hay McDonald's en Raker, así que no, *no podemos* ir a McDonald's. Y segundo, Margie nos ha preparado una deliciosa comida casera. Si no quieres, puedes hacerte tu propia cena.

Margie se ríe. —Suenas como mi hija.

Espero que sea un cumplido. —Muchas gracias por venir hoy, Margie. ¿Estarás aquí para encontrarte con Josh el lunes después de la escuela? El autobús escolar debe estar aquí alrededor de las tres.

—¡Es una cita! —confirma.

Acompaño a Margie hasta la puerta, aunque ella tiene su propia llave. Justo antes de despedirme de ella, vacila, con un surco entre sus cejas grises. —Escucha, Brooke...

Si me dice que lo deja, me voy a hacer un ovillo y a llorar. Ella era la única niñera disponible remotamente en mi rango de precios, y apenas puedo pagarle. —¿Sí...?

—Josh parece muy nervioso por empezar la escuela —dice—. Sé que es duro estar en una ciudad nueva y todo eso, sobre todo a su edad. Pero parecía aún más ansioso de lo que yo esperaría.

—Oh...

—No quiero preocuparte, querida —dice—. Sólo quería que lo supieras.

Mi corazón está con mi hijo de diez años. No puedo culparlo por echar de menos McDonald's. McDonald's es familiar. Raker no es familiar, y esta casa tampoco. En toda su vida, mis padres nunca nos han dejado ir de visita; siempre venían a vernos a la ciudad, hasta que les dije que ya no podían. Esta ciudad es mi hogar, pero para Josh, es una ciudad llena de extraños.

Y se me ocurren algunas otras razones por las que tendría miedo de empezar la escuela después de lo que pasó en Queens.

—Yo me encargo —le digo—. Gracias de nuevo, Margie.

Vuelvo a la cocina, donde Josh está sentado en la mesa, jugando con el salero y el pimentero. Está haciendo un montoncito de sal y pimienta, cosa que le he dicho repetidamente que no haga, pero ahora no me enojo por ello. Me siento frente a él.





—Hola, colega —le digo—. ¿Estás bien?

Josh rastrea su primera inicial, J, en la pila de condimentos sobre la mesa. —Sí.

—¿Te sientes nervioso por la escuela?

Levanta uno de sus delgados hombros.

—He oído que los niños son muy geniales aquí —digo—. No será como en casa.

Levanta sus ojos marrones. —¿Cómo puedes saber eso?

Me estremezco, sintiendo su dolor como si fuera el mío propio. El año pasado en la escuela, Josh fue intimidado. *Mucho*. Yo ni siquiera sabía que estaba pasando porque él no hablaba de ello en casa. Empezó a estar cada vez más callado. No supe por qué hasta que llegó a casa con un ojo morado.

Incluso con el moratón, Josh intentó negar que pasara algo. Le daba vergüenza decirme por qué los otros niños lo acosaban. No tenía ni idea de lo que había pasado. Mi hijo es un poco callado, pero no hay nada en él que destaque; no tenía ni idea de por qué era el blanco. Hasta que supe cómo lo llamaban los otros niños:

Bastardo.

Se me clavó un cuchillo en el corazón al saber que los otros niños le acosaban por *mi culpa*. Por *mi* historia y por el hecho de que mi hijo nunca tuvo un padre. Tuve algunos pensamientos oscuros después de eso, créeme.

La escuela tenía una política de no tolerancia al acoso, pero aparentemente, eso era sólo algo que decían para parecer que estaban haciendo lo correcto. Nadie parecía estar obligado a hacer nada para ayudar a mi hijo. Y no ayudó que el director tuviera juicio en los ojos cuando señaló que los otros niños simplemente estaban señalando una desafortunada realidad sobre mi *situación*.

Cuando eres una madre soltera que a duras penas consigue salir adelante, es difícil lidiar con una escuela que finge que no pasa nada. Y un montón de otros padres veinte años mayores que tú y que tienen mucho más dinero. Incluso consulté a un abogado, lo que acabó con la mayor parte de mi cuenta corriente, pero el resultado fue que me recomendaron cambiar a Josh de colegio.

Así que después de que un accidente de auto matara a mis padres al final del año escolar, decidí no vender la casa donde crecí. Este era el nuevo comienzo que Josh y yo necesitábamos.

—Vas a hacer amigos —le digo a mi hijo.

—Tal vez —dice.

—Lo harás —insisto—. *Te lo prometo.*

El problema de que tu hijo se haga mayor es que sabe que hay cosas que no puedes prometerle.





Josh no levanta la vista del montoncito de sal y pimienta. Esta vez escribe una S por su apellido. —¿Mamá?

—¿Sí, cariño?

—Ahora que vivimos aquí, ¿voy a conocer a mi padre?

Casi me atraganto con mi propia saliva. Vaya, no sabía que ese pensamiento pasaba por su cabeza. Por mucho que me he esforzado en ser dos padres para este niño, ha habido momentos en la vida de Josh en los que parecía obsesionado con saber quién es su padre. Cuando tenía cinco años, no podía conseguir que dejara de hablar de ello. Todos los días llegaba a casa con un nuevo dibujo de su padre y del aspecto que imaginaba que tendría. Un astronauta. Un policía. Un veterinario. Pero hace tiempo que no habla de su padre.

—Josh —empiezo.

—¿Porque vive aquí? —Levanta los ojos de la mesa—. ¿Verdad?

Cada palabra es como una pequeña daga en mi corazón. Debería haberle dicho que su padre había muerto. Eso habría hecho las cosas mucho más fáciles. Podría haberme inventado una historia maravillosa sobre cómo su padre fue un héroe que murió, no sé, intentando salvar a un cachorro de un incendio. Eso lo habría hecho feliz. Quizá si le hubiera contado la historia del cachorro incendiado, los niños no lo habrían acosado el año pasado.

—Cariño —le digo—, tu padre vivía aquí, pero ahora ya no. Ya no.

No puedo leer la expresión del rostro de Josh. El otro problema de que tu hijo crezca es que sabe cuándo mientes.





El hombre que tengo delante tiene exactamente un diente. Bien, eso no es del todo cierto. El Sr. Henderson tiene un par de dientes en la parte de atrás que están negros y necesitan un serio cuidado dental, pero cuando sonrío, todo lo que puedo ver es ese único diente amarillo en la fila superior de su boca.

—Es usted un salvavidas, doctora —me dice el señor Henderson mientras me enseña el viejo Chomper una vez más. Ya le he dicho dos veces que no soy médico, pero parece que le gusta llamarme así—. No sabe cuánto se lo agradezco.

—Encantada de ayudar —digo.

No he hecho prácticamente nada por el señor Henderson. Lo único que he hecho es darle una receta para un nuevo inhalador para su enfisema, que parece haber empeorado en los últimos meses. Los presos tienen que rellenar un formulario kite, que es una solicitud para venir a verme si no es una visita programada regularmente, y el formulario que rellenó el señor Henderson sólo dice:

—No puede respirar.

Todos los pacientes que he visto en mi primer día han sido así. No sé qué han hecho estos hombres para acabar en una prisión de máxima seguridad, pero todos son increíblemente educados y agradecidos por los cuidados que les presto. No sé qué terrible delito cometió este hombre de sesenta y tres años, y no quiero saberlo. Ahora mismo, me cae bien.

—Toso y resoplo desde que se fue la otra chica —me dice Henderson. Como para demostrar lo que dice, el señor Henderson suelta una tos fuerte, húmeda y seca. Me encantaría hacerle una radiografía de tórax, pero el técnico no está hoy, así que tendré que esperar a mañana.

El personal aquí es terrible. Un día de trabajo y eso es dolorosamente obvio. Antes de que yo llegara, el doctor Wittenburg pasaba por aquí de vez en cuando y, aparte de eso, enviaban a los reclusos a urgencias para recibir atención médica básica, con un costo enorme para la prisión. No es de extrañar que parecieran tan desesperados por contratarme.

Tan desesperado como para pasar por alto mi íntima conexión con uno de los reclusos.



—¿Y Dorothy? —le pregunto—. ¿Le contaste sobre tus problemas respiratorios?

Agita una mano. —Sólo dice que deje de ser un bebé.

Aunque los hombres son bastante educados, hoy he oído bastantes quejas sobre Dorothy. A ninguno de ellos parece gustarle mucho.

—Pero eres genial, Doc —dice el señor Henderson.

—Gracias. —Le sonrío—. ¿Tiene alguna otra pregunta o inquietud?

—Sí, tengo una pregunta. —Se rasca el nido de ratas de cabello gris que tiene en la cabeza—. ¿Estás casada?

La advertencia de Dorothy sobre no dar información personal a ninguno de los pacientes aún resuena en mis oídos. Pero esto parece una pregunta bastante inofensiva. Y él puede ver claramente que no llevo alianza.

—No —le digo—. No soy casada.

—Bueno, estoy seguro de que encontrarás a alguien pronto, Doc —dice—. Eres muy joven y bonita. No tienes que preocuparte.

Estupendo.

El señor Henderson salta de la camilla y lo conduzco fuera de la sala, tomando unas cuantas notas rápidas de última hora en su historia clínica. Los requisitos de documentación aquí son bastante limitados, por lo que he visto. La última enfermera, Elise, se limitaba a hacer unas cuantas anotaciones en cada una de sus visitas con su gran escritura a mano para cada una de sus visitas. Sea lo que sea de lo que Elise es culpable, agradezco que tuviera buena letra.

El funcionario de prisiones Marcus Hunt está esperando fuera de la sala de reconocimiento. Hunt es el agente asignado a la unidad médica, lo que significa que lleva a los pacientes a la zona de espera (es decir, las sillas de plástico alineadas fuera de la sala de reconocimiento), y se mantiene en posición de firmes justo fuera de la sala mientras yo estoy con los pacientes.

Hunt es alto y, aunque no es precisamente ancho, parece fuerte bajo su uniforme de guardia azul. Quizá tenga unos treinta años, cabeza afeitada y barba de unos días en la barbilla. No hay ventanas en las puertas, así que es reconfortante dejar la puerta de la sala de reconocimiento abierta y saber que Hunt está justo fuera. Me he dado cuenta de que a veces Hunt deja la puerta abierta de par en par y otras veces, como con el señor Henderson, sólo la entreabre ligeramente. Supongo que él sabe más de los internos que yo, así que lo dejo a su discreción.

Aproximadamente un tercio de los hombres que han entrado hoy llevaban grilletes en las muñecas. A un par de ellos también les pusieron grilletes en los tobillos. No pregunté cómo determinan a quién le ponen grilletes y a quién no.





Entrego al señor Henderson al agente Hunt, y él me saluda sin expresión. Como Dorothy, no sonrío mucho, o nada. Las únicas personas que me han sonreído desde que estoy aquí han sido los prisioneros.

—Lo llevaré de vuelta a su celda —me dice Hunt.

Reviso las sillas de plástico fuera de la sala de reconocimiento. —¿No hay nadie más esperando?

—No, tienes un descanso.

Veo a Hunt desaparecer por un pasillo con el señor Henderson, dejándome sola. No es que no me alegre de tener un descanso, pero no hay mucho que hacer por aquí. La señal Wi-Fi es prácticamente inexistente y no hay nadie con quien hablar. Debería empezar a traer un libro para leer si hay un descanso en el horario.

La sala de historias clínicas se encuentra a la izquierda. Hoy he estado allí un par de veces para localizar historiales, ya que nadie lo hace por mí. Miro el reloj: aún falta una hora para la hora de salida. Luego miro a ambos lados del pasillo.

Aquí no hay nadie más que yo.

Me acerco sigilosamente a la sala de historias clínicas y abro la puerta con mi tarjeta de identificación. Es una sala dolorosamente claustrofóbica, repleta de tantos archivadores como caben en ese espacio, iluminada por una única bombilla desnuda en el techo. También hay una pila de expedientes tirados en un rincón de la habitación, con las páginas desparramadas. Dorothy me dijo que eran de presos que ya no están aquí. Como la mayoría de estos hombres están cumpliendo cadena perpetua, supongo que eso significa que están muertos.

No tengo mucho tiempo aquí antes de que Hunt regrese. Afortunadamente, sé exactamente lo que estoy buscando.

Me dirijo al cajón marcado con la letra N. Lo abro y descubro una gruesa pila de gráficos apiñados en el cajón. Hojeo los nombres. Nash. Nabb. Napier. Neil.

Nelson.

Saco la ficha, me tiemblan ligeramente las manos. El nombre garabateado en la ficha es Shane Nelson. Es él. Sigue aquí. No es que deba sorprenderme, ya que la última vez que lo vi estaba condenado a pasar aquí el resto de su vida.

Cierro los ojos y aún puedo ver su rostro terriblemente atractivo. Sus ojos mirándome. *Te amo, Brooke.*

Eso fue lo que me dijo unas horas antes de intentar matarme.

Y eso ni siquiera es lo peor que hizo.

Miro fijamente la cartilla de papel, con ganas de abrirla y mirar dentro, pero sabiendo que no debo. Moralmente, definitivamente no debería. Legalmente... Es una





zona gris. Técnicamente, como prisionero de este centro, es uno de mis pacientes. Pero si abro este expediente, no lo miraré como médico.

Solo llevo aquí un día. Es un poco pronto para romper las reglas.

Cuando solicité este trabajo, no pensé que lo conseguiría, dada mi conexión con uno de los reclusos. Pero era menor en el momento del juicio de Shane, y mis padres se esforzaron por mantener mi nombre fuera de los registros públicos. Aun así, había creído que una comprobación de antecedentes me delataría. Pero me equivoqué.

O bien el alcaide sabía de la conexión, pero estaban tan desesperados por contratar a alguien, que lo dejaron pasar.

Oigo un clic y me doy cuenta de que alguien ha utilizado su tarjeta de identificación para abrir la puerta de los historiales médicos. Presa del pánico, vuelvo a meter el historial de Shane en el archivador y cierro el cajón de golpe justo cuando se abre la puerta. El agente Hunt está de pie, su alta silueta ocupa toda la puerta.

—Tenemos otro paciente para usted. —En la penumbra de la habitación, sus ojos parecen dos cuencas oscuras—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo... —Miro hacia el archivador—. Se me acaba de ocurrir algo sobre un paciente de esta mañana que quería anotar.

Tengo todo el derecho a estar en esta sala de archivos. No hay forma de que él sepa que lo que estaba haciendo en esta sala no era nada correcto, aunque sospecho que mis mejillas ardientes me están delatando.

Hunt me estrecha los ojos. —He preparado todos los historiales de las visitas programadas. Si necesitas otros historiales, puedo traérselos.

—Me fuerzo a sonreír. —Bueno, gracias entonces. Te lo agradezco mucho.

No devuelve la sonrisa.

Bien, genial. Llevo aquí menos de un día y el guardia ya cree que soy un problema. Pero parece que me necesitan más que yo a ellos, así que mi trabajo está a salvo. Por ahora.

Mientras Shane Nelson no tenga que pasar pronto por la sala médica.



Capítulo 4

Once Años Antes

Mis padres me matarían si supieran lo que estoy haciendo ahora. Creen que voy a estudiar después de clase con mi mejor amiga Chelsea. Creen que Chelsea me va a llevar a casa, que luego voy a tomar una muda de ropa y que me voy a quedar a dormir en su casa.

Si supieran que estoy sentada en un auto a una cuadra de mi casa con Shane Nelson, sería malo. Y si supieran que en realidad será *la casa de Shane* donde pasaré la noche esta noche... bueno, no quiero ni saber lo que harían. Para empezar, me castigarían. Y no el tipo de castigo que me impide jugar videojuegos o privarme de una ración extra de postre. Me sacarían del instituto, probablemente me educarían en casa y no me dejarían salir de mi habitación nunca más. *Ese tipo de castigo.*

Por eso cuando Shane me lleva a casa, siempre estaciona a una o dos manzanas. Incluso eso es un riesgo, pero cuando se trata de Shane, me gusta correr riesgos estúpidos. Siempre he sido una buena chica: sobresaliente, sociedad de honor, club de debate. Nunca antes había conocido a un chico que me hiciera querer romper todas mis reglas. Y cuando Shane me mira desde el asiento del conductor de su Chevy, me doy cuenta de que no hay mucho que no haría por él.

—Tengo muchas ganas de que llegue esta noche —le digo, con una voz que espero que suene madura y sexy, pero que más bien suena chirriante y nerviosa. No puedo evitarlo: nunca había pasado la noche en casa de un chico.

—Yo también. —Traza la curva del collar de copos de nieve de oro que siempre llevo alrededor de la garganta—. Tanto.

Los ojos marrones de Shane se cruzan con los míos. Conozco a Shane desde la secundaria y juro que cada año es más guapo. Cabello oscuro desgreñado, una sonrisa peligrosa y ahora todos esos malditos músculos. Cuando teníamos doce años, no era más que un mocoso que no dejaba de meterse en líos en el colegio. Luego, en el instituto, se unió al equipo de fútbol y se convirtió en el quarterback estrella. Lo veo todos los días mientras Chelsea y yo animamos desde las gradas, y tiene *mucho* talento. Pero no es lo suficientemente bueno para mis padres.

—Sabes —dice Shane—, podríamos estar sólo nosotros en mi casa esta noche. Solo dilo...



Cuando Chelsea se enteró de que la madre de Shane iba a estar fuera de la ciudad visitando a su abuela durante el fin de semana, tuvo la brillante idea de celebrar una pequeña fiesta en su casa esta noche. Rápidamente se invitó a sí misma y a su propio novio estrella del fútbol, Brandon. Brandon es particularmente hábil para tener siempre una botella de algo alcohólico en cada fiesta.

—No sé si es buena idea —digo—. Si Chelsea no consigue venir, me delatará a mis padres.

Shane pone una cara. —Es tu mejor amiga. ¿De verdad crees que haría eso?

Por supuesto que sí. Chelsea puede ser mi mejor amiga, pero siempre está mirando por el número uno. Pero por una vez, estoy contenta. Shane y yo hemos estado juntos por tres meses, y estoy nerviosa de estar sola con él. Creo que ni siquiera sabe que aún soy virgen. No lo sabe, no lo ha dicho, pero estoy segura. No puede ser.

—Está bien —digo—. Será divertido salir con Chelsea y Brandon.

Shane no protesta porque Brandon es uno de sus mejores amigos. Pero no está nervioso por estar a solas conmigo. Parece entusiasmado con cualquier momento que pueda pasar conmigo. Es halagador lo mucho que parezco gustarle. He salido con algunos chicos antes, pero Shane es mi primer *novio* de verdad. Ni siquiera parece importarle que tengamos que salir a escondidas porque mis padres no lo aprueban.

Miro el reloj: le dije a mi madre que llegaría a las cinco. —Mejor me voy.

—¿Sólo otros cinco minutos?

—Mejor no.

No quiero darles a mis padres ninguna excusa para decirme que no puedo salir esta noche. Solo hace poco que han relajado las restricciones de este verano, cuando una adolescente llamada Tracy Gifford, de un pueblo vecino, apareció asesinada en el bosque. Durante un buen mes después de eso, todo el mundo estaba absolutamente aterrorizado. Pero ahora, cuatro meses después, es casi como si nunca hubiera sucedido. Tracy Gifford era tan importante, y ahora es como si nunca hubiera existido.

—Bien, de acuerdo. —Me agarra del hombro y me acerca a él. Lo beso, profunda y hambrienta, como si estuviéramos en una competición para ver quién se traga antes al otro. Parece que no nos cansamos el uno del otro—. Te veré esta noche.

—Nos vemos.

Empiezo a abrir la puerta del auto y entonces siento su mano en mi hombro. —¿Brooke?

Me giro para mirarlo de nuevo. —¿Sí?

—Brooke, yo te lope.





No puedo evitar sonreírle. Es una broma privada entre nosotros dos. Una vez le escribí que amo el helado (I love¹ ice cream), pero me equivoqué y escribí *i lope ice cream*. Uno pensaría que mi teléfono lo corregiría automáticamente, pero no lo hizo. Y entonces se convirtió en una broma. *Lope las patatas fritas. Lope los masajes en los pies*. Y luego, hace un par de semanas, se le escapó:

Te lope, Brooke.

Él no me *ama*. Obviamente no. Quiero decir, solo tenemos diecisiete años y solo llevamos saliendo tres meses. Pero me *quiere*. Y eso es casi mejor que el amor.

—Yo también te lope —le digo.

Shane se ríe y me suelta el hombro para dejarme salir del auto. Cuando cierro de golpe la puerta del Chevy, todo el auto tiembla. El auto de Shane es una chatarra. Lo compró en el desguace y utilizó sus conocimientos de mecánica para reconstruir el motor y ponerlo en marcha. Lo pintó y ahora tiene un aspecto medio decente, pero siempre me preocupa un poco que se muera en medio de la carretera y yo tenga que volver a la civilización con lo que casi seguro serán unos zapatos increíblemente incómodos, porque esa es mi suerte.

Pero Shane no puede permitirse un auto nuevo. Ni siquiera un auto usado. Aunque trabaja todos los fines de semana en la pizzería, el único auto que puede permitirse es uno que compró en el desguace.

Y ahora sabes por qué mis padres nunca lo aprobarán. Porque según ellos, al igual que su auto, Shane es “basura”.

Shane baja la ventanilla del acompañante del auto. —¡Nos vemos esta noche, Brooke! Siete y media.

—Siete y media —repito obedientemente.

Tras esa confirmación, el auto de Shane se aleja a toda velocidad, haciendo mucho más ruido del que debería hacer un auto porque su silenciador también es del desguace. Miro cómo el Chevy desaparece al doblar la esquina porque estoy así de encaprichada con él. De esa clase en la que tengo que verlo desaparecer en la distancia. Es enfermizo, lo sé.

—¿Qué harás a las siete y media, Brooke?

Me bajo de mi nube de amor (quiero decir, de mi *lope*) al oír una voz detrás de mí. No me había dado cuenta de que Shane había estacionado peligrosamente cerca de la casa de los Reese, cosa que suele tener cuidado de no hacer. Tim Reese está de pie en el césped delantero, rastrillando las últimas hojas del otoño.

Tim. Maldición.

¹ En el texto en inglés ella escribe Lope en lugar de love.





—Nada —le digo.

Tim arquea una ceja y yo lo miro. Aún no me he acostumbrado a mirar a Tim. Lo conozco desde que ambos estábamos en pañales, cuando se hacía llamar Timmy y tenía el rostro lleno de pecas, como si le hubiera explotado una bomba de pecas en la cara. Siempre fue un par de centímetros más bajo que yo, y de repente creció hace un año. Todavía no me he acostumbrado.

—¿Has quedado con Shane a las siete y media? —Tim me presiona.

Desvío la mirada. Puede que Chelsea sea mi mejor amiga, pero Tim me conoce mejor que nadie en el mundo. —Tal vez...

Los ojos azules de Tim se oscurecen. —No puedo creer que sigas saliendo con ese imbécil.

Mis padres odian a Shane, pero Tim lo odia aún más. Lo odia con una extraña pasión que no entiendo del todo. Tim no es el tipo de persona que juzgaría a alguien porque conduce un auto de tercera mano y vive en una vieja granja que está a una teja suelta de ser condenada. Hay otras razones por las que odia a Shane.

—Tim —murmuro—, para.

Se frota la barbilla. Las pecas han desaparecido casi por completo en los últimos años, en parte porque se cuida de no exponerse al sol. Pero echo de menos las pecas de Tim. Las pecas eran adorables. Sin ellas y ahora media cabeza más alto que yo, se ha vuelto guapo, pero ya no es adorable. Es más, parece otra persona. Un niño distinto de aquel con el que pasaba los veranos, corriendo a los gritos por los aspersores de su patio trasero.

—Shane es un imbécil —declara.

—Oh, vamos...

—Lo es —dice Tim—. Él y todos sus compañeros de fútbol son una panda de matones. No puedo creer que no lo veas, Brooke.

Me muevo entre mis pies en el patio de Tim, que está embarrado por la humedad del aire. El aire es pesado y húmedo, y noto cómo se me riza el cabello. Las previsiones anuncian fuertes lluvias y tormentas para esta noche, y Chelsea y yo pretendemos llegar a la granja antes de que empiecen. Así que debería ponerme en marcha, pero odio el juicio en el rostro de Tim y estoy desesperada por demostrarle que se equivoca. Él no conoce a Shane como yo. Solía pensar que Shane era un idiota, pero no lo es. Es un buen tipo, y realmente me gusta. Me gusta. Tim no puede verlo. Ojalá pudiera.

—Si llegaras a conocer a Shane —le digo—, apuesto a que te gustaría.

Tim resopla y sacude la cabeza.

—Escucha —le digo—, deberías venir esta noche.



Entrecierra los ojos. —¿Ir a dónde?

Las palabras salen antes de que pueda pensarlas demasiado. —Hemos quedado en casa de Shane esta noche. Su madre va a estar fuera de la ciudad. Seremos Shane, Chelsea, Brandon y yo. —Levanto una ceja esperanzada—. ¿Y tú?

—Lo siento, voy a pasar.

—¡Vamos, será divertido! Sólo dile a tus padres que fuiste a casa de Jordan, nunca lo comprobarán. Todos vamos a pasar la noche.

Tim ladea la cabeza, pensativo. Solía hacer la misma expresión cuando éramos niños. Entonces todo era muy fácil. Iba a casa de Tim y no hablábamos de novios ni de matones ni de nada de eso. Iba y *jugábamos*. Y entonces, sentía que siempre sería así. Sentía que Tim y yo siempre seríamos amigos así.

Tim fue quien me compró el collar de copos de nieve que siempre llevo. Me lo regaló por mi décimo cumpleaños, porque una de las cosas que más nos gustaba hacer juntos era jugar en la nieve: montar en trineo, hacer muñecos de nieve, pelearnos con bolas de nieve... Siempre que nevaba, lo primero que hacía era ponerme las botas y el traje de nieve y dirigirme a casa de Tim. El collar era la primera joya auténtica que me regalaban. Teniendo en cuenta que me lo he puesto todos los días desde entonces y que no me ha puesto verde el cuello, sospecho que debió de gastarse una fortuna en él. Probablemente estuvo ahorrando todo el año para comprármelo.

—Bien —dice—. ¿Por qué no?

Vagamente, soy consciente del hecho de que Tim nunca, nunca me dice que no. Pero intento no pensar en ello. Hay ciertos aspectos de mi relación con el chico de al lado que es mejor no analizar demasiado.

—¡Es genial! —Doy una palmada—. Chelsea me va a recoger a las siete y cuarto. Pasaremos a recogerte después.

Tim no podía parecer menos emocionado por esto. —Bien.

Tim cree que todo es un error, pero se equivoca. Lo va a pasar muy bien esta noche, y le demostraré que Shane es un buen tipo. Y le diré a Chelsea que traiga una chica para él también. Después de todo, puede que también le haga pasar un buen rato.



Capítulo 5

Día Presente

Si fuera socialmente aceptable, Josh se escondería entre mis piernas. Pero tiene diez años, así que, en lugar de eso, está de pie cerca de mí, con los dedos aferrados a la manga de mi camisa, todavía reacio a unirse a la multitud de niños que estarán en su clase de quinto curso. Su señora Conway me mira con simpatía. Parece bastante simpática, una profesora veterana de unos cuarenta años que parece experta en mantener la clase a raya. No estaba aquí cuando yo estudiaba en el colegio, pero sospecho que debió de empezar poco después.

—Estará bien, señorita Sullivan —me asegura—. Le prometo que lo vigilaré de cerca.

—Gracias —le digo.

No se me escapa que me llamó *señorita Sullivan* en vez de *señora Sullivan*. ¿Sabe que soy madre soltera? ¿Sabe que Josh no tiene padre? ¿Sabe toda la sórdida historia? La gente habla en pueblos como éste, aunque mis padres hicieron todo lo posible por ocultar mi embarazo.

Y si ella lo sabe, entonces quizá todos los demás padres lo sepan. Y entonces los niños lo sabrán. Y entonces los insultos empezarán de nuevo.

No, estoy siendo paranoica. Josh estará bien.

El zumbido entusiasmado de los niños se ve interrumpido por el sonido estridente de una campana que resuena en el aire. El primer día de colegio ha empezado oficialmente. Necesito todo mi autocontrol para no aplastar a Josh en un embarazoso abrazo de oso. Es un poco pequeño para su edad, justo a la altura de mi hombro, y a veces sigue pareciéndome dolorosamente joven. Demasiado joven para enfrentarse a algo tan aterrador como una clase de desconocidos que se conocen de los últimos cinco años de colegio.

—Buena suerte —le susurro al oído—. Recuerda: a todo el mundo le gusta el chico nuevo y genial.

La barbilla de Josh tiembla ligeramente: intenta no llorar. Cuando tenía dos años, solía llorar a lágrima viva, pero es aún más doloroso verlo de mayor, luchando por contener esas lágrimas. Le planto un beso en la coronilla y le doy un suave



empujón en la espalda. Se aleja para seguir a sus compañeros al colegio como si lo llevaran a su ejecución.

Va a estar bien. Los otros niños lo amarán, aunque haya nacido fuera del matrimonio. Fue absolutamente la decisión correcta mudarse aquí.

Sigue diciéndote eso, Brooke.

Observo hasta que la mochila verde de Josh deja de ser visible. Me encantaría plantarme fuera de su clase para estar disponible si me necesita durante el día. Pero no podía hacerlo cuando estaba en el jardín de infancia, y ciertamente no es aceptable ahora. Voy a confiar en que todo irá bien. Lo superará.

—¿Brooke? ¿Brooke Sullivan?

Se me tensa la mandíbula al oír mi nombre. Lo peor de volver al pueblo donde crecí es que la gente me reconoce de vez en cuando. Por suerte, es una ciudad lo bastante grande como para que no ocurra demasiado a menudo, pero supongo que debería esperármelo cuando estoy delante de la escuela primaria a la que asistía cuando tenía la edad de Josh.

Me giro para saludar al profesor que me ha reconocido. Pero antes de poder saludarlo, me quedo con la boca abierta.

—¿Tim? —Me las arreglo.

Es Tim. Tim Reese. Quien vivió a una cuadra de mí durante toda mi infancia. Mi mejor amigo.

Bueno, hasta que me fui de la ciudad sin decirle una palabra al respecto.

—¡Brooke! —Se le ilumina el rostro—. ¡Eres tú de verdad!

Mientras Tim corre por la hierba que rodea la escuela, lo veo mejor. Y... bueno, vaya. Cuando éramos pequeños, Tim era un chico guapo. Muchas pecas y una sonrisa que hacía que todos los adultos lo amaran. Al final del instituto, creció quince centímetros prácticamente de la noche a la mañana y se volvió un poco menos mono y un poco más guapo, pero todavía demasiado delgado y desgarrado. Pero ahora se ha rellenado por completo, ha ganado el peso que necesitaba y, además, algo de músculo. Ya no tiene pecas.

Tim Reese está *bueno*.

Me paso una mano por el cabello oscuro, que me he recogido en una coleta desordenada antes de salir de casa. También llevo una camiseta demasiado grande y pantalones de yoga. No es lo que me habría gustado llevar para encontrarme con Tim Reese por primera vez en diez años. Pero es lo que hay.

—Oye —dice cuando se acerca a mí—. Esto es tan salvaje. Te vi al otro lado del césped y pensé: 'No puede ser Brooke Sullivan. Me estoy imaginando cosas'. Pero eres tú. Eres realmente tú.





—Soy yo —digo con rigidez.

Sonríe. —Ya lo veo.

Y luego nos quedamos ahí parados incómodamente. Bueno, me siento incómoda. Parece que Tim no puede dejar de sonreír. No entiendo por qué está tan feliz, y eso me irrita.

—Entonces. —Me rasco el codo—. ¿Eres profesor aquí o...?

Se pasa una mano por el cabello, que siempre me ha recordado al color de un arce. —Bueno, en realidad, soy el subdirector.

—¡Oh! —Fijo mis labios en una sonrisa. Siento los labios como masilla—. Eso es impresionante. Enhorabuena.

—Eh, gracias. —Se frota la barbilla y no puedo evitar fijarme en que no lleva anillo en el cuarto dedo de la mano izquierda—. ¿Y tú?

—¿Yo? Soy enfermera practicante.

Se le iluminan los ojos. —¿Eres nuestra nueva enfermera?

—No, no lo soy —digo rápidamente—. Trabajo... en otro sitio. —Seguro que no le digo que tengo un trabajo en la prisión de máxima seguridad a cuarenta y cinco minutos de aquí.

Frunce el ceño. —Oh.

Tardo un segundo en entender por qué parece tan confuso. No sabe por qué estoy aquí. Voy a tener que decírselo.

—Venía a dejar a mi hijo —le explico—. Es su primer día de colegio, así que, ya sabes, está bastante nervioso.

—¡Oh! —Vuelve a sonreír, pero esta vez parece algo más forzado—. Bueno, el primer día de guardería siempre asusta a los niños. Estoy seguro de que lo hará muy bien.

Cuando le dije que era el primer día de colegio de Josh, supuso que quería decir que empezaba la guardería. No se da cuenta de que mi hijo tiene diez años. Se va a enterar tarde o temprano, y lo estoy temiendo. No quiero que haga cuentas.

Después de todo, él también estuvo allí esa noche. Tiene las cicatrices que lo demuestran.

—Me enteré del accidente de tus padres, Brooke. Lo siento mucho. Estaba fuera del país o habría venido al funeral.

—Estoy bien —murmuro—. No estábamos muy unidos. No eran los mejores padres del mundo. —No menciono que hacía cinco años que no veía ni hablaba con mis padres. No hace falta entrar en detalles.



—Fue... fue un accidente de auto, ¿no?

Asiento. —Murieron juntos, lo cual es irónico porque siempre sentí que no se soportaban. Mi padre engañaba a mi madre todo el tiempo.

—Aun así. —Se mete las manos en los bolsillos—. Debe haber sido duro para ti. ¿Te quedas en su casa?

—Sí. Más fácil que venderla en este mercado, ¿sabes?

—Oh, claro. —Mueve la cabeza—. Yo también me quedo en la antigua casa de mis padres. Se mudaron a Florida hace dos años, así que oficialmente, estoy cuidando la casa. Pero creo que llegados a este punto, tengo que dejar de engañarme y admitir que vivo allí.

—Siempre me gustó tu vieja casa.

—Sí. —Se encoge de hombros—. Está bien. Sólo que es grande. Ya sabes, para mí solo.

Como si necesitara otra pista de que está soltero. Se está asegurando de que lo sepa.

—Así que... —Sus ojos recorren el césped que se vacía lentamente alrededor de la escuela, pisoteado por pequeñas huellas—. ¿Tu marido también tiene un trabajo por aquí?

—No estoy casada.

—De verdad...

—Así es.

Nos miramos fijamente durante unos segundos y Tim esboza una sonrisa tímida en el rostro. —Muy sutil cómo me enteré de que sigues soltera, ¿eh? ¿Estás impresionada con esas habilidades?

A pesar de todo, tengo que reír. Tim siempre sabía cómo hacerme sonreír. —Extremadamente impresionante. Debes ser todo un jugador.

—Todos los subdirectores de primaria lo son.

—Supongo que sí.

Su sonrisa se ensancha. —Mira, tengo que entrar, pero realmente tenemos que ponernos al día. ¿Podríamos tomar un café algún día?

Lo último que quiero es ponerme al día con alguien de mi antigua vida, especialmente con alguien tan cercano como Tim. —Estoy bastante ocupada.

—Bueno, el café no lleva mucho tiempo, ¿verdad? Veinte minutos máximo.

Esto no puede llevar a nada bueno. No tengo espacio en mi vida para lo que Tim quiera. Además, tengo la sensación de que cuando descubra la verdad sobre



INMATE

33



Josh, va a sentir algo diferente por mí. Pero quiero terminar esta conversación, así que tengo que tirarle un hueso.

—Quizá —digo finalmente—, después de instalarme.

—Bueno... —Su rostro sigue brillando. Dios, olvidé cómo solía mirarme—. Ha sido genial volver a verte, Brooke. *Realmente genial*. Y voy a mantenerte en ese *tal* vez.

Hay un salto extra en su paso mientras corre hacia la escuela primaria. Tim Reese. Vaya, vaya. Realmente nunca creí que lo volvería a ver.

FREIDA MCFADDEN

THE





Estoy indignada.

El paciente que estoy viendo ahora es el señor Carpenter. Tiene unos veinte años y le dispararon en la columna mientras hacía... bueno, lo que sea que le hizo ir a una prisión de máxima seguridad de por vida. Fue malo, estoy segura. No quiero saberlo.

Pero nada de eso me preocupa. Lo que me preocupa es que el señor Carpenter es parapléjico y va en silla de ruedas. Así que está sentado sobre su trasero todo el día, y luego se acuesta en un colchón por la noche que es delgado como el papel, y ahora tiene una llaga bastante impresionante en su coxis que no ha sido tratada en Dios sabe cuánto tiempo.

—¿Qué piensas, Brooke? —me pregunta el señor Carpenter. Está tumbado de lado en la camilla con los pantalones bajados, esperando mi valoración. Por desgracia, no tengo nada bueno que decir.

—Es una herida por presión —le digo—. Podemos ponerle un apósito, pero nunca se curará si no mantienes la presión.

—Sí, bueno, ¿cómo se supone que voy a hacerlo? El cojín de mi silla es medio decente, pero el colchón de mi cama es terrible. Básicamente estoy tumbado directamente sobre muelles metálicos.

—Así que necesitas un colchón mejor.

El señor Carpenter resopla. —¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? Nadie me va a comprar un colchón nuevo.

—Tienen que conseguírtelo si te lo prescribo.

—Lo que tú digas...

A pesar del escepticismo del Sr. Carpenter, va a conseguir ese colchón. Es negligencia médica no darle a un parapléjico un colchón decente con alivio de presión. Puede que implique un montón de papeleo, pero voy a hacer que suceda.

En cuanto acabo con el señor Carpenter, confirmo que no hay nadie esperando a ser atendido y me dirijo por el pasillo al despacho de Dorothy. Sí, ella tiene un despacho y yo tengo un escritorio en mi sala de reconocimiento. Pero reconozco que ella tiene más antigüedad, así que no voy a decir nada. Con suerte, no trabajaré aquí el tiempo suficiente para conseguir un escritorio.





Llamo a la puerta del despacho de Dorothy y espero a oírla decir que pase. Al cabo de cinco minutos, me llama para que pase. Cuando entro en el despacho, está sentada en su escritorio, con unas gafas de media luna en equilibrio sobre el puente de su nariz bulbosa.

—Estoy muy ocupada, Brooke —dice.

—Esto no llevará mucho tiempo —digo—. Sólo necesito averiguar cómo puedo conseguir un colchón de alivio de presión para Malcolm Carpenter.

Me mira por encima del borde de las gafas. —¿Un colchón de alivio de presión?

Lo dice como si yo hablara en un idioma desconocido. Sabe muy bien de qué estoy hablando. —Es parapléjico y tiene una úlcera por presión en el coxis. Necesita un colchón decente o no se curará.

—Brooke —dice rotundamente—, esto no es el Ritz Carlton. No podemos conseguir colchones de ensueño para todos los reclusos.

Se me tuerce un músculo bajo el ojo. —No estoy pidiendo un artículo de lujo. Esto está médicamente indicado.

—Me temo que no.

—¡Claro que sí! —estallé—. No puede moverse ni sentir la mitad inferior del cuerpo. La llaga va a empeorar si no aliviemos la presión. Conseguirle un colchón decente es lo menos que podemos hacer.

—Me temo que un colchón nuevo no entra en el presupuesto. Tendrás que encontrar una solución más creativa. —Ella sacude la cabeza—. ¿No tienes ninguna habilidad para resolver problemas?

La miro fijamente, demasiado aturdida para responder. El problema es que el hombre tiene una úlcera por presión. La solución sencilla es un colchón decente. ¿Qué le pasa a esta mujer? ¿Es que no le importan nada estos presos? Al fin y al cabo, son seres humanos.

Suena el teléfono en la mesa de Dorothy. Lo toma sin decirme nada. Me quedo de pie mientras ella escucha a la otra persona que habla. Finalmente, dice:

—Sí, ahora mismo la mando.

Maldita sea. Probablemente se refiere a mí.

Cuando Dorothy cuelga el teléfono, levanta los ojos para mirarme por encima del borde de las gafas. —Ha habido un incidente en el patio. El oficial Hunt va a traer a uno de los presos para verlo por una herida.

Estupendo.

Mis hombros se hunden en señal de derrota mientras me dirijo de nuevo a mi consulta. Pero no me he rendido. Aunque sea lo último que haga, encontraré la forma





de conseguirle el colchón al señor Carpenter. Pero primero, tengo que tratar a este tipo que se lesionó en el patio.

Me pregunto cómo se lastimó. ¿Fue un candado en un calcetín? ¿Es eso algo real que hacen en prisión?

Justo cuando llego a mi despacho, veo al agente Hunt bajando por el pasillo con uno de los presos. Debe de ser el que se hirió en el patio. El recluso lleva el mono caqui habitual de la prisión y, a diferencia de la mayoría de los presos, lleva grilletes en las muñecas y los tobillos, por lo que camina lentamente junto a Hunt.

A medida que se acerca, puedo ver el vendaje pegado a su frente, que está saturado de sangre roja brillante. Sea lo que sea lo que hay ahí debajo, es casi seguro que va a necesitar puntos. Entonces mis ojos se posan en el rostro del prisionero.

Oh. Oh, no. No, no, no...

Es Shane.



INMATE

Capítulo 7

Once Años Antes

Por alguna razón, Chelsea no puede estacionar delante de mi casa sin apoyar todo su peso en el claxon del auto. Salgo corriendo por la puerta, con la mochila colgada del hombro derecho, y echo a correr por el pasillo, maldiciendo en voz baja. No deja de tocar el claxon hasta que abro la puerta del acompañante del auto y me siento a su lado.

—¡Dios mío! —Golpeo a Chelsea en el brazo—. Te he oído. Estás molestando a todo el vecindario.

Chelsea pone los ojos en blanco. Lleva tanto rímel alrededor de sus ojos castaños oscuros que sus pestañas son al menos tres veces más largas de lo que serían en otras circunstancias. Mis padres nunca me dejarían salir de casa con ese aspecto. Si quiero un tono de pintalabios más oscuro que el Nude, tengo que ponérmelo en el baño del colegio.

—¿Puedo evitar que seas lenta? —Chelsea dice.

Miro hacia el asiento trasero en busca de apoyo. Chelsea me ha mandado un mensaje diciéndome que iba a traer a Kayla Olivera como sexta para Tim. Kayla es otra animadora, morena, menuda y muy guapa. Cuando estiro el cuello, me molesta que esté escribiendo un mensaje en su teléfono, ajena al volumen de la bocina de Chelsea.

—Hola, Kayla —le digo.

—Hola —dice sin levantar la vista.

Me aclaro la garganta. —Gracias por venir.

Kayla finalmente arranca los ojos de la pantalla de su teléfono. —Chelsea dijo que Tim Reese va a estar allí, ¿verdad?

Siento una sacudida de sorpresa. Me había imaginado que Chelsea había reclutado a alguna chica desprevenida en nuestra fiesta para endilgársela a Tim. Pero ese no es el caso en absoluto. Kayla *quiere* estar aquí. Está interesada en Tim. Aparentemente, cuando Tim creció esos 15 centímetros extra, también se convirtió en el tipo de chico por el que las chicas se interesan. Nunca lo había notado, pero ahora lo veo escrito en el rostro de Kayla. Tim está *bueno* ahora.

La idea no me gusta.



Aunque no estoy segura de por qué. Tengo a Shane, después de todo.

—¿Ya se fue la mamá de Shane? —Chelsea me pregunta—. ¿Podemos ir?

Busco en el bolso y saco el móvil. Hay un mensaje de Shane que me ha llegado hace un minuto: **Acabo de recoger a Brandon y mi mamá ya está en la carretera. Ven a verme.**

Le envié un mensaje: **¡Estaré allí pronto! ¡Te lope!**

Su respuesta llega al instante: **Te Lope también.**

Chelsea conduce una manzana más hasta la casa de Tim. La veo preparándose para tocar el claxon, pero no tiene que hacerlo. Tim ya está sentado en la entrada de su casa y se levanta de un salto cuando ve el Beetle de Chelsea. Kayla lo observa a través de la ventana, con una sonrisa en los labios.

Tim salta al asiento trasero del auto, junto a Kayla. Ella se acerca a él todo lo que le permite su cinturón de seguridad. —Hola, Tim —le dice.

—Eh... —Frunce el ceño, obviamente esforzándose por decir su nombre. Me giro y pronuncio “*Kayla*” lo más enfáticamente que puedo, pero él no me entiende. Por fin lo intenta—: ¿Kara?

Las mejillas de Kayla se vuelven ligeramente rosadas. —*Kayla*.

—Cierto. Lo siento. —Pero no parece que lo sienta. No suena como si le importara en absoluto. A Tim nunca le han gustado las animadoras. Pude verlo mordiéndose la lengua cuando le dije que estaba probando.

—¿Dónde está tu bolso? —le pregunta Kayla.

Frunce el ceño. —¿Bolsa?

—Vamos a pasar la noche. —Kayla mira a Chelsea en busca de confirmación—. ¿Verdad?

—Así es, *Timothy* —dice Chelsea—. Esta es una fiesta *nocturna*. ¿No te lo dijo Brooke?

—Sí... —Se encoge de hombros—. Está bien. No necesito nada.

Kayla parece escandalizada. —¿Y una muda de ropa?

Tim echa un vistazo a su chaqueta, que cuelga abierta dejando ver una camiseta gris y unos vaqueros azules. —No sé. Me pondré esto mañana.

—*Chicos*. —Chelsea me lanza una mirada—. A veces me pregunto qué vemos en ellos.

Me río con Chelsea, pero cuando vuelvo a mirar a Tim, hay algo en su expresión que me inquieta un poco. Le dije que íbamos a pasar la noche aquí. Cuando éramos mucho más jóvenes y estas cosas estaban permitidas, Tim solía venir a dormir a mi



INMATE

39



casa y siempre traía de todo menos el fregadero de la cocina. Sí, ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero sigue pareciéndome extraño que viniera a una fiesta de pijamas a casa de Shane y no trajera nada más que a sí mismo. No parece Tim en absoluto.

Quizá ya no conozca a Tim.

O quizá no piensa quedarse.

FREIDA MCFADDEN

THE



Capítulo 8

Día Presente

Esperaba que pasaran meses antes de encontrarme con Shane Nelson, si es que alguna vez lo hacía. Pero aquí estoy, solo en mi segunda semana, y aquí está él. En vivo y en directo.

El hombre que intentó matarme.

Por un momento, siento una opresión en el cuello. El collar con el que intentó asfixiarme me corta la tráquea. No puedo respirar. Me agarro al marco de la puerta, respirando hondo. No puedo dejar que esto me afecte. Tengo que ser profesional.

Estoy bien. *Estoy bien*. Ya no puede hacerme daño.

Shane se fija en mí una fracción de segundo después de reconocerlo. Parece tan sorprendido como yo. Quizá más, porque no tenía ni idea de que yo trabajaba aquí. Había estado arrastrando los grilletes, pero cuando me ve, se detiene en seco y se queda con la boca abierta.

—Vamos. —Hunt le da un empujón para que se mueva de nuevo—. No tenemos todo el día, Nelson. Muévete.

Siguen caminando hasta llegar a la sala de reconocimiento, donde se detienen bruscamente. Los ojos marrones de Shane se llenan de dolor cuando se cruzan con los míos.

—Hola, soy Brooke —digo con rigidez. Me siento un poco ridícula presentándome al hombre con el que perdí la virginidad, pero aquí estamos.

Antes de que Shane pueda abrir la boca, Hunt grita: —Este es Shane Nelson. Herido en el patio en la frente.

—De acuerdo. —Mi voz suena extrañamente calmada considerando que mi corazón está dando saltos—. Entre, señor Nelson.

Shane de nuevo parece congelado en su lugar. Hunt tiene que darle otro empujón para que vuelva a moverse.

Subir a la mesa de reconocimiento es difícil, ya que tiene las muñecas y los tobillos encadenados. He visto a Hunt ayudar a otros hombres en esta posición antes, pero no hace nada para ayudar a Shane. Le lleva unos cuantos intentos, pero Shane consigue subirse a la mesa.



Una vez que Shane está situado, Hunt sale de la sala de reconocimiento. Empiezo a cerrar la puerta tras él, pero levanta una mano para impedir que se cierre.

—Hay que mantener la puerta abierta con éste —dice Hunt.

Miro a Shane, que está sentado en mi mesa de exploración, con la cabeza gacha y las muñecas y los tobillos atados. He sentido punzadas de miedo ante algunos de los reclusos, pero ahora no. A pesar de lo que sé que es capaz de hacer.

—Estaré bien —digo, esperando no arrepentirme de mis palabras.

Hunt mantiene la mano en la puerta, impidiéndome cerrarla. Nuestras miradas se cruzan y, por un momento, estoy segura de que va a entrar a empujones. Pero entonces suelta la puerta. —Estaré fuera —me dice—. Si tienes algún problema, dame un grito.

—Estaré bien —vuelvo a decir. Pero no cierro la puerta del todo. La mantengo entreabierta sólo un poco.

Ahora Shane y yo estamos solos en la sala de reconocimiento. Es la primera vez que estamos juntos a solas desde que él... bueno, no necesitamos revivir esa noche. Su aspecto es diferente al que tenía cuando tenía diecisiete años. Diferente e igual. Lleva el cabello mucho más corto, cortado a un palmo del cráneo, y su rostro tiene una dureza que antes no tenía.

Odio que siga siendo tan guapo como entonces.

Odio aún más lo mucho que se parece a mi hijo.

Por un momento, los dos nos miramos fijamente. Sus ojos están llenos de veneno. No sé por qué está tan enojado. Si fuera por él, estaría muerta. Supongo que está enfadado porque dije la verdad en ese tribunal.

—Hola —digo con la voz más llana y carente de emoción que puedo reunir.

Shane no levanta la mirada. —Hola.

Me cuadro de hombros. Esto era lo que temía cuando acepté este trabajo. Y ahora aquí estoy, y sólo tengo que lidiar con ello. Me ocuparé de su lesión como una profesional y lo enviaré de vuelta a casa.

—¿Cómo estás? —le digo.

Ante mi pregunta, levanta la cabeza y me mira fijamente. —Bueno, Brooke, estoy pasando mi vida en prisión por algo que no hice, así que ¿cómo diablos crees que estoy? No estoy genial.

Le devuelvo su mirada hirviente. —Me refería a tu cabeza.

—Oh. —Levanta una mano encadenada para tocarse el vendaje de la frente—. Eso tampoco está muy bien.





Introduzco las manos en un par de guantes de látex azul. Cruzo la pequeña habitación para echarle un vistazo a la frente. Esto es lo más cerca que he estado de él en mucho tiempo, excepto en mis pesadillas. Hace una década, la idea de estar tan cerca de él me habría erizado la piel. Pero ahora puedo soportarlo. Soy más fuerte que antes. Este monstruo no sacará lo mejor de mí.

La última vez que estuve así cerca de Shane, llevaba un aftershave que olía a sándalo. Si cierro los ojos, aún puedo casi imaginar ese aroma profundo, amaderado pero floral. Ya no soporto ese olor. Una vez tuve una cita con un chico que llevaba una colonia de sándalo, y no volvería a salir con él nunca más. Esquivé sus llamadas en lugar de explicarle por qué.

Retiro la cinta adhesiva de la herida de su frente, sin molestarme en ser tan delicada como lo sería normalmente. Tiene muy mal aspecto. A pesar del vendaje, sigue sangrando mucho. Definitivamente, necesita puntos. También tiene lo que parece el principio de un ojo morado en el mismo lado.

—¿Cómo ha pasado esto? —pregunto.

—Me topé con la valla.

Levanto las cejas. —¿En serio?

Me mira fijamente, retándome a que le pregunte más. —Así es.

—Porque parece que alguien te hizo esto.

—Si alguien me *hubiera* hecho esto —dice—, y lo hubiera delatado, la próxima vez, lo que me hicieran sería peor. Así que menos mal que esto pasó por chocar contra la valla.

Ahora me doy cuenta de que tiene otras cicatrices en el rostro. Tiene una cicatriz en la otra ceja y otra a lo largo de la mandíbula, casi oculta por la barba de la barbilla. También tiene una larga cicatriz blanca en la base de la garganta.

Por alguna razón, pienso en Josh. En los otros niños que lo acosaban en la escuela y le ponían un ojo morado como el que tiene Shane ahora. Shane, que también creció sin padre. Y siento una punzada de...

Bueno, simpatía no. Nunca sentiría simpatía por un monstruo como este. Alguien capaz de hacer lo que hizo.

—Shane —digo—, si alguien te está pegando...

—Basta, Brooke. —Su voz es firme—. Sea lo que sea lo que crees que estás intentando hacer, para. Sólo cóseme y déjame volver a mi celda, ¿de acuerdo?

—Bien.





Tiene razón. No puedo hacer nada para ayudarlo, aunque quisiera, y *no quiero*. Mi trabajo es coserlo y llevarlo de vuelta a su celda, como él dijo. Y eso es todo lo que voy a hacer.

Puedo manejarlo.

Dejo a Shane solo en la habitación mientras voy a por material de sutura. Todo lo que necesito está en la sala de suministros excepto la lidocaína para adormecerlo. Como es un medicamento, necesitaré que Dorothy lo dispense. Así que vuelvo a su despacho, donde de nuevo se toma su tiempo para decirme que pase.

—¿Ya has acabado? —me pregunta.

Aprieto los labios. —Necesito suturar una laceración en la frente. Necesito lidocaína.

—Estamos todos fuera.

Parpadeo al verla. —¿Perdona?

Se encoge de hombros. —Llevamos una pequeña cantidad de anestésico, pero en este momento, estamos fuera de stock.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer?

—Cóselo sin él.

Se me tensa la mandíbula. ¿Qué le pasa a esta mujer? Estos hombres son seres humanos. ¿Cómo puede ser tan arrogante con su salud? Tengo más razones para odiar a Shane Nelson que a nadie aquí, y tal vez debería estar feliz por una oportunidad de torturarlo un poco después de lo que me hizo, pero incluso yo creo que merece ser tratado con dignidad. —Es inhumano.

Dorothy levanta los ojos hacia el cielo. —No seas tan dramática, Brooke. Son unos cuantos pinchazos. Estoy segura de que no le importará. O puedes pegarlo si quieres.

Esta laceración es demasiado sucia para el pegamento, pero a Dorothy no le importan mis protestas. Y si me dice que tengo que volver a resolver problemas, voy a gritar. Aunque aparentemente eso es lo que tengo que hacer.

Vuelvo a la sala de reconocimiento, donde Shane sigue sentado en la camilla con la herida abierta en la cabeza. Levanta la vista cuando entro, y gran parte de la ira que vi en su rostro cuando nos miramos por primera vez se ha disipado. Tal vez no esté tan furioso conmigo como creía, aunque haya sido mi testimonio el que le ha metido aquí. Todos estos años, imaginé que estaba sentado en una celda, tatuándose amenazas de muerte contra mí en su cuerpo, pero no parece tan enojado. Sólo... bueno, algo triste. Golpeado.

—Esta es la situación —le digo—. Tengo el material de sutura, pero nos hemos quedado sin lidocaína. Así que...





—Está bien —me interrumpe Shane antes de que pueda decirle sus opciones—. Cóseme sin él.

—¿Seguro? Porque...

—Sí, está bien. Siempre se les acaba la lidocaína.

No parece inmutarse en absoluto. Me pregunto qué sintió cuando le suturaron sin lidocaína esa larga cicatriz dentada en la base de la garganta.

—De acuerdo —digo. Acabemos con esto—. Voy a necesitar que te acuestes.

Intenta inclinarse hacia atrás, pero le resulta difícil con las muñecas atadas. Empieza a resbalar sobre la mesa e, instintivamente, le pongo una mano en la espalda para ayudarlo a bajar.

Lo toqué. Después de todos estos años, volví a tocar a Shane Nelson.

Espero la oleada de repulsión. Odio a este hombre: he tenido pesadillas con él durante años. No sería exagerado decir que me arruinó la vida, y si fuera por él, ni siquiera tendría vida.

Pero la repulsión no llega. Tocar el hombro de Shane no se siente diferente a tocar a cualquier otra persona. Supongo que realmente lo he superado, todos estos años después.

Ya era hora. Estoy orgullosa de mí misma.

Preparo el material de sutura mientras Shane me observa. No parece muy nervioso por el hecho de que vaya a coserle la frente sin anestesia. Yo sí que lo estaría. Nunca me habían puesto puntos, salvo los que me dieron después del parto.

—Este debe ser tu sueño, ¿eh? —dice—. Conseguir clavarme una aguja sin anestesia.

—Intenté conseguirlo —digo a la defensiva.

—Estoy seguro.

—Lo hice. —Me giro para fulminarlo con la mirada—. No soy como tú, no disfruto haciendo daño a la gente.

—Bueno —dice—, no es como si pudiera culparte después de lo que crees que te hice.

Hay algo en sus ojos que no puedo interpretar. Es suficiente para hacerme apartar la mirada.

—Así que ahora eres enfermera, ¿eh? —dice—. Bien por ti.

—Gracias —digo con rigidez.

—Yo... —Una comisura de sus labios se levanta—. Obtuve mi GED mientras he estado aquí. Y he sido tutor de otros reclusos para que pudieran hacer lo mismo.





Lo dice casi como si intentara impresionarme, como hacía cuando lanzaba un pase al otro lado del campo de fútbol y miraba en mi dirección para asegurarse de que lo veía.

—Oh —digo, porque no sé qué más decir.

—No importa —murmura—. No sé por qué pensé que querías saberlo.

Limpio la laceración con agua estéril antes de coserla. Tiene que ser doloroso, pero Shane apenas se inmuta. Preparo la aguja para dar la primera puntada. —Va a ser un pequeño pinchazo —le advierto.

—Hazlo.

He cosido a mucha gente durante mi estancia en urgencias. He visto llorar a hombres adultos, incluso con la lidocaína para adormecer la zona. Shane hace un leve gesto de dolor cuando le clavan la aguja, pero nadie puede decir que no se lo toma como un hombre.

—Así que —dice mientras doy la primera puntada—. No estás casada, ¿eh?

Mis dedos se congelan en la aguja. —¿Perdón?

Empieza a encogerse de hombros, pero luego se lo piensa mejor con la aguja aún clavada en la piel. —No tienes anillo. Y he oído a algunos de los chicos hablar de la nueva enfermera que también está soltera.

—Eso no es asunto suyo.

—Oye, tú fuiste la que debió decirle a uno de ellos que no estás casada.

Tiene razón, por supuesto. Lo primero que Dorothy me advirtió fue que no compartiera información personal, pero me descuidé. Para ser justos, muchos de estos hombres no parecen criminales. Sólo parecen viejos inofensivos.

—Y tienes un hijo —añade.

Ahora sí que voy a vomitar. Soy una idiota. ¿Qué se supone que debo decir cuando un paciente me pregunta si tengo un hijo? ¿*Que no es asunto suyo*? Bueno, probablemente esa sea la respuesta correcta, pero es difícil no hablar de mi hijo cuando estoy lejos de él todo el día. Estoy aprendiendo esta lección por las malas.

—En fin, enhorabuena —dice Shane. No hay amargura ni enojo en su voz, lo cual es un alivio—. ¿Cuántos años tiene?

Me acobardo ante esta pregunta. Como Tim, no es estúpido. Si le digo que tengo un hijo de diez años, se dará cuenta. Pero a diferencia de Tim, no tiene forma de averiguar la verdad por sí mismo. —Tiene cinco años.

Se estremece ligeramente cuando la aguja vuelve a atravesar su piel. —Siempre quise tener hijos. Supongo que eso nunca va a suceder.

No respondo a eso. Me limito a atar la sutura en silencio.





—No puedo creer que vuelvas a vivir aquí —comenta—. Me imaginaba que te habrías ido para siempre. Excepto quizá para visitar a tus padres.

—Mis padres murieron en un accidente de auto —suelto. No debería haberle dado más información, pero parece la cosa más inocua que le he contado. Quiero que sepa que he tenido otras tragedias en la última década en las que él no ha estado implicado. Que lo que él hizo no ha definido mi existencia.

Frunce el ceño. —Lo siento mucho, Brooke.

—Está bien —murmuro—. No éramos íntimos.

No puedo explicarle por qué mi relación con mis padres se vino abajo. En parte, estaban furiosos porque los había desafiado y había salido con Shane en primer lugar. Que les hubiera mentido y hubiera ido a su casa, lo que casi acabó con mi vida. Pero lo que los enfurecía -lo que nunca podrían perdonarme- era que, cuando me enteré de que estaba embarazada, decidí que quería quedármelo. No me arrepiento de haberlo hecho, pero el amor de mis padres por Josh siempre fue reservado. Incluso cuando Josh formaba parte de la familia, dejaron claro que pensaban que yo había cometido un error. Mi hijo era un error y una vergüenza, el hijo de un monstruo.

Y eso es lo que no podía perdonarles. Es la razón por la que finalmente los saqué de mi vida...

—Mi madre también murió hace un par de años —dice Shane.

Ato otra sutura. —Siento oír eso.

Lo digo en serio. Shane estaba muy unido a su madre... después de que su padre se fuera, sólo estaban ellos dos. Si ella se ha ido, eso significa que él no tiene a nadie.

Me sostiene la mirada un momento. —Murió creyendo que yo había matado a esa gente.

Me tiembla la mano con la que agarro la aguja, a punto de perderle la piel. *Pero mataste a esa gente.* Quiero decirlo, pero sería poco profesional. Y no tiene sentido. A pesar de todas las pruebas, Shane nunca admitiría lo que hizo esa noche.

Pero no importa. Shane es culpable. Yo estaba *allí* esa noche. Si fuera por él, ahora estaría muerta.

Nunca podré olvidarlo. Y nunca lo perdonaré.



INMATE

Capítulo 9

Once Años Antes

La granja donde viven los Nelson está a un kilómetro y medio de la carretera principal.

Está en un camino de tierra. Uno que te perderías si no supieras exactamente dónde está. Shane me contó que cuando estaba en la escuela primaria, el autobús escolar no recorría ese kilómetro y medio extra por el camino de tierra hasta la granja. Todas las mañanas tenía que caminar ese kilómetro y medio para llegar a la parada del autobús, y luego otro kilómetro y medio para volver a casa por la tarde. Aunque hubiera medio metro de nieve en el suelo.

Me sentí culpable cuando Shane me lo contó. Después de todo, el autobús escolar solía parar justo delante de mi puerta. Caminaba exactamente cuatro metros para llegar de mi puerta al autobús por la mañana, y aún solía quejarme por ello. Y Shane caminaba un *kilómetro y medio*. Pero no me lo dijo para hacerme sentir mal. Simplemente me lo dijo con la naturalidad con la que siempre me cuenta las cosas de su vida.

—¿Estás segura de que la madre de Shane no está? —pregunta Chelsea mientras los neumáticos de su Escarabajo resbalan en el camino de tierra. Aún no ha empezado a llover, pero el aire se ha convertido en una fina niebla.

—Sí. Me mandó un mensaje diciendo que se había ido.

La señora Nelson es simpática. Las veces que he estado en su casa, siempre ha sido amable conmigo de una manera que mis padres nunca serían amables con Shane. Pero no es tan amable como para estar de acuerdo con que seis adolescentes al azar pasen la noche en su casa. Especialmente desde que Brandon seguramente trajo alcohol.

La granja donde vive Shane parece haber vivido tiempos mejores. Puede que una vez fuera de un rojo brillante, pero ahora la pintura se ha desgastado hasta quedar prácticamente blanca en algunas partes y sólo madera desnuda en otras. El tejado está torcido y cubierto de musgo, y parece que una fuerte tormenta podría arrancarlo fácilmente. Los marcos de las ventanas también parecen un poco torcidos, como si quien construyó la granja no estuviera muy seguro de cómo montarlo todo correctamente, pero lo intentara con todas sus fuerzas.



Cuando Chelsea se detiene junto al Chevy de Shane, la puerta de la granja se abre de golpe. Shane aparece en la puerta y se le iluminan los ojos. Saluda con la mano. —Vamos. Antes de que empiece a llover.

Agarro la mochila y salgo del auto dando un portazo. Miro al cielo y las nubes parecen pesadas, a punto de abrirse en cualquier momento. Me abro paso por el camino de tierra hasta la puerta principal con la mochila al hombro. Shane me la quita cuando llego a la puerta.

—Déjame a mí, Brooke —dice con una sonrisa.

—¡Qué caballero! —declara Chelsea. Le lanza una mirada mordaz a Tim y él, obediente, le tiende el brazo a Kayla, que deposita en sus brazos su gigantesca bolsa de viaje. Lo juro por Dios, esa chica ha metido en la maleta cosas para un mes.

Cuando entramos en casa, cierro la puerta mosquitera. Aunque he visto a Shane arreglar esa puerta con mis propios ojos, parece que siempre se sale de las bisagras. Sospecho que hay que cambiarla entera, pero no tiene dinero. La señora Nelson ya tiene dos trabajos de salario mínimo y necesitan el sueldo de Shane en la pizzería sólo para pagar el alquiler y la comida.

Al girar la cerradura de la puerta principal, Shane me agarra y tira de mí para darme un beso. Me derrito como siempre. Y esta noche huele bien. No es que no huela siempre bien, pero esta noche huele especialmente bien. Es ese aftershave que usa a veces.

—Me encanta tu aftershave —murmuro.

—Tiene aroma de sándalo.

Frunzo el ceño. —¿Qué es el sándalo?

—No lo sé. ¿La madera con la que haces las sandalias?

—Así que básicamente, ¿huelas a pies?

Se ríe. —Oye, tú eres la rara a la que le gusta...

Shane vuelve a besarme, pero cuando me aparto, tengo una sensación incómoda. Una sensación punzante en nuestra espalda. Como si alguien me estuviera observando.

Vuelvo la cabeza. Tim está al otro lado de la habitación, mirándonos, con una expresión ilegible en el rostro. Pero cuando nuestros ojos se cruzan, aparta rápidamente la mirada. Menos mal, porque no me gustaría que Shane supiera que nos está mirando así.

—Así que —dice Shane—, trajiste a Tim, ¿eh?

Hay desaprobación en los ojos oscuros de Shane. Tim odia a Shane, pero tampoco es que Shane sea un gran admirador de Tim. Necesito cambiar eso.





—Es un buen tipo —digo, un poco a la defensiva.

—Hmm.

—Además, Chelsea trajo a Kayla por él. Para, ya sabes...

Shane se queda callado un momento. —De acuerdo —dice—. Está bien. Tenemos tres dormitorios de todos modos.

Dejo escapar un suspiro de alivio. Shane no suele alterarse demasiado por las cosas, pero nunca se sabe. Después de todo, solo llevo tres meses saliendo con él. Todavía hay tiempo de sobra para que salga su lado oscuro. Pero hasta ahora, no lo he visto. A pesar de las ominosas advertencias de Tim.

—¡Hola, Reese! —Shane levanta una mano en señal de saludo—. Me alegro de que hayas podido venir.

Me pongo el collar de copos de nieve en la garganta mientras Shane se acerca a Tim. Shane hace un esfuerzo porque sabe que Tim es importante para mí, y se lo agradezco. Los dos empiezan a hablar y parece que lo hacen amistosamente. No oigo lo que dicen: Shane habla en voz baja y Tim responde en un tono igual de bajo. Intento oírlos por encima del sonido de Chelsea y Kayla, que charlan a unos metros de mí, pero es inútil. Hablan demasiado bajo.

Pero no importa lo que digan. No están peleando, y eso es todo lo que importa.

Considero la posibilidad de unirme a ellos, pero antes de que pueda seguir pensándolo, la puerta de la cocina se abre con un fuerte crujido. Brandon irrumpe en la habitación con dos cajas de pizza en una mano y una botella de vodka en la otra.

—¿Listos para pasarla bien? —grita.

Shane levanta la cabeza al oír la voz de Brandon. Se aleja de Tim como si lo hubiera pillado haciendo algo ilícito y se dirige hacia la pizza y el vodka. La conversación que estaban teniendo parece haber terminado.



Capítulo 10

Día Presente

Termino de suturar el resto de la laceración de Shane en silencio. No me hace más preguntas, y se lo agradezco. Nunca debí contarle nada de mi vida. Fue un error. Me desconcertó volver a verlo. Es como si todo se precipitó de nuevo. Lo bueno de nuestra relación y lo malo del final.

—Todo listo. —Le ato la última sutura y le froto la frente para limpiarle la sangre—. Como nuevo.

—Si...

—¿Necesitas algo para el dolor?

Hace una mueca. —No, gracias. Si pido analgésicos, me tacharán de drogadicto.

Tiene razón. Cada vez que un preso me pide analgésicos, se me encienden las alarmas. Después de todo, la última enfermera que trabajó aquí fue arrestada por vender narcóticos. Aun así, Shane tiene una laceración importante en la cabeza que suturé sin anestesia. No sería terrible que pidiera analgésicos. Pero es su decisión.

—De todos modos —digo—, traeré al oficial Hunt para...

—¡Espera! —La voz de Shane es baja pero urgente—. Espera, Brooke. Escucha, necesito decirte algo.

Mis ojos vuelan en dirección a la puerta. Hunt espera al otro lado, por si lo necesito. —Shane, no puedo...

—No. No. Por favor, sólo escúchame, ¿de acuerdo?

Sacudo la cabeza. —No puedo. No es una buena idea.

—Sólo necesito que sepas... —su voz suena de pronto ronca—, que no fui yo quien intentó matarte, Brooke. Te lo juro. Te lo juro por mi vida.

Doy un paso atrás de la mesa. —Yo estaba allí. Sé que fuiste tú.

—Eso no lo sabes. —Aprieta los dientes—. Yo no hice nada. Ese imbécil de Reese me noqueó con un bate de béisbol, y lo siguiente que supe fue que la policía me estaba sacudiendo para despertarme y diciéndome que estaba arrestado.

—Shane —siseo—. Detén esto *ahora mismo*.



—Nunca te habría hecho daño, Brooke. —Sus ojos son grandes y serios, y se parece tanto al chico de diecisiete años del que me enamoré—. Llevo diez años queriendo decirte eso. Tienes que creerme. Nunca habría hecho algo así. No podría. Te *amaba*.

Mi mano derecha se cierra en un puño. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a mentirme así a la cara? —¿Crees que soy idiota? —digo en voz lo suficientemente baja como para que Hunt no me oiga.

—Brooke...

Lo que Shane vaya a decir a continuación se ve interrumpido por los golpes de Hunt en la puerta de la sala de reconocimiento. Sin esperar respuesta, asoma la cabeza. —¿Ya terminaste?

—Sí —me ahogo—. Hemos terminado.

Ayudo a Shane a sentarse de nuevo en la mesa. Ahora tiene que bajarse de la mesa, lo que es un reto con los tobillos encadenados. Lo hace con cuidado, intentando no caerse. Hunt lo observa, con los labios torcidos hacia abajo.

—Date prisa, pedazo de mierda —le espeta Hunt.

Miro sorprendida al guardia. Hunt no es precisamente una imagen de la compasión con estos prisioneros, pero es bastante educado. Es la primera vez que lo oigo insultar a uno de ellos. Y cuando Shane por fin se pone en pie, Hunt lo empuja hacia delante con mucha más brusquedad de la necesaria.

¿Por qué lo odia tanto Hunt? ¿Qué hizo Shane para provocar ese tipo de respuesta?

Los dos salen de la sala de reconocimiento. Veo cómo Hunt se lleva a Shane por el pasillo con las luces fluorescentes parpadeantes, de vuelta a su celda. Cuando llega a la mitad del pasillo, Shane gira brevemente la cabeza para mirarme.

Me toco la garganta. A veces aún me despierto por la noche, cubierta de sudor, con el recuerdo del collar apretándose alrededor de mi tráquea todavía fresco en mi mente. Fue hace mucho tiempo, pero aún puedo sentirlo como si fuera ayer. Podía sentir los eslabones del collar de oro clavándose en mi cuello, podía oler el aftershave de sándalo de Shane haciéndome cosquillas en la nariz y podía sentir su aliento caliente en mi cuello.

Pero hay una cosa que no puedo hacer. No puedo ver su rostro.

Nunca vi el rostro del hombre que intentó matarme. Esa noche no había electricidad y todo estaba muy oscuro. Pero conocía a Shane muy bien. Conocía el tacto de su cuerpo. Su olor. Sabía que era él.

Tenía que serlo.

Porque si no fue él, he cometido un terrible error.





Capítulo 11

Durante todo el viaje de vuelta a casa desde la penitenciaría de Raker, no pude dejar de pensar en Shane. Realmente creí que nunca lo volvería a ver después de su sentencia. Nunca pensé que volvería a estar a centímetros de su rostro.

Después de la visita, Hunt me trajo el historial de Shane. Esta vez tenía permiso para ojearla sin sentirme culpable. Era bastante escueta, lo que tenía sentido dado que Shane aún es joven y goza de buena salud. La mayoría de las anotaciones eran por lesiones, probablemente sufridas a manos de otros reclusos.

La última nota la escribió mi predecesora, Elise. Shane había acudido a ella quejándose de dolor abdominal. Ella le había recetado medicación para el reflujo ácido, pero al final de la página escribió: “Manipulador, busca drogas”. Y había subrayado la palabra “manipulador”.

No estoy segura de estar de acuerdo con esa valoración. Incluso le ofrecí analgésicos a Shane y no quiso tomarlos. Pero ver esas palabras escritas en su historia clínica me inquietó.

Justo cuando entro en casa, mi teléfono suena en el bolso. Me ha llegado un mensaje de texto mientras conducía. Rebusco entre un número sorprendente de pañuelos sueltos en el bolso -nunca se tienen demasiados pañuelos cuando se tiene un hijo pequeño- antes de tomar el teléfono.

Hola, soy Tim Reese. Conseguí tu número del directorio de padres. Espero que no sea demasiado aterrador.

A pesar de todo, tengo que sonreír. Tim es muchas cosas, pero no es aterrador. Pero si me buscó en el directorio de padres, debe haberse dado cuenta de que Josh no es un niño de jardín de infantes. E inexplicablemente, sigue queriendo hablar conmigo.

Solo un poco aterrador.

Me contesta casi al instante:





Así que estaba pensando, el café por la noche sólo va a mantenernos despiertos. ¿Qué tal si nos tomamos una copa una noche esta semana?

Una bebida. Eso es un poco más serio que el café. Eso es un tipo de cita. ¿Quiero eso?

No tengo ni idea. Pero sí sé que si hay un tipo en el que puedo confiar para que se retire si lo necesito, ese es Tim. Y no he socializado fuera del trabajo en mucho tiempo. Tal vez debería permitirme un poco de pásalo bien por una vez. ¿No me lo merezco?

Deja que lo compruebe con la niñera y te llamaré.

Cualquier sentimiento negativo del trabajo de hoy y el shock de ver a Shane después de tantos años (y saber que tendré que volver a verlo dentro de una semana para quitarle los puntos) se desvanecen mientras contemplo una noche de fiesta con Tim. Será agradable volver a salir con él. Mientras crecía, Tim siempre fue mi persona favorita en todo el mundo.

Me siento mal por haberlo dejado de lado durante casi once años. Pero no tenía elección.

Entro en casa, y esta vez Josh no viene corriendo cuando lo llamo por su nombre. Lo tomo como una buena señal. Si fuera pegajoso, sería peor. Pero ya lleva unos días de clase y parece más seguro de sí mismo.

Llego a la cocina, donde Margie está sacando del horno otro de sus deliciosos brebajes. Parece una especie de lasaña. Está burbujeando cuando la deja sobre la encimera.

—Hola, Margie —le digo—. Eso se ve muy bien. Aunque no tienes que cocinar todas las noches.

—Me gusta —dice—. Cuando mis hijos crecían, todas las noches les preparaba comida casera. La comida casera previene el cáncer.

No estoy tan segura de eso, pero no voy a decir nada más para disuadirla de que cocine para nosotros. Estoy obscenamente agradecida de que lo haga.

—Escucha —le digo—, ¿crees que podrías cuidar a Josh una noche esta semana? Iba a salir a tomar algo con un amigo. No debería tardar mucho.

A Margie se le iluminan los ojos. —¿Un amigo o un hombre?





Dios mío. Tenía el presentimiento cuando contraté a esta mujer que iba a ser un poco entrometida. —Sólo una amiga.

—¿Un amigo varón?

—Sí...

—¡Así que es una cita! —Da una palmada—. ¡Eso es maravilloso, Brooke! Una joven soltera como tú *debería tener citas*.

—No es una cita —digo entre dientes—. Es un amigo. Un viejo amigo.

—Lo que tú digas.

No me gusta la mirada cómplice del rostro redondo de Margie. —No es una cita.

—Bueno, ¿por qué no? —Me parpadea—. ¿Es feo? Los hombres feos son buenos en la cama, ya sabes.

Oh, *Dios*. —Margie...

—Sólo digo —dice—, que no hay nada malo en tener una cita. No tienes que sentirte mal por ello.

Por extraño que parezca, ha dado en el clavo. Ya siento que estoy muy ocupada, entre el trabajo y la maternidad. —No siento que sea justo para Josh que yo esté saliendo.

—No pienses así —dice ella—. A ese niño le vendría bien un padre.

Me erizo ante su comentario, me ha tocado la fibra sensible. Siempre he tratado de ser suficiente para Josh. Madre y padre. Pero veo ese anhelo en sus ojos cuando estamos en el parque y vemos a un niño jugando con su padre.

—¿Mañana está bien? —le pregunto a Margie.

—Por supuesto —dice—. Y quédate hasta tan tarde como quieras. Josh y yo haremos galletas de chocolate.

Una parte de mí quiere olvidarse de Tim y quedarse en casa haciendo galletas de chocolate con Margie y Josh. Pero Margie tiene razón. Merezco salir una noche para pasarla bien. Así que en cuanto Margie se va, le envío un mensaje de texto:

Mañana por la noche, ¿de acuerdo?

Tim responde un segundo después:

Lo tienes.





Capítulo 12

Once Años Antes

Vamos a jugar Yo Nunca. Chelsea hace la declaración después de que todos tengamos un par de trozos de pizza en la barriga, y Brandon nos haya preparado a todos copas de algo llamado “destornilladores”. Al parecer, son una mezcla de vodka y zumo de naranja, y saben a decapante.

Nos hemos reunido en el salón, sentados en parejas alrededor de la desvencijada mesa de centro. Shane y yo estamos apretujados en el pequeño sofá de dos plazas. Todos los demás se amontonan en el viejo sofá, que eructó un montón de plumas extraviadas cuando se sentaron. Tim está junto al reposabrazos y Kayla está tan pegada a él que sus muslos están encajados. Chelsea tiene las piernas sobre el regazo de Brandon y están muy acaramelados, aunque Chelsea me ha confesado que está harta de que la engañe y que va a romper con él después del próximo gran partido.

—¿Qué es Yo Nunca? —pregunto.

Chelsea se agarra el pecho sorprendida por mi ingenuidad. —Brooke, ¿en serio?

Me encojo de hombros, intentando ignorar el calor que siento en las mejillas. No tengo tanta experiencia en beber o salir de fiesta como mis amigos o mi novio. Esta es solo la segunda vez que bebo alcohol y nunca antes me había emborrachado. Para ser justos, mis padres apenas me dejaban salir a principios de curso porque estaban aterrorizados después de que encontraran muerta a esa chica, Tracy Gifford.

—Es muy sencillo —explica Chelsea—. Yo digo algo que no he hecho nunca, y cualquiera del círculo que lo *haya* hecho tiene que tomar un trago. Por ejemplo, si digo: “Nunca he sacado un cien en un examen de matemáticas”, entonces ustedes dos, sabiondos —nos mira a Tim y a mí—, tienen que tomarse una copa. ¿Entendido?

Brandon pasa una de sus grandes manos por la curva del muslo de Chelsea. —No es exactamente ciencia espacial.



—Claro —digo—. Me parece bien. —Aunque me aterra que este juego vaya a revelar mi vergonzosa falta de experiencia con casi todo. Lo mejor que puedo decir es que no tengo secretos.

Bueno, no muchos.

—Hola. —Kayla mira su teléfono—. No tengo señal, Shane. ¿Qué está pasando?

—Oh. —Shane mira por encima del hombro hacia la ventana, donde llueve a cántaros—. Lo siento, la señal aquí es irregular. Se corta por completo cada vez que hay algún tipo de tormenta. Pero tenemos un teléfono fijo si necesitas hacer una llamada.

Kayla refunfuña en voz baja y golpea el teléfono contra la mesita. Pero se recupera rápidamente y sonríe dulcemente a Tim. Ahora que no la distrae el móvil, concentra toda su energía en él.

Y esa idea no me hace especialmente feliz.

Brandon se frota las manos. —Yo iré primero. Pero va a ser difícil que se me ocurra algo que nunca he hecho.

Los ojos de Tim se cruzan con los míos durante una fracción de segundo y los desvía hacia el cielo. Tengo que reprimir una risita. Chelsea cree que Brandon está bueno y que es un pez gordo en el equipo de fútbol, pero la verdad es que no lo soporto.

—Ya lo tengo. —Brandon levanta el vaso de papel que contiene su destornillador—. Nunca... me han dejado. Qué puedo decir... las chicas me aman.

Chelsea y Kayla brindan por eso. Tim y yo no bebemos. Shane es mi primer novio de verdad, así que nunca antes había tenido la oportunidad de que me dejaran. Miro a Shane y él tampoco bebe. Interesante. Este juego va a ser definitivamente una oportunidad para aprender un poco más sobre mi novio.

Damos una vuelta alrededor del círculo, recitando nuestras cuasi confesiones. Kayla nunca se ha bañado desnuda, pero para mi horror, Chelsea sí (con Brandon, al parecer). Shane nunca ha copiado en un examen, y nadie más va a admitir ese honor tampoco. Yo admito que nunca he usado un carné falso, y Brandon brinda con ganas por ello. Shane no lo hace, y me siento un poco aliviada: quizá no sea tan salvaje como yo pensaba.

—Yo tengo uno. —Chelsea tiene una sonrisa malvada en sus labios brillantes, que ya han manchado el borde de su taza—. Nunca he besado a mi vecino.

Nos mira a Tim y a mí mientras lo dice. Tim me mira y sus cejas se levantan un milímetro. Niego con la cabeza, también un milímetro. Ninguno de los dos bebemos.

A Chelsea se le cae la cara. —Mentirosos —dice en voz baja.





Tiene toda la razón. Estamos mintiendo. Tim y yo nos besamos una vez, pero fue hace mucho tiempo. Fue, de hecho, mi primer beso. Pero no fue un beso de verdad.

Ocurrió el verano anterior al comienzo del instituto. Tim y yo estábamos en mi habitación y yo me lamentaba de empezar el instituto sin haber besado nunca a un chico. Tim admitió que a él le pasaba lo mismo, y entonces se le ocurrió la brillante idea:

Deberíamos practicar entre nosotros.

Pensaba en él como en un hermano, pero no había nada objetable en él. Era guapo. Así que sin mucha persuasión, acepté.

Menos mal que decidimos practicar juntos, porque el primer beso fue muy incómodo. No sabía qué hacer con las manos, no estaba segura de si debía mantener los ojos abiertos o cerrados y no sabía muy bien dónde tenía que meter la nariz. Y cuando nuestros labios entraron en contacto, no sabía qué hacer con la lengua. ¿Debería metérsela en la boca? Eso sería raro, ¿no? ¿Pero sería aún más raro no besar con lengua? Fue Tim quien finalmente me deslizó suavemente un poquito de lengua. Y fue muy agradable, una vez que me acostumbré.

Después de veinte minutos, parecía que le estábamos agarrando el truco a esto de besarnos. Y, por supuesto, ese fue el momento exacto en que mi madre decidió irrumpir sin llamar. También fue la última vez que nos dejaron estar en mi habitación a solas con la puerta cerrada, aunque yo seguía explicando que solo estábamos practicando.

Tim y yo nunca hablamos de ello. Es como si nunca hubiera pasado. Después de todo, sólo estaba practicando.

Ahora que nuestro pequeño secreto sigue a salvo, es el turno de Tim. En un momento dado, vi cómo la mano de Kayla se deslizaba por su pierna, pero no sé qué pasó porque ya no está ahí. Tim medita su confesión, mirando el líquido anaranjado de su vaso de papel. Finalmente, dice: —Nunca había pegado tanto a un chico que tuviera que ir al hospital.

Brandon se echa a reír. Levanta la taza y da un largo trago a ese horrible destornillador. Luego le da un codazo a Shane. —Toma un trago, Nelson.

Shane se retuerce a mi lado. Mientras lo miro fijamente, levanta despacio el vaso de papel y bebe de él.

—¿Shane? —yo digo.

Brandon bebe otro trago, aunque no hace falta. —No fue para tanto. Sólo fue ese pervertido bobo, Mark. Y se lo merecía.

Tim arquea una ceja. —¿Se lo merecía?





—Lo oímos hablar de la madre de Shane —dice Brandon—. Le dijo a algunos de sus amigos raros que piensa que está *buena*. Ha estado comprando demasiados productos enlatados en la tienda donde ella trabaja, si sabes a lo que me refiero.

Miro a Shane y veo un destello de ira en sus ojos, pero no dice nada.

—El tipo es un bicho raro —continúa Brandon—. Sabes que siempre está intentando espiar en el vestuario de las chicas, ¿verdad?

Chelsea le golpea en el brazo. —Son unos imbéciles. ¿Lo saben?

No puedo dejar de mirar a Shane. El destello de ira se ha desvanecido y ahora agacha la cabeza. Sabía que era una especie de chico salvaje en la escuela media, pero ahora esperaba que después de unirse al equipo de fútbol, mantuviera su nariz limpia. Pero tal vez Tim tiene razón. Tal vez sea un matón.

—De todas formas sólo fue una costilla rota —dice Brandon—. Ni siquiera pasó la noche.

—Oh, ¿eso es todo? —replica Tim—. ¿Sólo una costilla rota?

Los ojos de Brandon parpadean cuando un relámpago hace brillar su rostro de forma inquietante. Arroja su taza sobre la mesita con tanta fuerza que el líquido anaranjado salpica. —¿Quieres ser el siguiente, Reese?

—Por el amor de Dios, *cállate*, Brandon —gruñe Shane. Se vuelve para mirarme—. Fue una estupidez. Una auténtica estupidez. Acabábamos de perder un partido el día anterior y cuando lo oí decir esas cosas sobre mi madre... quiero decir, es mi *madre... en fin*, yo solo... como he dicho, estábamos siendo estúpidos.

Tim me mira a los ojos. Veo la pregunta escrita en su rostro. *¿Te crees esta mierda?* Tengo que apartar la mirada.

—¿Brooke? —Shane dice.

—Sólo... —Toco mi collar de copos de nieve; mis dedos siempre van allí cuando estoy ansiosa—. No lo vuelvas a hacer.

Después de todo, lo siente. Todo el mundo hace estupideces en el instituto. No puedo esperar que Shane sea perfecto. Seguro que no.

—Muy bien. —Shane se aclara la garganta en voz alta—. Es mi turno otra vez.

Todos nos giramos para mirarlo, con nuestras bebidas preparadas.

—Nunca —dice—, he tenido una cita con Tracy Gifford.

Shane mira fijamente a Tim cuando un trueno sacude la habitación. Tim levanta los ojos y entre ellos se cruza una mirada que no consigo identificar. Todos nos quedamos sentados, con las manos congeladas sobre los vasos de papel. Tracy Gifford es la chica que encontraron muerta en verano. Obviamente, ninguno de nosotros ha tenido una cita con ella.



INMATE

59



Pero entonces Tim levanta su copa. Y bebe un trago.

FREIDA MCFADDEN

THE



Capítulo 13

Día Presente

No puedo creer que después de todos estos años, tenga una cita con Tim Reese.

No, corrección: no es una cita. Sólo vamos a tomar unas copas. Como amigos. Por lo que sé, Tim tiene novia. Después de todo, es guapo y encantador y tiene un trabajo decente. Tim es un buen partido. Parece casi imposible que siga soltero.

Pero tengo la sensación de que sí.

Yo había querido ir en autos separados, pero Tim señaló que salíamos prácticamente de la misma cuadra, así que “por el bien del medio ambiente, deberíamos compartir el auto”. No pude discutir esa lógica. Y no discutí cuando él se ofreció a conducir.

Por eso llevo unos vaqueros pitillo negros y una blusa favorecedora mientras estoy delante de mi casa, esperando a que llegue Tim. No solía maquillarme mucho en el instituto, y no voy a maquillarme mucho ahora. Solo un poco de lápiz de ojos y un poco de pintalabios. No quiero que parezca que me estoy esforzando demasiado.

Un Lincoln Continental blanco se detiene frente a la casa y, antes de que pueda sorprenderme de que sea el auto que conduce Tim, me doy cuenta de que hay una mujer de cabello blanco detrás del volante. Cuando sale del auto, se sube las enormes gafas por el puente de la nariz y se alisa el traje rosa.

—¿Brooke? —Extiende los brazos como si fuera a correr hacia ellos para abrazarme—. ¡Brooke! No puedo creer que seas tú.

La miro sin comprender. —¿Hola...?

—¡Es Estelle! —Me sonrío con los labios rojos brillantes. No era tan sutil maquillándose como yo—. ¡Estelle Greenberg! Hablamos por teléfono.

Me encojo, deseando poder volver al interior de mi casa. Estelle Greenberg es la mejor agente inmobiliaria de Raker. En el testamento de mis padres, destinaron dinero para que Estelle vendiera su casa y me diera los beneficios. Me llamó cuando



estaba de vuelta en la ciudad, asegurándome que ella se encargaría de la venta de la casa y que yo ni siquiera tendría que poner un pie en Raker si no quería.

Se quedó bastante sorprendida cuando le dije que no solo no quería que vendiera la casa, sino que iba a *vivir* allí.

—Oh, Brooke —suspira—. ¡Te recuerdo cuando solo eras *así de alta*!

Levanta una mano a la altura de la cadera para indicarme lo grande que me recuerda. Reprimo las ganas de poner los ojos en blanco.

—Tengo que decírtelo, Brooke —dice—, el mercado inmobiliario está loco ahora mismo. Ni te imaginas el precio que podría conseguirte por esta casa. Suficiente para que te compres el apartamento de tus sueños en la ciudad. Incluso podrías vivir en Manhattan si quisieras.

Una vena me palpita en la sien. —Te lo agradezco, pero no me interesa.

—Sabes, la burbuja inmobiliaria no durará para siempre. Debes ser inteligente acerca de esto.

—Estoy bien —digo con fuerza—. De verdad.

—¿Para qué quieres esa casa vieja y polvorienta?

Estelle fija en mí sus ojos castaños, esperando mi respuesta. No es una pregunta del todo injusta. No es que mis recuerdos más recientes de esta ciudad sean buenos. Pero hubo un tiempo en que *fui* feliz aquí. En cierto modo, pasé los años más felices de mi vida en esta casa. Cuando era joven y despreocupada.

O quizá una parte de mí sigue siendo una adolescente rebelde, que quería volver aquí únicamente porque mis padres nunca me dejarían después de quedarme embarazada.

—Esta es *mi* maldita casa, Estelle —digo en voz baja—. Y se me permite hacer lo que quiera con ella sin tener que justificarlo ante *ti*.

Las pestañas postizas de Estelle se agitan como si le escandalizara que le hablara así. Desde luego, yo no habría dicho algo así cuando era *así de alta*.

—Sabes —dice—, tus padres estarían muy decepcionados de que desobedecieras sus deseos.

La verdad es que me sorprende que mis padres me dejaran la casa. Cuando empecé a enviarles sus cheques mensuales sin cobrar, pensé que yo estaba fuera del testamento. Pero no tenían a nadie más a quien dejarle su herencia. Así que me quedé con todo por defecto.

Cruzo los brazos sobre el pecho. —Por favor, no vuelvas a molestarme, Estelle.

Sus labios rojos y brillantes se entreabren y, por un momento, estoy segura de que va a discutir conmigo. Pero en lugar de eso, gira sobre sus talones y vuelve a su





Lincoln. Su auto se aleja al mismo tiempo que el Prius de Tim se desliza por mi entrada. Respiro hondo, intentando disipar la tensión de nuestro enfrentamiento. Funciona... un poco.

—Vaya —dice Tim cuando subo al asiento del copiloto—. Hacía tiempo que no te veía arreglada.

Me retuerzo mientras deslizo el cinturón de seguridad en su sitio. —No estoy arreglada.

—Cierto. Yo tampoco.

Aunque parece un poco arreglado. Lleva una camisa de vestir azul claro e incluso se ha puesto corbata. Cuando éramos niños, nunca lo había visto vestir más que camiseta y vaqueros, pero esto le sienta bien.

No lo invito a entrar y no parece molesto por ello. No sé qué le parecerá a Josh que yo traiga a casa a un tipo, sobre todo si ese tipo es el subdirector de su escuela. Como mínimo, podría iniciar algunos rumores incómodos.

—¿Adónde vamos? —le pregunto.

—Es un bar que abrió hace unos años, el Shamrock. Es bastante tranquilo, comida decente. O sólo cerveza, si es lo único que quieres.

Asiento y pienso que la última vez que vi a Tim ninguno de los dos tenía edad para beber legalmente. Ahora ese hito ya ha pasado.

—¿Cómo le va a Josh en la escuela? —Tim pregunta.

—Bien —digo—. Está haciendo algunos amigos.

—Es estupendo. La guardería es una transición muy dura, pero seguro que lo hará genial.

Me quedo helada. Había supuesto que cuando Tim me buscó en los registros de la escuela, se dio cuenta de que Josh estaba en quinto grado. Parece que no. Sigue pensando que mi hijo tiene cinco años. Lo que significa que no sabe que Josh es hijo de Shane.

Y realmente, realmente no quiero decírselo. Todavía no. No cuando me mira durante los semáforos en rojo y me sonrío de esa manera.

El Shamrock está a solo cinco minutos en coche. Tim estaciona delante del bar y se apresura a abrirme la puerta del auto, aunque yo ya la tengo abierta. No es una cita, pero está siendo un caballero, lo cual es increíblemente dulce. Los hombres no son así en Nueva York. Tienes que ir al norte del estado para tener buenos modales, aparentemente.





El interior del bar es más o menos lo que esperaba. Oscuro, con un ligero toque ahumado en el aire y un montón de mesas pegajosas repartidas por la sala. Elegimos una mesa al fondo, y esta vez no me sorprende que Tim me acerque la silla.

—¿Desde cuándo eres tan caballero? —me burlo de él.

—¿No lo era antes?

—¡Ja! —resoplo—. Tuve suerte si no me quitaste la silla de debajo.

—¡Brooke! —Se agarra el pecho con fingido horror—. Yo nunca habría hecho eso. A menos que te lo merecieras, claro.

—Sólo digo... —Miro a través de la mesa a sus ojos azules—. No tienes que hacerte el formal conmigo. Nos conocemos desde que estábamos en pañales. Nos conocemos bastante bien.

Arquea una ceja. —Antes sí. Ahora no tanto.

Antes de que se me ocurra qué decir a eso, una camarera menuda con una camiseta ajustada que deja ver un busto impresionante para su tamaño se acerca a tomar nuestro pedido. Me resulta vagamente familiar, como mucha de la gente de esta ciudad; creo que fuimos juntas al instituto. Me dejo caer el cabello sobre el rostro mientras hago el pedido, con la esperanza de que mi aspecto sea lo suficientemente diferente como para que no me reconozca.

Antes de irse, apoya una mano con uñas rojas en el hombro de Tim. —Ahora vuelvo, Timmy.

—Gracias, Kelli —dice.

Kelli. Lo recuerdo de golpe: estaba en el equipo de animadoras, como Chelsea y yo, pero dos años por detrás de nosotras. Tiene casi el mismo aspecto que en el instituto: el mismo cabello rubio y el mismo rostro en forma de corazón, aunque las tetas son mucho más grandes. Por suerte, no me mira y no parece reconocerme.

En realidad, solo mira a Tim. Le lanza una mirada inconfundible, y me sorprende el destello de celos. Hace años que no veo a Tim. No tengo derecho a sentirme propietaria de él.

—Intenté encontrarte, ¿sabes? —dice después de que Kelli se va con nuestros pedidos de bebidas.

Intento no reaccionar ante esa revelación. —¿Lo hiciste?

—Aunque eres muy difícil de encontrar. —Me mira a través de la mesa—. No hay redes sociales, ¿eh?

Mis padres hicieron todo lo posible para que mi nombre no saliera en las noticias cuando ocurrió todo, dado que era menor de edad. Y mientras estudiaba, también me dieron un pequeño estipendio -un cheque mensual que, junto con mi





trabajo de camarera, apenas cubría mis gastos sin dejarme ni un céntimo- y una condición era que no podía estar en las redes sociales en absoluto. Ni Facebook, ni Twitter, ni Instagram. Fue fácil aceptarlo porque yo tampoco quería estar en las redes sociales. Lo último que quería era ponerme al día con mis antiguos compañeros de clase. *Oye, Brooke, ¿recuerdas cuando tu novio intentó asesinarte? Hombre, esos fueron buenos tiempos.*

—Lo siento —le digo—. Estaba siendo cautelosa.

—Lo sé. Pero soy yo, Brooke. Sólo quería saber que estabas bien. Podrías haberte puesto en contacto.

Cuando estaba embarazada de nueve meses, a punto de dar a luz al hijo de un asesino convicto, no tenía ningún interés en hablar con viejos amigos. Ni siquiera con Tim. Pero no puedo explicárselo. —Lo siento —vuelvo a decir—. Necesitaba tiempo para sanar.

Se queda callado un momento, meditando mi respuesta. —Me parece justo.

La camarera y antigua animadora, Kelli, vuelve con nuestras bebidas. Coloca su vaso con cuidado delante de él y deja el mío sobre la mesa sin miramientos. Vuelve a centrar su atención en Tim. —¿Vas a comer algo hoy, Timmy?

Él la mira y sonríe. —Ahora no.

—¿No puedo tentarte con aros de cebolla?

Tim niega con la cabeza.

Ella le guiña un ojo. —¿Alitas búfalo?

—No...

—¿Papás fritas rizadas?

Dios mío, ¿esta camarera va a ofrecerle uno por uno todos los platos del menú? Pero, por suerte, después de que él rechace las patatas fritas rizadas, ella finalmente se va a otra mesa.

—Fuimos al instituto con ella, ¿verdad? —le digo.

Tim mira a Kelli, que da golpecitos impacientes con el pie en el suelo mientras espera a que dos mujeres decidan sus pedidos. —Así es. Tienes buena memoria.

—Creo que estaba coqueteando contigo.

—En realidad... —Baja la voz un poco—. Salimos un par de veces.

Mis cejas se disparan. —¿En serio?

Se encoge de hombros. —No fue gran cosa. Bastante casual.

—¿La besaste?





Me río al ver cómo su rostro se vuelve ligeramente rosado a la tenue luz del bar. Puede que las pecas hayan desaparecido, pero sigue siendo rubio y el tono de su piel deja entrever sus emociones con demasiada facilidad.

—Ella y su novio estaban en una especie de *ruptura* —explica—. Salimos dos veces y luego ella volvió con su novio.

—¿Te dejó?

—Ella no me dejó. Fueron *dos* citas. —Mira detrás de él, donde Kelli está tomando el pedido de otro cliente—. Y aunque no volviera con su novio, no creo que hubiera una tercera cita. No éramos compatibles.

—Oh, ya entiendo. No sabía que eras tan exigente, Reese.

—¡No soy exigente! —Da un trago a su cerveza y se lame la espuma del labio superior—. Sólo espero a la persona adecuada. Y Kelli era bastante agradable, pero no era ella. ¿Es horrible?

—No, no es horrible.

Traza un dibujo en la condensación de su vaso. —¿Y tú? ¿Estuviste casada antes?

—No.

—Oh. —Él asiente—. Así que el padre de Josh...

—No está en la foto —suelto—. *Para nada*.

Y también cumpliendo cadena perpetua por asesinato. Eso también.

Estoy acostumbrada a que me miren con simpatía cuando digo que hago esto sola, pero Tim no me mira así. Es algo diferente. No sé por qué.

—Parece difícil —comenta finalmente.

—Estamos bien.

—No dije que no lo estuvieras.

—Mira... —Tomo un trago de mi propia bebida alcohólica para armarme de valor—. Sólo quiero dejar claro que mi vida es algo complicada ahora mismo, y que no estoy buscando... ya sabes, *nada*. Excepto amistad.

—Oh, bien. —Se echa hacia atrás en su asiento, que cruje bajo su peso—. Porque eso es exactamente lo que estoy buscando también. Amistad.

—Bien entonces.

—Perfecto.

Lo estudio al otro lado de la mesa mientras él me sonríe. Tim es un buen tipo, siempre lo ha sido, y creo que si le digo que lo único que quiero es amistad, no insistirá más. Respetará mis deseos.



INMATE

66



Después de todo, hace diez años me salvó la vida.

FREIDA MCFADDEN

THE



Capítulo 14

Es triste que un sábado no tenga nada mejor que hacer que ir de compras. El viaje de compras es literalmente el punto culminante de mi fin de semana.

Fue Josh quien me convenció para ir. Primero, descubrió que nos habíamos quedado sin Lucky Charms y lo escribió en mayúsculas en la lista de la compra que tengo en la nevera. Anoche mencionó que no teníamos. Luego, esta mañana, parecía especialmente desolado mientras se servía un tazón de Cheerios en lugar de Lucky Charms, mencionando repetidamente que le gustaría que hubiera malvaviscos de colores en sus cereales. Luego lo escribió en la lista de la compra por segunda vez.

También me señaló que podía ir de compras sin tener que conseguir una niñera. Josh ha estado presionando para tener un poco más de libertad, y para ser justos, es lo suficientemente mayor como para quedarse solo durante una hora mientras estoy en el supermercado. Así que aquí estoy, comprando Lucky Charms y supongo que huevos y queso y pan y algunas otras cosas que necesitamos.

Mientras examino una lechuga en el pasillo de los productos frescos, tengo la clara sensación de que me observan. Miro por encima del hombro y me estremezco al ver un rostro familiar. Es Kelli, la chica que nos atendió la otra noche en el Shamrock. La que estaba en el equipo de animadoras conmigo, antes de que mi vida se fuera al infierno.

Nuestras miradas se cruzan. Llegados a este punto, sería peor ignorarla, así que la saludo vacilante. —Hola...

La mujer me lanza dagas con los ojos. —Te conozco.

Me quedo paralizada, sin saber qué responder. ¿Quiere decir que me conoce de cuando salía con Tim? ¿O me reconoce de hace tantos años? Espero que sea lo primero.

—Eres la mujer que estaba tomando copas con Tim la otra noche —dice.

Dejo escapar un suspiro de alivio. —Uh, sí.

Sus labios se curvan con disgusto. —Entonces, ¿qué eres, su *novia*?

—No —digo rápidamente. No es que le deba ninguna explicación a esta mujer, pero me gustaría salir de este supermercado sin que me arañe los ojos con esas largas uñas rojas—. Tim y yo sólo somos viejos amigos.

—A mí no me lo pareció.



—Es verdad. —Miro por encima de su hombro, intentando llamar la atención de un guardia de seguridad—. Si quieres a Tim, es todo tuyo. Aunque me dijo que tenías novio.

Su rostro se llena de rabia. —¿Estaba hablando contigo de mí?

Oh Dios. —No. Para nada. Sólo mencionó que salieron, pero ahora tienes novio. Eso es todo.

Kelli parece completamente furiosa. Entiendo por qué Tim no quería volver a salir con ella si se comportaba así. Por supuesto, ella parecía muy agradable con él. Estoy segura de que si hubieran empezado a salir, le habría ocultado esta faceta durante todo el tiempo que hubiera podido.

—Sabes —dice Kelli—, Tim trae muchas chicas al Shamrock. No creas que eres tan especial.

¿Sí? No sé por qué esa revelación me entristece. Tal vez esperaba que la otra noche fuera algo más que unos tragos con un viejo amigo. —Como dije, no fue una cita ni nada.

Kelli me mira con los ojos entrecerrados. Baja los labios. —¿Nos conocemos de algún otro sitio? Me resultas familiar.

Intento que mi expresión sea inexpresiva. —No, no lo creo. Acabo de mudarme aquí.

Ahora sería un buen momento para salir con elegancia, antes de que Kelli descubra quién soy. Pero entonces sus ojos se abren de par en par y me doy cuenta de que es demasiado tarde.

—¡Tú eres esa chica! —Chasquea los dedos—. Tú eres... Bridget Algo. Eres la que hizo que enviaran a Shane Nelson a prisión.

Claro que se equivocaría de nombre, pero recuerda perfectamente el del guapo quarterback estrella. Por un momento, me planteo negarlo todo, pero es inútil. Ella sabe que soy yo. —Eso fue hace mucho tiempo.

—Eso ha sido una estupidez total. —Kelli prácticamente escupe las palabras—. Conocía a Shane. Era un buen tipo. Él nunca habría hecho esas cosas.

No le señalo que el objeto de su flirteo, Tim Reese, fue incluso más decisivo que yo para que Shane fuera a la cárcel. Pero la transgresión de Tim era más perdonable que la mía porque está bueno.

De todos modos, no me sorprende que defienda a Shane. No es nada nuevo: mucha gente en Raker, sobre todo gente que conocía bien a Shane, estaba furiosa conmigo por testificar contra él. Shane era una estrella del fútbol y todo el mundo lo amaba. Yo había sido su novia, y la gente sentía que lo estaba traicionando. Aunque





no hubiera tenido que irme por otros motivos, nunca habría podido quedarme en Raker después de lo que le hice.

Pero tenía que testificar. Tenía que decir la verdad sobre esa noche y encerrar a ese monstruo para siempre.

—Tú no estabas allí esa noche —digo en voz baja.

—No hacía falta —replica ella—. Lo entendiste mal. Shane era inocente.

—No —le digo—, no lo era. Créeme.

Antes de que pueda decir nada más, doy la vuelta al carro de la compra y me dirijo a toda velocidad a otro pasillo. Después de todo lo que he pasado, lo último que necesito es que una loca me acose además de todos mis otros problemas. Recorro los pasillos lo más rápido que puedo, recogiendo los artículos de la lista de la compra, casi todos de memoria.

Solo cuando entro en el auto me doy cuenta de que olvidé los Lucky Charms.



Capítulo 15

Once Años Antes

—¿Tuviste una cita con Tracy Gifford?

La voz de Kayla es tan chirriante que, si sube más, solo podrán oírla los perros. Pero no puedo culparla porque yo me siento igual. ¿Tim tuvo una cita con Tracy Gifford? ¿Cómo sucedió eso? ¿En qué universo mi vecino tuvo una cita con una chica muerta?

—Dos citas. —Tim parece querer desaparecer entre los pliegues del sofá—. Ya está. No fue para tanto.

—¡No es para tanto! —estalla Kayla. Me doy cuenta de que su muslo ya no toca el de él—. Lo siento, pero sí *que es para tanto*.

Tim se retuerce. —Realmente no lo es.

Los rasgos cincelados de Brandon se retuercen de diversión. Siempre pensé que parecía el niño rico guapo de todas las películas de John Hughes. —Te subestimé, Reese. Bien hecho. ¿Conseguiste algo con ella?

—¡No! —El rostro de Tim se pone rojo—. Te lo dije, sólo fueron dos citas.

—Exactamente —dice Brandon.

—Dios. —Tim se pasa una mano por el pelo corto, que ahora le sobresale un poco—. Te digo que no fue nada. *Nada*. Nos conocimos en la biblioteca, empezamos a hablar y salimos dos veces. Luego dejó de devolverme las llamadas.

—¿Porque estaba muerta? —Chelsea suministra.

Todo el mundo le hace preguntas a Tim, pero yo me quedo sin habla. Nunca podría haber imaginado esto ni en un millón de años. ¿Y cómo lo sabía Shane? Debía saberlo, porque cuando lo dijo, estaba mirando directamente a Tim. Miro a Shane, que lo está viendo todo con una mirada divertida.

—¿Te interrogó la policía? —Kayla pregunta.

—No.

—¿Sabían que salías con ella? —le presiona.



—No tengo ni idea. —Se retuerce en el sofá—. Si lo hicieron o no, no fue gran cosa. Quiero decir, dos citas, y fue como un mes antes de que muriera.

—Quieres decir —dice Chelsea—, antes de que la *mataran*.

Tim me lanza una mirada de dolor, pero tengo que apartar la vista. Creía que lo conocía mejor que nadie en el mundo, pero no sabía nada de esto. Estoy conmocionada. No me lo puedo creer.

—Deberías ir a la policía —dice Kayla—. Diles lo que sabes.

Tim hace una mueca. —No sé nada. No tengo nada que decirles.

Con esas palabras, salta del sofá y se dirige a la cocina. Abre la puerta de un empujón y desaparece.

—Vaya —respira Kayla—. Eso demuestra que nunca se sabe...

No puedo quedarme aquí sentada ni un segundo más mientras especulan sobre lo que podría haber hecho Tim. Me levanto del sofá y sigo a Tim hasta la cocina. Siento los ojos de Shane a mi espalda, pero no me doy la vuelta.

Dentro de la oscura cocina, Tim está apoyado en la encimera, con la cabeza inclinada sobre el fregadero oxidado. Parece que intenta controlarse. Ya lo había visto así antes. Tenía la misma expresión en el rostro cuando su perro de doce años, Rusty, desarrolló tumores por todo el cuerpo y tuvieron que sacrificarlo.

—Hola —le digo.

Tim se vuelve para mirarme justo cuando un relámpago ilumina su rostro. —Hola.

—¿Estás bien?

El trueno que sacude la habitación es casi ensordecedor. —Siento no haberte dicho que salí con Tracy.

—¿Por qué no lo hiciste?

Se pasa las manos por el rostro. —Estaba enloquecido. Salimos a principios de verano y un mes después la encontraron muerta. Pensé que podría haber sido el último chico con el que salí. Y... pensé que no se vería bien para mí. Además, no sabía nada que pudiera ayudar.

Tiene sentido, pero al mismo tiempo me deja un poco intranquila. Si es completamente inocente, ¿por qué no querría decirle a la policía lo que sabe? ¿Por qué lo ocultaría?

—Me sentí fatal cuando me enteré. —Baja los ojos—. No funcionó entre Tracy y yo, pero ella no merecía morir. Era una buena persona. Me destrozó.

—Sí —respiro—. Estoy segura...





—No sé cómo se enteró Shane. —Su rostro se ensombrece—. No puedo creer que haya estado ocultando eso, esperando el momento perfecto para hacerme quedar mal.

Frunzo el ceño. —No creo que esa fuera su intención.

—¿Ah, no? —Tim se burla—. Brooke, tal vez fui a un par de citas con alguna chica, pero realmente golpeé a ese chico. *Sin ninguna razón*. Lo puso en el maldito hospital. ¿Es realmente alguien con quien quieres estar?

Me estremezco ante sus palabras. —Dijo que se arrepentía.

—¡Y una mierda! —La voz de Tim es tan alta que me preocupa que los demás la oigan a través de la puerta—. Shane Nelson es un matón y un pedazo de mierda. Solo se arrepiente de que te hayas enterado porque quiere acostarse contigo.

Me arde la cara. Tim odia a Shane, pero no puedo creer que me diga eso. —Eso no es verdad. Y no tienes derecho a decir eso.

Nos miramos fijamente durante un momento. Me tiembla un músculo bajo el ojo. Tim se quiebra primero.

—Lo siento. —Deja escapar un suspiro—. Lo siento, Brooke. Tienes razón. No debería haber dicho eso.

—Maldita sea.

—Sólo estoy preocupado por ti. —El miedo en sus ojos es real. Lo conozco lo suficiente como para saberlo—. Me preocupa que estés con Shane. No creo que sea seguro.

—¿No es seguro? —Pensé que solo le preocupaba que Shane me rompiera el corazón—. ¿De qué estás hablando?

—Escúchame, Brooke. —Baja un poco la voz—. Shane es...

Antes de que Tim pueda decir lo que quiere, la puerta de la cocina se abre de golpe. Shane está allí de pie, con un aspecto aún más sexy de lo normal, el cabello oscuro ligeramente despeinado y una sonrisa ladeada en el rostro. —Hola, Brooke —dice—. ¿Vas a volver a salir?

Es difícil no darse cuenta de que no se molesta en preguntar a Tim si va a salir.

—Sí —digo. Miro a Tim—. ¿Vienes?

Tim tuerce el rostro. Parecía que tenía algo importante que decirme antes de que Shane irrumpiera en la cocina, pero ahora no puede hacerlo. Y la verdad es que no quiero oírlo. Tim y Shane tienen una estúpida rivalidad, pero no es mi problema. Tim necesita superarlo.

—Bien —dice finalmente Tim—. Vámonos.



Capítulo 16

Día Presente

Hoy tengo que quitar los puntos de la frente de Shane Nelson.

Di vueltas en la cama toda la noche pensando en ello. Soñaba que estaba de vuelta en aquella granja. En mi sueño, el collar me apretaba la garganta y el olor a sándalo llenaba mis fosas nasales. Entonces oí un trueno, y algún otro ruido de fondo que no pude distinguir, y luego...

Estaba despierta.

Después de la tercera vez que me desperté sudando frío, renuncié a dormir. Me levanté y me preparé una taza de café. Eso fue a las cuatro de la mañana, y ahora estoy corriendo en vacío. En realidad, es algo bueno. Si estoy agotada, tendré menos pánico cuando aparezca Shane.

Hacia las dos de la tarde, el agente Hunt conduce a Shane por el largo pasillo hasta la sala de espera, fuera de la sala de reconocimiento. Toma asiento, con las muñecas y los tobillos encadenados una vez más, esperando su turno tras los otros dos hombres que tiene delante. Por supuesto, después de ver a Shane sentado ahí fuera, ya no puedo pensar con claridad. Tengo que pedir a los presos que repitan lo que acaban de decir cinco segundos antes.

Cuando llega el turno de Shane, Hunt lo agarra por el brazo y lo levanta de su asiento. Shane necesita un poco de ayuda para levantarse, dado que tiene los brazos y las piernas inmovilizados, pero Hunt es mucho más brusco de lo necesario. ¿Y qué pasa con los grilletes cada vez? Antes pensaba que era porque había estado en una pelea, pero ahora sigue esposado.

¿De verdad creen que es tan peligroso? El único otro tipo que he visto en los últimos días así encadenado tenía una mueca de enfado y símbolos de odio tatuados por todo la cara.

¿Pero qué estoy diciendo? *Por supuesto que Shane es peligroso.* Lo sé mejor que nadie.

Pero no parece peligroso cuando entra arrastrando los pies en mi consulta y se esfuerza por subirse a la mesa, con una expresión de dolor en el rostro. Cuando se resbala, me pide disculpas. —Siento ser tan lento. Es difícil hacer algo así encadenado.



Te lo mereces. Las palabras están en mis labios pero no las digo. Sería poco profesional. En lugar de eso, murmuro:

—Acabemos con esto.

Le cuesta encontrar el equilibrio en la camilla y, una vez más, tengo que tenderle la mano para ayudarlo. Me dedica una sonrisa de agradecimiento que se parece tanto a la del viejo Shane que me arden las mejillas y tengo que apartar la mirada.

—Gracias, Brooke —dice—. Te lo agradezco.

—Ajá —murmuro.

—De acuerdo. Acabemos con esto.

Veo cómo intenta rascarse la nariz con las manos encadenadas. Finalmente, le hago la pregunta que lleva rondándome la cabeza desde la semana pasada:

—¿Por qué te hacen esto?

Shane levanta las cejas. —¿Hacer qué?

Señalo con la cabeza las esposas de sus muñecas. —Prácticamente a ninguno de los otros hombres les ponen estos grilletes. Y supongo que todos son tan malos como tú aquí.

Esboza una sonrisa ladeada. —Oh, soy lo peor.

Lo miro fijamente.

—Eso es lo que crees, ¿no? —Las yemas de sus dedos se clavan en el caqui de su mono de presidiario—. ¿Que soy un monstruo? ¿Que merezco todo esto?

Sus ojos marrones se clavan en los míos y esta vez me niego a apartar la mirada. —Bien, no respondas a la pregunta. Estás en tu derecho.

Esperaba alguna réplica desagradable de Shane, pero en lugar de eso, sus hombros se hunden. Mueve la cabeza hacia la puerta cerrada que nos separa del guardia. —¿Quieres saber por qué siempre llevo grilletes? Porque me odia.

—¿Quién?

—Hunt. Me odia a muerte.

—¿Pero por qué?

Levanta un hombro. —¿Quién diablos sabe? A lo mejor le recuerdo a alguien. A veces la gente no se cae bien. Pero apesta si eres un prisionero y el tipo al que no le gustas es uno de los oficiales correccionales. Hace que tu vida sea un infierno. Tiene el poder de ponerme las cosas muy feas.

Espero que lo haga. Me planteo decir esas palabras, pero ¿para qué? Hubo un tiempo en el que hubiera querido escupírselo en la cara, pero los años me han quitado





parte de la lucha. Después de todo, Shane está en prisión. Está cumpliendo su condena por las cosas terribles que hizo. Todo lo que pasó está en el pasado.

Quería que Shane sufriera después de lo que hizo, y conseguí mi deseo. Está atrapado aquí, día tras día, a merced de un puñado de guardias que piensan que es la escoria de la tierra. Recibiendo palizas, y ni siquiera puede hacer nada al respecto o de lo contrario será peor la próxima vez. Durmiendo en una celda cada noche.

Su vida es un infierno.

—¿Cómo has estado? —Shane me pregunta mientras abro el kit de sutura.

—Bien. —*No entable conversación con este hombre.*

—¿Te gusta trabajar aquí?

—Sí. —Es la verdad. Aunque todavía me asustan un poco los prisioneros, y echo de menos mis tacones, encuentro que es un trabajo gratificante. Y quiero que Shane sepa que su presencia aquí no me intimida—. Los presos son agradables.

—Sí. Por ti.

Me acerco a Shane tanto como me atrevo. No es mi primera opción, pero hay que acercarse cuando estás quitando puntos. —¿No son amables contigo?

—¿Ves los puntos en mi cabeza?

Agarro el primer punto con las pinzas y lo corto. —Pensé que habías chocado contra una valla.

—Sí, bueno.

Doy la segunda puntada. —Sabes, mi hijo sufrió mucho acoso el año pasado. Fue muy duro. Los otros niños incluso le pusieron un ojo morado.

Shane parpadea hacia mí. —¿Le pusieron un ojo morado en *preescolar*?

Por un segundo, me quedo sin palabras. No sé por qué le he contado todo eso. Hace cinco minutos, me juré a mí misma que no iba a compartir más información personal con este hombre. Y menos sobre mi hijo.

Nuestro hijo.

¿Qué diría Shane si supiera la verdad? Si supiera que unas semanas después de aquella noche horrible, empecé a vomitar en el váter. Esperaba que fuera un virus estomacal, pero como no mejoraba, cedí y compré una prueba de embarazo. Y cuando vi las dos líneas azules en la tira reactiva, todo mi mundo se rompió en pedazos.

Tuve que decírselo a mis padres. Me presionaron mucho para que abortara, pero no lo hice. Pero todos estábamos de acuerdo en que Shane no podía enterarse nunca. Elegimos cuidadosamente la ropa que me pondría para el juicio de Shane,





para que nadie viera mi creciente barriguita. Y cuando terminó el juicio, me fui de Raker y no volví.

Hasta ahora.

Shane me mira con curiosidad. Tengo que decir algo para arreglar esto. Así que sonrío y me encojo de hombros. —Los niños son más duros que antes.

—Supongo que sí.

Corto los siguientes puntos en silencio. Cuando me inclino sobre él para sacar el último, noto que baja la mirada. Miro hacia abajo para ver hacia dónde mira y...

Dios mío.

Mi camisa cuelga lo suficientemente abierta como para darle una fantástica vista de mi escote. Y vaya si se aprovecha. Carraspeo con fuerza.

Shane aparta su mirada de mis tetas. —Mierda. Lo siento.

No es el primer preso que me mira así, aunque sí el primero que se disculpa. —Que no vuelva a ocurrir —le digo secamente.

—Es que... —Se rasca el cuello que se está poniendo rojo—. No hay muchas, ya sabes, *mujeres* aquí. Y yo nunca...

La última puntada se suelta y me enderezo. Me doy cuenta de lo que está diciendo. Nunca volverá a estar con otra mujer. Jamás. Por el resto de su vida.

—Lo siento mucho —dice de nuevo—. Eso fue increíblemente grosero, y... debería haberme controlado.

No, debería haberse controlado hace once años. Si lo hubiera hecho, quizá no estaría aquí ahora. Ignoro su segunda disculpa mientras paso uno de mis dedos enguantados por la laceración. —Tiene buen aspecto. Quedará una cicatriz, pero espero que no muy fea.

—No me importa, pero gracias. —Vacila—. Y siento lo que dije la última vez. Sobre esa noche...

Puse las manos en las caderas. —Así que admites lo que hiciste.

—No, yo no maté a nadie. Pero entiendo que no quieras oír que te equivocaste.

Está tan lleno de ello. No se disculpa por disculparse. Se disculpa porque quiere hablar más de ello. Recuerdo la palabra que Elise subrayó en su carta:

Manipulador.

—Estuve *allí*, Shane. —Tiro la bandeja con los puntos a la basura y meto las tijeras y las pinzas en el contenedor de objetos punzantes—. Sé lo que pasó.

—Obviamente no. Tú misma dijiste que no podías ver nada.





Me quito los guantes con un sonoro chasquido. —Así que si tú no lo hiciste, ¿quién lo hizo?

—Sabes quién fue, Brooke.

Sacudo la cabeza.

—Fue Reese. —Sus ojos son como platillos, ahora que tiene mi atención—. Tuvo que ser. Es el solo que...

No es la primera vez que acusa a Tim. Ese fue el quid de su defensa hace tantos años. Pero no pudo convencer a un jurado, y seguro que no me convencerá ahora. ¿Cree que soy estúpida?

—Shane, basta —gruño.

—No, por favor, Brooke. Tienes que creer que yo...

—¡Basta!

Al oír mi voz, el agente Hunt irrumpe en la habitación, listo para entrar en acción. Se eleva sobre mí y su rostro se curva en una mueca de desprecio. Tiene pequeños semicírculos de sudor bajo las axilas. —¿Qué pasa aquí? ¿Hay algún problema?

Shane cierra los labios. Sacudo la cabeza. No quiero que Hunt se entere del pasado que Shane y yo tenemos juntos. —No, todo está bien.

Hunt estrecha los ojos hacia Shane. —¿Has terminado aquí?

—Sí, todo hecho —digo con fuerza—. Llévatelo.

Hunt asiente enérgicamente. —Genial, vamos.

Veo lo que va a pasar a un metro de distancia. Hunt agarra a Shane por el brazo para bajarlo de la camilla, pero como hay un escalón para bajar y tiene las piernas encadenadas, no puede mantener el equilibrio. Sale despedido de la camilla y se golpea la cabeza contra un lado de mi escritorio con un ruido espantoso.

Me pongo en acción y me agacho junto a Shane, que ahora está en el suelo. Gime, con los ojos entreabiertos, pero está mareado y le sale un chichón justo por debajo del nacimiento del cabello.

Esto ocurrió una vez en el campo de fútbol durante un entrenamiento. Yo estaba en la banda con mi amiga Chelsea cuando Shane fue derribado por un brutal placaje. Al igual que ahora, se oyó un crujido fuerte cuando su cuerpo tocó el suelo. Corrí por el campo para asegurarme de que estaba bien, con el corazón laténdome en el pecho. Tenía tanto miedo de que estuviera malherido que aún recuerdo la sensación de alivio que sentí cuando metí mi mano en la suya y sus ojos se abrieron al apretar mi mano. Fue la primera vez que me di cuenta de que me estaba enamorando de Shane Nelson.





—¿Qué demonios te pasa? —le digo bruscamente a Hunt.

Hunt ni siquiera parece un poco perturbado que acaba de dar a uno de los prisioneros una conmoción cerebral. —Tranquila. Ha sido un accidente.

Miro el rostro de Shane y sus párpados se agitan de la misma manera que lo hicieron hace tantos años cuando se desmayó en el campo de fútbol. —Shane, ¿estás bien?

—Estoy bien —murmura.

—Nelson es duro —dice Hunt—. Estará bien.

Justo cuando creo que esta situación no puede ser más incómoda, oigo pasos por el pasillo. Un segundo después, Dorothy asoma la cabeza. Sigue llevando esas gafas de media luna y nos mira por encima del borde, algo acusadora.

—¿Qué es todo este alboroto? —exige saber.

Shane lucha por incorporarse, pero le cuesta, entre el golpe en la cabeza y los grilletes. Me enderezo para mirar a Dorothy a los ojos. —El agente Hunt provocó la caída del señor Nelson y, como resultado, se dio un importante golpe en la cabeza. Sin duda tiene una conmoción cerebral. Me gustaría ingresarlo en una de las camas de la enfermería para observación esta noche.

Por primera vez, parece que a Hunt le importa lo que acaba de pasar. —Dorothy, eso es absolutamente falso. Estaba ayudando al preso a ponerse en pie y se tropezó. Fue totalmente involuntario.

Los sagaces ojos azules de Dorothy miran a Hunt de arriba abajo y luego recorren el resto de la sala, analizando toda la situación. Contengo la respiración: esta mujer no es conocida por defender a los prisioneros.

—Marcus —dice bruscamente—. ¿Por qué demonios Nelson está encadenado para las citas médicas? No es un riesgo.

—Yo creo que sí —dice Hunt.

—¿Basado en qué? —replica ella.

No tiene respuesta para eso, lo cual es un alivio. Dorothy cruza sus gruesos brazos sobre el pecho y nos mira a los dos con el ceño fruncido, aunque yo no he hecho nada malo.

—Marcus, quiero que le quites los grilletes al recluso inmediatamente —suelta—. Brooke, déjalo en la enfermería toda la noche. ¿Pueden manejar esto los dos, o tengo que hacer de niñera?

Hunt y yo intercambiamos miradas. A juzgar por su expresión, quiere tirarme al suelo junto a Shane. Por suerte para mí, no estoy presa en la penitenciaría de Raker.

—Nos ocuparemos de ello —gruñe.





—Bien.

Ayudo a Shane a sentarse y Hunt saca la llave para abrir los grilletes de sus muñecas y tobillos. Hunt duda una fracción de segundo antes de hacerlo, lanzando una mirada en mi dirección. Veo cómo introduce la llave en la cerradura y me llevo los dedos al cuello. La última vez que estuve a solas con Shane, intentó estrangularme. De repente, no me hace tanta ilusión que tenga las manos libres.

Pero no pasa nada. Cuando le quitan las esposas, lo único que hace Shane es frotarse las muñecas, con cara de alivio por estar por fin libre. No intenta estrangularme. Ni siquiera intenta levantarse del suelo. Parece que apenas mantiene la consciencia.

—¿Puedes caminar? —le pregunto.

Se frota la cabeza. —Creo que sí. Sólo estoy mareado.

Hunt me ayuda a acompañar a Shane por el pasillo hasta la enfermería y lo instalamos en una cama. El chichón de la cabeza se le está hinchando y tiene que parar dos veces de camino a la enfermería porque está demasiado mareado para seguir. Me hace pensar en la noche en que alguien intentó matarme. Aquella noche, Shane se dio un golpe en la cabeza igual que hoy; los paramédicos encontraron un bulto en el cráneo que lo demuestra. Dice que quedó inconsciente antes de que me pasara nada.

Y por primera vez en diez años, una parte de mí se pregunta si habrá dicho la verdad.

Pero no puede estar diciendo la verdad. Porque si es así, el hombre que intentó estrangularme hace tantos años sigue ahí fuera.



Capítulo 17

Once Años Antes

Tras unas cuantas rondas más de *Yo Nunca*, los seis estamos suficientemente borrachos. La cita de Tim con la chica asesinada se ha olvidado, y Kayla está encima de él otra vez. Al principio, él la apartaba suavemente, pero ahora está dejando que suceda. En cuanto a Brandon y Chelsea, están casi teniendo sexo en el sofá.

—Oye. —Shane golpea a su amigo en el hombro—. Llévala arriba. No en mi sofá.

Brandon se ríe. —¿Mejor en la habitación de tu madre?

Shane se encoge de hombros, pero yo me siento aliviada de que los dos no vayamos a estar en el dormitorio de la señora Nelson. Aunque su cama es más bonita, no creo que me gustara saber que estoy en la cama de la madre de Shane.

Shane se vuelve hacia mí, con los párpados ligeramente caídos. —¿Quieres ir arriba?

Se me revuelve el estómago, puede que por el vodka que tengo en la barriga, pero no del todo. Después de todo, ni siquiera me he terminado un destornillador entero. (De repente me gustaría haber bebido un poco más, porque quizá así no estaría tan nerviosa).

—Claro —le digo.

Shane me toma la mano. Su palma es cálida, seca y reconfortante. Dejo que me guíe fuera del salón, hacia las escaleras que llevan al segundo piso. La madera de la escalera se deforma ligeramente cuando mis pies entran en contacto con ella; uno de estos días subiré las escaleras y todo se derrumbará. Pero parece que hoy no.

Mientras subo las escaleras, vuelvo a tener esa sensación de que alguien me observa. Ese cosquilleo en la nuca. Giro la cabeza, esperando ver a Tim mirándome fijamente. Pero en vez de eso, está en el sofá besándose con Kayla. Bien por él.

Cuando entramos en la habitación de Shane y cierra la puerta tras nosotros, mi ansiedad aumenta un poco más. Es la típica habitación de adolescente. Tiene una cama individual con el somier de madera astillado y una manta a rayas blancas y negras esparcida por el colchón sin que nadie intente hacer la cama. En una esquina de la habitación hay un montón de ropa sucia, que sospecho que es su intento de



“limpiar” para mí. Hay un par de carteles de grupos de música pegados en la pintura descascarillada de las paredes, y la parte superior de la cómoda está forrada con un montón de trofeos dorados que brillan brevemente cuando los relámpagos llenan la habitación.

Shane alarga la mano para encender la luz, pero un segundo después, la bombilla parpadea y se apaga. Maldice en voz baja. —Se habrá ido la luz.

—Oh. —Aprieto las palmas sudorosas. He estado a solas con Shane antes en su dormitorio, pero siempre era con su madre en la habitación de al lado o a punto de llegar a casa en cualquier momento. Nunca habíamos estado solos de esta manera—. ¿Deberíamos...?

—No pasa nada. —Apenas puedo distinguir el subir y bajar de los anchos hombros de Shane—. Todo el mundo se va a la cama, de todos modos. Probablemente vuelva la luz por la mañana.

—Sí. —Tiro de la cadena de mi collar de copos de nieve—. Es verdad.

Shane vuelve a tomarme la mano. Me acerca a su cama, pero no me empuja para que me tumbe. Me subo al borde de la cama y él se sienta a mi lado. Alarga la mano y me pasa suavemente el dedo por la curva de la mandíbula.

—Yo te lope, Brooke —dice.

Me estremezco ligeramente, nerviosa pero también increíblemente excitada. —Yo también te lope.

Una sonrisa se dibuja en sus labios. —Bien.

—Yo, eh... —Me aclaro la garganta—. Lo siento, Shane. Es que estoy super nerviosa porque... bueno, ya sabes, nunca he...

—Sí —dice—. Yo tampoco.

Le miro con absoluto asombro. ¿De verdad me está diciendo que...?

—¿Nunca has tenido sexo antes? —suelto.

—No... —Frunce el ceño—. No lo he hecho.

—Pero tú... —Estoy totalmente confundida. Shane ha salido con otras chicas antes. Tal vez no ha estado con nadie por mucho tiempo, pero ha salido con muchas chicas que no son exactamente exigentes, si sabes a lo que me refiero. Y Shane está *bueno*. Su mejor amigo Brandon -según Chelsea- se ha acostado con al menos cinco o seis chicas en el tiempo que llevan *saliendo*.

—No lo sé. —Su rostro se llena de incertidumbre—. No quería un estúpido rollo de una noche. Quiero estar con alguien que realmente me guste. ¿Es eso tan loco?



INMATE

82



—No. —Le aprieto la rodilla. Sigo nerviosa, pero me siento mucho mejor después de su confesión. Esto da miedo, pero vamos a resolverlo juntos—. No es ninguna locura.

Me aprieta la mano con la suya. —Te amo, Brooke.

Tardo un momento en darme cuenta de lo que ha dicho. No me ha dicho que “me quiere” como suele hacer. Me ha dicho que me ama. Que me *ama*.

—Yo también te amo —murmuro.

Se inclina hacia mí. —Y voy a mostrarte cuánto.

Y lo hace.

FREIDA MCFADDEN

THE





Capítulo 18

Día Presente

Antes de irme, reviso a Shane en la enfermería. La enfermería está relativamente vacía hoy. Esta mañana había dos pacientes, pero por la tarde ya estaban lo bastante bien como para volver a sus celdas, así que ahora mismo Shane es el único ocupante de una de las seis camas. Las otras camas alineadas contra la pared están vacías.

Hay una enfermera que viene por las tardes, pero aún no se ha presentado a su turno, así que la única persona que hay es un guardia al que reconozco vagamente, que está sentado frente a la puerta, leyendo una gruesa novela de bolsillo. El guardia me saluda con la cabeza cuando entro, pero luego vuelve a su libro. Miro el título: *Moby Dick*.

Las luces de la enfermería están bajas y, como el sol se ha puesto, la habitación está en penumbra. Desde la puerta, apenas puedo distinguir a Shane tumbado en la segunda cama desde el final de la fila. Cuando me acerco, puedo ver todos los rasgos de su bello rostro; a la luz tenue, se parece muchísimo al antiguo Shane. El chico del que me enamoré hace tantos años.

Tiene los ojos cerrados y, por un momento, un estremecimiento de miedo me recorre el pecho. Llevo más de dos horas sin verlo. ¿Y si tiene un hematoma en el cerebro y ha perdido el conocimiento mientras estaba aquí tumbado? Parecía neurológicamente estable cuando lo dejé, pero pueden pasar muchas cosas en dos horas. Y como fui la última profesional que lo vio, todo recaería sobre mis hombros. Después de todo, fue mi decisión vigilarlo en lugar de enviarlo a que le hicieran un escáner de la cabeza. Si moría, sería culpa mía.

Me acerco rápidamente a su cama. No se mueve cuando estoy a su lado. —Shane —le digo.

¿Sus párpados aletearon? No lo sé. Oh Dios, por favor que sólo esté durmiendo y no inconsciente.

—Shane —vuelvo a decir, y esta vez le sacudo el hombro.

Casi se me doblan las rodillas de alivio cuando sus párpados se abren. Está bien. —Oh —dice—. Hola, Brooke.





Está despierto y me reconoce. —Hola —le digo—. Yo... temía que estuvieras inconsciente o algo así.

—No, sólo durmiendo. —Pulsa un botón a un lado de la cama que eleva su cabeza hasta una posición sentada—. ¿Estabas preocupada por mí?

—No —digo demasiado rápido—. Quiero decir, sí, me preocupaba que pudieras necesitar un TAC.

Pero al pronunciar estas palabras, me doy cuenta de que no es del todo cierto. Sí, me preocupaba haber metido la pata y haber tomado una decisión equivocada. Me preocupaba por él de la misma manera que me preocupo por todos mis pacientes. Pero esa no es la única razón por la que estaba alucinando. Tiene razón, estaba preocupada por él.

Y no entiendo del todo por qué.

Durante mucho tiempo, solo sentí una emoción por este hombre. *Odio*. Lo odiaba por lo que intentó hacerme. Lo odiaba por lo que les hizo a mis amigos. Lo odiaba por dejarme embarazada y dejarme sola con las consecuencias. Lo odiaba por no tener siquiera las agallas de admitir lo que hizo y por hacerme subir al estrado durante un juicio agotador para revivir cada momento.

Pero mirándolo ahora, tumbado en esta cama de hospital, con un moratón en la frente por la caída que sufrió, sus ojos marrones mirándome fijamente...

Yo...

Yo no...

—Necesito hacer un examen neurológico. —Me aclaro la garganta—. Necesito asegurarme de que estás bien.

—Haz lo que quieras.

Repaso el examen, me aseguro de que sus pupilas son iguales, de que no se ha debilitado en un lado del cuerpo y le hago responder a algunas preguntas básicas para asegurarme de que su cognición está intacta. Se me ocurre que es la primera vez que interactúo con él sin grilletes. Si quisiera, podría rodearme el cuello con los dedos y apretarme tan fuerte como pudiera... bueno, al menos hasta que el guardia nos oyera y viniera corriendo. Pero de alguna manera, no me preocupa que vaya a hacer eso. Ni siquiera un poco.

—¿He aprobado? —me pregunta cuando me alejo de él.

—Has aprobado —confirmo.

—Genial. —Asiente mirando el reloj de la pared—. Quería salir de aquí antes de la cena. Es noche de tacos.

No puedo evitar esbozar una sonrisa. —¿Martes de tacos?





—Entendido. —Acomoda su posición en la cama—. No quiero perderme la noche de tacos. Me *encantan* los tacos.

Se me corta la respiración. Lopeo *tacos*. ¿Cuándo fue la última vez que Shane y yo bromeamos sobre lopearnos el uno al otro? Eso solía ser *lo* nuestro. Recuerdo la última vez que se lo dije: *Te lope*. Contra mi voluntad, siento una repentina oleada de afecto.

Sí, Shane Nelson hizo cosas indecibles. Pero antes de que hiciera esas cosas, yo lo había *perseguido*.

No, lo había *amado*.

Aparto la mirada antes de que pueda leer la expresión de mi rostro. —No te preocupes. Me aseguraré de que te traigan una bandeja de comida.

—Genial. Muchas gracias, Brooke. De verdad.

—Si...

Se lleva la mano detrás de la cabeza a la almohada sobre la que está apoyado, casi plana como una tortita. Intenta acomodarla para estar más cómodo en este duro colchón de hospital. Lo observo luchar un momento, luego me inclino y le arreglo la almohada.

Acercó mi rostro al de Shane mientras acomodo la almohada, más cerca que cuando le cosí la cabeza. Me preparo para sentir el aroma del sándalo, pero lo único que huelo es jabón y espuma de afeitar. La última vez que estuve tan cerca de él fue hace más de una década. La noche que perdí mi virginidad con él. Y él perdió la suya conmigo.

Cuando terminó, me sentí tan bien. Había sido tan feliz de que éste fuera el chico al que me había entregado. Estaba tan enamorada de él.

Durante una fracción de segundo, nuestras miradas se cruzan. Y se me ocurre que somos las dos únicas personas en esta habitación. Hay un guardia, y si fueran un problema, estaría aquí en un instante, pero no escucharía algo silencioso.

Como si Shane se inclinara y me besara.

Echo la cabeza hacia atrás, sorprendida por los pensamientos que pasan por mi cabeza. ¿Qué me *pasa*? Shane Nelson intentó matarme. Es un *monstruo*. Va a pasar su vida en prisión por asesinato. Aunque pudiera perdonarlo por lo que ha hecho, nunca podría...

Toso fuerte, el sonido resuena en la enfermería vacía y oscura. —Creo que hemos terminado aquí.

—Estupendo. Muchas gracias.



INMATE

86



—Me aseguraré de que cenes —le digo con una voz chillona que apenas parece la mía.

Una sonrisa se dibuja en sus labios. —Mis tacos.

—Bien. Tacos.

—Gracias, Brooke. —Sus ojos permanecen fijos en los míos—. Te agradezco todo lo que has hecho por mí.

—No hay problema.

Consigo apartar mi mirada de la suya. Pero cuando salgo de la habitación, con mis zapatos de tacón repiqueteando contra el suelo de linóleo, noto que me está mirando.

FREIDA MCFADDEN

THE



INMATE

Capítulo 19

No puedo dejar de temblar después de mi encuentro con Shane en la enfermería.

Llevo más de una década odiándolo. Me alegraba de que se estuviera pudriendo en la cárcel porque era lo que se merecía. E incluso cuando lo vi la semana pasada y confirmé que no le salían cuernos de la cabeza ni una cola de diablo, seguí pensando en él como el hombre que intentó matarme.

Hoy era la primera vez desde aquella noche que pensaba en él como el chico al que solía amar.

Cuando salgo hacia mi auto en el estacionamiento de la penitenciaría, lo único que quiero es irme a casa, comer una de las deliciosas cenas de Margie y meterme en la cama. Y quizá darme un baño caliente. Cuando Josh era pequeño, bañarme era imposible porque no podía dejarlo solo tanto tiempo y no había un padre de apoyo que lo vigilara. Pero ahora que es más independiente, me he vuelto adicta.

Cuando estoy a dos metros de mi auto, una gran mano me rodea el brazo. Inmediatamente me pongo en estado de alerta y me doy la vuelta para enfrentarme a quien me haya agarrado. Pero cuando me giro, me encuentro cara a cara con el agente Marcus Hunt.

Fuera de los muros de la prisión, su aspecto es aún más imponente. Se eleva sobre mí, con los labios curvados en una mueca perpetua, y sus bíceps tienen casi la misma circunferencia que mis muslos. De momento no lleva armas, pero no las necesita. Podría aplastarme con una mano.

Y somos las dos únicas personas en el estacionamiento.

—Brooke —dice—. Necesito hablar contigo.

—No tengo nada que decirte —le siseo.

—No seas así...

Me echo el bolso al hombro. Tengo un bote de spray de pimienta, pero no sé si podré sacarlo con él sujetándome. —Tienes que soltarme.

—Brooke...

—¡Suéltame o gritaré!



Los ojos de Hunt se abren de par en par cuando por fin se le mete en la cabeza que tiene que soltarme. Me suelta el brazo y levanta las manos. —Lo siento. No quería asustarte. Sólo quiero hablar.

¿No quería *asustarme*? ¿Tiene *idea* de lo aterrador que es? No puedo imaginar lo que es para Shane tratar con este tipo todos los días de su vida.

—Por favor, Brooke. —Da un paso atrás, con las manos aún en alto—. Sólo necesito hablar contigo.

No quiero hablar con Hunt. Quiero ir a casa, cenar y posiblemente darme un baño de burbujas. Pero tengo que trabajar con este tipo, no puedo ser su enemigo. Y admito que tengo curiosidad por lo que tiene que decir.

—Bien —le digo—. ¿De qué se trata?

—Brooke. —Su frente se arruga—. Mira, siento lo que ha pasado hoy con Nelson. No fue mi intención lastimarlo.

—Sí, claro.

—No lo hice. —Sacude su cabeza rapada—. Pero sabes qué, incluso si lo hice, se lo merece. ¿Tienes *idea* de lo que hizo ese tipo para llegar aquí?

Tengo una idea. —Todos estos hombres han cometido crímenes...

—Esto es diferente. Nelson es diferente. Él es ... él es realmente manipulador .

Es lo mismo que Elise escribió en su historial. Y lo subrayó. —No lo he visto actuar de esa manera.

—Claro, porque te está manipulando. Está haciendo que confíes en él, pero no deberías.

Levanto el cuello para mirar el rostro de Hunt. Diga lo que diga, no creo que se lo esté inventando. Parece que se lo cree de verdad. Pero la pregunta es, ¿me lo creo yo?

—No voy a dejar que me manipule —le digo.

—Eso es lo que dijo Elise. Ahora es probable que ella misma vaya a la cárcel. O al menos, perderá su licencia.

¿Qué está diciendo? ¿Que Shane engañó a Elise y por eso se metió en problemas? Me cuesta creerlo, sobre todo después de lo que escribió en su historial. Y Shane no me ha manipulado. Incluso le ofrecí analgésicos la semana pasada y los rechazó. —No te preocupes por eso.

—*Estoy preocupado*. —Mira mi Toyota por encima del hombro—. Mira, no quiero hablar de esto en el estacionamiento. ¿Por qué no vamos a tomar algo juntos y podemos, ya sabes, hablar más de esto?

Oh. Ahora lo entiendo.





—No, gracias. —Me acomodo la correa del bolso al hombro—. Tengo que volver a casa. La niñera me espera.

—¿Otra noche entonces?

La preocupación de su rostro ha desaparecido y ahora tiene una expresión esperanzada. Así que este es su juego. Está torturando a Shane para impresionarme y conseguir una cita. Es despreciable, pero no quiero humillarlo directamente. Tengo que trabajar con él, y también cuento con que me proteja si alguna vez me encuentro en una situación peligrosa.

—Quizá en algún momento del mes que viene —digo vagamente—. Ahora estoy muy ocupada. Y mi niñera no puede quedarse hasta tarde.

—Oh, claro, seguro. —Hunt se frota la cabeza afeitada—. Sí, yo también tengo un mes ocupado este mes. Tendremos que hacerlo el mes que viene. O el mes siguiente. Da igual. No pasa nada.

—Sí... —Busco mis llaves en el bolso—. De todos modos, me voy a ir. Supongo que te veré mañana.

—Claro. —Él asiente—. ¿Y Brooke?

—¿Sí?

—Ten cuidado.





No puedo dormir.

Aquí es mucho más tranquilo que cuando vivía en Queens. El bloque en el que vivíamos tenía mucho tráfico por la noche y al menos una vez a la semana me despertaba el claxon de un auto o, peor aún, una alarma que no paraba de sonar durante casi una hora. Pero en esta tranquila manzana de nuestra pequeña ciudad, lo único que se oye por la noche es el canto de algunos grillos.

Así que no sé por qué duermo tan mal desde que me mudé aquí.

Parte de ello puede ser lo extraño que resulta dormir en el dormitorio de mis padres. Al principio me resistía a quedarme en el dormitorio principal, precisamente por eso. Pero era, con diferencia, el más grande de los tres dormitorios de arriba y el único con una cama de matrimonio. Así que intenté redecorarlo para hacerlo mío. Quité el cuadro marinero que mis padres siempre tenían sobre la cama, cambié la colcha por mi propio edredón de plumas azul real y sustituí casi todas las fotografías enmarcadas de la cómoda.

Eso no ayuda. Sigue siendo la habitación de mis padres. Incluso sigue oliendo a ellos. El aroma del perfume de mi madre sigue flotando en el aire, por mucho que friegue el suelo y los muebles.

Ojalá las cosas no hubieran ido como fueron en la última década. Nunca estuve muy unida a mis padres. Mi madre era estricta, y mi padre siempre estaba viajando por trabajo. Y si los rumores eran creíbles, engañaba a mi madre bastante. Pero aun así, no me esperaba el trato que me dieron cuando decidí quedarme con el bebé que crecía dentro de mí.

Estás cometiendo un error horrible, Brooke, me decía mi madre prácticamente cada vez que hablábamos.

Quería plantarles cara, pero apenas podía mantener la cordura. Lo único que sabía era que quería el bebé. Y haría cualquier cosa por mi hijo nonato, incluso aceptar vivir con un pariente en la ciudad, y acepté sus cheques mensuales para llegar a fin de mes y obtener una educación. No quería hacerlo, pero tampoco quería que mi hijo sufriera por culpa de mi propio orgullo.

Incluso acepté que no se me permitiera volver a Raker. Ni siquiera de visita.

Pero cuando terminé la carrera de enfermería y por fin tuve un sueldo decente que me permitía mantenerme sin la ayuda de mis padres, les planté cara. Les dije que



no iba a aceptar más de su dinero. Y quería tener derecho a volver a Raker a visitarlos con Josh, o de lo contrario no tendríamos ninguna relación. Estaba cansada de ser su pequeño y sucio secreto.

Realmente pensé que aceptarían. Yo era su única hija, y Josh era su único nieto. Creía que su amor por nosotros tenía que ser mayor que su vergüenza por tener una hija que se quedó embarazada en el instituto.

Me equivoqué.

Unos meses después de empezar a devolverles los cheques, mi padre condujo hasta Queens para darme una sorpresa cuando volvía a casa del trabajo. Siempre había pensado que mi padre era guapo en comparación con los padres de mis amigos -las mujeres se volvían para mirarlo por la calle-, pero por primera vez me di cuenta de lo viejo que parecía. Tenía bolsas bajo los ojos y una barriga que le oprimía los botones de la camisa. Su cabello siempre había sido plateado, pero ahora parecía gris apagado.

No hagas esto, Brooke, me suplicó. Tu madre y yo te amamos. Ya lo sabes.

Yo había resoplado. Si me amaras, no te avergonzarías de mí.

No nos avergonzamos de ti. Simplemente no creemos que sea buena idea que vengas a Raker.

Pero, ¿por qué?

La arruga que siempre estaba entre las cejas de mi padre estos días se hizo más profunda. *¿No puedes confiar en nosotros por una vez, Brooke? Lo hacemos por tu bien.*

No me sorprendió en absoluto que mi padre no me diera una razón lógica para no poder visitar nunca la casa de mi infancia con mi hijo. Así que lo rechacé y seguí devolviéndoles los cheques sin cobrar. Al cabo de un año, se hicieron a la idea y los cheques dejaron de llegar.

Ahora estoy aquí, pocos meses después de sus muertes, de vuelta en mi ciudad natal. A pesar de lo terriblemente mal que fueron las cosas, tuve una infancia feliz hasta aquella noche. Este es el tipo de ciudad donde quieres que crezca tu hijo.

Pero no puedo evitar sentir que este dormitorio está embrujado por su presencia. O en realidad, toda la casa.

Salgo de la cama y me acerco a la cómoda que hay al otro lado de la habitación. Cuando llegué aquí tras recibir la noticia del accidente de auto, encontré esta cómoda llena de fotografías mías y de Josh. Las fotos dejaron de salir después de que las cortara hace cinco años, pero había docenas por toda la casa, que abarcaban mi vida desde que nací hasta el día en que eché a mi padre porque no podía aceptar mis elecciones vitales. Quité la mayoría, pero dejé un par. Por ejemplo, una foto en la





cómoda de cuando tenía la edad de Josh, posando con mis padres para una postal de Navidad.

Ahora tomo la fotografía y miro mi rostro sonriente y sin rasgos. Mis padres tienen cada uno una mano en mi hombro y brillan de orgullo por nuestra pequeña familia. Ni siquiera recuerdo que tuvieran ese aspecto.

A pesar de todo, creo que mis padres me amaban. Puedo verlo en sus ojos en esta fotografía. Pero su estúpido orgullo se interpuso en nuestra relación. Prefirieron cortar por completo nuestros lazos antes que sentirse humillados por tenerme desfilando delante de sus amigos con mi hijo huérfano de padre.

Pero ahora, cuando miro esta fotografía, pienso en el día en que mi padre vino a verme a Queens. Condujo durante al menos cinco horas seguidas para llegar hasta mí porque era así de importante para él. Por primera vez, me pregunto si su motivación no era completamente egoísta.

¿No puedes confiar en nosotros por una vez, Brooke? Estamos haciendo esto por tu propio bien.

Casi me pareció...

Asustado.

Pero eso es una tontería. No había nada que temer. Shane estaba tras las rejas en ese momento, por el resto de su vida. No había manera de que pudiera llegar a mí. Estaba a salvo de ese hombre.

Y todavía lo estoy.



Capítulo 21

Once Años Antes

Después de haber tenido sexo con tu novio por primera vez, lo último que quieres oírlo decir es: —Mierda. —Bueno, quizá “tengo herpes” estaría un poco más arriba en la lista, pero esto tampoco es bueno.

—¿Qué? —digo—. ¿Qué pasa?

Shane se me echa encima, sudoroso y sonrojado. Había estado tan asustada antes, pero no había nada que temer. Era dulce y considerado, siempre asegurándose de que yo estaba bien y de que todo iba bien... o al menos no *iba mal*. No sé si diría que fue alucinante, pero estuvo bastante bien para ser mi primera vez. Y ahora es cuando se supone que debería estar abrazándome y diciéndome lo mucho que me ama y que aún me respeta, pero en lugar de eso, parece decididamente perturbado.

—¿Qué? —lo presiono.

—Creo que... —Frunce el ceño—. Creo que el condón se salió.

—¿Qué?

—No estoy seguro —dice rápidamente—. Pero... bueno, está apagado. Y yo no me lo quité. Así que me pregunto cuándo me lo quité y...

—Mierda —digo.

La cabeza me da vueltas. Tengo diecisiete años. No puedo estar embarazada a los diecisiete años. Tengo planes para los próximos diez años de mi vida, ninguno de los cuales implica un niño gritón. Quiero ir a la universidad. Un posgrado. Quiero viajar por el mundo. Dios mío, esto es malo.

—No enloquezcas, Brooke —dice Shane—. Todo saldrá bien.

Siento que apenas puedo respirar. —¿Cómo exactamente va a estar bien?

—Mira. —Me agarra del brazo, que está temblando—. Fue sólo una vez. Ni siquiera estoy seguro de que se haya salido. Estoy seguro de que todo irá bien.

—Me estás tomando el pelo. Las chicas se quedan embarazadas todo el tiempo de “sólo una vez”.

—De acuerdo —dice con una calma enloquecedora—. Entonces lo resolveremos.

INMATE

94



—¿Cómo?

—No lo sé —admite—. Pero decidas lo que decidas hacer, te apoyaré.

Me quedo con la boca abierta. Lo miro a los ojos y veo que lo dice en serio. Shane también tiene planes para el futuro. Espera conseguir una beca de fútbol para la universidad, para poder tener una vida mejor que aquella con la que creció. Esas siete palabras son capaces de destruir todos sus planes. *Decidas lo que decidas hacer, te apoyaré.* Pero lo dijo de todos modos.

En ese momento, sé que elegí al chico adecuado para perder mi virginidad.

—Te amo —suelto.

Me pasa los dedos por la mejilla. —Yo también te amo.

Aunque sigo alucinando, me obligo a calmarme. Shane tiene razón. Fue sólo una vez y las posibilidades de que me quede embarazada son pocas. Y si de alguna manera lo hiciera, él me apoyará. Decida lo que decida.

A pesar de los truenos y de mis pensamientos acelerados, me duermo en los brazos de Shane. Y no vuelvo a despertarme hasta que oigo los gritos.

FREIDA MCFADDEN

THE



Capítulo 22

Día Presente

Josh está en el cielo mientras mastica una de las albóndigas de Margie mientras los dos compartimos la cena en la mesa de la cocina. —Mamá — dice—. Son las mejores albóndigas que he comido nunca.

—¿Ah, sí?

—¿Sabes cómo los hacía Margie? —Sin esperar respuesta, responde a su propia pregunta—: Les ponía carne, pero también huevos, pan rallado y también queso parmesano. Decía que el queso parmesano era el ingrediente secreto.

—Sí, son deliciosas.

Josh da otro mordisco a la albóndiga que tiene en el tenedor y mastica pensativo. —¿Cómo haces las albóndigas, mamá?

Pues bien, abro el paquete de albóndigas congeladas, meto unas cuantas en un plato y las meto sesenta segundos en el microondas. Si no están hechas, las meto otros treinta segundos. —Más o menos igual, pero sin el queso.

—La próxima vez que las hagas —dice—, te ayudaré. Margie me dijo exactamente qué hacer.

Es bueno que Margie sea tan buena con él, pero me entristece que cuando mi madre vivía, nunca parecía tener un vínculo con Josh. Nunca habría hecho albóndigas con él. Ni siquiera le importó tanto cuando la dejó.

Suena el timbre y Josh salta de su asiento con una energía sorprendente para un niño que acaba de comerse unas treinta albóndigas. Le encanta abrir la puerta. Es una de sus cosas favoritas en el mundo, si puedes creerlo. No estoy segura de por qué, porque casi siempre es un tipo entregando un paquete.

Oigo abrirse la puerta principal, seguido del sonido de una conversación suave. Qué extraño. ¿Por qué Josh está hablando con el repartidor?

A menos que no sea un repartidor.

Me pongo en pie con dificultad, lo que no es fácil teniendo en cuenta que me he comido unas veintinueve albóndigas. (Estaban buenísimas. Debe de haber sido el queso parmesano.) Me acerco arrastrando los pies a la puerta principal, y me quedo con la boca abierta cuando nada menos que Tim Reese está de pie en la puerta



principal, hablando con Josh. Me quedo paralizada a unos tres metros de la puerta, incapaz de moverme.

—¡Mamá! —Josh llama—. ¡Mira quién está aquí! Es el señor Reese, nuestro subdirector.

Miro a Tim, que tiene una sonrisa tensa en los labios. —Es cierto. Yo... vivo justo al final de la manzana, y mi madre envió estas galletas desde Florida, y pensé...

Pensó que me traería unas galletas. Excepto que obtuvo más de lo que esperaba.

—¿Galletas? —Josh pregunta esperanzado. Será un día triste cuando mi hijo sea demasiado mayor para emocionarse con las galletas. Aunque, para ser sincera, las galletas *todavía me* entusiasman un poco. Pero en este momento, estoy teniendo problemas para desenterrar cualquier entusiasmo por ellas—. ¿Me das un poco, mamá?

—Claro —digo sin ton ni son.

Tim mira la caja blanca que tiene en la mano, como si se hubiera olvidado de que la tenía en la mano. Empuja la caja hacia los brazos de Josh sin quitarme los ojos de encima. —Son todas tuyas —dice.

—Mamá. —Josh me tira del brazo—. ¿Cuántos se me permite comer?

—Um, una...

—¿Una? ¿Eso es *todo*?

—Bueno, eh... dos, supongo.

—Pero, ¿y si son pequeñas?

Dios mío, le dejaría tener toda la caja si saliera de la habitación ahora mismo. —Puedes comer tres si son pequeñas.

—¡Sí!

Josh se va por el pasillo con la caja de galletas, dejándonos a Tim y a mí mirándonos en el pasillo. Tim sacude la cabeza. —¿Ese es tu hijo? ¿Ése es Josh?

—Sí...

La confusión en su rostro casi me hace querer acercarme y abrazarlo. —Me dijiste que estaba en la guardería.

—Nunca te dije eso.

—Pero tú... —Me mira por encima del hombro—. ¿Podemos hablar fuera un minuto?





Preferiría no hacerlo, pero tengo la sensación de que no tengo elección. Es una conversación que tenemos que tener, por mucho que la haya estado temiendo. Y no quiero hablar de esto al alcance de mi hijo, y Tim lo sabe.

Salimos al porche y cierro la puerta tras de mí. Estoy a solo medio metro de Tim y casi puedo distinguir los restos de las pecas que solía tener. Conocía su rostro tan bien, incluso mejor que el mío.

Éramos inseparables cuando éramos niños. Y pensábamos que siempre sería así, sobre todo Tim. Cuando teníamos seis o siete años, solía hablar del futuro de una forma que siempre me incluía. Decía cosas como: —*Cuando nos casemos, deberíamos comprar una casa grande con cinco habitaciones.* A veces tenía la sensación de que nunca dejaba de pensar así, sólo dejaba de decirlo en voz alta.

—Brooke —dice en voz baja—, ¿cuántos años tiene Josh?

Cierro los ojos un momento, con la esperanza de que, cuando los abra, todo esto sea un sueño realmente incómodo. Entonces vuelvo a abrir los ojos.

No. No es un sueño.

—Tiene diez años —le digo.

—¿Diez? —A Tim le tiembla la mano mientras se la pasa por el cabello—. ¿Tiene diez años?

—Bien.

—¿Eso significa que Shane es...?

No necesita terminar la pregunta. Ambos sabemos lo que está pensando. Puedo decirle la verdad. Se la merece.

—Sí —digo—. Lo es.

—Oh Dios. —Tim parece que va a vomitar—. No tenía ni idea de que tú...

—Bueno, ahora sabes por qué me fui de la ciudad.

—Sí, pero... —Se queda mirando la puerta de mi casa—. ¿Sabe Josh quién es su padre?

—No. Y me gustaría que siguiera siendo así.

—¿Lo sabe Shane?

Sacudo la cabeza enérgicamente. —No. De ninguna manera.

Tim mira de nuevo a la puerta de mi casa, sus ojos se vuelven más salvajes a cada segundo. —Cristo, incluso se parece a Shane.

—Lo sé. —Me muerdo el labio—. Se parece a él, pero no se parece en nada a Shane. Es un chico muy bueno.

—Oh Dios.





Su reacción es más o menos la que yo esperaba. A Tim nunca le gustó Shane, incluso antes de todas las cosas terribles que hizo. Debería haber sabido que reaccionaría así. Pero sigue siendo difícil de ver. A veces la gente hace exactamente lo que crees que van a hacer, y aun así se las arreglan para decepcionarte.

—Mira... —Tim da un paso atrás—. Creo que tal vez debería irme. Esto fue... una mala idea.

Ya no piensa en que cuando nos casemos vamos a construir una casa para perros gigante de dos pisos en el patio trasero. Lo cual está bien. Una casa de perro tan grande no era práctico, de todos modos.

Tim está a punto de irse cuando Josh irrumpe en la casa. Parece un poco jadeante y tiene los labios cubiertos de migas de galleta. —¡Mamá! —dice—. El fregadero de la cocina está roto.

Oh, genial. Esta noche se pone cada vez mejor. —¿Estás seguro?

Josh asiente solemnemente. —Sí. Cuando abro el grifo, solo sale despaño o muy rápido, ¡y tengo agua por todas partes!

Echo de menos mi antiguo apartamento de Queens. Teníamos un casero y un portero, y si algo se estropeaba, sólo tenía que llamarlos. Supongo que tengo que encontrar la manera de arreglar el fregadero yo misma.

—¿Tim? —Mejor le pregunto antes de que salga corriendo—. No conoces a un fontanero al que pueda llamar, ¿verdad?

Tim mira hacia la casa, frunciendo ligeramente el ceño. —Si quieres, puedo echar un vistazo.

—¿Sabes arreglar un fregadero?

—Tal vez. Me he vuelto bastante decente arreglando cosas en casa.

No voy a rechazarlo. Los fontaneros son caros, y aunque mis padres me dejaron esta casa, no me dejaron mucho dinero después de que los impuestos se llevaran su parte. —De acuerdo, gracias.

Tim me sigue al interior de la casa. Es raro, porque ha estado en esta casa cientos de veces, si no miles, pero no desde hace mucho tiempo, y no desde que los dos hemos crecido. Nunca cambié la mayoría de los muebles que tenían mis padres, pero no son los mismos muebles de cuando éramos niños. Parecen diferentes, pero iguales. Más o menos como el propio Tim.

—¿Tienes una caja de herramientas?

Pienso un momento. —Mi padre guardaba una en el garaje.

—¡Yo lo traigo! —Josh dice.





Tim y yo nos quedamos de pie, incómodos, mientras Josh corre al garaje a traer la caja de herramientas de mi padre. Afortunadamente, no tarda mucho. Vuelve un minuto después, cargando una caja de herramientas negra que parece pesar más que él.

—De acuerdo —dice Tim—. Hagámoslo. —Mira a Josh, que lo observa con ojos grandes—. No sé si podré con esto yo solo. ¿Crees que podrías ayudarme?

—¡Sí!

Parece incluso más emocionado por arreglar el fregadero que por las galletas.

Paso los primeros cinco minutos observando ansiosamente a Tim y Josh, pero luego me doy cuenta de lo aburrido que es ver a dos personas arreglar un fregadero, así que me voy al salón a leer. Hay un montón de golpes fuertes y agua corriente intermitente, y en un momento dado, juro que oigo reír a los dos.

Una hora más tarde, Tim sale de la cocina y se limpia las manos en los vaqueros. Josh lo sigue un segundo después. —¡Mamá, lo hemos arreglado! El señor Reese arregló el fregadero.

Tim sonríe. —En realidad, Josh hizo la mayor parte del trabajo. Yo sólo estaba mirando.

—Y tú me ayudaste a apretar ese perno.

—Es verdad. Lo hice.

Josh sonríe a Tim. —Ahora puedes arreglar el pomo de la puerta de arriba que se sigue cayendo. Y yo te ayudaré.

La sonrisa de Tim vacila. —Eh, bueno...

Me levanto del sofá. —Josh, el señor Reese está muy ocupado para arreglar todo en nuestra casa. Y se está haciendo tarde.

A Josh se le cae la cara. Parece como si alguien le hubiera dicho que su perro acaba de morir. —Oh.

—Pero puedo pasarme mañana —añade Tim—. Quiero decir, si a tu madre le parece bien.

—Me parece bien. —Mis ojos se encuentran con los de Tim—. Si a ti te parece bien.

—Me parece bien.

Josh mira entre los dos, con el rostro contraído. —Entonces... ¿arreglamos el pomo de la puerta?



INMATE

100



—Claro —dice Tim—. Mañana, ¿de acuerdo?

Mando a Josh a prepararse para ir a la cama mientras acompaño a Tim a la puerta. Sinceramente, no creía que fuera a volver a verlo después de la charla que tuvimos. Pero ahora parece casi olvidado. Aunque estoy segura de que Tim no lo ha olvidado.

Nos detenemos cuando Tim sale. —Gracias por hacer eso —le digo.

—No hay problema. —Me mira un momento, contemplando qué decir a continuación—. Tenías razón, Brooke.

—¿Sobre qué? ¿Acerca de qué?

—Es un buen chico.

Con estas palabras, Tim da media vuelta y emprende el camino de vuelta a su propia casa.

FREIDA MCFADDEN

THE





Capítulo 23

Once Años Antes

Me despierto de un tirón. Abro los ojos y tardo un segundo en recordar dónde estoy. Estoy en casa de Shane, y él está tumbado en la cama a mi lado, todavía respirando profundamente. Pero he oído algo. Un grito. Estoy segura.

Miro el reloj. Son las tres de la mañana.

—Shane. —Sacudo su hombro desnudo hasta que sus ojos se abren—. He oído algo.

—¿Eh? —Se frota los ojos con el dorso de la mano—. ¿Qué pasa?

—Hubo un...

Y entonces lo oímos otra vez. Un grito aterrador, excepto que esta vez puedo distinguir claramente una palabra gritada:

—¡Brooke!

Shane se incorpora en la cama, tan despierto como yo. Tira las piernas por encima de la cama y se pone unos vaqueros anchos. Se echa una camiseta por la cabeza, mientras yo lucho con mis vaqueros ajustados. Todavía está en calcetines cuando se acerca a la puerta de la habitación.

—¿Adónde vas? —pregunto ansiosa.

Su mirada se dirige al pomo de la puerta. —Alguien gritaba abajo. Tengo que comprobarlo.

—No sin mí.

Es imposible que me deje sola en esta habitación. Me abrocho los vaqueros y me pongo el jersey.

—Deberías quedarte aquí arriba —dice Shane—. Puede que no sea seguro.

—Quiero ir.

Shane abre la boca para protestar de nuevo, pero las palabras son ahogadas por otro grito:

—¡Brooke!



Salimos de la habitación y nos encontramos con Kayla y Tim al final de las escaleras. Parece que se han puesto la ropa tan deprisa como nosotros. Me pregunto qué habrán estado haciendo ahí dentro. Espero que sobre todo durmiendo.

—¿Has oído eso? —Tim pregunta. Kayla se aferra a su brazo.

Shane asiente solemnemente. Todos miramos hacia abajo, e incluso desde el segundo piso podemos ver que la puerta principal está abierta de par en par. Gotas de lluvia humedecen la alfombra justo dentro de la puerta.

—Chelsea —murmuro.

Tuvo que haber sido Chelsea la que gritó. Porque no fue Kayla y no fui yo, así que Chelsea es la única que queda. ¿Pero por qué gritaría mi nombre? ¿Por qué no llamaría a Brandon si algo estuviera mal? A menos que...

Si Brandon hizo algo para lastimarla, voy a matarlo.

Shane empieza a bajar las escaleras primero, de dos en dos. Tim es el siguiente, y yo de tercera. Kayla se queda atrás, en un distante cuarto lugar. No la culpo. No es muy amiga de ninguno de nosotros y, si hay problemas, probablemente no quiera involucrarse.

Shane llega primero a la puerta principal. Se agarra al marco de la puerta y se asoma al pequeño porche. Entonces ve algo que le hace abrir mucho los ojos y da un paso atrás.

Y entonces oigo sollozos.

Tim sale al porche en segundo lugar. Reacciona de la misma manera que Shane. A estas alturas, estoy desesperada por saber qué está pasando. Casi tropiezo con mis pies al llegar a la puerta principal. Y cuando salgo...

Oh. Oh Dios...

Chelsea está de rodillas junto a Brandon, que yace de espaldas en el húmedo porche, con el pecho cubierto de sangre roja oscura. La misma sangre le gotea de la boca y tiene los ojos entreabiertos, mirando a la nada. Chelsea lo toma de la mano y solloza desconsoladamente mientras la lluvia cae a cántaros sobre ellos.

—¿Qué ha pasado? —me las arreglo para decir.

—¡Oh, Brooke! —Chelsea se pone en pie y me abraza. Se aferra a mí, aunque me está manchando la ropa de sangre y agua—. Bajé porque Brandon no estaba en la cama. Vi que la puerta estaba abierta así que miré fuera y...

—¿Está muerto? —Kayla chilla. Parece a punto de vomitar.

Tim se arrodilla junto al cuerpo. Coloca los dedos en el cuello de Brandon, buscando el pulso. Sacude la cabeza. —Está muerto.





Chelsea se deshace en sollozos más fuertes. Sigue agarrada a mí y siento que la mantengo erguida. En unos segundos, los dos vamos a caer al suelo.

—Métela en casa —me dice Shane—. Nos ocuparemos de lo que hay aquí fuera.

Kayla y yo ayudamos a Chelsea a volver a la casa y la sentamos en el sofá. Ella entierra el rostro entre las manos, incapaz de dejar de llorar. Le froto la espalda mientras Kayla busca su teléfono, que había abandonado en la mesita cuando se enteró de que no había cobertura. Mira la pantalla.

—Todavía no hay servicio —gruñe. Mira hacia la puerta y grita—: Shane, dijiste que había un teléfono fijo, ¿verdad? ¿Dónde está? Tenemos que llamar a la policía.

—¡Está junto a la librería! —responde.

Rápida como un rayo, Kayla se acerca a la estantería. Toma un teléfono inalámbrico. Pulsa un botón y se lo pone en la oreja. Frunce el ceño, aparta el teléfono de la oreja y pulsa otro botón.

—¡Shane! —Su voz ha adquirido un tono histérico—. ¡El teléfono no funciona!

Un trueno sacude la casa, aunque es más suave que al principio de la tarde.

—¡Shane! —Kayla grita.

Al cabo de unos segundos, Shane entra en casa dando un portazo. Tiene el rostro ligeramente sonrosado y el cabello y la camisa húmedos. Se acerca a zancadas hasta donde está Kayla con el teléfono inalámbrico y se lo quita de las manos. Kayla lo mira, retorciéndose las manos.

—Está muerto —declara—. La tormenta debe haber dañado las líneas telefónicas.

Los ojos de Kayla vuelan por la habitación. —¿Así que no hay manera de llamar a la policía?

—No.

Ella sacude la cabeza. —Entonces me voy de aquí. Chelsea, ¿dónde están las llaves de tu auto?

Shane aprieta los labios. —Kayla, ¿quieres calmarte un minuto?

Los relámpagos iluminan el pequeño rostro de Kayla, dándole un aspecto casi demoníaco. —No, no me calmaré. Acaban de *asesinar* a alguien en esta casa y ahora no hay electricidad ni teléfono. Me largo de aquí *ahora mismo*. Si no quieres venir, enviaré un auto de la policía cuando regrese a la ciudad.

Shane hace una mueca. —Kayla...

Kayla lo mira. —Tenemos que irnos, Shane. ¿Por qué no quieres que nos vayamos?





Kayla tiene razón. No queremos abandonar la escena del crimen, pero tenemos que contactar con la policía. Y si las líneas telefónicas están caídas, tenemos que conducir hasta la estación. Mis padres me van a destruir cuando se enteren de lo que he estado haciendo esta noche, pero no puedo pensar en eso. Alguien ha muerto.

Y hay una posibilidad muy real de que alguien en esta sala sea el responsable.

Chelsea se pone en pie, con los ojos aún húmedos. —Kayla tiene razón. Tenemos que salir de aquí. No sé quién ha hecho esto... —Levanta los ojos para mirar a Shane, y luego a Tim, que se demora en la puerta—. Pero es evidente que corremos algún tipo de peligro. Tenemos que salir de aquí.

Estoy de acuerdo.

Chelsea y Kayla se ponen sus inadecuados zapatos y abrigos y salen de casa, ignorando que la lluvia sigue cayendo con fuerza. Me calzo mis propias zapatillas, pero no son rival para lo que parece un río helado que se está formando en la puerta principal. Mis zapatillas se llenan de barro y agua helada. Estoy deseando llegar a casa y alejarme de este espectáculo de terror.

Pero justo antes de que podamos subirnos al Beetle de Chelsea y volver a casa, se detiene en seco. Oigo su respiración agitada un segundo antes de darme cuenta de lo que está mirando.

Sus cuatro neumáticos han sido rajados.

—¿Qué demonios? —jadea.

Vamos por el lado de su auto al Chevy de Shane, y la situación es la misma. Neumáticos cortados en pedazos.

—¿Qué demonios? —Shane está furioso ahora mientras examina los daños en sus neumáticos—. ¿Quién haría esto?

Kayla retrocede, abrazándose el pecho mientras sacude la cabeza. —Alguien no quiere que podamos salir de aquí.

—Kayla... —Tim la toma del brazo—. Mira, vamos a resolver esto...

—¡No! —Kayla se aleja de él, sus ojos repentinamente salvajes—. Uno de ustedes lo mató. Uno de ustedes hizo esto, y ahora no quiere que el resto de nosotros escapemos.

—Kayla, eso es una locura —dice Chelsea.

—¿Lo es? —Kayla parpadea conteniendo las lágrimas.

—¡Sí! —Chelsea se aparta de la cara un mechón de su empapado cabello negro con las puntas decoloradas—. Tim y Shane no son asesinos. *No lo son.*

—Quizá fuiste tú —responde Kayla.

—¿Yo?





—Claro, ¿por qué no? Después de todo, todo el mundo sabe que Brandon te engañaba. Tal vez ustedes dos tuvieron algo y no terminó bien para él.

Los labios de Chelsea forman una O sorprendida. —Zorra...

A Kayla se le escapa una lágrima del ojo derecho. Se la limpia con el dorso de la mano y se mancha la mejilla con el rímel. Nos mira a los cuatro, y su respiración se acelera a cada segundo. —Me voy de aquí, en auto o no.

—Kayla, no... —empieza a decir Shane.

Pero ya es demasiado tarde. Kayla se ha dado la vuelta y corre en dirección contraria por el sendero mal pavimentado que lleva a la granja, con el agua de lluvia llegándole por encima de los tobillos como si estuviera vadeando un arroyo poco profundo. Presumiblemente, había pensado que no estaría mucho tiempo al aire libre durante esta fiesta de pijamas, así que lleva un par de tacones gruesos con lo que antes había sido una elegante gabardina de cuero antes de que la lluvia la destrozara. Mi abrigo y mis zapatillas no están mucho mejor, pero me siento tentada a seguirla.

Apenas recorre seis metros. No sé si el pie se le engancha en algo, pero se zambulle rápidamente en el agua fangosa del suelo. Tim maldice en voz alta y sale corriendo tras ella.

—Mira cómo se va el príncipe azul —murmura Chelsea en voz baja.

Le lanzo una mirada. —¿Qué? ¿Crees que no debería ayudarla?

Chelsea no contesta y respira entrecortadamente. Al igual que Kayla, se le ha corrido el maquillaje por todo el rostro, lo que la hace parecer casi maniaca. Me alegro de haber llevado solo pintalabios esta noche, que se me ha borrado cuando Shane y yo nos besamos.

Al principio parece que Kayla no va a dejar que Tim la ayude, pero finalmente acepta su mano y deja que la ponga en pie. Echa una mirada arrepentida a la carretera, que cada segundo que pasa está más inundada, y sigue a Tim de vuelta a la granja. Es difícil saber si su cara está húmeda por las lágrimas o por la lluvia.

Shane está rondando la puerta principal y le echa un vistazo a Kayla cuando sale de nuevo al porche. —¿Estás bien?

La mira fijamente, pero no dice nada.

—Entremos —dice Tim—. Al menos estará seco.

Con esa declaración, no puedo dejar de notar lo empapado que quedó mientras rescataba a Kayla. Todos estamos empapados, en realidad. Parecemos un montón de ratas ahogadas. Kayla se llevó la peor parte cuando resbaló en el barro. Su cabello oscuro está pegado a su cráneo y su gabardina parece que tendrá que ser despegada de su piel. Tiene manchas de barro en el rostro, mezcladas con el maquillaje estropeado.





—Eso te gustaría, ¿verdad? —Kayla le sisea—. Atraparme en la casa sin salida...

—Oye... —Tim levanta las manos—. Sólo digo que... no queremos enfermarnos aquí fuera...

—¡Enfermarnos! —Echa una mirada horrorizada al cuerpo de Brandon, aún tendido en el porche—. ¡Alguien ha muerto! ¡Y uno de *ustedes lo ha* hecho! Tiene que haber...

—Kayla... —Tim da un paso cuidadoso hacia ella—. Necesitas calmarte...

—¡No voy a calmarme! —Da un paso atrás, casi tropezando con sus propios tacones—. No confío en ninguno de ustedes. Así que hasta que vuelva la luz, déjame en paz.

Con esas palabras, Kayla entra corriendo en casa. Sus pasos desaparecen escaleras arriba y el sonido de la puerta de uno de los dormitorios resonando en la casa.



Capítulo 24

Día Presente

A la mañana siguiente, antes de empezar la clínica, voy a la enfermería a ver cómo está Shane.

Mientras camino por otro largo pasillo de luces parpadeantes, una voz a mi espalda grita mi nombre. Me detengo y me giro a tiempo para ver a Marcus Hunt corriendo por el pasillo en mi dirección.

Estupendo. ¿Y ahora qué?

Espero que no empiece a acosarme para tener citas. No puedo lidiar con eso además de todo lo demás. De lo que estoy segura es de que voy a empezar a llevar mi spray de pimienta en la mano en lugar de dejarlo en el bolso mientras salgo hacia el auto. Un buen chorro y sabrá que tiene que dejarme en paz.

—Brooke. —Se detiene delante de mí—. Hola.

—Hola. —Evito sus ojos—. ¿Qué necesita, Oficial Hunt?

Se tira del cuello de su rígido uniforme azul de funcionario de prisiones. —Puedes llamarme Marcus.

No respondo a eso. —¿Qué necesitas?

Saca unas hojas de papel que se había metido en el bolsillo del pantalón. Me las da, están escritas con su letra de araña. El nombre que aparece en la primera hoja es Malcolm Carpenter.

—Sé que estabas intentando conseguir ese colchón para Carpenter —dice—. Conseguimos uno para alguien hace un par de años, y recordé que estos eran los formularios que había que rellenar. Intenté rellenar todo lo que pude por ti.

Miro los papeles que tengo en las manos, atónita. He estado luchando por conseguir ese colchón para el señor Carpenter con poco éxito, y Dorothy ha estado intentando activamente que no lo consiguiera. Incluso he intentado llamar al doctor Wittenberg, que al parecer es mi médico supervisor, aunque nunca he visto a ese hombre, y tampoco he podido conectar con él.

—Vaya —digo—. Muchas gracias.

—No hay problema. —Me guiña un ojo—. Oye, estamos en el mismo equipo, ¿verdad?



—Bien... —Espero a que siga invitándome a salir, pero no lo hace—. De todas formas, será mejor que me pase por la enfermería. Le daré el alta a Nelson si parece que está bien.

Al oír el nombre de Shane, los ojos de Hunt se oscurecen. Gira la cabeza en dirección a la puerta de la enfermería, la mirada hirviente. Odia a Shane, y no está claro por qué. Según Dorothy, Shane no ha hecho nada especialmente terrible durante su estancia en la prisión.

—Siento que tengas un problema con Shane Nelson —le digo—. Pero él ha estado perfectamente bien conmigo.

Bueno, excepto por intentar matarme aquella vez.

—Apuesto a que fue amable contigo —refunfuña Hunt.

—Y si te preocupa mi seguridad, serás el primero en saberlo. —Lo miro a los ojos—. Te lo prometo.

Considera esto. —Sólo ten mucho cuidado.

—Lo haré.

Sacude la cabeza como si no creyera que realmente voy a tener cuidado, y tiene razón. Sea cual sea el daño que Shane intentó hacerme hace tantos años, no creo que vaya a intentar nada ahora, rodeado de guardias capaces de dispararle si es necesario. Y la verdad es que, cuando lo miro ahora, me cuesta imaginar que alguna vez fuera capaz de ello. Incluso cuando estábamos en el juzgado, cuando aún tenía fresco en la cabeza el recuerdo de que me habían cortado el aire de la tráquea, me costaba mirar a Shane e imaginármelo intentando matarme. Parecía Shane, el chico del que me enamoré en el campo de fútbol.

Todavía no puedo entender qué lo llevó a hacer todas esas cosas terribles. ¿Doble personalidad? ¿Un momento de locura? Pero no importa. De cualquier manera, está pagando el precio.

La enfermería de la penitenciaría de Raker es una pequeña unidad con seis camas, donde podemos administrar tratamientos médicos básicos. Podemos administrar antibióticos por vía intravenosa, administrar líquidos y controlar a los pacientes que están demasiado enfermos para estar en la población general pero no lo suficiente para estar en el hospital. He estado parando allí a primera hora de la mañana para hacer mis rondas, y luego hago otra parada antes de irme.

Shane es el único prisionero que ocupa actualmente una cama en la enfermería. Está tumbado sobre uno de los colchones, con los ojos cerrados y el moratón de la frente mucho más oscuro que ayer. Aunque Dorothy dijo ayer que no necesitaba grilletes, tiene una pierna encadenada a la barandilla de la cama.





Charlene, una joven auxiliar de enfermería de rostro fresco, está sentada en el mostrador de la enfermería. Me acerco a ella y señalo las camas con la cabeza. —¿Nelson pasó bien la noche?

—Sí, sin problemas.

No puedo evitar preguntar: —¿Por qué está encadenado a la barandilla de la cama?

Charlene se encoge de hombros. —Hunt vino aquí ayer antes de irse a casa y le puso las esposas. No sé por qué. Casi siempre ha estado durmiendo. Solo se despertó para desayunar. Le di Tylenol para el dolor de cabeza y se portó muy bien. Muy educado.

—Bien —digo.

—Él también es mono, ¿verdad? —Suelta una risita y su rostro se enrojece—. Necesito salir más, ¿eh?

—Si...

Mira hacia la tercera cama, donde parece que Shane sigue durmiendo. —Me pregunto qué habrá hecho para acabar aquí.

Charlene es lo suficientemente joven como para no recordar la emoción que rodeó el juicio de Shane, aunque sea de la zona de Raker. Pero no voy a ser yo quien la ponga al corriente. —Yo... no lo sé.

—Solía buscarlos en Google —continúa—. Muchos de ellos han hecho algo tan malo que ha salido en las noticias. Pero siempre era un fastidio enterarse. Prefería no saberlo.

—Sí —digo—. Sé lo que quieres decir.

Dejo a Charlene con su papeleo y me acerco a la cama donde Shane sigue dormido. Lo observo un momento, soplando suavemente entre sus labios ligeramente entreabiertos. Esperaba que mi presencia sobre la cama lo despertara, pero no es así. Así que alargo la mano y le toco el hombro.

Shane agita los párpados, estira la mano y se los frota con la yema. Cuando las retira, me mira. Sus ojos se abren de par en par y respira entrecortadamente. —Brooke...

—¿Shane? —digo.

Vuelve a parpadear. —Oh, lo siento, yo... fue raro despertarme y que estuvieras allí. Fue como, ya sabes, un poco déja vu.

—Sí, lo entiendo. —Hago una mueca—. ¿Cómo te sientes?





Bosteza mientras usa el botón para levantar la cabecera de la cama. —Es como si me hubiera golpeado la cabeza contra un escritorio. —Me ofrece una débil sonrisa—. Estoy bien. Sólo me duele la cabeza.

—¿Cómo de malo en una escala del uno al diez?

—No lo sé. Cuatro tal vez. ¿Cinco?

—¿Náuseas? ¿Mareos? ¿Confusión?

—No, estoy bien. —Se esfuerza por acomodar su posición en la cama, frustrado ligeramente por el brazalete que mantiene su tobillo derecho en su lugar—. Sólo el dolor de cabeza. Eso es todo.

Miro el grillete de su tobillo. —Puedo decirle al oficial Hunt que se lo quite.

—No. —Hace un gesto con la mano—. Honestamente, ya estoy acostumbrado a estas cosas. No es para tanto. Y si presionas, sólo va a odiarme más.

—Bien. Si tú lo dices...

Le hago un examen neurológico, verificando que no hay nada preocupante que requiera que envíe a Shane a hacerse un escáner de la cabeza. Parece estar bien, como dijo. Sólo el hematoma de la cabeza. Aunque noto cómo se estremece cuando le ilumino los ojos con la linterna. Le duele más la cabeza de lo que parece.

—¿Quieres algo más fuerte para ese dolor de cabeza?

Se masajea la sien con los dedos. —No, está bien. Me tomé un Tylenol. Puedo arreglármelas.

No tengo ni idea de por qué Elise escribió “búsqueda de drogas” en su historial. El tipo está claramente dolorido y ni siquiera quiere pedir nada. —Pareces bastante incómodo. Puedo darte un Fioricet, si quieres.

Asiente agradecido. —Bien, claro, tomaré un poco de eso.

—No hay problema.

—Además... —Sus ojos marrones me miran—. Te prometo que no volveré a sacar el tema de lo que hablamos ayer.

Mi mandíbula se tensa. —Bien.

—Sé lo que piensas de mí —dice—, y sé que te diga lo que te diga, no te lo tomarás en serio...

—Shane...

—Pero hay una cosa que tengo que decirte... —Sus palabras salen deprisa, como si temiera que me fuera a ir antes de que termine, lo cual es una posibilidad real—. Nunca me perdonaría si no te lo dijera...

—Por favor, no hagas esto, Shane...



INMATE

111



—Tienes que alejarte de Reese. —Sus ojos ligeramente inyectados en sangre son enormes mirándome fijamente—. Sólo hazlo por mí. ¿De acuerdo?

—Shane...

—No me importa si piensas que soy un... un asesino —se atraganta—. Sólo... tienes que alejarte de Tim Reese. Es peligroso. *Por favor*, Brooke.

Lo miro a los ojos y siento verdadero miedo. Un escalofrío me recorre la espalda. No sé cómo puede pensar que Tim es peligroso. Es obvio que Tim no es peligroso. Nunca podría creer eso de él. Shane tiene que estar fingiendo.

Tiene que estarlo.

—Bien —digo.

—¿En serio?

—Sí.

Se reclina contra la cama, sus rasgos faciales se relajan. —Gracias, Brooke.

No será la primera vez que le miento.

FREIDA MCFADDEN

THE





Capítulo 25

Once Años Antes

Chelsea está arrodillada junto al cuerpo de Brandon, sollozando en silencio. Extiende una mano y se la pasa por la mandíbula floja. Los demás estamos en el porche, los chicos se mueven incómodos. Shane también debe de estar destrozado, porque Brandon era su mejor amigo, pero no ha dicho nada desde que descubrimos el cadáver. No es que esperara que un adolescente se pusiera a llorar como Chelsea.

Chelsea levanta el rostro bañado en lágrimas para mirarnos. —¿Qué vamos a hacer con el cuerpo?

Shane y Tim intercambian miradas. —Vamos a dejarlo aquí —dice Shane.

—¿Vas a dejarlo sin más? —Chelsea estalla mientras se levanta—. ¿A la intemperie?

No digo lo que pensamos los demás, que es que a Brandon no le va a molestar el frío. Ya no.

—Tengo algunas mantas extra en el armario de la ropa blanca —ofrece Shane—, si quieres una.

Chelsea duda un segundo y luego asiente. Shane vuelve a entrar en la casa mientras nosotros tres esperamos en el porche. Tim está a escasos centímetros de mí, tan cerca que casi puedo sentir el calor de su cuerpo. Extiende la mano y toca la mía, dándole un apretón reconfortante durante una fracción de segundo antes de que la puerta vuelva a abrirse y Shane regrese con la manta.

La manta de lana es azul cielo y parece que podría picar, pero a Brandon no le va a importar mucho. Chelsea le coloca suavemente la manta sobre la parte inferior del cuerpo, deteniéndose como si no estuviera segura de si debía ponérsela sobre la cabeza o no. Finalmente, le cubre también el rostro, convirtiendo a su novio en un bulto cada vez más oscuro en el porche.

Se lleva los dedos a los labios y se los tiende. —Te amo, cariño.

¿Lo hizo? ¿De verdad? Solo ayer estábamos hablando por teléfono y ella dijo, odio a ese imbécil tramposo.



Nos mira a los demás como si esperara que le diéramos nuestra opinión. Apenas conocía a Brandon, y lo que sabía de él no me gustaba mucho. Pero no quiero dejar a Chelsea colgada, así que murmuro:

—Te echaremos de menos, Brandon.

—Te echo de menos —dice Tim al cabo de un rato, aunque Brandon le caía tan mal como a mí.

Chelsea mira a Shane, cuyos ojos se han vuelto vidriosos. —Vamos a encontrar a quien te hizo esto, hombre —dice Shane—. Y vamos a hacerle pagar.

—

Ahora que nos hemos despedido de Brandon, Chelsea consiente en volver a entrar en la casa para averiguar nuestras opciones para nuestro próximo movimiento. Por desgracia, esas opciones son limitadas. Las líneas telefónicas están muertas, ya sea por la tormenta o por algo más ominoso. Los neumáticos de nuestros dos vehículos están pinchados. Y la tormenta sigue tan fuerte como siempre.

—Kayla no tuvo mucha suerte caminando de vuelta a la carretera principal. —Chelsea está de pie en medio de la sala de estar, escurriendo el agua de su largo cabello—. Pero apuesto a que uno de ustedes podría hacerlo. No está tan lejos, ¿verdad? Como, ¿un kilómetro?

—Un kilómetro y medio. —Shane hace una mueca—. Y ya has visto lo resbaladizo que está el camino, así que es una caminata difícil. Pero lo que más me preocupa es que con la cantidad de viento, podría haber algún cable de alta tensión caído. Un paso en falso y podrías electrocutarte.

Estupendo. Así que nuestras opciones son quedarnos aquí con un asesino al acecho o arriesgarnos a morir ahogados o electrocutados.

—Creo que deberíamos quedarnos aquí hasta que amaine la tormenta —dice Shane—. Al menos, puede que recuperemos el servicio telefónico. Y las carreteras se secarán.

Miro a Tim con las cejas levantadas. Él suelta un largo suspiro. —Estoy de acuerdo. No es seguro ahí fuera en este momento.

Los dos chicos parecen firmemente partidarios de quedarse quietos. Miro a Chelsea, que está completamente encharcada. Su máscara de pestañas se ha disuelto en rayas que recorren sus mejillas, a pesar de que siempre se pone resistente al agua. Supongo que el rímel resistente al agua no es rival para la tormenta.

—Brooke —dice—, ¿puedo hablar contigo? —Ella mira a los chicos—. *A solas.*





No espera respuesta. Me toma del brazo y me saca de la habitación, dejando a Shane y Tim mirándonos fijamente. No se detiene hasta que llegamos a la puerta de atrás, que abre de un tirón y me saca fuera, cerrando la puerta de un portazo.

—¡Chelsea, hace frío fuera! —Me abrazo con los brazos contra el pecho—. ¿Podemos volver dentro?

—No. —Chelsea mira hacia la puerta de atrás casi acusadoramente—. Estoy muy enloquecida, Brooke. Alguien le hizo esto a Brandon. Lo... lo apuñalaron. ¡Alguien lo apuñaló hasta matarlo! Está muerto.

—Lo sé...

Se enjuga los ojos con el dorso de la mano. —Aquí no estamos seguros. Lo sabes, ¿verdad? Tenemos que salir de aquí.

—Ya viste lo que le pasó a Kayla cuando intentó huir...

Sus ojos parecen desorbitados con el rímel goteando. —Kayla era la peor animadora del equipo, apenas podía aguantar una sesión de entrenamiento. Tú y yo, apuesto a que podríamos hacerlo. Y si no nosotras, los chicos seguro que podrían.

—Pero ya oíste lo que dijo Shane sobre las líneas eléctricas...

—O tal vez no quiere que nos vayamos. ¿Pensaste en eso?

Sí, ya lo había pensado. Pero sigue teniendo sentido. No me entusiasma vagar por el desorden exterior, especialmente sin el calzado adecuado. ¿No es así como la gente se congela?

—Shane no es un asesino —digo con firmeza—. Probablemente fue algún vagabundo que deambulaba por la zona. Es imposible que haya sido uno de nosotros.

Chelsea traga saliva mientras intenta tomar aire. Parece a punto de sufrir un ataque de pánico.

—¿Chels? —Arrugo la frente—. Chelsea, tienes que respirar. Respira hondo, ¿de acuerdo?

—Estoy bien. —Ella cierra los ojos, concentrándose en su respiración—. Estaré bien.

No sé qué hacer. ¿No dicen que hay que poner la cabeza entre las piernas en esta situación? Pero Chelsea parece tenerlo todo bajo control. Se aferra a mí, respira hondo hasta que sus hombros se relajan. Espero fuera con ella, aunque hace bastante frío. Aunque ahora que se ha ido la luz, dentro también hace bastante frío. Pero al menos el viento no nos arrojaría gotas de agua.

—¿Ya estás bien? —le pregunto cuando por fin abre los ojos.

Chelsea asiente.





—Tenemos que volver dentro. —No lo digo como una pregunta. Si ella no viene conmigo, me voy de todos modos—. No podemos quedarnos aquí afuera.

Me mira un momento y luego asiente. Giro el pomo de la puerta de atrás y la abro de un empujón, agradeciendo obscenamente el aire seco de la cocina. La cocina está a oscuras y los dos damos un respingo cuando oímos abrirse la puerta de la habitación.

—¿Brooke? —Es la voz de Tim. Me siento aliviada. Aunque sé que Shane no es un asesino, no hay nadie en quien confíe más que en Tim Reese—. ¿Eres tú?

Asiento, pero entonces me doy cuenta de que probablemente no pueda verme. La habitación está llena de sombras. —Sí, hemos vuelto. ¿Dónde está Shane?

—Salió fuera para ver si podía conseguir señal de móvil.

Chelsea me tira del brazo. —Necesito sentarme, Brooke.

Chelsea vuelve a temblar, así que la ayudo a cruzar la cocina y llegar al salón. Tim ayuda a sostenerla y la subimos al sofá. Acaba tumbada, con las manos en la cara. Pase lo que pase, Chelsea nunca volverá a ser la misma. El asesinato de su novio ha hecho mella en ella.

—Hola. —Tim me toca el hombro—. ¿Puedo hablar contigo un segundo en la cocina?

Entrecierro los ojos para ver a Chelsea en la oscuridad. Por ahora parece estar bien. —Está bien. Pero no quiero dejarla mucho tiempo.

Tim me lleva a la cocina. Mientras desaparecemos tras la puerta, se me pasa por la cabeza la idea de que ninguno de nosotros debería estar solo en este momento. Deberíamos permanecer juntos. Sin embargo, dejamos a Chelsea sola en el salón, y Shane deambula fuera.

¿Y si le ha pasado algo a Shane? ¿Y si yace en el suelo muerto como Brandon?

—Volví y eché otro vistazo bajo la manta. —Tim hace una mueca de dolor al decir las palabras—. Parece que Brandon fue apuñalado hasta morir.

—¿Él... él fue?

El rostro de Tim está tan cerca del mío que puedo distinguir todos sus rasgos en la oscuridad. Pero no puedo ver las pecas que suelen ser ligeramente visibles cuando estoy cerca de él. —Pero no había ningún cuchillo a su lado. No pude encontrar ninguno.

—Oh...

Tim mueve la cabeza hacia la encimera de la cocina. —Me preocupaba que quienquiera que fuera volviera, así que fui a buscar un cuchillo a la cocina. ¿Y adivina qué? Todos los cuchillos han desaparecido.





Lo miro fijamente. —¿Qué?

—¿Verdad? Bastante raro. Hay un bloque de cuchillos en el mostrador y está vacío.

Me estremezco y me abrazo a mí misma. —¿Y eso qué significa?

—Yo diría que significa que quien hizo esto lo planeó con antelación y se deshizo de todas las demás armas de la casa.

—Tim. —Siento que me ahogo—. ¿Qué estás diciendo?

—Creo que sabes exactamente lo que estoy diciendo, Brooke.





Capítulo 26

Día Presente

Ha transcurrido un mes de curso escolar y Tim Reese se ha convertido en un visitante frecuente de nuestra casa.

Después de arreglar el fregadero y el pomo de la puerta, Josh y él se embarcaron en una lista aparentemente interminable de proyectos que abordar en la casa. Después de todo, la casa es un poco vieja, así que había mucho que arreglar. Y cuando terminaron de arreglarlo todo, se les ocurrió la idea de construir una estantería para la habitación de Josh. Este fin de semana van a pintarla. (Verde neón, al parecer.)

Aunque estaba ansiosa por mudarme aquí, mis reservas se han disipado. Trabajar en la prisión tiene sus altibajos (no he visto a Shane ni una sola vez en el último mes, pero sigue muy *presente*), pero nunca he visto a Josh tan feliz como aquí. Le encanta la escuela y, lo que es más importante, se ha unido a Tim de una forma que me ha sorprendido.

Al llegar a casa esta noche, siento el delicioso aroma del ajo y la mantequilla. Estoy segura de que son los dos ingredientes favoritos de Margie en todo el mundo. Y no hay mejor olor para llegar a casa.

Encuentro a Margie en la cocina, preparando una bandeja de gambas al ajillo. Me dan ganas de inhalarlas, tienen tan buena pinta.

—He hecho de más —me dice Margie—, ya que supongo que el simpático Tim vendrá a cenar.

Empiezo a protestar, pero entonces me doy cuenta de que Tim ha venido a cenar al menos media docena de veces en las últimas dos semanas. Y nos ha invitado a su casa tres veces.

—Sí, dijo que probablemente vendría —murmuro.

Margie se ríe. —No tienes que avergonzarte de tener novio, Brooke.

—No es mi novio. —Margie me mira y yo niego con la cabeza—. *No lo es*. Sólo somos amigos.

Es la verdad. Tim ha venido mucho por aquí en el último mes, pero no ha pasado nada entre nosotros dos. No ha intentado besarme. Cuando vimos una película hace unos días, no bostezó ni intentó pasarme el brazo por el hombro. Somos amigos,





como siempre. Su comprensión de que Shane y yo tenemos un hijo juntos ha desvanecido cualquier sentimiento que tuviera por mí.

—Debo advertirte entonces —dice Margie—, Josh está haciendo algunas preguntas muy interesantes sobre él.

Oh, no. ¿Qué significa eso?

Cuando Margie se ha ido a dormir, voy al salón, donde Josh está jugando con su Nintendo. Está totalmente concentrado en el juego, con la lengua ligeramente fuera mientras se concentra. Su expresión me resulta extrañamente familiar, y tardo un segundo en darme cuenta de que Shane solía poner exactamente la misma cara cuando se concentraba en algo.

—Hola, Josh. —Me siento a su lado en el sofá—. ¿Cómo estuvo la escuela hoy?

No aparta los ojos del partido. —Bien. ¿Viene Tim a cenar? —En la escuela, Josh tiene que llamarlo Sr. Reese, lo que lo hace reír, pero en casa, es sólo Tim.

—Josh... —Me deslizo unos centímetros más cerca de él—. Margie me dijo que estabas haciendo algunas preguntas sobre Tim.

Josh hace una pausa en su juego y tira el mando a un lado. No sé en qué está pensando. Probablemente piensa que Tim es mi novio, igual que Margie. Voy a tener que aclararle las cosas. No sé si la verdad le decepcionará o si se sentirá aliviado.

—Bueno —dice—, me preguntaba...

—¿Sí?

Respira hondo. —¿Es Tim mi padre?

Me siento como si me hubieran dado un puñetazo en las tripas. No tenía ni idea de que había estado pensando eso. —Josh...

—Porque lo conocías desde antes de mudarte —señala Josh—. Y estaban muy unidos. Y además, es muy agradable...

Me mira con expresión esperanzada en el rostro. Ojalá pudiera decirle que Tim es su padre. Ojalá Tim *fuera* su padre. O que su padre fuera un ser humano decente con el que tuviera alguna posibilidad de acabar... o al menos permitir que mi hijo pasara unos minutos en su compañía.

—Lo siento, cariño —le digo—. Tim no es tu padre.

Josh parece destrozado. Parece tan triste que una pequeña parte de mí desearía haber mentido y haber afrontado las consecuencias más tarde. Pero, por supuesto, no podía hacer eso. Tenía que decirle la verdad.

Empiezo a rodearlo con el brazo, pero suena el timbre y resuena en toda la casa. Cuando Josh lo oye, recoge el mando de la Nintendo y reinicia el juego. —Quiero terminar este nivel antes de cenar —dice.





—Josh —le digo—, quiero hablarte más de esto... sé que estás decepcionado...

—No, no lo estoy. —Sus ojos vuelven a la pantalla del televisor—. No quiero hablar de ello.

Bien. No hay posibilidad de competir con Nintendo, así que mejor abro la puerta. Por supuesto, es casi seguro que Tim, ha llegado para la cena. Debería darle una llave. No en el sentido de una relación, sino como cuando le das a tu vecino una llave de repuesto. Por si me quedo fuera o algo así. Quiero decir, la única otra persona que tiene la llave es Margie, y ella vive en el pueblo de al lado.

Tim está en la puerta, con los mismos pantalones caqui y camisa de vestir que lleva al trabajo, pero sin corbata. Extiende los brazos, porque siempre que viene nos abrazamos en la puerta. Eso es lo que hacen los amigos, ¿no? Nos abrazamos. No es que nos saludemos besándonos.

—Hola, Brooke —dice—. Huele muy bien aquí.

—Gracias —digo, aunque no he sido yo quien ha cocinado las gambas.

Sin embargo, huele bien en toda la casa. Podía olerlo por el pasillo. Y solo cuando estoy en brazos de Tim noto otro olor. Algo extremadamente familiar, pero no tan agradable como el ajo y la mantequilla.

Es sándalo.

Me alejo bruscamente de Tim, con la nariz arrugada por el asco. —Dios mío, ¿qué llevas puesto?

Tim abre los ojos y se agarra el cuello de la camisa. —¿Qué? Es sólo una camisa de vestir de algodón.

—¡No! Quiero decir, ¡ese olor!

—¿Olor? —Se pasa una mano por la mandíbula bien afeitada—. Me afeité antes de venir y me puse loción para después de afeitarme. Pero...

El olor del sándalo se ha incrustado en mis fosas nasales. Cada vez que inhalo, siento que las cadenas de ese collar me aprietan la garganta. Me alejo un paso de él. —Por favor, ve a lavártelo. Ahora mismo.

—Pero...

—Ahora. *Por favor.*

Tim trota obedientemente hacia el baño. Oigo correr el agua y se queda allí unos minutos, lo que me parece una buena señal de que está haciendo un gran esfuerzo por quitarse todo el aftershave. Cuando sale del baño, su piel está ligeramente rosada.

—Bien —dice—. Creo que se ha ido.

Respiro de forma experimental. Ya no lo huelo. Gracias a Dios. —Gracias.





—Claro. —Tiene un surco profundo entre las cejas—. No hay problema...

Ahora cree que estoy loca. Tengo que explicárselo. A diferencia de otros tipos, él lo entenderá. —Cuando Shane intentó... ya sabes... llevaba loción de sándalo. El olor me enferma ahora.

—¡Oh! —Tim se frota la mandíbula—. Jesús, Brooke, lo siento mucho. No tenía ni idea. Me regalaron ese aftershave, pero voy a tirarlo.

—No tienes que hacer eso...

—Claro que sí. —Esboza una sonrisa ladeada—. No pasa nada. Odio el aftershave de todos modos.

Le devuelvo la sonrisa. —¿Entonces por qué lo llevabas?

—No lo sé. Probablemente estaba tratando de impresionar a Josh.

Nos quedamos de pie en el pasillo, mirándonos fijamente durante un momento, y de repente se produce una descarga de electricidad entre nosotros. Observo su rostro y me pregunto si él también lo siente. Incluso cuando creo que Tim está firmemente en la zona de amigos, me pregunto si existe la posibilidad de que me equivoque.

Siempre y cuando no vuelva a usar ese aftershave de sándalo.





Cuando termina la cena y Josh ha llevado su plato al fregadero, se vuelve hacia Tim: —¿Podemos jugar a la pelota en el patio?

Me alivia que a Josh le siga gustando Tim, aunque no sea su padre. Pero por mucho que quiera que estrechen lazos, tengo que intervenir. —¿Hiciste tu tarea?

Josh aparta la mirada. —No...

—Bueno, esa es tu respuesta entonces.

Josh gime, pero Tim confirma mi veredicto: me encanta tener a otro adulto a mi lado. —Haz los deberes —dice Tim—, y mañana podemos ir al parque con tu bate. Podemos practicar de *verdad* sin romper ningún cristal.

Josh asiente con entusiasmo y sube deprisa las escaleras hasta su habitación. Tim lo ha llevado al parque unas cuantas veces, entre sus proyectos de mejora del hogar. Me siento un poco culpable de que mi familia se esté comiendo toda su vida social. Quiero decir, es soltero. No es como si tuviéramos una relación. No debería estar con nosotros todos los fines de semana, arreglando cosas en mi casa y llevando a mi hijo al parque.

—No tienes que hacer eso —le digo después de que la puerta de Josh se cierra de golpe. Aunque si me dice que mañana no va a llevar a Josh al parque, podría echarme a llorar. He ido al parque para que Josh practique bateo, y soy épicamente mala en ello. No podría atrapar la pelota ni aunque mi vida dependiera de ello, así que me paso la mayor parte de la tarde agachándome para evitar que la pelota me dé en la cabeza o persiguiendo la pelota mientras Josh está de pie.

—A mí también me divierte. —Levanta un hombro—. Sabes, es un bateador muy fuerte. Puede golpear la pelota más lejos que yo.

—El año pasado fue el que más jonrón hizo en su equipo de ligas menores —digo con orgullo.

—Yo lo creo. Es un atleta natural.

Aunque es un cumplido, el comentario de Tim me pesa en el estómago. Porque Shane también era un atleta natural. Un quarterback estrella y todo eso. Si Josh alguna vez pide unirse al equipo de fútbol, voy a hacer todo lo posible para convencerlo de que no lo haga.





Tim recoge los platos que quedan en la mesa y los acerca al fregadero. Abre el grifo del agua caliente y toma la botella de jabón lavavajillas.

—Puedo manejarlo —insisto—. Solo hay unos pocos platos.

—Quiero ayudar. —Me quita la sartén de las manos y la sumerge en el fregadero lleno de sudor—. Vamos, ¿qué clase de idiota sería si viniera aquí, consiguiera una cena gratis y luego me largara?

—Para ser justos, hiciste como seis cifras de trabajo de reparación en esta casa.

Sale vapor del fregadero mientras Tim restriega la sartén. —No puede ser. Era como mucho de cinco cifras.

Le golpeo juguetonamente en el brazo. O empiezo a hacerlo, pero mi mano se detiene en sus bíceps. Debe... ya sabes, hacer ejercicio. Tim me mira, con las cejas prácticamente en la línea del cabello. Por un momento, nos quedamos ahí, con los ojos fijos. Luego se acerca y cierra el grifo del lavabo. Se seca las manos en un paño.

Entonces me agarra y me besa.

Lo dejé hacerlo. Bueno, más que dejarlo. Más bien, lo agarro por el cuello y lo acerco a mí como si no hubiera besado a un chico en la última década, lo cual se acerca mucho a la realidad. Durante sesenta segundos, nos quedamos en la cocina besándonos como si el mundo estuviera a punto de acabarse. Eso es lo que tardo en recordar que mi hijo está arriba y en apartar a Tim suavemente.

Tiene el rostro sonrojado y me mira como si, si dijera la palabra, subiéramos directamente a mi dormitorio. —Jesús, Brooke —dice.

Tengo que tomarme un segundo para recuperar el aliento. —Pensé que solo buscabas amistad.

—Sí, bueno, eso era mentira y tú lo sabías.

—No, no lo hice.

Me mira. —Vamos. Sabes que estoy enamorado de ti desde que tenía cuatro años.

Me da un vuelco el corazón. Sí, en cierto modo sabía que Tim sentía eso por mí. Aunque salía con otras chicas, nunca las miraba como me miraba a mí. Pero yo nunca sentí eso por él. No hasta hace poco.

—Yo sólo... —Miro hacia las escaleras, esperando que la puerta de Josh esté cerrada—. Tenemos algo bueno aquí. Josh te adora. Y tú eres mi mejor amigo. Siento que... tengo miedo de estropearlo, ¿sabes?

—Estoy de acuerdo: tenemos algo bueno entre manos. —Extiende la mano y la toma entre las suyas y, de nuevo, lo dejo—. Pero creo que podríamos tener algo mejor.





Tiene razón, por supuesto. A pesar de lo maravilloso que ha sido tenerlo por aquí el último mes, sería mejor si estuviera más. Si nuestra amistad fuera más. Tim y yo... podríamos tenerlo todo.

—Mi vida está tan ocupada entre mi trabajo y Josh —señalo—. Tal vez estarías mejor con alguien más sencillo. Todavía podrías salir con esa camarera del Shamrock. Kelli, ¿verdad? —Kelli estaba un poco loca, pero definitivamente le gustaba mucho, y seguro que no tenía un hijo de diez años con su ex novio encarcelado.

—Brooke, escúchame. —Tim me aprieta la mano mientras me mira a los ojos—. Hace diez años que no te veo. En ese tiempo, he salido con bastantes chicas. Pero nunca funcionó, no pudo ser. Y todo porque no podía dejar de pensar en ti. Si saliera con otra, no sería justo para ella. —Su nuez de Adán se mece—. Nunca sentiré por nadie lo que siento por ti.

Podría llorar. Es lo más bonito que me han dicho nunca. Tim es tan dulce y sexy y es genial con mi hijo. Debería lanzarme a sus brazos y dar gracias a mis estrellas de la suerte.

Pero por alguna razón, no puedo apagar la voz de Shane Nelson dentro de mi cabeza.

Mantente alejada de Tim Reese. Es peligroso.

Por favor, Brooke.

Es ridículo, por supuesto. Lo sabía cuando lo decía, y lo sé ahora. Pero no puedo evitar la sensación de que esto ha funcionado demasiado bien. Que Tim es demasiado perfecto. Especialmente para alguien como yo.

—¿Brooke? —Tim frunce el ceño—. Mira, no quiero presionarte. Si no quieres esto, podemos hacer como si nunca hubiera pasado. Si sólo quieres que seamos amigos, está bien. Quiero decir, no está *bien*. Apestaría completamente. Pero...

—Cállate —digo. No sé si se lo digo a Tim o a la voz de Shane en mi cabeza. Pero no importa—. Tienes razón.

Una sonrisa se dibuja de nuevo en su rostro. —¿En serio? ¿Sobre qué?

—No estar juntos apestaría completamente.

Lo agarro por la camisa y atraigo sus labios hacia los míos. Él me devuelve el beso con las mismas ganas. Mientras tanto, ignoro el pequeño rastro de sándalo que se adhiere al cuello de su camisa.



Capítulo 28

Once Años Antes

Tim odia a Shane. Cree que debería romper con él. Pero de lo que está acusando a Shane es un paso más allá. Está acusando a mi novio de asesinato.

—Tim —susurro—, ¿estás diciendo que crees que Shane...?

Los ojos de Tim brillan mientras la habitación se ilumina brevemente por un relámpago. —Es su casa. Si alguien fuera a planearlo...

—¿Por qué haría eso?

—¿Por qué golpearía a un chico inocente? Porque es una persona terrible. Eso es lo que te he estado diciendo, Brooke.

Mis piernas se sienten elásticas debajo de mí. Shane no es una persona terrible. Tim no lo conoce como yo. Si hubiera estado en la habitación y hubiera visto lo dulce, atento y *cariñoso* que es Shane, no estaría diciendo eso. Shane nunca le haría daño a nadie. —¿Por qué mataría a Brandon? Brandon es su mejor amigo.

—¿Mejor amigo? —Sacude la cabeza—. No creo que ninguno de esos imbéciles tenga capacidad para ese tipo de lealtad. Son amigos, pero se odian.

—No me lo creo.

—Cree lo que quieras creer.

—Dime una cosa. —Entorno los ojos hacia él—. Cuando tú y Shane estaban acurrucados en el salón antes, ¿de qué hablaban?

Se queda callado un momento. —¿Qué?

—Cuando entramos, ustedes dos estaban hablando. ¿Qué le dijiste?

Incluso en la cocina oscura, puedo ver su mandíbula crispada. —Acabo de decirle que será mejor que te trate bien.

—Ya veo.

—Escúchame. —Sus dedos se cierran alrededor de mi muñeca—. Esto no es una broma. Shane es peligroso. Y mientras has estado fuera, he estado buscando en la casa algo que pudiera usar como arma.



Es entonces cuando me fijo en el objeto que Tim tiene en la otra mano y que ha estado sujetando desde que Chelsea y yo volvimos a la casa. Entrecierro los ojos en la oscuridad.

Es un bate de béisbol.

—Es más largo que un cuchillo —dice—. Si intenta acercarse a mí, le doy justo en la cabeza.

—Bien. —Si Tim le da a Shane una conmoción cerebral, no será lo peor que pase aquí esta noche.

Me lanza una larga mirada. —Asegurémonos de que seguimos juntos, ¿de acuerdo? No dejaré que te pase nada.

Le creo.

Cuando volvemos al salón, Chelsea sigue tumbada en el sofá, pero lo bueno es que su pecho no parece estar cubierto de sangre y puñaladas. Shane también está en el salón, sacudiéndose el agua de la ropa y el cabello. Apenas puedo verlo lo suficiente como para reconocer que se ha empapado.

—¿Ha habido suerte encontrando una señal? —pregunto.

—Lo siento, no. —Pisa fuerte el suelo con las zapatillas, intentando quitarse el agua y el barro—. Creo que estamos atrapados aquí hasta mañana.

Chelsea se sienta con dificultad en el sofá. —Espero que Kayla esté bien arriba.

Tiro del copo de nieve de mi collar. —¿Tal vez deberíamos ver cómo está?

—¿Por qué? —Shane dice—. No parecía querer que estuviéramos cerca de ella.

—Lo sé, pero estaba enloquecida —dice Chelsea—. Probablemente ya se habrá calmado. Es mejor que ninguno de nosotros esté solo, ¿no?

Hay un largo silencio mientras contemplamos la sugerencia de Chelsea. Kayla parecía histérica antes, y no tengo muchas ganas de volver a verla ahora, cuando yo misma ya estoy un poco histérica. Pero, por otro lado, también estoy preocupada por ella. Cuando alguien está tan alterado, puede hacer cosas estúpidas.

—Simplemente llamaremos a la puerta —dice Tim—. Si nos dice que nos vayamos, nos vamos.

Nadie quiere quedarse en el salón, así que subimos todos juntos los escalones hasta los dormitorios. La escalera está a oscuras y me agarro a la barandilla para no caerme. Aunque me cuesta ver, noto la presencia de Tim a mi lado, cerniéndose sobre mí con el bate de béisbol en la mano derecha.

Kayla había vuelto al dormitorio donde Tim y ella dormían profundamente cuando el grito de Chelsea nos despertó a todos. Al menos, eso es lo que yo deduciría basándome en el hecho de que es la única puerta que está cerrada. Chelsea va





primero, avanzando con cuidado por el pasillo hasta llegar a la puerta cerrada. Tras vacilar, golpea la puerta con el puño.

No hay respuesta.

—¿Kayla? —Chelsea llama—. ¿Estás bien?

De nuevo, sin respuesta.

Chelsea se aclara la garganta. —No intentaremos entrar. Sólo queremos que nos digas que estás bien. —Hace una pausa—. ¿Kayla?

En la rendija de luz que entra por las ventanas de arriba, veo a Tim mirándome. Mis ojos se encuentran con los suyos y él niega con la cabeza. Oigo cómo se mueve el bate en su mano.

Chelsea se vuelve hacia nosotros. —No contesta. ¿Qué hacemos?

—La puerta no tiene cerradura —dice Shane.

—Yo... —La voz de Chelsea tiembla—. No puedo hacer esto.

Antes de que pueda haber más debate, Shane la empuja. Se oye un chirrido al girar el pomo y, un segundo después, se abre la puerta de la habitación.

Aunque la habitación está oscura, hay más luz que en el pasillo, así que nuestros ojos ya están adaptados. Lo que significa que puedo distinguir detalles que de otro modo no podría. Como el librero de la esquina. O la cama en el centro de la habitación.

O Kayla tumbada en la cama, con el pecho cubierto de sangre fresca y los ojos mirando al techo.





Capítulo 29

Día Presente

El señor Fanning tiene un dedo roto. No sé cómo se rompió el dedo. Se lo pregunté antes de enviarlo a radiología para que le hicieran una radiografía, pero no me dio muchos detalles. La radiografía mostró una fractura de la falange media del dedo meñique y llamé al departamento de radiología del hospital local que proporciona informes oficiales de nuestras radiografías para confirmar que la fractura no atravesaba una articulación ni estaba desplazada. Parece una fractura sencilla, que puede tratarse fácilmente con cinta adhesiva.

Después de colgar el teléfono con radiología, salgo de la sala de reconocimiento y me encuentro al señor Fanning sentado en una de las sillas de plástico del pasillo, bromeando con el agente Hunt. Hunt es abiertamente hostil con la mayoría de los reclusos, así que me sorprende verlo en buenos términos con Fanning.

—Señor Fanning —le digo—. Venga adentro.

El señor Fanning gruñe ligeramente al levantarse de la silla. Tiene unos cincuenta años y una gran barriga que estira su mono caqui. Tiene esa obesidad central que me hace pensar que le faltan cinco años para sufrir un infarto grave. Con un poco de suerte, para cuando empiece a tener esos aplastantes dolores en el pecho, yo ya me habré trasladado a otro trabajo mejor.

Supongo que Hunt no cree que Fanning sea un problema de seguridad, porque cierra la puerta al noventa por ciento. Fanning se sube a la mesa de reconocimiento, acunando su mano derecha. No es una fractura grave, pero para él es una mierda que se haya producido en su mano dominante.

—¿Entonces está roto? —Las bolsas bajo los ojos de Fanning parecen profundizarse—. Lo está, ¿verdad?

—Lo está —confirmo—. Pero es una fractura menor. Podemos tratarla aquí.

Fanning se mira dubitativo la mano derecha. El dedo meñique está casi morado y el anular tampoco tiene buen aspecto, pero al menos no está roto. Tiene suerte de no llevar anillos, porque probablemente tendríamos que cortárselos.



—Se curará bien —lo tranquilizo—. Se lo prometo. Sólo tenemos que inmovilizarlo.

—De acuerdo, Brooke —dice—. Si tú lo dices.

Me alegro de que siga adelante con este plan. No es precisamente fácil para un preso conseguir una segunda opinión, sobre todo porque no parece que tenga un médico que me respalde. Los presos tienen derechos, y si se pusiera en manos de un abogado, tendríamos problemas. Pero la mayoría de los hombres o no saben que pueden hacerlo o no les importa lo suficiente. En cualquier caso, intento darles el mejor tratamiento médico que puedo.

Saco cinta adhesiva de un cajón para pegar los dedos cuarto y quinto. Fanning me observa, con una expresión de creciente preocupación en el rostro. —¿Eso es todo lo que vas a hacer?

Enrollo la cinta alrededor de sus dedos. —Este es el tratamiento estándar. Era una fractura simple, sólo tenemos que inmovilizarla.

—¿Y se curará?

—Absolutamente.

Fanning hace una mueca de dolor mientras estiro los dedos para envolver la cinta uniformemente. —Maldito Nelson.

Levanto la cabeza. —¿Qué?

—Nada —dice Fanning, con los ojos repentinamente abiertos por el pánico—. No importa.

—Señor Fanning. —Envuelvo una capa más de esparadrapo sobre sus dedos—. ¿Puede decirme cómo sucedió esto?

—Ya te lo he dicho. —Desvía la mirada—. Una puerta se cerró sobre mi mano. Te lo juro.

Por supuesto, podría estar diciendo la verdad. Tal vez una puerta se cerró sobre su mano, y así es como se rompió el dedo. Pero entonces la pregunta sería, ¿estaba alguien sosteniendo su mano en la puerta cuando se cerró? Si fue así, esa persona iba en serio. Querían hacer añicos dos dedos de su mano dominante.

¿Y por qué dijo el nombre de Nelson?

Pero tampoco es que Nelson no sea un apellido común. No, no recuerdo que hubiera otros expedientes con el apellido Nelson cuando buscaba en el archivador. Pero podría ser el *nombre de pila* de alguien. ¿No?

Me aseguro de que la cinta le ha sujetado los dedos para que no pueda doblarlos y el señor Fanning ya está listo. Levanta la mano, aún escéptico de que un rollo de esparadrapo pueda curar su fractura, pero lo acepta.



INMATE

129



—Vuelva en una semana —le digo—. Veremos cómo se está curando.

Él asiente. —Gracias, Brooke. Te lo agradezco.

—Sólo no golpee su mano en ninguna otra puerta, ¿entendido?

Hace un gesto de dolor. —Sí. Lo intentaré, créeme.

Fanning se baja de la mesa y dejo que Hunt vuelva a la sala para acompañarlo a su celda. Veo a los dos desaparecer por el pasillo, y aún no puedo evitar preguntarme cómo consiguió esa fractura.

Maldito Nelson.

No podía estar hablando de Shane. Tal vez Shane era peligroso afuera, pero no aquí. En todo caso, Shane ha sido un objetivo aquí en prisión. Ciertamente no va por ahí rompiéndole los dedos a otras personas.

Pero la verdad es que no sé del todo de lo que es capaz.

FREIDA MCFADDEN

THE



Tim ha venido este fin de semana para construir una pajarera con Josh.

Al menos eso es lo que Josh me ha dicho unas mil veces en la última hora. En serio, pensé que los niños se vuelven *menos* molestos a medida que crecen. Pero es dulce que esté tan emocionado. Pensé que Josh se enfriaría con Tim después de descubrir que no era su padre en secreto, pero no ha sido así en absoluto. En todo caso, se han acercado más en las últimas semanas.

Tim y yo también.

A eso de las once de la mañana del sábado, Tim llama al timbre. Intercambiamos las llaves *por razones de seguridad*, ya que es mi vecino, pero suele llamar al timbre. Se lo agradezco. Tenemos que mantener algunos límites aquí. Nos conocemos tan bien que sería fácil para él mudarse. Pero nos lo estamos tomando con calma.

Cuando abro la puerta, Tim está de pie, con unas tablas de madera en el brazo derecho y un grueso libro de tapa dura en el otro. Me mira por encima del hombro. —¿Josh está arriba?

—Sí.

Asiente y se inclina para besarme. Hemos hecho un esfuerzo para que Josh no sepa que somos algo más que amigos. Tendremos que decírselo en algún momento, pero la idea me inquieta. Nunca he tenido una relación tan importante como para que mi hijo la conozca. Esto es importante.

Afortunadamente, Tim lo entiende. Le parece bien esperar.

Se aparta de mí en cuanto oímos los pasos ansiosos de Josh en las escaleras. Un segundo después, Josh irrumpe en la habitación. —¡Vamos a hacer una pajarera!

—¡Ya la tienes! —Tim deja las tablas de madera en el suelo y levanta el libro con la otra mano—. Pero primero, tengo una sorpresa para ti...

Echo un buen vistazo al libro que sostiene Tim. Cuando veo la portada, se me revuelve el estómago.

Es nuestro anuario del instituto.

¿Por qué demonios iba Tim a traer eso aquí? Ni siquiera sé qué le pasó a mi ejemplar; creo que ni siquiera lo vi, porque me mudé antes de que acabara el curso y me educaron en casa el resto del año. Pero nuestro anuario del instituto es lo último que quiero mirar. Y es lo último que quiero que Josh vea.



Dios mío, ¿y si ve una fotografía de Shane y se da cuenta del parecido?

—Este es nuestro anuario del instituto —le dice Tim a Josh—. ¿Quieres ver lo tontos que parecíamos tu madre y yo cuando éramos niños?

Mi nivel de pánico se dispara. —Tim...

—No te preocupes —me murmura al oído—. No está dentro.

Oh. Bueno, supongo que tiene sentido que dejen al estudiante responsable de múltiples asesinatos fuera del anuario. Esa parte es un alivio, al menos.

Josh está extrañamente ansioso por hojear el anuario. Nos sentamos en la mesa de la cocina y él va directamente a la foto de mi retrato, que me hicieron aproximadamente un mes antes de que mi vida cambiara para siempre. No es una mala foto. No tenía un peinado vergonzosamente feo y la camisa blanca que mi madre me hizo llevar el día de la foto era nítida y profesional. Mi rostro tiene una suavidad que ya no veo cuando me miro al espejo. No desde aquella noche.

—¡Mira! ¡Es Tim! —grita Josh. Acerca el anuario al rostro de Tim—. ¡Te ves tan diferente! Estabas tan delgado!

—Sí, sí...

Logro sonreír. —Eras guapo entonces.

—¿Ah, sí? —Tim me aprieta la rodilla por debajo de la mesa—. No me había dado cuenta de que pensabas eso.

Era guapo. Pero no estaba tan *bueno como* lo estaba Shane entonces. Entre los dos, era obvio por cuál se volvían locas las chicas.

Josh sigue hojeando las páginas hacia atrás, estudiando las fotos con sorprendente intensidad. Cuando llega a las N, contengo la respiración. Pero Tim tiene razón. Dejaron a Shane fuera del anuario.

Miro por encima del hombro de Josh, a todos los viejos rostros. Al pasar las páginas hacia atrás, veo a Brandon Jensen y se me aprieta el pecho al leer "In Memoriam" bajo su nombre. Eso nunca debería haber ocurrido.

—Espera —digo—. Para.

Josh se queda paralizado en la página con los nombres H. Aparto el libro de él y miro la página de la derecha. Miro fijamente la fotografía de la esquina inferior derecha. El nombre que aparece debajo está escrito en mayúsculas.

Marcus Hunt.

Dios mío, es el oficial Hunt.

Nunca lo habría reconocido si no hubiera sabido que era él. Entonces tenía el cabello fino y dorado, como el de un polluelo. Lo reconozco vagamente, lo recuerdo como un chico alto y desgarbado con gafas gruesas.



INMATE

132



¿Por qué no me dijo Hunt que fuimos juntos al instituto?

Golpeo la fotografía con el dedo índice. —Tim, ¿te acuerdas de este tipo?

—Sí. Mark Hunt. Me acuerdo de él.

Sacudo la cabeza. —Me cuesta un poco situarlo.

—Era un chico un poco raro. —Tim baja un poco la voz—. Algunos jugadores de fútbol que quizá conozcas le dieron una paliza que lo llevó al hospital una vez.

Y de repente, todo tiene sentido. Por qué Hunt odia tanto a Shane. Por qué ha convertido en su misión torturarlo.

Ese imbécil me mintió. Y voy a asegurarme de que sepa que sé lo que está haciendo.

FREIDA MCFADDEN

THE



Capítulo 31

Once Años Antes

Kayla está muerta.

Es obvio, lo sé enseguida. Lo sé antes de que Tim vaya a tomarle el pulso con mano temblorosa, con el bate en la otra mano. Lo sé antes de que Chelsea se desplome en el suelo, arrodillada con el rostro a escasos centímetros del suelo. Tengo ganas de hacer lo mismo.

Mantén la calma. Tienes que mantener la calma, Brooke.

Tim se aleja del cuerpo de Kayla. Parece aún más agitado que cuando encontramos a Brandon. Después de todo, estaba besando a esta chica solo unas horas antes. Eso tiene que ser un shock.

Y esto es diferente. Cuando Brandon fue encontrado muerto fuera de la granja, parecía posible que algún psicópata cualquiera hubiera estado deambulando por allí y tal vez Brandon se peleara con él porque eso es lo que hace Brandon. Pero esto es diferente. Kayla estaba *dentro de la casa*. Lo que significa que quien le hizo esto estaba dentro de la casa.

Y probablemente sigan aquí.

—¡Tú! —Shane apunta con el dedo a Tim—. Tú hiciste esto.

—¿Yo? —Tim se aprieta el pecho—. ¿Estás loco?

—Estabas solo aquí mientras las chicas estaban fuera y yo buscaba una señal. —La voz de Shane es ronca—. Tú eres el *único* que tuvo la oportunidad de hacer esto. Fuiste tú.

Tiene un punto excelente. Tim es el único que tuvo la oportunidad. Pero no pudo haber sido él. No Tim. Nunca. Preferiría creer que yo misma maté a Kayla.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Tim responde.

—No lo sé. ¿Porque estás loco? —Shane dice—. Tal vez ella te rechazó y te enojaste.

—¡Esto es ridículo! —Los ojos de Tim se desorbitan—. Estuviste solo fuera durante todo ese tiempo. ¡Quizás fuiste tú quien lo hizo! Entraste por la ventana y la apuñalaste mientras todos estábamos abajo.

—Vamos, este es el segundo piso. ¿Quién soy, Spiderman?



Otro punto excelente.

Tim da un paso hacia Shane, levantando el bate en el aire. —No sé cómo demonios lo hiciste. Tal vez tenías una escalera, no lo sé. Pero no fui yo, ni Chelsea ni Brooke. Así que tuviste que ser tú.

—Cuidado, Reese. —Hay un tono amenazador en la voz de Shane—. Será mejor que no pienses en golpear me con esa cosa.

—Lo haré si me das una razón para hacerlo.

El corazón me martillea en el pecho. Miro a Chelsea, que se ha puesto en pie. Intercambiamos miradas en la oscuridad. No sé qué está a punto de ocurrir, pero es algo malo. Intento pensar qué podría decir para arreglar esto, pero ha ido demasiado lejos.

—Brooke. —La voz de Tim irrumpe en mis pensamientos—. Me crees, ¿verdad? No le haría daño a nadie. Shane... Él debe haber hecho esto.

Shane gira la cabeza en mi dirección. —Brooke, no puedes pensar en serio que yo mataría a alguien. ¡Tim era el que estaba en la casa!

Abro la boca, aunque no estoy segura de lo que voy a decir. Pero antes de decir algo equivocado, una mano me agarra del brazo. Es Chelsea.

—¡Pueden irse los dos al infierno! —les espeta—. Vamos, Brooke.

Dejo que Chelsea me saque de la habitación mientras Shane y Tim nos miran fijamente. Me arrastra hasta el dormitorio de Shane y cierra la puerta tras nosotras. Se apoya en ella un momento, respirando con dificultad.

—No sé quién la mató. —Ella está parpadeando lágrimas—. Pero definitivamente fue uno de ellos. Tenemos que quedarnos aquí hasta que alguien venga por nosotros. Ayúdame a trancar la puerta.

Me quedo mirando la puerta, sin saber cuál debe ser mi próximo movimiento. Ella tiene razón. Somos los únicos aquí, lo que significa que Tim o Shane deben haber matado a Kayla. Lo que significa que solo estaremos a salvo si nos alejamos de ellos.

Pero eso también significa que uno de ellos *no* es el asesino. Y efectivamente hemos dejado a esa persona sola con un asesino.

—Chelsea —digo.

—¡Brooke! —Su voz es estrangulada—. ¿Quieres vivir toda la noche o no?

Quiero vivir toda la noche. Claro que quiero. Pero Kayla también, y también se atrincheró en una habitación. Y ahora está muerta.

Aun así, sigo adelante con el plan, para complacer a Chelsea. La estantería de Shane es demasiado pesada para moverla, así que construimos un muro de libros





delante de la puerta. En realidad, no estoy convencida de que los chicos no puedan atravesarlo fácilmente, pero es mejor que nada.

Una mano golpea la puerta. —¿Brooke? ¿Chelsea?

Es la voz de Shane.

—¡Vete! —Chelsea grita—. ¡No vamos a salir hasta mañana!

No estoy segura de la validez de este plan. Nuestros dos teléfonos están abajo, así que si uno de los chicos quiere matarnos, podrá hacerlo por la mañana en cuanto salgamos del dormitorio.

—¡Vamos, esto es una locura! —Shane grita a través de la puerta—. Sólo sal. Estamos más seguros si permanecemos juntos.

—No vamos a salir, Shane. —Chelsea cruza los brazos sobre el pecho—. Estás malgastando tu aliento.

Aunque hay una parte de mí que piensa que tiene razón. Podríamos estar más seguros si los cuatro permanecemos juntos. Después de todo, el asesino no puede atraparnos a todos. Su única esperanza es acabar con nosotros uno por uno.

—¿Brooke? —Esta vez es la voz de Tim—. ¿Estás bien?

Toco la puerta con los dedos. —Sí, estoy bien.

Se queda callado un momento. —Creo que deberían quedarse ahí. Las dos.

Hay algo en la forma en que lo dice -un temblor en su voz- que hace que me aleje de la puerta y me tiemblen las manos. Tim tiene razón. Tenemos que quedarnos en esta habitación el resto de la noche.

Es nuestra única oportunidad.



Capítulo 32

Día Presente

Marcus Hunt me recibe por la mañana en el trabajo con una taza de café.

Se ha convertido en una rutina para nosotros. Antes de que Hunt me traiga a mi primer paciente, pasa por la sala de exploración con una taza de café caliente para mí. No es nada especial. Es sólo un café de la cafetera de la sala de descanso de la guardia. Pero es un detalle de su parte, y una taza de café caliente siempre se agradece a primera hora de la mañana.

Mi madre decía que los chicos no hacen nada bueno por ti si no esperan algo a cambio. Por supuesto, ya no está para darme lecciones, pero puede que tenga razón en este caso. Había estado buscando la manera de mencionar de improviso que tengo novio.

Pero hoy estoy demasiado molesta para ser educada y no herir sus sentimientos.

—Aquí tienes la nata y el azúcar. —Hunt me tiende el café en la mano izquierda y un par de sobres de nata y azúcar en la derecha—. Sé que te gusta añadirlos al tuyo.

Me aclaro la garganta. —¿Puedo hablar contigo un momento? *A solas*.

A Hunt se le iluminan los ojos. —Claro, Brooke.

Estupendo. Cree que voy a enrollarme con él.

Entramos en la sala de reconocimiento y cierro la puerta. Una voz en el fondo de mi cabeza me dice que quizá no sea la mejor idea estar a solas con este tipo, sobre todo cuando estoy a punto de enfrentarme a él, pero no puedo mantener esta conversación con él en el pasillo. Por desgracia, esto está fomentando definitivamente la idea de que estoy caliente por él.

—Marcus —digo en voz baja—. ¿Por qué no me dijiste que estabas en mi clase en el instituto?

Se queda paralizado, con la boca abierta pero sin pronunciar palabra.

—No digas que no —le digo—. Estaba hojeando el anuario y vi tu foto. Estabas en mi clase. Debías de saber quién era cuando me conociste. —Empieza a decir algo y yo añado—: No mientas.



—Bien. —Sus hombros caen—. Sí, te reconocí enseguida. Quiero decir, es bastante difícil olvidar a la chica que casi fue asesinada por su novio durante el último año.

—Tampoco mencionaste que Shane y sus amigos te dieron una paliza. —Cruzo los brazos sobre el pecho—. Que te mandaron al *hospital*. Y que le guardas rencor desde hace años, y ahora le haces pagar por lo que te hizo.

—Eso —dice—, es una exageración.

—¿Lo es? Dime que hizo algo aquí en prisión para justificar la forma en que lo has estado tratando.

Una expresión sombría pasa por el rostro de Hunt. —No *tiene* que hacer nada aquí. Ya sé qué clase de persona es. Es el tipo de persona que me daría una patada en las costillas mientras se ríe de ello. —Su mano se cierra en un puño—. Tú también sabes cómo es, Brooke. No sé por qué le defiendes.

Tiene un punto excelente. Debería odiar a Shane. Debería alegrarme de verlo encerrado aquí, con las manos y los tobillos encadenados. Debería querer verlo sufrir después de lo que me hizo pasar.

Pero desde que lo vi tendido en la cama de la enfermería, todos los sentimientos de rabia que sentía hacia él parecen haberse evaporado. Tal vez sea porque es el padre de mi hijo. O tal vez hay otra razón.

Cuando testifiqué contra Shane, estaba segura de que era él quien me estaba apretando la cadena alrededor del cuello, intentando matarme. Pero cuanto más pienso en ello, menos segura me siento. Hubo algo que pasó esa noche que me estoy perdiendo. Un pequeño detalle que se me ha escapado.

Estoy segura de ello.

Hunt se inclina cerca de mí, demasiado cerca. —Podría hacerle pagar de verdad por lo que intentó hacerte. A nadie de fuera le importa una mierda. Haré lo que me digas que haga. Podría aislarlo durante semanas o meses. Podría darle tal paliza que no pudiera volver a *caminar*. Sólo tienes que decirlo. —Me guiña un ojo—. Nelson cree que lo he estado torturando, pero no tiene ni idea.

Se me aprieta el pecho. —No quiero que hagas eso.

—¿Qué parte?

—*Nada* de eso. —Me trago un duro nudo en la garganta—. Yo... quiero que dejes en paz a Shane.

—¿Perdón?

—Tienes que parar. —Levanto la voz, intentando parecer más segura de lo que me siento—. Tienes que tratarlo como a un ser humano. *Ahora mismo*.





Ladea la cabeza. —No creo que estés en posición de exigir nada. Tú eres la que aceptó un trabajo en el que uno de tus pacientes es un hombre que intentó asesinarte. ¿Qué crees que diría Dorothy si lo supiera?

Guau, otro punto excelente. Este tipo está en racha.

—De hecho —dice—, si quieres conservar este trabajo, quizá deberías pensar en sacar algo de tiempo para tomar esa copa conmigo después del trabajo.

Levanto la barbilla. —En realidad, tengo novio.

—¿Te refieres a Tim Reese? —Hunt se ríe al ver mi cara de asombro—. Vamos, el tipo está en tu casa todas las noches. No tienes que ser Sherlock Holmes.

No puedo creer lo que oigo. De repente estoy increíblemente arrepentida de haber empezado esta conversación. Y lamento aún más que estemos solos en esta habitación. —¿Me estás espiando?

Se encoge de hombros. —Pasé por tu casa varias veces. Reconocí a Tim del instituto. Una elección aburrida pero segura. Además... —Me enseña sus dientes ligeramente amarillentos—. Me parece interesante que tengas un hijo en quinto grado. Eres un poco joven para tener un hijo de esa edad, ¿no? ¿Con quién salías hace diez años?

Oh, no. No, no, no...

—Apuesto a que Nelson estaría *muy* interesado en oír hablar de eso —reflexiona—. Me gustaría ver la expresión de su rostro.

—Por favor, no se lo digas —jadeo—. Por favor.

Hunt me dedica una sonrisa que me dan ganas de darle un puñetazo en la nariz. —No te preocupes, Brooke —me dice—. Tus secretos están a salvo conmigo. Pero será mejor que seas un poco más amable conmigo. Para empezar, a partir de ahora, puedes *traerme* café todas las mañanas.

—Bien —digo.

Me lanza una larga mirada y me preparo para más exigencias. Pero no llegan. Se limita a sacudirme la cabeza.

—Qué desperdicio, Brooke —murmura—. Todo por esa escoria.

Con estas palabras, abre de un tirón la puerta de la sala de reconocimiento y sale furioso.



Mi objetivo diario es hacer sonreír al oficial correccional Steve Benton. El oficial Benton es mi primera parada cada día cuando entro en la penitenciaría. No puedo decir que aún no siento una pequeña sacudida de miedo cuando paso por delante del patio de la prisión con las torres de vigilancia que bordean la valla. Nunca he visto a ninguno de los guardias con sus rifles, pero sé que están ahí arriba. Listos para disparar si es necesario.

Pero una vez dentro, todo sigue igual. Paso por la sala de espera y Jan, la recepcionista, ya conoce mi rostro, así que inmediatamente toca el timbre para abrir los barrotes metálicos y me hace pasar. Y mi siguiente parada es el control de seguridad con el agente Benton.

—¡Buenos días! —digo mientras dejo el bolso sobre la mesa delante de él para pasar por el detector de metales—. ¿Qué tal?

Benton gruñe. —Bien. ¿Y tú?

—Ah, lo de siempre. —Paso por el detector de metales, conteniendo la respiración como hago siempre. No tiene sentido, pero lo hago automáticamente—. Ayer tuve una visita con el Sr. Barrett —¿ya sabes, el tipo que era profesor de inglés en el exterior? Es tan coqueto.

Levanta la vista con leve interés. —¿Ah, sí?

Asiento. —Me dijo que quería casarse conmigo cuando salga de aquí.

—¿Lo hizo?

—Sí, pero por desgracia, no se puede terminar una frase con una proposición.

Es una broma cursi. En cierto modo es cierto: el señor Barrett era profesor de inglés y flirtea conmigo descaradamente. Pero el chiste cursi de papá fue enteramente para el beneficio de Barrett, y vale la pena cuando sus labios se mueven sólo un poco. Casi una sonrisa. Lo cuento como una victoria, y tengo un pequeño salto extra en mi paso mientras camino por el pasillo a la sala de examen / oficina.

Hasta que encuentro a Dorothy esperándome fuera de la habitación, con sus fornidos brazos cruzados sobre el pecho.

Estupendo. ¿Y ahora qué?

—Brooke —dice bruscamente—. Necesito hablar contigo.



—¿Sobre qué? —Miro el reloj—. Tengo pacientes que ver en breve.

—Prefiero no hablar aquí. Vamos a mi despacho.

Me señala con el dedo y la sigo sin decir palabra hasta su despacho. Podríamos haber hablado en la sala de reconocimiento, donde yo habría tenido alguna ventaja. En lugar de eso, Dorothy se sienta en su mesa mientras yo me siento en la pequeña silla que hay frente a ella y me siento como un niño al que disciplina el director. Me devano los sesos pensando qué he podido hacer para enojarla. En realidad, podría ser cualquier cosa. No hace falta mucho para enfadar a Dorothy; he hecho todo lo que he podido para apartarme de su camino.

Dorothy se acomoda en su sillón ergonómico de cuero y me clava los ojos. —Recibimos una entrega esta mañana. Un colchón de alivio de presión.

A pesar de todo, siento una sacudida de felicidad. Han pasado semanas desde que rellené los formularios que me dio el agente Hunt y, tras unas cuantas llamadas frustrantes, había empezado a perder la esperanza. —¿Llegó el colchón para el señor Carpenter?

—Brooke. —Sus labios se alinearon—. Ya te he dicho que no tenemos recursos para proporcionar a cada paciente un colchón blando especial personalizado. Vas a llevar la prisión a la bancarrota.

—El señor Carpenter no es cualquier paciente. Es parapléjico y tiene una herida por presión en el sacro que no cicatriza. Este es un tratamiento médico.

—Un colchón cómodo *no* es un tratamiento médico.

Cuando empecé en la cárcel, pensé que Dorothy me resultaba familiar. De repente me doy cuenta de a quién me recuerda: a mi *madre*. Mientras miro fijamente el rostro cuadrado de Dorothy con su barbilla morena ligeramente inclinada hacia arriba, no puedo evitar recordar cómo me mandoneaba mi madre. Siempre creyó que sabía más que yo y no soportaba que le llevara la contraria.

No puedes estar pensando en quedarte con el bebé de ese monstruo, Brooke. No lo permitiré.

Pero me quedé con mi bebé. No dejé que me mangoneara esa vez. Y no dejaré que Dorothy me presione nunca más. Estoy harta de ser una víctima.

—Es un colchón de liberación de presión. —La miro fijamente, sin pestañear—. Sin este colchón, seguro que va a acabar en el hospital y tal vez necesite cirugía para repararlo.

Dorothy resopla. —Por favor, no seas tan dramática. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te graduaste en la escuela? ¿Cinco minutos? Cuando has sido enfermera tanto tiempo como yo, sabes lo que necesitan los pacientes y lo que sólo *quieren*.





Apenas puedo creer lo que oigo. Mi mano derecha se cierra en un puño y tengo que meterla entre las rodillas. Sinceramente, me sorprende que alguno de los hombres no le haya pegado ya a Dorothy. Tal vez lo hayan hecho. Si es así, me encantaría haberlo visto.

—Escucha, Dorothy —le digo—. Puede que no tenga tanta experiencia como tú, pero sé lo suficiente para saber que el señor Carpenter tiene una úlcera por presión grave, y que sólo va a empeorar si no la tratamos adecuadamente. Le he pedido la cama, y si no se la dan, llamaré al periódico local y les haré saber cómo se está privando a los reclusos de la prisión de una atención médica adecuada.

Dorothy se queda con la boca abierta. —¿Me estás amenazando?

—En absoluto —le digo—. Simplemente defiendo que mis pacientes reciban una atención adecuada. Si no estás de acuerdo conmigo, quizá puedas explicar por qué a los medios locales.

—Brooke...

—Además —añado—, tienes que tener existencias de lidocaína en la farmacia. No voy a coser a nadie más sin anestesia. Es inhumano. La próxima vez que no haya lidocaína, enviaré al preso a urgencias, y te puedes comer el costo del transporte.

Ahora es Dorothy la que parece querer pegarme. Veo cómo se le desentaja la mandíbula mientras se debate entre pelearse conmigo o no. No le gusta la idea de que una enfermera de veintitantos años la mangonee. Pero tiene que darse cuenta de que tengo razón. Nunca podría justificar su comportamiento ante la prensa o, peor aún, ante un tribunal si las cosas se torcieran para Malcolm Carpenter.

—El colchón ya está aquí —dice finalmente—. Supongo que está bien que se lo quede. *Esta vez.*

Está intentando salvar la cara. No quiere admitir que he ganado esta discusión, y eso se lo concedo. Pero voy a defender a mis pacientes. Son seres humanos y merecen ser tratados así, a pesar de lo que Dorothy pueda pensar.



Hoy es mi cumpleaños.

En comparación con el año pasado, este año tengo mucho más que celebrar. El año pasado vivía en un apartamento de una habitación donde mi hijo dormía en un catre en el salón, y el casero acababa de subirme el alquiler doscientos dólares al mes. No había tenido una cita en dos años. Josh volvía a casa llorando todos los días por culpa de los matones del colegio. Tenía una niñera que no aparecía la mitad de las veces y me hacía llegar tarde a mis turnos de urgencias. Y aunque mis padres estaban vivos, llevábamos años sin hablarnos.

Este año, Josh es feliz en la escuela. Tenemos una casa grande para vivir y cada uno tiene su propia habitación. Y, por supuesto, está Tim, con quien solo llevo saliendo un mes, pero empiezo a pensar que me estoy enamorando de él.

Esta noche paso mucho tiempo preparándome. Tim me va a llevar a cenar, los dos solos. Había planeado incluir a Josh, pero cuando se lo mencioné a Margie, puso cara de horror. Tienes *que tener una noche de adultos*, insistió. Por eso ella vendrá a cuidar a Josh para que Tim pueda llevarme a un buen restaurante.

Cuando me miro en el espejo de cuerpo entero de mi habitación, estoy contenta con lo que veo. Llevo un vestidito negro que hace que mis tetas parezcan grandes, combinado con unos tacones de gatita negros, y mi cabello oscuro está suelto y sedoso alrededor de los hombros. Y cuando bajo las escaleras y Josh me ve, sus ojos se convierten en platillos.

—Mamá —dice—, estás muy guapa.

Lo dice como un cumplido, pero el hecho de que suene tan sorprendido cuando lo dice me hace preguntarme cómo piensa que soy el resto del tiempo.

—Gracias —le digo.

Deja su Nintendo y me mira expectante. —¿Vamos a salir a cenar?

Me acomodo junto a Josh en el sofá, tirando del dobladillo de mi vestido. —En realidad, Margie va a venir. Sólo Tim y yo vamos a salir esta noche.

—Oh. —Parece confundido—. Entonces, ¿Tim es tu novio?

Sabía que esa pregunta llegaría tarde o temprano. Tim y yo hemos tenido cuidado de cómo nos comportamos el uno con el otro cuando Josh está cerca para que no se dé cuenta de que somos pareja. Tim pasó la noche un par de veces, y puso la



alarma de su teléfono a las seis de la mañana para poder salir de casa antes de que Josh se despertara. Pero era inevitable que Josh se diera cuenta. Y le debo la verdad.

—Sí, lo es —digo—. ¿Te parece bien?

Josh vacila, pensándose. —Sí, está bien. Tim es genial.

—Me alegro de que pienses así.

—Además, es el subdirector de la escuela, así que podría salirme con la mía si es tu novio.

Me eché a reír. Josh es como el estudiante que mejor se porta, y dudo que haya algo que haría en la escuela peor que, no sé, leer un libro debajo de la mesa durante la hora de cine en la escuela.

A diferencia de su padre.

Suena el timbre y corro a abrir. Había un cincuenta por ciento de posibilidades de que fuera Margie, pero me alegro de ver a Tim en la puerta. Lleva una chaqueta gris oscuro sobre una camisa de vestir azul y una corbata. Está increíblemente guapo y lo único que puedo hacer es mirarlo. Apenas me doy cuenta de que él me mira de la misma manera hasta que suelta un silbido bajo.

—Maldita sea —dice—. Me vas a dar un ataque al corazón, Brooke.

Se inclina para besarme, pero antes de que pueda, oímos los pasos de Josh corriendo hacia nosotros. Se aparta justo cuando Josh entra en el vestíbulo. Josh señala a Tim con el dedo.

—Eres el novio de mi madre —anuncia.

Tim me mira con las cejas levantadas y yo asiento. —Me lo ha preguntado —le explico. Luego añado—: Cree que eres genial.

—Vaya, Josh, es un honor. —Pone una palma en su pecho—. Puede que sea la primera vez que alguien me llama genial en toda mi vida.

Josh suelta una risita. Tim se acerca y me toma de la mano. No sé si queremos ser muy cariñosos delante de Josh, pero creo que tomarnos de la mano está bien.

—Bueno —dice Tim—, tengo tu regalo de cumpleaños en el bolsillo. ¿Lo quieres ahora o más tarde?

Le guiño un ojo. —Gratificación inmediata, por favor.

—Hay cosas que nunca cambian.

Josh no parece interesado en un regalo que no sea para él, así que vuelve a jugar a la Nintendo mientras Tim y yo nos dirigimos a la mesa de la cocina. Me siento a su lado y él mete la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar una caja rectangular azul que es claramente una joya.





—Espero que no hayas gastado demasiado —suelto. Tal vez no debería haberlo dicho, pero Tim no puede gastar mucho dinero en la escuela primaria. No quiero que gaste mucho dinero en mí.

—Tú lo vales. —Pone su mano sobre la mía mientras me mira a los ojos—. Pero no, no me he gastado una fortuna. Es algo especial, creo que te gustará de verdad.

—Sé que lo hará.

Tim solía ser muy considerado con los regalos. Estoy segura de que lo que me regale será maravilloso. Levanto con cuidado la tapa de la caja y dentro hay un collar de oro, apoyado en un cuadradito de algodón. Tomo el collar y lo levanto hasta que veo el colgante de la cadena de oro.

Es un copo de nieve.

Dejo caer el collar como si estuviera hecho de ácido. Creo que voy a vomitar. Es el mismo tipo de collar de copos de nieve que solía llevar hace años. El mismo tipo de collar de copos de nieve con el que Shane intentó estrangularme una década antes.

Salto de la mesa tan deprisa que la silla se tambalea sobre sus patas. Siento un nudo en la garganta. Ese collar. Se parece tanto al que yo solía llevar.

Tim salta de su propio asiento. —¿Brooke? ¿Qué pasa?

—¿Por qué me compraste eso? —grito.

—Yo... no lo entiendo. —Arruga la frente—. Es el mismo tipo de collar que te regalé por tu décimo cumpleaños. No te lo he visto puesto, así que supuse que lo habías perdido. Vi éste en el mercadillo del pueblo el mes pasado, así que...

—¡Shane intentó estrangularme con ese collar!

Tim parece desconcertado. —¿Lo hizo? Pensé que lo había intentado con sus... con sus manos...

Mi respiración es rápida. Demasiado rápida. —No, usó mi collar. ¡Ese collar!

—Lo siento mucho, Brooke. No me di cuenta...

Alarga el brazo para rodearme, pero me aparto de un tirón. En lugar de eso, corro hacia el baño y, antes de que pueda alcanzarme, cierro la puerta de golpe. Y la cierro con llave. Necesito un momento para serenarme.

Cuando estoy sola en el baño, me miro en el espejo del tocador. Me he maquillado para nuestra cita de esta noche, pero no lo sabrías al mirarme ahora. Tengo el rostro del color de una hoja de papel y las ojeras moradas son más visibles que nunca.

¿Cómo pudo Tim olvidarse de ese collar? Testifiqué durante el juicio de Shane sobre cómo intentó estrangularme con él. Tim estaba sentado entre el público. Lo





recuerdo porque cada vez que me ponía nerviosa durante mi testimonio, él me miraba y me sentía menos sola. Después de todo, él también estaba allí esa noche.

¿Cómo podría olvidar que el collar de copos de nieve casi me mata?

Mantente alejado de Tim Reese. Es peligroso.

Bien, necesito calmarme. Tim oyó mi testimonio, pero no es como si hubiera tenido pesadillas con un collar de copos de nieve durante la última década. Es comprensible que haya olvidado ese pequeño detalle. Ciertamente tiene más sentido que la alternativa de que me comprara ese collar intencionalmente para trastornarme.

—¿Brooke? —Tim golpea suavemente la puerta del baño—. ¿Estás bien?

Respiro hondo y luego lo expulso lentamente. No puedo pasar el resto de la noche en este baño. Tengo que salir.

Abro la puerta del cuarto de baño. Tim está de pie frente a mí y parece afectado, casi tan mal como me siento yo.

—Lo siento mucho, Brooke —dice—. Soy tan idiota. Lo olvidé completamente.

—Está bien —digo, aunque en realidad no lo está.

—Te traeré un regalo diferente —promete—. Algo mucho mejor.

Extiende los brazos y, a regañadientes, permito que me rodee con ellos. Al cabo de unos segundos, me derrito contra su pecho.

—Espero no haber arruinado la noche —murmura.

—No lo hiciste.

No puedo dejar que esto me moleste. Sólo quería ser sentimental y hacerme un regalo que pensó que me encantaría. No tenía ni idea de que yo reaccionaría así. Necesito sacármelo de la cabeza y disfrutar de la velada.





INMATE

Capítulo 35

Once Años Antes

No empezamos a respirar mejor hasta que los pasos de Tim y Shane desaparecen por las escaleras. Dos pares de pasos, parece. Lo que significa que ambos siguen vivos.

—Tenemos que encontrar un arma. —Chelsea rebusca a ciegas en el cajón del escritorio de Shane. No puedo evitar pensar en el bate que Tim ha estado blandiendo como arma—. Porque en algún momento, vamos a tener que salir de esta habitación.

Me dejo caer en la cama donde Shane me había desflorado antes. ¿Hace solo unas horas? Parece otra vida. Cuando me toco los labios con los dedos, aún puedo saborearlo. Aún puedo oler el sándalo de su aftershave.

Debería ayudar a Chelsea a buscar un arma. Tiene razón, no deberíamos quedarnos aquí sentadas, sin hacer nada. Pero no puedo evitarlo. Mis pensamientos no paran de correr.

—¿De verdad crees que uno de ellos podría ser un asesino? —suelto.

Chelsea hace una pausa en su búsqueda. Se endereza. —Oh, Brooke...

Se acomoda a mi lado en la cama y me pasa el brazo por los hombros. Y por primera vez esta noche, rompo a llorar. Todo me golpea a la vez. Brandon ha muerto. Kayla ha muerto. Y uno de los dos chicos que más me importan en el mundo es el responsable.

Y ni siquiera sé cuál.

—No podrían haberlo hecho —resoplo—. Ninguno de ellos. No es posible. —Levanto los ojos—. ¿Verdad?

—Oh, Brooke... —Me aprieta los hombros, acercándose a su camisa húmeda y manchada de sangre—. Sé que Shane es tu novio, y que Tim y tú se conocen desde hace mucho, pero mira lo que ha pasado. Aquí no hay nadie más. Tuvo que haber sido uno de ellos.

Me froto la nariz. —¿Quién... quién crees que es?

Hace una pausa. —No lo sé.

—Sí, lo sabes. Sólo que no quieres decirlo.

Chelsea deja escapar un largo suspiro. —Bien. Fue Tim.





Levanto los ojos sorprendida. No era eso lo que pensaba que iba a decir. —
¿Tim? Pero...

—Es lo más lógico, Brooke. —Se coloca un mechón de pelo mojado detrás de la oreja—. Shane tiene razón: Tim es el único que tuvo la oportunidad de subir y hacerlo. Y fue él quien estuvo acurrucado con Kayla toda la noche. Shane apenas la conocía.

—Pero...

Pero no puede ser Tim. No mi primer mejor amigo. Mi primer beso. El chico que conozco de toda la vida, que haría cualquier cosa por mí. Toco el collar de copos de nieve, recordando lo contento que estaba cuando abrí la caja.

—Y salió con Tracy Gifford —me recuerda—. ¿Qué pasa con eso? Tuvo un montón de citas con una chica que apareció asesinada, ¿y cree que no necesita mencionárselo a nadie? Eso es muy sospechoso, Brooke.

—Lo sé, pero...

—Además, está *frustrado* —añade Chelsea—. Porque estás saliendo con Shane, y claro, él te quiere para él.

Giro la cabeza para mirarla fijamente. —¿De qué estás hablando?

Deja escapar un suspiro dramático que dura varios segundos. —*Vamos*, Brooke. Debes darte cuenta de que Tim está locamente enamorado de ti.

Resoplo. —No, no lo está. Somos *amigos*.

—Cierto. Piensas en él como un amigo, y él está enamorado de ti. —Ladea la cabeza—. Pensé que lo sabías. ¿Realmente no lo ves?

Vuelvo a tocar el colgante y los dedos me tiemblan ligeramente. ¿Tiene razón Chelsea? Siempre pensé que Tim y yo estábamos de acuerdo en nuestra relación. Es decir, sí, solía hablar de casarnos cuando éramos pequeños. Pero éramos *niños*.

Y sí, esa vez nos besamos. Pero fue sólo una vez, aunque duró veinte minutos. Y estábamos *practicando*. No significó nada...

Ay, Dios.

Tiene razón.

Tim está enamorado de mí.



Capítulo 36

Día Presente

—**B**ien —dice Tim—, voy a necesitar que califiques este cumpleaños en comparación con todos los demás cumpleaños que has tenido en tu vida.

Tim y yo vamos en el auto de regreso del restaurante. Después de mi enloquecimiento por el collar de copos de nieve, acabamos pasándolo de maravilla. Fue agradable estar los dos solos. Podíamos ser tan cariñosos como quisiéramos sin preocuparnos de enloquecer a Josh. Y Tim es *muy* cariñoso. Especialmente después de una copa de vino.

—¿Califícalo en una escala del uno al diez? —le pregunto. Es difícil abandonar el hábito de la escuela de enfermería de puntuar todo en la escala analógica visual del dolor.

—No. —Me sonrío mientras nos detenemos en un semáforo en rojo—. Quiero decir, ¿qué lugar ocupa en comparación con tus otros cumpleaños? ¿Estamos hablando de los cinco mejores...?

—Top ten —digo.

—¡Los diez primeros! —Parece ofendido—. Te dije que deberías haber pedido la langosta. Eso lo habría llevado definitivamente al top cinco.

Me río. —Para, el pollo estaba buenísimo.

—Sólo siento que... —Apoya suavemente su mano derecha en mi rodilla mientras empieza a conducir de nuevo—. Quiero decir, no recuerdas tus primeros, como, cinco cumpleaños. Así que realmente, los diez primeros no son *tan* buenos.

—Está bastante bien.

—Bueno, tal vez pueda hacer algo más para ti esta noche que podría llevarlo a los cinco primeros...

—Quizás podrías...

Aunque la verdadera razón por la que esta noche no puede estar entre las cinco mejores no tiene nada que ver con la cena de esta noche, que estaba deliciosa, ni con lo que hará en el dormitorio esta noche, que estoy segura de que será increíble como de costumbre. En el momento en que me regaló ese collar de copos de nieve, la



noche se arruinó. Por mucho que intentara no pensar en ello, no podía quitármelo completamente de la cabeza.

—Además —añade—, tengo buenas noticias.

—¿Qué es eso?

—Tengo una gran pista sobre un nuevo trabajo para ti. —Me aprieta la rodilla—. Tengo un amigo que trabaja en una consulta de atención primaria como a quince minutos de aquí, y me ha dicho que están buscando una enfermera. De hecho, están desesperados. Quieren conocerte cuanto antes.

—Oh —digo.

—¿No es genial? Suena perfecto para ti. Y así no tendrías que trabajar más en esa prisión.

—Sí, pero... —Tiro del dobladillo de mi vestido negro—. Tengo un contrato de un año en la prisión, así que...

—Oh, vamos. No te retendrán por eso. Solo dales como un mes de aviso.

—No sé...

Tim se vuelve para mirarme ante otro semáforo en rojo. El blanco de sus ojos brilla ligeramente a la luz de la luna. —Quieres dejar ese trabajo, ¿verdad? No quieres seguir trabajando en una *penitenciaría de hombres*, ¿verdad?

Me retuerzo en el asiento. —No es tan malo como crees. La mayoría están felices de recibir atención médica.

—Y por no mencionar —continúa Tim como si yo no hubiera hablado—, el hecho de que Shane Nelson está preso allí. No sé cómo podrías trabajar allí sabiendo que está allí. ¿Y si tuvieras que tratarlo?

Hablamos brevemente del hecho de que estaba trabajando en la misma prisión en la que está encarcelado Shane. Tim se quedó atónito, pero cuando le expliqué que era el único trabajo que había encontrado, acabó calmándose. Pero tuve que jurarle que nunca había tratado a Shane.

Es decir, mentí.

—Si tuviera que tratarlo —digo—, podría hacerlo.

—¿En serio? Porque le echaste un vistazo a un collar que te recordaba a esa noche, y parecía que ibas a tener un ataque de pánico. Y Cristo, ¿qué pasa si se enteró de Josh?

Frunzo el ceño. A Tim le preocupa que trabaje en una prisión de máxima seguridad, pero no es tan malo como cree. Y quizá Shane tampoco sea tan malo como él cree.





—¿Y si...? —Me aclaro la garganta—. ¿Y si me equivoqué? ¿Y si Shane no fue quien intentó estrangularme aquella noche?

La mano de Tim abandona bruscamente mi rodilla. —¿Qué?

Me abrazo al pecho. —Sólo digo que estaba muy oscuro en el salón. No podía ver nada. Ni siquiera le vi el rostro.

Tim pisa el freno, a centímetros de chocar por detrás con el auto que nos precede. —*Tienes que estar bromeando, Brooke.*

—Sólo creo...

Da un volantazo y estaciona el auto a un lado de la carretera. Puedo distinguir una vena latándole en la sien. —Quizá estaba demasiado oscuro para que lo vieras, pero *yo* lo vi. Vino hacia mí con un maldito cuchillo y me lo enterró en el vientre. Lo único que pude hacer fue golpearlo con el bate, pero el cabrón no se vino abajo. Me miró a los ojos, Brooke, y me dijo que tú eras la siguiente. Créeme, era él.

La policía encontró a Tim inconsciente y sangrando en el suelo de la granja con una puñalada en el vientre. En el último mes, he tenido la oportunidad de ver la cicatriz que quedó de aquella noche. Es una línea de piel levantada de dos centímetros a pocos centímetros de su ombligo. Siempre pensé que sería más grande.

—Es que esa noche estaba muy oscuro —murmuro—. Eso es todo lo que digo.

Tim me da la espalda. Mira el volante con los ojos vidriosos. Al cabo de un segundo, vuelve a poner el auto en marcha. Recorremos el resto del trayecto hasta mi casa en silencio.

—Lo siento —dice cuando se detiene frente a mi casa—. No debería haber... mira, entiendo por qué puedes tener sentimientos encontrados sobre Shane, dado...

—Bien —digo antes de que pueda completar ese pensamiento.

—Pero tienes que saber que es un ser humano malvado. Está *enfermo*. Y si alguna vez lo ves en la prisión, tienes que darte la vuelta y correr en otra dirección.

Bajo los ojos. —Puedo cuidarme sola, Tim.

No tiene nada que decir a eso. Me desabrocho el cinturón, pero sigue callado. No le ofrezco entrar y no me lo pide. Creo que este cumpleaños ha caído oficialmente del top ten.

Cuando vuelvo a entrar en casa, todo está tranquilo excepto por el sonido del agua corriendo en la cocina. Probablemente Margie esté limpiando. Puede que sea vieja, pero nunca se queda quieta. Honestamente, me gustaría tener su energía.

Entro en la cocina a tiempo para ver a Margie fregando una sartén y canturreando. —¡Hola, Brooke! —me dice—. Josh está dormido. ¿Lo has pasado bien?





—Ajá.

—¡Oh, me alegro tanto! —Suspira—. A decir verdad, echo de menos las citas. Amo a mi Harvey, pero echo de menos esa emoción. Y Tim es *tan* guapo.

—Si...

—Tiene unas cejas estupendas —añade.

—¿Es así?

—Oh, sí. Se puede saber mucho de un hombre por sus cejas. Unas cejas bonitas significan que es sabio.

—Interesante...

—Además —añade—, tiene un buen culo.

Dios mío. Aunque tiene razón, Tim tiene un buen culo, pero me avergüenza que Margie se haya dado cuenta. —Uh, ¿gracias?

—¡Y qué collar tan bonito te ha regalado! Pero deberías guardarlo en tu joyero, donde estará a salvo.

Se me cae el estómago. Había abandonado el collar en la mesa de la cocina y luego me había olvidado de él. Bueno, no lo había olvidado tanto como esperaba que se desvaneciera en el aire mientras salía con Tim. O, al menos, que él supiera lo suficiente como para tirarlo al cubo de la basura, donde merecía estar.

Pero no lo hizo. Lo dejó allí para mí.

Margie recoge su abrigo y se marcha. Solo después de que se haya ido me atrevo a acercarme a la caja rectangular azul que ha dejado sobre la mesa de la cocina. Parece que Tim o Margie la han vuelto a meter en la caja, así que lo único que tengo que hacer es tirarla a la basura.

Pero en lugar de eso, me encuentro abriendo la caja.

Levanto el collar y dejo que el colgante en forma de copo de nieve oscile de un lado a otro. Es exactamente igual que el que solía llevar, el que Tim me compró por mi décimo cumpleaños. Es una cadena de oro con un copo de nieve dorado con diamantes blancos engastados en los seis radios del copo.

Miro más de cerca el collar y noto algo más que hace que se me pare el corazón.

Al segundo radio del copo de nieve le falta un diamante del borde. Exactamente como el que yo solía llevar.

Este collar es idéntico al que llevaba en el instituto. Y tiene exactamente el mismo defecto en el mismo lugar que ese collar tenía.

¿Es posible que sea el mismo collar?





Nunca supe qué fue de aquel collar. Después de que se rompiera, no volví a verlo. Supuse que la policía lo había guardado como prueba, pero quizá no fue así. Tal vez alguien más lo tuvo todo este tiempo.

Tim dijo que lo consiguió en el mercadillo del pueblo. ¿Un mercadillo? ¿De qué mercadillo está hablando? He vivido en esta ciudad desde que era un bebé, y nunca he oído hablar de ningún tipo de mercado de pulgas.

¿Estaba mintiendo?

Mantente alejada de Tim Reese. Es peligroso.

¿Es posible que Shane estuviera diciendo la verdad sobre esa noche? ¿Es posible que no fuera él quien intentó estrangularme con ese collar? Nunca pude ver su rostro. La única persona que testifico con absoluta certeza que vio a Shane con un cuchillo fue Tim. Aunque mi testimonio fue condenatorio, Tim fue quien puso el clavo final en su ataúd.

¿Y si Tim estaba mintiendo sobre todo?

No, no puedo pensar así. Tim es mi novio. Lo conozco de toda la vida. Es un buen tipo. No mentiría, y seguro que no mataría a nadie. Lo conozco mejor que a mi propio nombre.

Pero entonces, ¿cómo consiguió ese collar?



Tim y yo hemos hecho las paces desde la noche de mi cumpleaños.

A la noche siguiente vino con un ramo de rosas y un par de pendientes preciosos. Nunca volvimos a hablar del collar, pero sí hice una cosa que me pidió. Hace unos días, concerté una entrevista en esa consulta de atención primaria. Tenía razón: trabajar en una prisión de máxima seguridad no es precisamente el trabajo de mis sueños y, como mínimo, la consulta de atención primaria está mucho más cerca.

Si dejo mi trabajo en la prisión, no tendré que volver a ver a Shane. Será un alivio.

Sobre todo.

Tim y yo estamos inmersos en lo que se ha convertido en nuestra rutina nocturna de lavar los platos juntos después de cenar. Llevamos juntos unos dos meses, y desde que le contamos a Josh nuestra relación, Tim ha estado pasando aquí tres o cuatro noches a la semana. Por supuesto, vive justo al final de la manzana, así que no ha trasladado demasiadas de sus cosas aquí, ya que es bastante fácil para él ir y venir para conseguir cualquier cosa que necesite.

—¿Nos estamos volviendo como un viejo matrimonio? —le pregunto mientras deslizo los últimos platos sobre el escurrer platos.

Tim se ríe. —¿Recuerdas cuando éramos niños y siempre hablábamos de cómo sería nuestra vida cuando nos casáramos?

Era sobre todo Tim quien solía hablar así, pero lo recuerdo. —Sí, por supuesto.

—Simplemente asumí que acabaríamos juntos, ¿sabes? Como si no hubiera nadie más en el mundo con quien pudiera casarme.

—Lo sé. —Dejo que me acerque a él—. ¿Cuándo dejaste de pensar así?

—Nunca.

Me río, pero Tim no sonríe. Me mira a los ojos con expresión seria en el rostro.

—Brooke —dice—. Sólo quiero que sepas que... te amo. Siempre te he amado, y estoy seguro de que siempre te amaré.

Aunque es la primera vez que me lo dice, su declaración de amor no me sorprende. Me di cuenta de que tenía ganas de decírmelo. Y aunque yo también lo sentía, tenía miedo de oírse lo decir.



Porque el último hombre que me dijo que me amaba intentó matarme.

Pero de ninguna manera puedo dejarlo colgado. Es obvio cuánto desea que se lo diga. Seguro que fingiría que no pasa nada si no lo hago, pero por dentro le mataría.

—Yo también te amo —le digo.

Me besa y quiero que sea ese momento maravilloso en el que nos decimos que nos amamos por primera vez, pero no puedo dejar de pensar en la última vez que dije esas palabras. Te amo, *Shane*.

Luego, unas horas más tarde, estaba apretando ese collar alrededor de mi garganta.

Nuestro beso es interrumpido por el sonido de Josh gritándole a la pantalla de la televisión. Le había dicho que subiera a hacer los deberes, pero, al parecer, ha decidido jugar más a la Nintendo. —Dios mío —digo—. Ese chico está en serios problemas.

Salgo al salón justo a tiempo para ver cómo explota algo en la pantalla del televisor. Golpeo a Josh con fuerza en el hombro. —Sube a tu habitación ahora, amigo.

—Pero, mamá...

—Josh, *ahora*.

—¡Estoy justo en el medio de este nivel!

—Escucha a tu madre —dice Tim con severidad.

Me encanta cómo es Tim con Josh. Me respeta en todo, pero siempre me apoya si lo necesito. Y Josh lo ama de verdad. Los dos son adorables cuando hacen algo juntos: jugar con la Nintendo, al béisbol o reparar la casa.

Josh refunfuña, pero apaga el juego y tira el mando al sofá. Con la Nintendo apagada, la televisión cambia a cable, que está mostrando las noticias de la noche. Josh sube los escalones uno a uno y la puerta de su habitación se cierra con fuerza.

—¿Soy tan mala? —le pregunto a Tim.

—De ninguna manera —dice—. Yo daba clases en quinto curso cuando empecé, y a veces estos niños necesitan un empujón en la dirección correcta. Pero es un buen chico. Quieres que le vaya bien en la escuela, y estará agradecido de que te hayas asegurado de que hiciera su trabajo.

—Tal vez...

Mis ojos se dirigen directamente a la pantalla del televisor, que muestra una noticia local. Es sobre una mujer desaparecida. Kelli Underwood, que desapareció hace dos días. Descubrieron su desaparición cuando no se presentó a su trabajo de camarera.

¿Trabajo de camarera?





Miro más de cerca la televisión. Hay una fotografía de la mujer desaparecida en la pantalla. Y enseguida la reconozco.

Es esa camarera del Shamrock. La que conocí en el instituto. La que me encontré en el supermercado, que me gritó por testificar contra Shane y me dijo que me alejara de Tim.

Tim también mira fijamente la pantalla del televisor. Sus ojos se abren de par en par cuando aparece la fotografía de Kelli. Sus dedos se agarran al borde del sofá y los nudillos se le ponen blancos.

—¿No es esa la camarera del Shamrock? —digo lo más informalmente posible.

—Um. —Aparta los ojos de la pantalla de televisión—. ¿Lo es? Puede ser. Hace mucho que no voy. No desde que fuimos juntos.

—¿No estás seguro? ¿No dijiste que saliste con ella?

—No —dice—. Quiero decir, apenas. Tomamos una copa juntos cuando ella terminó su turno. Nada más. No fue nada.

—Ya veo...

Estoy casi segura de que me dijo que salieron en dos citas. Y Kelli ciertamente pareció recordarlo cuando me confrontó en el supermercado. Pero él no quiere admitirlo.

Quizá porque no es la primera chica con la que sale que desaparece de repente.

—Escucha, Brooke... —Se pasa una mano un poco temblorosa por el cabello—. Creo que voy a volver a mi casa. Estoy un poco agotado y mañana tenemos una reunión temprano. Así que me voy a dormir a mi casa.

Había supuesto que después de intercambiar “te amo” por primera vez, haríamos el amor apasionadamente poco después. Pero en lugar de eso, parece que Tim no puede salir de aquí lo bastante rápido. Y cuando está bajando los escalones de mi porche, tropieza y casi se cae de bruces.

Pero no puedo decir que no me decepcione del todo que se haya ido, porque ahora tengo que buscar en Google a Kelli Underwood.

Los detalles son extremadamente fáciles de encontrar. Kelli (con “i” al final) es una camarera de veintisiete años que también tomaba clases de historia del arte en la universidad local. Vivía sola en un pequeño apartamento en el sótano, y descubrieron que había desaparecido cuando no se presentó a su turno en el Shamrock hacía dos noches. Una noticia menciona que tiene novio, pero no dice si es sospechoso.

Hace dos días... ¿Estuvo Tim aquí esa noche? No me acuerdo.





Afortunadamente, Kelli era muy activa en las redes sociales. A diferencia de mí, ha colgado fotos suyas por todo Internet. Echo un vistazo a sus perfiles en las redes sociales en busca de algo que me llame la atención. Finalmente, veo un post de principios de verano:

!!!!Dato: Los Subdirectores son BUENOS BESADORES!!!!

A menos que haya otro subdirector con el que Kelli salió, voy a asumir que se refiere a Tim. Lo que significa que él salió con ella durante el verano, y fue una cita lo suficientemente buena como para que se besaran al final. O durante. Y aparentemente, a ella le gustó.

Pero es la única mención que encuentro sobre Tim. Él mismo tiene una presencia mínima en las redes sociales, y ella no le ha etiquetado ni nada. Aparte de ese beso, no puedo probar que pasara nada más entre ellos.

Pero definitivamente salió con ella. Estaba mintiendo cuando le restó importancia.

Aun así, no puedo culparlo del todo. Seguro que no le apetece hablar de una camarera con la que salió antes de que estuviéramos juntos. Y después de lo que pasó con esa chica Tracy Gifford, preferiría no asociarse con otra chica desaparecida.

No significa que sea responsable. Diablos, Kelli probablemente se fue a algún lado sin decirle a nadie. Probablemente esté bien.

Estoy segura de ello.



Capítulo 38

Once Años Antes

Chelsea lleva veinte minutos rebuscando en los cajones del escritorio de Shane, pero su búsqueda de un arma no va bien.

—¡No hay nada! —declara—. ¡Ni siquiera tiene un par de tijeras!

No sé qué decir. Aunque Shane tuviera unas tijeras afiladas en el cajón, no sé cómo me sentiría al usarlas. No creo que sea capaz de apuñalar a alguien con unas tijeras.

—¿Y un bolígrafo? —me pregunta—. Hay muchos de esos.

Llevo las rodillas al pecho, abrazándolas contra mi cuerpo. —¿Qué se supone que tenemos que hacer con un bolígrafo?

—No sé. ¿Pegarle en el ojo?

Sacudo la cabeza. —No creo que pudiera pinchar a alguien en el ojo con un bolígrafo. ¿Podrías tú?

Se endereza y se vuelve para mirarme. La habitación está tan oscura que es difícil distinguir su expresión. Solo la vislumbro cuando hay un relámpago. —Podría si tuviera que hacerlo. Si fuera Tim o yo.

Ahora habla de ello como si todo estuviera decidido. Tim es el que mató a Brandon y Kayla. Pero todavía no puedo entenderlo. Conozco a Tim demasiado bien. Él no podría hacer algo así. Está bien, tal vez no era consciente de su enamoramiento por mí, pero eso es diferente.

—No creo que Tim los haya matado —digo—. No lo creo.

Chelsea pone las manos en las caderas. —Tienes un serio punto ciego cuando se trata de Tim. No es tan buen tipo como crees.

—Sí, lo es.

—Créeme, no lo es.

Suena como si tuviera algo específico en mente, pero seguro que es algo estúpido. —Mira, no es un asesino.



Ella deja escapar un sonido exasperado. —¿No lo entiendes, Brooke? Tenía que ser él. Es el único que tuvo la oportunidad. Estaba solo en el salón y pudo subir y matarla. Nadie más tuvo la oportunidad de hacerlo.

Me muerdo el labio inferior. Desde hace un par de semanas, con el cambio de tiempo, tengo los labios muy agrietados. Me los lamo y me los muerdo, pero no puedo evitarlo.

—En realidad —digo—, otra persona tuvo la oportunidad.

—¿Quién? Shane estaba afuera. Y nadie más está aquí. ¿Quién más tuvo la oportunidad?

—Tú. —Intento distinguir sus rasgos en la habitación a oscuras, pero lo único que veo son sus ojos oscuros con rímel corrido—. Estabas sola en el salón cuando Tim y yo estábamos en la cocina.

Se le desencaja la mandíbula. —¿Perdón?

—Bueno —digo pensativa—. Tiene sentido. Más sentido que Tim o Shane matando al azar a Brandon y Kayla. Quiero decir, Brandon te estaba engañando. Mucho. Y luego Kayla te acusaba de matarlo. Es lógico...

—¡Oh, esto es bueno! —Chelsea suena como si tratara de ser sarcástica, pero hay un borde ligeramente histérico en su voz—. Primero asesinan a mi novio y tengo que encontrar su cadáver. ¿Y ahora crees que yo lo maté, y aparentemente derribé la puerta de Kayla y también la maté a ella?

—No, no estoy diciendo eso —digo con cuidado—. Sólo señalo que tuviste una oportunidad y un motivo.

Se queda parada un momento, con la silueta completamente inmóvil. —Si fui yo quien los mató, ¿por qué me molestó en buscar un arma? Si lo hice yo, significa que tengo un cuchillo escondido en alguna parte, ¿no?

—Yo... supongo que sí.

—Claro que sí. —Sacude la cabeza—. Quiero decir, estás seriamente fuera de tus cabales si crees que soy capaz de matar a dos personas.

Se me revuelve el estómago al pensar en algo. Tim estuvo buscando el cuchillo mientras Chelsea y yo estábamos en la casa. No lo encontró, pero fue una información que me contó a mí sola. Entonces, ¿cómo podía saber que el asesino tenía un cuchillo escondido? A menos que...

—Creo que deberíamos bajar. —Me pongo en pie—. Quiero asegurarme de que los chicos están bien. Y... creo que es mejor si estamos todos juntos.

—¿Estás loca? ¡Por lo que sabemos, Tim ya ha apuñalado a Shane hasta la muerte, y nos está esperando al final de las escaleras!





—No —digo con firmeza—. No lo estoy.

Tengo que salir de esta habitación. Ahora que Chelsea sabe que estoy tras ella, no estoy a salvo aquí. No quiero acabar como Brandon y Kayla. No puedo. Me acerco a la puerta y giro el pomo, pero la pared de libros que hemos construido delante impide que se abra.

—¡Eh, eh, eh! —Chelsea se desliza delante de mí y pone la mano en la puerta, manteniéndola cerrada—. En serio, ¿qué estás haciendo? No es seguro ahí abajo.

—Quiero irme. —Pateo algunos de los libros—. Déjame ir.

—Brooke, ¡estás loca! No pensarás en serio que maté a Brandon y a Kayla, ¿verdad?

—No lo sé. —Aparto unos cuantos libros más de mi camino—. Sólo necesito salir de aquí. Tengo que ir al baño.

Intento alcanzar de nuevo el pomo de la puerta, pero Chelsea lo bloquea con su cuerpo. Levanto los ojos para mirar su rostro redondo, su cabello negro con las puntas pálidas que la ayudé a decolorar en el baño de su casa, y sus ojos castaños que de pronto parecen charcos de negrura en la tenue luz del dormitorio de Shane.

—Chelsea —digo con firmeza—. Hazte a un lado. *Ahora.*

Su mirada se concentra en mi rostro. —No. No te irás.

Chelsea había estado buscando un arma en la habitación, pero no necesitaba buscar. Ella tenía un cuchillo todo el tiempo. El mismo cuchillo que usó para matar a Brandon y Kayla. El mismo cuchillo que usará para matarme a mí.

Excepto que cuando miro sus manos, están vacías. ¿Dónde está el cuchillo? ¿Lo ha escondido en algún sitio?

—Chelsea...

—Tienes que quedarte aquí, Brooke. *No puedes irte.*

No, no voy a terminar como Brandon y Kayla. Si puedo pasarla y escapar de esta habitación, Tim y Shane me ayudarán. Y tengo una ventaja sobre los otros dos que ha matado: sé de lo que es capaz. Y sé por las prácticas de porristas cuáles son sus debilidades.

Retiro la zapatilla y le doy una patada en la espinilla, justo donde siempre le duelen las tablillas cuando corremos. Chelsea cae al suelo, gimiendo mientras se agarra la pierna. —¡Putá! —grita.

Vuelvo a agarrar el pomo de la puerta y esta vez consigo abrirla unos centímetros. Doy un pequeño gracias por todas las horas que he pasado manteniendo mi peso bajo para caber en mi uniforme de animadora, y aprieto mi cuerpo a través del minúsculo hueco entre la puerta y el marco.





—¡Brooke! —grita.

No me doy la vuelta para ver cómo Chelsea intenta ponerse en pie. No tengo mucho tiempo, pero solo necesito unos segundos de ventaja. Corro hacia el pasillo, que está completamente oscuro, y tanteo en busca de la barandilla de la escalera. Tengo que bajar.

—¡Tim! —llamo—. ¡Shane!

No hay respuesta.

No es una buena señal. Había supuesto que los dos estarían abajo, en el salón, vigilándose mutuamente, pero el salón está en completo silencio. No hay nadie ahí abajo.

De repente me pregunto si habré cometido un terrible error al salir del dormitorio.

Bajo las escaleras tan rápido como me atrevo. Oigo ruidos procedentes del dormitorio de Shane. —¡Brooke! —Chelsea vuelve a gritar, pero con la voz apagada, como si aún estuviera en el dormitorio. Es extraño. La golpee fuerte, pero no tanto. Ya debería estar de pie y bajando las escaleras detrás de mí.

—¡Tim! —llamo de nuevo, rozando el grito ahora—. ¡Shane!

Cuando llego al pie de la escalera, suelto un aullido al tropezar y caer desplomada. Algo se interponía en mi camino, bloqueándome. Algo blando.

Dios mío. Es un cuerpo.

Entrecierro los ojos, intentando ver quién es, pero el salón está demasiado oscuro. Levanto las manos del suelo y algo pegajoso y húmedo me cubre las palmas.

Sangre.

Dios mío. Chelsea tenía razón. Alguien más fue asesinado mientras Chelsea y yo estábamos escondidas en el dormitorio. Chelsea nunca intentó hacerme daño, solo quería que me quedara en la habitación para que no acabara como los demás. Suelto un sollozo ahogado, sabiendo que tengo que volver a levantarme y correr, pero siento el cuerpo congelado.

Y entonces el peso de un cuerpo me aplasta, impidiéndome ponerme en pie. Y unos dedos agarran la cadena que me rodea el cuello, tirando de ella con fuerza.



Capítulo 39

Día Presente

Cuando salgo de la consulta para ver quién es mi próximo paciente, la única persona que me espera es Shane Nelson.

Una vez más, el oficial Hunt le ha encadenado las muñecas y los tobillos. Y es obvio cuál es el motivo por el que Shane está aquí: alguien le ha dado una paliza. Tiene el labio inferior partido, un profundo hematoma en el pómulo izquierdo y, cuando Hunt lo ayuda a ponerse en pie, tiene que entrar cojeando en la sala de reconocimiento.

—Creía que ya no íbamos a hacer lo de los grilletes con él —le digo a Hunt.

El guardia me lanza una mirada. Nuestra relación se ha enfriado desde que le hablé de nuestro pasado común, pero me siento más valiente porque ayer tuve una entrevista en la consulta de atención primaria y me fue bien. Si quiere que me despidan, me parece bien.

—Estaba peleando —me dice Hunt—. Los grilletes son necesarios.

Teniendo en cuenta que no veo ninguna abrasión en los nudillos de Shane, parecía menos que estaba luchando y más que estaba recibiendo una paliza. Pero no insisto. Sin embargo, cierro la puerta una vez que Shane está en la sala de examen.

—Jesús —comento.

—No es tan malo como parece —dice—. De verdad.

Le examino el rostro. El moratón de cuando se golpeó contra mi mesa ha desaparecido por completo, y aún tiene una cicatriz rosa claro de la laceración que le cosí la primera vez que estuvo aquí. Tiene ese corte en el labio y algunos moratones en el rostro, pero nada que parezca necesitar puntos. Pero noto que cada vez que mueve el peso, hace una mueca de dolor.

—¿Qué te duele? —le pregunto.

—Tengo una costilla rota.

Levanto las cejas. —¿Cómo lo sabes?

—Porque se siente exactamente igual que la última vez que me rompí una costilla.



Me pregunto cuántas costillas rotas habrá tenido desde que está aquí. —Pediré una radiografía de tórax —le digo.

—Genial.

A pesar de todo, siento cierta simpatía por Shane. En el poco tiempo que llevo trabajando aquí, lo he visto entrar con heridas importantes a manos de otros reclusos en dos ocasiones distintas. Incluso si es “malvado” como Tim afirma que es, me parece mal que la prisión permita que esto ocurra.

—¿Seguro que no quieres denunciar a los hombres que te hicieron esto?

—Muy seguro —resopla—. ¿Crees que quiero que esto me pase todos los días?

—A veces hay que plantar cara a los matones. El año pasado, cuando mi hijo estaba en cuarto, lo molestaban todos los días. Pero ahora...

Me detengo en seco porque Shane me mira como si acabara de darle un puñetazo en el estómago. Rebobino en mi cabeza lo que acabo de decir, intentando averiguar por qué me mira así. Entonces me doy cuenta.

—¿Tienes un hijo en quinto curso? —pregunta con voz ronca—. Dijiste que estaba en *preescolar*.

Abro la boca, pero no salen palabras. Sólo un pequeño chillido.

—Brooke. —Se aprieta las rodillas con las manos. Hunt debe de haberle apretado mucho las esposas, porque puedo ver el metal mordiéndole las muñecas—. ¿Cuántos años tiene tu hijo?

Podría mentir. No hay forma de que descubra la verdad. Pero estoy segura de que puede ver la verdad escrita en mi rostro. —Tiene diez años.

—¿Es...?

—Sí. —Asiento lentamente—. Es tuyo.

Sea lo que sea lo que esos hombres le hicieron a Shane que lo trajo aquí, lo que acabo de hacerle es mucho peor. Parece que tiene muchos problemas para recuperar el aliento, lo que es un poco inquietante si realmente tiene una fractura de costilla, pero no creo que sea por eso.

—¿Por qué no me lo dijiste? —se las arregla para decir.

Sacudo la cabeza, pero no respondo. No creo que espere que lo haga. La respuesta es obvia.

—Brooke, ¿puedo...? —duda, y temo que me pida que traiga a Josh de visita. No lo haré. No hay forma de que me convenza. Pero en lugar de eso, dice—: ¿Puedo ver una foto de él? ¿Por favor?

No debería. Realmente no debería. Pero la forma en que me mira me está rompiendo el corazón. Y realmente, ¿qué daño podría hacer?





Así que saco mi teléfono. Muestro una foto reciente de Josh y le tiendo la pantalla para que la mire. Se queda mirando la foto con los labios entreabiertos.

—Dios mío —respira—. Se parece a mí.

—Sí.

—¿Puedo ver una más? ¿Por favor, Brooke?

De verdad, de verdad que no debería, pero parece que no puedo decir que no. Shane nunca conocerá a su hijo, pero al menos puedo darle esto. Así que le muestro algunas fotos recientes. Una de Josh jugando béisbol. Una de una fiesta de cumpleaños. También le enseño algunas antiguas. Josh en su primer día de guardería, posando orgulloso con su mochila de tortuga ninja adolescente. Shane se lo traga todo. En todos mis años de madre, creo que nunca había conocido a nadie tan hipnotizado por las fotos de mi hijo. Ni siquiera mis padres parecían tan interesados.

Podríamos haber estado mirando estas fotografías durante varias horas, pero entonces Hunt llama a la puerta. —¿Estás terminando?

Me vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo del pantalón. A Shane se le cae la cara. —Lo siento —le digo.

—Está bien —dice—. Gracias. Por enseñarme esas fotos. Sé que no tenías que hacerlo.

—De nada.

Sus ojos marrones son tan tristes que casi me rompen el corazón. —Me alegro de que nunca lo trajeras aquí. No querría que me viera así. No querría que supiera que su padre es...

—Si...

Shane mira fijamente a la pared. Hay algo en su expresión que no puedo leer. —Sabes —dice—, a veces casi me acostumbro a lo mucho que apesta estar atrapado aquí, especialmente por algo que ni siquiera he hecho. Acepto el hecho de que voy a tener que pedir permiso para ir al baño el resto de mi vida, que nunca podré tener un trabajo de verdad, que nunca podré volver a conducir un auto, que nunca podré volver a estar con... con una mujer. Que cada comida que comeré por el resto de mi vida sabrá a bazofia. Que una vez al mes, un puñado de tipos se abalanzará sobre mí en mi celda y me dará una paliza sin más motivo que haber mirado mal a uno de ellos. —Respira entrecortadamente—. Pero entonces me entero de una maldita cosa más que el estar aquí me ha quitado, y es sólo... es...

Aprieta los labios con fuerza, aunque debe de dolerle muchísimo con ese corte que tiene en el labio inferior. Tardo un segundo en darme cuenta de que está intentando no llorar.

—Shane —le digo—. ¿Por qué no hacemos esa radiografía de tórax?





—Está bien —murmura—. No te molestes.

—Acabas de decirme que tienes una costilla rota. Al menos tenemos que asegurarnos de que no tienes un neumotórax. Eso podría matarte.

—Lo dudo. No tengo tanta suerte.

—Shane...

—Puedo negarme, Brooke —dice bruscamente. Baja la voz—. Al menos dame eso.

Nuestros ojos se cruzan. Por un momento, es el chico al que solía ver jugar al fútbol cuando era animadora. Era tan bueno. Y estaba tan guapo con su uniforme de fútbol. Pero, sobre todo, me encantaba lo emocionado que se ponía cuando me veía en el campo y me saludaba.

Nunca hubiera creído que ese chico fuera capaz de intentar matarme.

La verdad es que todavía no me lo creo. Hubo algo más que sucedió esa noche, algo importante que me estoy perdiendo. Algo tirando de la periferia de mi memoria. Siento que si pudiera pensar lo suficiente, lo descubriría. Pero cuanto más intento recordar, más se me escapa.

Shane rompe primero el contacto visual. —Me gustaría volver a mi celda ahora.

—¿Seguro que no quieres...?

—Sí.

Hago lo que me dice: le pido a Hunt que lo lleve de vuelta a su celda sin hacerle las pruebas que necesita. Está deprimido, eso es evidente. ¿Suicida? No lo sé. Tenemos un psiquiatra que supuestamente viene una vez al mes, pero no lo he visto ni una sola vez en los meses que llevo aquí. Me planteo volver a llamar a Shane para preguntarle, pero no quiero torturarlo.

No sé si volveré a ver a Shane mientras trabaje aquí. Probablemente hará todo lo posible por evitar cualquier visita médica, y si la consulta de atención primaria me ofrece un trabajo, me largo de aquí. Ha sido demasiado duro verlo. No ha sido nada como pensé que sería.

Me alegro de que esto casi haya terminado.



INMATE

Capítulo 40

Once Años Antes

Voy a morir.

Mi adorado collar de copos de nieve, que he llevado todos los días durante los últimos siete años, me está cortando el suministro de oxígeno. Unos dedos fuertes tiran de él y me cierran la tráquea mientras jadeo.

—Por favor... —Intento formar las palabras pero no tengo aire.

Me va a matar. Tim va a matarme con el collar que me compró por mi décimo cumpleaños. Qué ironía.

Excepto que entonces alcanzo a oler algo. Algo en el aire. Un olor familiar cerca de mí, proveniente del tipo que me sujeta.

Sándalo.

El aftershave de Shane.

No es Tim después de todo. Tim es el que yace muerto en el suelo. Shane es el que me sujeta, tratando de asfixiarme hasta la muerte. Shane es el que tuvo la oportunidad de planear esto. Deshacerse de todos los cuchillos y armas de su casa excepto el cuchillo usado para apuñalar a Brandon y Kayla -y ahora a Tim- hasta la muerte.

Pero ha elegido un final diferente para mí.

—Shane —intento ahogarme.

Pero es inútil. Mi cabeza empieza a nadar mientras me aferro a la consciencia. Lucho contra él, pero es demasiado fuerte, y me tiene al borde tumbado encima de mí.

¿Dónde está Chelsea? No lo entiendo. Estaba tratando de salir de la habitación. Ya debería estar fuera, debería poder ayudarme. Pero no está aquí. Tal vez decidió esconderse cuando me oyó gritar. No podría culparla del todo.

Caen relámpagos y vislumbro la sangre en un charco debajo de mí. No hay esperanza. Shane ya ha matado a tres personas esta noche. Y una de ellas era un jugador de fútbol aún más grande que él. Se me va la conciencia. Voy a morir. Esto va a pasar.



Un trueno estremece los cimientos de la casa. Es el más fuerte hasta ahora y, vagamente, soy consciente de otro sonido de fondo. Y de otra cosa.

El chasquido de un eslabón de mi collar.

De repente, el aire entra en mis pulmones. Vuelvo a respirar. Una descarga de adrenalina me golpea, y siento que Shane se ha desequilibrado al soltarse mi collar. Si alguna vez ha habido una oportunidad, es ésta. Echo el codo hacia atrás con toda la fuerza que puedo.

Cuando gruñe de dolor, sé que he dado en el clavo. La presión sobre mi cuerpo disminuye y consigo salir rodando de debajo de él. Estoy segura de que en un minuto se habrá recuperado, así que tengo que correr. No puedo mirar atrás.

Llego a la puerta principal y la abro de un tirón con tanta fuerza que las bisagras chirrían. Salgo a la noche sin apenas darme cuenta del frío que hace y de que no llevo chaqueta. La lluvia cae con fuerza y hay prácticamente un río frente a la casa de Shane, pero no puedo pensar en eso. Tengo que correr. Tal vez haya un cable de alta tensión caído esperando para electrocutarme, pero tengo que correr ese riesgo.

Salgo corriendo hacia la carretera inundada, agradecida de que mis horas de entrenamiento como animadora me hayan mantenido en forma y ágil. Por supuesto, Shane también está muy en forma. Es quarterback. Y sus piernas son mucho más largas que las mías. Todo lo que tengo a mi favor es una ventaja y el hecho de que nadie me ha dado un codazo en los testículos.

—¡Brooke!

Oigo mi nombre desde algún lugar detrás de mí. O tal vez me lo estoy imaginando. Tal vez sea el viento. Pero tengo que creer que está cerca detrás de mí. No puede dejarme ir. Si sobrevivo, le contaré a todo el mundo lo que ha hecho.

—¡Brooke!

Me corren las lágrimas por las mejillas. Tengo los pies entumecidos por el agua helada, pero tengo que seguir. Esta es solo mi oportunidad. Tengo que vivir.

—Broo...

Y entonces lo veo. Un conjunto de faros en la distancia. Parece una camioneta. En circunstancias normales, es el tipo de vehículo del que me mantendría alejada a altas horas de la noche porque nunca se sabe qué tipo de asesino con hacha está conduciendo, pero ahora mismo, es mi única oportunidad.

Corro hacia la camioneta, agitando las manos en el aire. —¡Alto! —grito—. ¡Ayúdenme!

Gracias a Dios, la camioneta se detiene y la noche no acaba conmigo atropellada y muerta por una camioneta. Echo un vistazo detrás de mí, pero no hay nadie. No estoy segura de que Shane me siguiera, pero si lo hacía, ya se ha ido.



INMATE

167



Corro hasta el lado del vehículo. El conductor es un tipo grande con barba. Es más grande que Shane. Parece duro, pero sus ojos se abren de par en par y se le va todo el color del rostro cuando me mira, de pie, empapada, con sangre por toda la camisa.

—Por favor, ayúdame —le digo.

Y entonces me derrumbo.

Se acabó.

FREIDA MCFADDEN

THE





INMATE

Capítulo 41

Día Presente

Cuando la policía llegó a la granja de los Nelson, encontró cinco cadáveres. Brandon Jensen en el porche, muerto. Kayla Olivera en el dormitorio de arriba, muerta. Chelsea Cho en el dormitorio de Shane, muerta a puñaladas entre el momento en que salí corriendo de la habitación y la llegada de la policía. Tim en el suelo del salón, sangrando e inconsciente, pero vivo. Shane en el suelo del salón, inconsciente. Tres muertos, tres supervivientes.

Fui yo quien dijo a la policía que Shane había intentado estrangularme con mi collar. Cuando Tim recobró el conocimiento, confirmó que Shane se le había acercado con un cuchillo y lo había derribado. Pero Tim se obligó a levantarse del suelo y había golpeado a Shane en la cabeza con un bate de béisbol y lo había noqueado para evitar que me siguiera hasta la puerta, justo antes de desplomarse él mismo. Se encontraron huellas de Shane por todo el cuchillo.

Shane fue el único que contó una historia diferente. Afirmó que nunca había apuñalado a Tim y que el cuchillo era *suyo*, así que, por supuesto, tenía sus huellas dactilares. Afirmó que Tim lo había noqueado y que no recordaba nada de lo que había pasado después. Alegó que Tim debía haberse apuñalado a sí mismo para que pareciera que él era la parte inocente. Pero, por supuesto, yo era la que apoyaba la historia de Tim. Cuando le conté a la policía lo que Shane me había hecho, lo arrestaron a él.

Aunque nunca le vi el rostro en todo el asunto.

Y ahora Shane está pasando su vida en prisión. Tim, por otro lado, es mi novio. Alguien con quien empiezo a pensar que podría tener un futuro, por primera vez desde que me convertí en madre soltera a los dieciocho años. Es un gran tipo. El mejor, de verdad.

Shane fue el que intentó estrangularme esa noche. Tuvo que ser él.

Esta noche, Tim y yo estamos de celebración. He conseguido el trabajo en la consulta de atención primaria, y el sueldo y los beneficios son increíbles, por no mencionar que está mucho más cerca y da mucho menos miedo que la cárcel. La entrevista fue tan bien que se disculparon por no responder a mi primera solicitud de entrevista cuando estaba enviando mi currículum por toda la ciudad; al parecer, algún paciente descontento había llamado y les había advertido sobre mí. Me sentí fatal de





que le cayera tan mal a un paciente como para hacer eso, pero intenté quitármelo de la cabeza. Al menos ahora tengo el trabajo.

Así que presenté mi renuncia en la penitenciaría de Raker y, aunque Dorothy montó un poco de jaleo al respecto, cuando le señalé el hecho de que no me había reunido ni una sola vez con el médico que se suponía que iba a supervisarme, rápidamente cambió de opinión y me deseó suerte en mi nuevo puesto.

No tendré que lidiar con Dorothy o Marcus Hunt nunca más. No tendré que ver a Shane nunca más. Gracias a Dios.

Margie viene a cuidar a Josh para que Tim y yo podamos pasar una noche a solas. A Tim se le metió en la cabeza que quería prepararme la cena, así que ahora mismo me dirijo a su casa. Me encantaría pasar la noche allí, pero no es justo pedirselo a Margie, así que los dos volveremos a mi casa al final de la noche.

Mientras aprieto el timbre con el dedo, un pensamiento al azar flota en mi cabeza: Me pregunto si Kelli Underwood vino alguna vez por aquí. Estoy segura de que Tim me dijo que habían tenido un par de citas, así que no es imposible que la haya invitado. Ella podría haber estado en este mismo lugar, tocando el timbre.

Sigue desaparecida. Ya ha pasado una semana. He estado revisando las noticias a diario en busca de novedades, y el tono de las historias suena cada vez menos optimista. Si hubiera podido, ya se habría puesto en contacto con alguien. Cuanto más tiempo pasa alguien desaparecido, menos posibilidades hay de que aparezca sano y salvo.

Intenté sacar el tema anoche con Tim, y cambió de tema. Supongo que no lo culpo. Parece incómodo hablando de sus ex, igual que yo.

Tim abre la puerta de casa, vestido con una camiseta y unos vaqueros. Se le ilumina todo el rostro cuando me ve en la puerta, como siempre. Uno pensaría que, ahora que llevamos saliendo más de dos meses, no estaría siempre tan contento de verme. Pero lo hace. Parece cosa del destino que hayamos acabado juntos después de tantos años.

—¡Brooke! —dice—. ¡Entra... hace frío!

Tiene razón: la temperatura ha bajado en la última semana y mi chaqueta fina no parece lo bastante abrigada. En Raker hace mucho más frío que en Queens.

Una vez dentro, Tim me ayuda a quitarme el abrigo y me abraza para darme calor. Apoyo la cabeza en su hombro y siento una oleada de felicidad. Nunca pensé que volvería a tener una relación tan buena. Cada día que pasa estoy más segura de que Tim es el *Elegido*. Y él no oculta que siente lo mismo por mí.

—Oye —dice—, ¿cómo fue el examen de matemáticas de Josh?





Anoche, Josh y Tim pasaron una hora estudiando la suma de fracciones con diferentes denominadores para su examen de hoy. Yo había intentado explicárselo a Josh la semana anterior, pero por alguna razón no lo conseguí. Por suerte, Tim es profesor de primaria y ha enseñado esta asignatura.

—Tiene cien —le digo.

—¡Muy bien! —Tim bombea el puño—. Eso es genial.

—Me alegro de que uno de nosotros sea bueno enseñando matemáticas a niños de diez años.

—No te sientas mal. Al menos eres mona.

Me río y golpeo a Tim en el hombro. —Sabes lo que has hecho, ¿verdad? Vas a tener que hacer esto a partir de ahora cada vez que Josh tenga un examen. Ahora eres el profesor designado.

Me sonrío. —Eso no me importa.

Mientras me dirijo al salón, huelo algo tentador que viene de la cocina. No es tan bueno como los aromas de la cocina de Margie, pero huele bastante bien. Inhalo profundamente mientras me acomodo en su sofá. —¿Qué estás cocinando para mí?

Tim se sienta a mi lado en el sofá. —Adivina.

Vuelvo a oler. —Huelo salsa de tomate.

—Ding ding ding.

Recuerdo que la otra noche que vine, Tim cocinó espaguetis con albóndigas. —¿Espaguetis y albóndigas?

Me hace una mueca. —¿Debería ofenderme que el hecho de que huelas salsa de tomate te haga suponer que he hecho espaguetis con albóndigas? Soy capaz de hacer otras cosas, ya sabes.

—Bueno, ¿qué es entonces?

—Son espaguetis con albóndigas —dice, un poco a la defensiva—. Pero *podría* haber sido otra cosa. Podría haber sido lasaña. Pollo a la parmesana. Sólo digo...

Me inclino para besarlo. —Me encantan los espaguetis con albóndigas.

Me devuelve el beso, acercando mi cuerpo al suyo. ¿Es así como besaba a Kelli Underwood? Ella ciertamente parecía pensar que era un buen besador.

No, para. ¿Por qué estoy pensando en eso?

—Te amo, Brooke —me murmura al oído.

Desde la primera noche que me lo dijo, hemos abierto las compuertas. Le encanta decirme que me ama. Y yo no puedo decir que no ame que me amen. —Yo también te amo.





Se aparta y mira hacia la cocina. —¿Hueles algo quemándose?

—No...

Frunce el ceño. —Será mejor que vaya a ver la comida. Ahora vuelvo.

Mientras Tim va corriendo a la cocina a preparar los espaguetis y las albóndigas, yo me recuesto en el cojín del sofá. Noto algo apretado contra el muslo, que me produce una presión incómoda, y echo la mano hacia atrás para ver qué es. Entre los cojines del sofá, mis dedos localizan un trapo hecho un ovillo.

Tiro de la tela hasta que se suelta. Es entonces cuando me doy cuenta de que no era un paño. Es un pañuelo de seda verde, que se había mezclado con la tela de su sofá verde.

¿De quién es este pañuelo de seda? Seguro que no es de Tim. Me acerco la tela a la nariz e inhalo el aroma de un perfume de mujer. El olor me resulta vagamente familiar.

—La salsa está bien —declara Tim al volver al salón—. Diría que la comida estará lista en unos diez minutos. Espero que tengas hambre, porque hice demasiado.

Ni siquiera consigo esbozar una sonrisa. Mis dedos rodean el pañuelo de seda que tengo en la mano. —Tim, ¿de quién es este pañuelo?

Apenas le echa un vistazo. —No sé. ¿Tuyo?

—No es mío.

Mira con más atención la tela verde que tengo en la mano y entrecierra los ojos. —No me resulta familiar. ¿Quizá sea de mi madre?

Por supuesto, eso tiene sentido. Esta es, después de todo, la casa de los padres de Tim. No debería ser sospechoso encontrar una prenda de ropa de mujer metida en los muebles. Tal vez el perfume que estaba oliendo me resultaba familiar porque era el mismo que la señora Reese solía usar hace tantos años.

Sí, debe ser eso. Después de todo, no es como si Tim trajera a otras mujeres aquí. Él no me engañaría.

Tim me quita el pañuelo de la mano y lo tira sobre la mesita. Luego se sienta en el sofá a mi lado, tan cerca que su muslo presiona el mío. —Escucha —me dice—, hay algo de lo que quiero hablarte.

—¿Oh?

—Sí. —Alarga la mano y me la aprieta—. Yo sólo... estoy loco por ti, Brooke. Siempre lo he estado. Y sé que no hemos estado juntos tanto tiempo, pero odio estar lejos de ti aunque sea una noche. Así que estaba pensando... tal vez...

¿Me está preguntando si deberíamos irnos a vivir juntos? Si esa es la pregunta, no sé qué decir. Yo también estoy loca por él. Pero tengo que pensar en Josh. No





puedo desarraigar su vida haciendo que otra persona se mude con nosotros, sólo para que todo se desmorone. No puedo darle a mi hijo un padre y luego quitárselo.

Y hay otra razón por la que no estoy segura de estar preparada para pasar al siguiente nivel con Tim. No puedo quitarme la sensación de que me está ocultando algo. ¿Por qué ha sido tan evasivo cada vez que he intentado preguntarle sobre Kelli? Ya me dijo que salió con ella. ¿Por qué no lo admite?

¿Y a quién pertenece realmente este pañuelo?

Tim debe de notar la expresión de mi rostro, porque me suelta la mano y se echa hacia atrás en el sofá. —¿Sabes qué? Hablemos de esto más tarde.

Mis hombros se relajan. —Buena idea.

—Hola. —Me aprieta la rodilla—. ¿Por qué no traes una botella de la bodega? Creo que nos vendría bien un trago.

Es un poco adorable que Tim llame bodega a su sótano, pero ya se ha ido a la cocina a ocuparse de lo que sea que esté ardiendo, así que no tengo oportunidad de burlarme de él. No es una bodega, en absoluto. Es un sótano con una docena de botellas de vino y un estante de madera que construyó su padre. Pero supongo que si quiere llamarla bodega, no se lo negaré.

Mientras Tim está en la cocina, giro el pomo de la puerta del sótano. Al igual que mi casa, la suya es vieja y la puerta se atasca, así que tengo que abrirla a la fuerza. Y, por supuesto, el sótano está completamente a oscuras. Busco el cordón para encender la bombilla. Después de unos treinta segundos tanteando a ciegas, mis dedos hacen contacto. Se enciende una bombilla que ilumina tenuemente el sótano.

El sótano de la casa de Tim está más frío que fuera, casi helado, y el aire está ligeramente húmedo. Nada más entrar, percibo un desagradable olor a humedad que no estaba presente la última vez que saqué una botella de vino del sótano: probablemente esté creciendo moho aquí abajo. Bajo las escaleras de madera inclinadas, agarrándome a la barandilla de metal helado para no salir volando. Aquí abajo está tan oscuro que me pone nerviosa colocar los pies en el suelo.

Cuando llego abajo, me espera el botellero. Parece que ha añadido unas cuantas botellas más desde la última vez que estuve aquí. No es que Tim sea un experto en vinos, pero le encanta tener una bodega.

Después de sacar unas cuantas botellas para comprobar las etiquetas, selecciono una botella de Merlot. ¿El Merlot combina bien con los espaguetis y las albóndigas? Ni idea. Pero sabrá bien y nos dará a los dos un ligero subidón.

Justo cuando estoy a punto de volver a subir, me fijo en una lona gris enrollada en el suelo del sótano, en la esquina de la habitación. No me había fijado en esa lona la última vez que estuve aquí abajo mirando la colección de vinos. ¿Qué hace Tim con una lona gigante?





Me acerco sigilosamente al material enrollado: el olor extraño es más fuerte aquí. Incluso en la penumbra del sótano, me doy cuenta de que algo sobresale del extremo. Me agacho y me doy cuenta de lo que es: un zapato. No, no es sólo un zapato, es un zapato de tacón rojo.

Y todavía está en el pie de una mujer.

Miro fijamente el pie que sobresale de la lona, incapaz de comprender lo que veo. Miro más de cerca y puedo distinguir otro zapato que también asoma por la lona. ¿Tendrá Tim un maniquí envuelto en una lona en su sótano?

No te engañes, Brooke. Sabes exactamente lo que estás mirando. Su bufanda está en la mesita de arriba.

Tengo que salir de este sótano.

Dejo caer el Merlot al suelo y la botella se rompe en decenas de pedazos. Corro hacia la escalera, subiendo los escalones de dos en dos, sin molestarme en tener cuidado esta vez. Pongo la mano en el pomo y...

No gira.

Ay, Dios. Está cerrado.



Capítulo 42

Tim me envió aquí a buscar vino. Quería que viera ese cadáver envuelto en la lona. Y ahora me ha atrapado aquí abajo.

—¡Tim! —Golpeo la puerta del sótano—. ¡Tim!

Todo tiene sentido de una manera horrible. Ha estado jugando conmigo todo este tiempo. Ese aftershave de sándalo... debía saber lo que sentía por él. ¿Y si fue él quien me lo echó aquella noche en la granja para que pensara que era Shane? Y luego, por supuesto, ese maldito collar de copos de nieve. Él fue quien me lo dio. Él sabía que ese era el collar usado para estrangularme esa noche—porque él fue quien lo hizo. Lo guardó todos estos años, y me lo dio sólo para asustarme.

¿Por qué confié en él? Debería haber escuchado a Shane. Él me *advirtió*. Me dijo que no podía confiar en Tim Reese. Me suplicó que no tuviera nada que ver con él. Pero no le creí. Había tantas señales y las ignoré todas porque confiaba ciegamente en Tim, el chico que conocía desde que éramos bebés.

Tim está enfermo. Nunca me di cuenta hasta este momento.

—¡Tim! ¡Déjame salir de aquí!

No puede retenerme aquí abajo, ¿verdad? Nunca se saldría con la suya. Margie sabe que estoy aquí y Josh también. Si no volviera a casa, lo sabrían. Llamarían a la policía y les dirían dónde estoy.

A menos que planee hacerles algo a ellos también...

Tengo que salir de aquí. No puedo dejar que me haga lo que le hizo a Kelli. ¿Pero cómo? Traje mi teléfono conmigo, pero está en mi bolso, que dejé en el sofá de su sala.

El pomo tiembla ligeramente. Oigo un gruñido de Tim y doy un paso atrás cuando se abre la puerta. Está de pie frente a mí, con los ojos casi vacíos a la luz del pasillo.

—Lo siento —dice—. La puerta debe haberse atascado.

Lo miro fijamente. ¿De verdad está fingiendo que no acabo de ver lo que vi ahí abajo?

Levanta las cejas. —¿Qué vino has elegido?

Miro por encima del hombro la botella de Merlot que yace destrozada en el suelo del sótano. —En realidad, no me siento muy bien. Creo que voy a salir.



—¿En serio? —Su mandíbula se tensa—. Acabo de pasar la última hora preparando la cena. ¿De verdad te vas a ir?

—Yo... —Me presiono la sien con las yemas de los dedos—. Tengo migraña.

—¿Tienes migrañas? Nunca me lo habías mencionado.

—Pues yo sí.

—Porque es la primera vez que tienes migraña en todo el tiempo que llevamos juntos.

Me palpita la sien; en un segundo o dos, tendré migraña de verdad. —¿Así que no se me permite tener una maldita migraña? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Echa la cabeza hacia atrás. —Eso no es lo que estoy diciendo. Sólo digo que... no te vayas. Hablemos un momento.

—Preferiría que no.

—¿Esto es por lo que dije antes? Siento haber dicho nada. No quería presionarte.

—Quiero *irme*, Tim.

No espero respuesta. Lo empujo hacia la puerta y tomo el bolso del sofá. Mi teléfono y mi spray de pimienta están dentro. Lo usaré si hace falta, aunque espero no tener que hacerlo. Tim corre para alcanzarme. Sus piernas son mucho más largas que las mías y me agarra del brazo antes de que llegue al salón. Sus dedos rodean mi antebrazo, clavándose en mi piel.

—Brooke —dice. Tiene una mirada que apenas reconozco. No es el Tim que conozco, es otra faceta suya que nunca había visto.

—Suéltame —le siseo.

—Brooke, ¿qué...?

En ese momento suena el timbre. Tim mira hacia la puerta y luego vuelve a mirarme. Me suelta el brazo y yo me alejo de él, con el cuerpo tembloroso. En el mismo momento en que lo hago, se da cuenta de las luces rojas y azules que parpadean a través de la ventana junto a la puerta. —¿Pero qué...?

Es la policía. ¿Qué hacen aquí? Es como si los hubiera llamado psíquicamente.

Me quedo atrás mientras Tim se acerca a la puerta. Gira la cerradura y abre la puerta de un tirón. Parece sorprendido por la aparición de un agente uniformado en su porche. Me siento aliviada. El agente es alto y musculoso y parece capaz de vencer a Tim en una pelea.

—¡Gracias a Dios que están aquí! —Jadeo antes de que el policía pueda abrir la boca—. No me dejaba salir, y... y hay un cadáver en el sótano.





Tim se queda boquiabierto. —¿Un *cadáver*? Brooke, ¿cómo has podido...?

El policía parece tan sorprendido como Tim. Todavía no estoy segura de cómo ha acabado aquí o qué quiere de Tim, pero da un paso dentro de la casa, con la mano en la funda. —¿Es usted Timothy Reese?

—Sí. —Tim tiene los ojos desorbitados—. ¡Pero... pero esto es una locura! Brooke, ¿en qué estás pensando?

—Tienes un cuerpo en el sótano —le escupo—. ¡Lo he visto! ¿Es Kelli?

—¡Kelli! ¿Estás loca? —Mira entre el policía y yo—. Oficial, esto es una completa locura. No hay nada en mi sótano.

—Y su bufanda está en la mesita —le digo al agente.

Tim me mira boquiabierto. —¿De qué estás hablando? Es *el pañuelo de mi madre*.

El agente habla por lo que parece un walkie-talkie que lleva en el pecho. Un segundo después, un segundo agente aparece en la puerta. —Sr. Reese —dice el primer agente—, hemos venido por una denuncia anónima de que una mujer desaparecida llamada Kelli Underwood fue vista entrando en su casa la noche de su desaparición.

Creo que voy a vomitar. Todo este tiempo, creí que Tim era un buen tipo. ¿Cómo pude estar tan equivocada? Ojalá pudiera volver atrás los últimos diez años.

—Esto es ridículo —dice Tim—. Ni siquiera conocía a Kelli Underwood.

—¿Cómo puedes decir eso? —grito—. ¡Saliste con ella! La besaste!

A Tim se le va el color del rostro. Dirige a los agentes una mirada de impotencia. —De acuerdo, salí con ella *una vez*. Hace meses. No la he visto en al menos dos meses.

—¡Está mintiendo! —Se me llenan los ojos de lágrimas—. Está en el sótano, envuelta en una lona. ¡Yo la vi!

—¡Esto es una locura! —Tim grita—. Le prometo, agente, que *no* hay ningún cadáver en mi sótano. Todo lo que tengo allí es una bodega, se lo juro.

El primer oficial mira fijamente a Tim. —¿Te importa si echamos un vistazo en tu sótano?

Tim pone cara de pánico mientras mira entre el policía y yo. —Escucha... —Le tiembla la voz—. Espera. *Espera*. No tienes que...

No conozco la ley, pero supongo que el agente tiene una causa probable en este momento. Pasa rozando a Tim, que parece que le va a dar un ataque. Tim empieza a seguirlo, gritando protestas, pero el otro agente, que es mayor y tiene el cabello canoso, le pone una mano firme en el hombro.





—Quédate aquí, hijo —le dice el policía a Tim.

—No hay nada ahí abajo. —Tim frunce las cejas—. Es sólo mi bodega.

Las lágrimas caen por mi rostro. No puedo evitarlo. El policía se da cuenta de que lloro y me lanza una mirada compasiva. —¿Se encuentra bien, señorita? ¿Le ha hecho daño?

—¡Yo no le hice daño! —Tim estalla. Su rostro se enrojece—. Brooke es mi novia. Yo nunca...

Una voz flota desde el sótano. —¡Tenemos un cadáver aquí abajo! ¡Parece Underwood!

Rápido como un rayo, el agente mayor se quita un par de esposas del cinturón. Tim parece a punto de vomitar. —Timothy Reese, queda arrestado por el asesinato de Kelli Underwood.

—Por favor... —El rostro de Tim se vuelve rosado cuando el policía le pone las esposas en las muñecas—. No sé lo que hay en mi sótano, pero yo no la metí ahí. Se lo juro...

Pero el policía no escucha. Le lee a Tim sus derechos mientras lo empuja hacia la puerta principal. Lo veo todo, y es tan surrealista, que siento que si me pellizco fuerte, podría despertarme en mi cama, con un sudor frío. Tim mató a Kelli Underwood y escondió su cuerpo en su sótano, probablemente con la intención de deshacerse de él en algún momento. Probablemente también mató a esa chica, Tracy Gifford, hace tantos años. Y estoy casi segura de que fue él quien me estranguló aquella noche.

Lo entendí todo mal. Cometí un terrible error y confié en la persona equivocada. Por culpa de ese error, un asesino quedó libre y ahora una niña está muerta.

Tengo que hacer lo que pueda para arreglar esto.



Capítulo 43

La policía me retiene en casa de Tim durante más de una hora, interrogándome una y otra vez. Les cuento cómo encontré el cadáver en el sótano, que Tim no me dejaba salir y que mencioné mis sospechas sobre aquella noche en la granja, más de una década antes. Quieren que vaya a comisaría con ellos, pero les explico que tengo que volver a casa con mi hijo y que no iré a ningún sitio con ellos a menos que quieran arrestarme. Me dejan marchar a regañadientes.

Cuando vuelvo a mi casa, Margie y Josh están en la cocina. Están sentados a la mesa de la cocina, pintando adornos en galletas de azúcar con forma de árboles de Navidad. La escena es tan dulce que casi se me saltan las lágrimas.

—¡Hola, mamá! —Josh sostiene emocionado uno de los productos terminados. El árbol está pintado con glaseado verde y adornos rojos—. ¡Mira lo que estamos haciendo!

Le da un mordisco a la galleta. Me da miedo preguntarle cuántas se ha comido. Margie es genial con él, pero no es buena imponiendo la *moderación*. En cualquier otra noche, me habría molestado. Pero esta noche, no puedo hacer que me importe que mi hijo coma demasiadas galletas.

—¿Dónde está Tim? —Josh pregunta.

Tengo un nudo duro en la garganta. —Um...

La frente arrugada de Margie se arruga aún más. —¿Va todo bien, Brooke? Yo... he oído las sirenas...

—No pasa nada. —Mi voz suena antinaturalmente alta—. Margie, muchas gracias por venir esta noche. Nos vemos el lunes, ¿de acuerdo?

Margie me mira con curiosidad mientras se coloca un mechón de pelo gris detrás de la oreja, pero recoge obedientemente su abrigo y su bolso. La acompaño hasta la puerta y, antes de salir, me dirige una última mirada. —¿Seguro que todo va bien?

Asiento, apenas confiando en mí misma para hablar. —Ajá.

Cuando Margie se ha ido, vuelvo a la cocina, donde Josh se está acabando el resto de la galleta de azúcar en forma de árbol. Frunce el ceño cuando me ve. —¿Dónde está Tim? —vuelve a preguntar.



—Tim... —Oh Dios, ¿cómo se supone que voy a hablar con mi hijo sobre lo que acaba de pasar? La razón por la que nunca le hablé de su padre fue para evitarle esto—. No va a venir esta noche.

—¿Qué? —Josh saca el labio inferior—. Pero dijo que podíamos jugar Nintendo juntos si sacaba un cien en mi examen, ¡y lo hice!

—Surgió algo...

—¡Pero eso no es justo! ¡Tengo una puntuación perfecta! Dijo que jugaría conmigo. Lo prometió...

—Lo sé, pero... —Me deslizo en un asiento junto a Josh—. Quería venir, pero pasó algo. Hizo algo malo, y la policía lo descubrió y tuvo que llevárselo.

Josh me mira fijamente. —¿Qué ha hecho?

Es la pregunta más obvia que podría haberme hecho, y no estoy preparado para ella. —Cometió un crimen.

—¿Robó algo?

—No...

—¿Entonces qué hizo?

—Él... él hirió a alguien.

Josh frunce el rostro. —Tim no haría daño a nadie a propósito.

No tiene ni idea...

—Lo hizo, cariño —le digo—. Y... probablemente vaya a la cárcel. Durante mucho tiempo.

—¿Quieres decir que no va a volver aquí?

Sacudo la cabeza lentamente. Tim no volverá a poner un pie en esta casa. Ni sobre mi cadáver. Me pone enferma la forma en que le permití entrar en nuestras vidas.

Josh se echa hacia atrás en la silla. Su rostro se vuelve rosado y no me doy cuenta de que está llorando hasta que se enjuga los ojos con el dorso de la mano. Es tan difícil verlo llorar en silencio. Echo de menos esas lágrimas dramáticas y ruidosas de cuando era pequeño. Esto es mucho más desgarrador.

—Josh —le digo—, por favor, no llores.

—Estás llorando.

Me toco los ojos y me doy cuenta de que tiene razón. Tengo todo el rostro bañado en lágrimas. Josh se sube a mi regazo como solía hacer cuando era pequeño y lo estrecho contra mí mientras ambos lloramos la pérdida de otra persona de nuestras vidas.



Capítulo 44

Dos Meses Después

La vista de la alambrada de espino que rodea la prisión de máxima seguridad todavía me pone nerviosa.

Dejé mi trabajo en la penitenciaría de Raker hace unos dos meses. He estado aquí varias veces desde entonces, pero solo como visitante. En el estacionamiento se ven las afiladas púas de la parte superior de la valla y las torres de vigilancia que flanquean el patio exterior.

Aunque no estaré aquí mucho tiempo. Apenas voy a salir del auto. Y después de hoy, no volveré aquí nunca más.

Han pasado muchas cosas en los últimos dos meses. Aparte de mi nuevo trabajo, que me encanta, Tim está encarcelado, a la espera de juicio por múltiples asesinatos. Mientras salía conmigo, también acosaba a Kelli. No tenía ni idea, por supuesto. Por mi parte, parecía el novio perfecto. Aunque varias personas de la escuela primaria afirmaron que sabían que había algo raro en él.

Me retracté de mi testimonio sobre la noche en la granja. Aunque sabía que podía meterme en un buen lío, tenía que hacerlo. Tenía que decirle a la policía que me había dado cuenta de que me había equivocado. Shane no había sido el que intentó estrangularme esa noche. Fue Tim. Él fue lo suficientemente retorcido como para intentar matarme con el mismo collar que me compró.

Y luego lo guardó durante toda una década. Esperando el momento adecuado para usarlo en mi contra.

Afortunadamente, no me metí en muchos problemas después de retractarme del testimonio. Fue un error honesto por mi parte; después de todo, fue una noche extremadamente traumática. Y esto allanó el camino para que Shane consiguiera un nuevo abogado y se anulara el veredicto de su juicio.

Hoy, tras once años, Shane Nelson sale de prisión.

Y lo estoy asimilando.

Las puertas de la prisión se abren y Shane sale, vestido con un viejo abrigo negro, un par de vaqueros azules y unas zapatillas que probablemente solían ser blancas pero que ahora son de un tono gris. Lleva una bolsa de lona colgada del



hombro, en la que caben todas sus pertenencias del mundo entero. Lo saludo con la mano para que me vea y él me devuelve el saludo.

Cuando se acerca, las ojeras son más visibles, pero al menos no tiene ningún moratón en el rostro. Me había preocupado de que pudiera ocurrir algo en los últimos días que le impidiera volver a casa, pero nada más ha ido mal.

—Brooke. Hola.

—Hola —le digo.

Cuando lo visité en la prisión los dos últimos meses, tuvimos que hablar a través de una pared de cristal, utilizando teléfonos montados en la pared. No podíamos tocarnos. Ahora no hay nada que nos separe, pero nos quedamos ahí de pie, sonriendo nerviosamente. No sé quién de los dos parece más ansioso.

—Gracias por recogerme —dice.

—No hay problema. No es que tenga a nadie más que lo haga por él; aparte de mí, está solo en el mundo. —¿Cómo se siente estar fuera?

Es una pregunta estúpida y me siento tonta por haberla hecho. Pero por primera vez en mucho tiempo, la sonrisa de su rostro parece auténtica. —Es increíble.

No será fácil volver a la vida normal. Shane por lo menos obtuvo su GED, pero había planeado ir a la universidad, y por supuesto, eso nunca sucedió. No tiene dinero y, aunque es probable que lo absuelvan de todos los cargos, es difícil borrar el hecho de que ha pasado la última década de su vida en la cárcel. No puede seguir como si los últimos diez años no hubieran existido.

Es culpa mía, y voy a hacer todo lo que pueda para ayudarlo.

Me meto la mano en el bolsillo y saco un teléfono plegable. Se lo tiendo a Shane. —Aquí tienes un teléfono para que lo uses si lo necesitas. Tiene un montón de minutos de prepago.

Me lo quita y lo gira en la mano. —Vaya. En la prisión, esto sería contrabando mayor. Muchas gracias.

—No es para tanto.

—Lo sé, pero te lo agradezco.

Asiento, con el rostro repentinamente caliente. —Bueno —digo—, pongámonos en camino.

Shane mete su bolsa en el maletero de mi auto y se sienta a mi lado en el asiento del copiloto. —Tengo que recuperar mi carnet de conducir.

—No me importa ser tu chófer mientras tanto —le digo.

—Gracias, Brooke.





—¿Quieres comer algo rápido en el camino de vuelta?

Prácticamente se le hace la boca agua. —Jesús, me leíste la mente.

Resulta que llevar a un tipo que ha estado en la cárcel durante los últimos diez años a un restaurante de comida rápida es incluso mejor que llevar a un niño a una tienda de golosinas. Shane se queda mirando el menú como diez minutos, con los ojos enormes, y acaba pidiendo más comida de la que nunca lo he visto comer de una sentada. Después de pedir, saca un sobre lleno de dinero del bolsillo, pero lo hago devolverlo. Prácticamente no tiene dinero y lo menos que puedo hacer es invitarle a comer.

Cuando por fin le da un bocado a esa grasienta hamburguesa de comida rápida, parece que se va a morir de felicidad. —Mierda, es una hamburguesa fantástica.

Miro mi propia hamburguesa, con su hamburguesa gomosa y su lechuga lacia. —Supongo.

Se mete como ocho patatas fritas en la boca de una vez y luego da un largo sorbo a su batido de vainilla. —Lo siento. No sabes lo que he estado comiendo los últimos diez años.

—¿Tan malo fue?

Se encoge de hombros. —No quiero hablar de ello. Pero sí.

Por un momento, imagino a Tim sentado en una de las largas mesas del comedor de la prisión, mirando fijamente una bandeja de carne misteriosa y verduras anegadas. Es lo que se merece. Es *mejor* de lo que se merece.

—Entonces —dice Shane—, ¿cuándo llega Josh a casa?

Por mucho que esté disfrutando de esta comida rápida, de las conversaciones que he mantenido con Shane en las últimas semanas se desprende claramente que lo que realmente está deseando es conocer a su hijo. Insistió en que no podía llevar a Josh a verlo a la penitenciaría. *No quiero que me vea así.*

—El autobús suele llegar a nuestra casa a las tres y cuarto —digo.

Asiente. —Entonces...

No estamos del todo seguros de cuál es la mejor manera de manejar esta situación. No es el tipo de cosa que se pueda buscar fácilmente en Internet. *¿Cómo presentas a tu hijo a su padre, que lleva diez años en la cárcel por asesinato?* Es complicado. Todo lo que le he dicho a Josh hasta ahora es que un viejo amigo mío se quedaría con nosotros por un tiempo.

—Sólo voy a decir que eres mi amigo —le digo—. Estamos de acuerdo en eso, ¿verdad?





Shane asiente. —Sólo quiero conocerlo. Podemos decirle la verdad cuando sea el momento adecuado.

—Exactamente.

—Estaba pensando... —Le da otro mordisco a su hamburguesa—. Tal vez en el camino de vuelta, podríamos parar y yo podría comprarle un regalo, ¿sabes? ¿Qué tipo de cosa crees que le gustaría?

—Le encanta el béisbol, pero ahora hace demasiado frío para jugar. —Pienso un momento—. Honestamente, en estos días, le gusta más su Nintendo.

—¿Podría comprarle un juego?

—Aunque son muy caros.

Shane se estremece. —Bueno, tal vez podría...

—Shane. —Agarro su mano, pero en el último momento, me alejo—. Relájate. Lo único que tienes que hacer es hablar con él y jugar Nintendo. Es un chico fácil. Le caerás bien.

Sonríe tímidamente. —Bien. Lo siento. Esto es muy importante para mí.

—Lo sé. Pero confía en mí, todo irá bien.

Josh es un chico fácil, y estoy segura de que le gustará Shane. Lo difícil será explicarle quién es realmente este hombre y por qué se lo hemos ocultado durante tanto tiempo. ¿Cuánta verdad podemos contarle? No quiero mentirle, pero tiene diez años. No sé si podrá soportar toda la verdad.

Supongo que improvisaremos.





Capítulo 45

Cuando llegamos a mi casa, lo primero que quiere hacer Shane es ducharse. Cuando le doy el visto bueno, se dirige al baño de arriba y se pasa allí más de media hora. Sale como si acabara de pasar el día en un balneario.

—Ha sido la mejor ducha que he tenido en diez años —anuncia—. Podía poner el agua a la temperatura que quisiera. Podía pasar allí todo el tiempo que quisiera. Y no estaba desnudo junto a otros cinco tipos.

—Suena genial. —Me río.

Mira su reloj. —Así que el autobús debe estar aquí pronto, ¿verdad?

—Muy pronto. —Me tomé el día libre en el trabajo y también le di la tarde libre a Margie—. Probablemente vendrá en los próximos diez minutos.

—Bien... —Se pasa una mano temblorosa por el cabello húmedo y se mira los vaqueros—. ¿Crees que lo que llevo está bien?

Está adorablemente nervioso. Me acerco a él y le pongo las manos en los hombros. Es la primera vez que lo toco desde que salió de la cárcel, pero me siento bien. —No te pongas nervioso. Le vas a gustar. Te lo *prometo*.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sí. —Le sonrío—. Eres un tipo simpático.

Nuestras miradas se cruzan y una comisura de sus labios se frunce. Ahora que se ha aseado y se ha quitado el mono de presidiario, tiene un aspecto muy diferente. Había olvidado lo sexy que podía ser Shane. Y tengo que admitir que ha mejorado mucho en los últimos diez años. Incluso la cicatriz en su frente que yo mismo cosí es sexy.

También se me ocurre que no ha estado con una mujer en más de una década. Y esta noche dormirá en el dormitorio contiguo al mío.

El momento de silencio entre nosotros es interrumpido por el sonido del timbre de la puerta. Es Josh. El autobús escolar ha llegado.

Shane se aleja de mí de un salto, mirando fijamente a la puerta mientras tira del cuello de su camisa. Me apresuro a desbloquear la puerta y allí está Josh, de pie en la entrada con la mochila colgada de un hombro como si fuera un día cualquiera y no el día en que está a punto de conocer a su padre por primera vez.



—Hola, mamá —dice—. Tengo hambre.

—Josh. —Miro hacia Shane, que se retuerce las manos—. Tenemos una visita. Este es Shane.

—Hola, Josh —dice Shane—. Encantado de conocerte.

Josh ignora a Shane y deja caer su mochila justo en el centro del vestíbulo. Se supone que debe dejarla a un lado, pero siempre se las arregla para ponerla en el lugar exacto para que alguien tropiece con ella. —Ni siquiera he almorzado —se queja—. Tenían ravioles para almorzar, y solo me dieron como cinco ravioles. Cinco, mamá.

Vuelvo a mirar a Shane, preocupada de que se ofenda porque Josh sólo parece interesado en merendar, pero no parece molesto. Sólo sonríe y mira a Josh como si no pudiera superarlo.

—Bien —le digo—. ¿Qué quieres para merendar?

—No lo sé. ¿Qué tenemos?

—¡Sabes lo que tenemos! —Dios mío, este chico puede poner a prueba mi paciencia a veces.

—Cuando era niño —dice Shane—, me encantaba la mantequilla de cacahuete con galletas Ritz. Mi madre me la hacía siempre.

Josh mira a Shane, considerando su sugerencia. Los dos se parecen tanto que me dan escalofríos. Me pregunto si Josh se da cuenta. Estoy segura de que Shane sí.

—De acuerdo —dice Josh—. Tomaré eso.

Por suerte, tenemos galletas Ritz y mantequilla de cacahuete en la despensa; creo que Margie las utiliza para merendar. Josh se va a jugar Nintendo, mientras Shane me ayuda a preparar la merienda en la cocina. Yo pongo las galletas en el plato y él las cubre con mantequilla de cacahuete. No es exactamente un trabajo para dos personas, pero nos da la oportunidad de hablar.

—Siento que haya sido un poco grosero —le digo.

—De ninguna manera. —Shane me sonríe—. Le gustó mi sugerencia. Fue genial. Además... —Baja la voz—. Me recuerda mucho a mí a esa edad.

—Lo sé, se parece mucho a ti.

—No sólo eso. —Echa una mirada por encima del hombro—. Hay algo en él. Su personalidad. Me hace pensar en cómo era yo a esa edad.

No quiero estar en desacuerdo con Shane, pero internamente, estoy sacudiendo la cabeza. Josh *no* es como Shane. No conocía a Shane tan bien antes de empezar a salir, pero todo el mundo sabía que Shane Nelson era salvaje. Josh no es así en absoluto. Es tímido y dulce y nunca ha causado problemas en la escuela.





—¿Por qué no vas a jugar Nintendo con él? —le sugiero.

A Shane se le iluminan los ojos. —¿Sí?

—Claro. ¿Por qué no?

—Solía jugar en casa de amigos cuando era niño... —Por supuesto, los Nelson no podían permitirse Nintendo. Apenas podían permitirse el lujo de mantener las luces encendidas—. ¿Crees que él querría que lo hiciera?

—Definitivamente lo haría.

Termino de hacer yo misma el bocadillo de galletas Ritz mientras Shane va al salón a reunirse con Josh. Apenas puedo verlos y no oigo nada de lo que dicen, pero parece que todo va bien. Shane se inclina sobre Josh y le habla. Luego se sienta en el sofá junto a él.

Después de diez años, Josh por fin pasa tiempo con su padre. No puedo esperar a decirle la verdad.



Capítulo 46

Mientras Shane y Josh juegan con el Nintendo, suena mi teléfono con un número que no reconozco.

Cuando Tim fue detenido por primera vez, aprendí a no contestar al teléfono si no reconocía el número. La mayoría de las veces eran periodistas en la otra línea, desesperados por conocer de primera mano mi experiencia, tanto hace once años como en los últimos meses. Me ofrecían cantidades alucinantes de dinero por contar mi historia, pero siempre me negaba. Ya es bastante malo tener que testificar en el juicio de Tim; no tengo ningún deseo de revivirlo con un periodista y luego ver mi historia expuesta por todas las noticias e Internet. Por no mencionar que aumentaría las posibilidades de que Josh descubriera la verdad.

Y luego estaban los que me odiaban y me llamaban. La gente que estaba furiosa conmigo por enviar a un hombre inocente a la cárcel. Por enamorarme de un hombre que resultó ser un asesino. Tuve que cambiar mi dirección de correo electrónico porque mi bandeja de entrada se inundaba todos los días de mensajes furiosos e incluso amenazas. También cambié mi número de teléfono, pero no sirvió de nada. Si alguien realmente quiere llegar a ti, siempre hay una manera.

Pero ya ha pasado bastante tiempo. Ha habido como cien noticias más desde el arresto de Tim, y el público tiene poca memoria. Los periodistas ya no están interesados en mi historia. Soy noticia de ayer, y así es como lo prefiero.

Así que es seguro contestar al teléfono.

Pulso el botón verde para aceptar la llamada mientras me acomodo en la mesa de la cocina. —¿Diga?

—¿Brooke?

Es una voz de mujer. Parece mayor, más o menos de la edad que tendría mi madre, pero no la reconozco.

—Sí... —le digo.

—Brooke, soy Barbara Reese.

Me estremezco, deseando no haber respondido la llamada. Barbara Reese dejó varios mensajes en mi buzón de voz cuando arrestaron a Tim por primera vez, pero nunca le devolví ninguna. Estaba desesperada por hablar conmigo, lo cual no es sorprendente, teniendo en cuenta que testificaré contra su único hijo en el juicio. Y esa es la razón por la que no puedo hablar con ella.



—Señora Reese —empiezo—, no puedo...

—Por favor, no cuelgues, Brooke. —Su voz se quiebra con las palabras. Por muy duros que hayan sido los dos últimos meses para mí, estoy segura de que han sido aún peores para ella—. Por favor. Necesito hablar contigo.

Quiero colgar el teléfono, pero no puedo hacerlo con la señora Reese. La verdad es que me caía muy bien cuando era niña. Pasé casi la mitad de mi infancia en casa de Tim, y la señora Reese era mucho más agradable que mi propia madre. Siempre tenía mejores bocadillos que en mi casa, ella y su marido hacían las mejores hamburguesas a la parrilla, y siempre tenía palabras amables que decirme. Por no hablar de cuando mi madre nos pilló a Tim y a mí besándonos aquella vez cuando estábamos en secundaria (¡practicando!), hizo todo lo que pudo para suavizar las cosas con mi histérica madre. Siempre envidié a Tim por su madre.

—Lo siento —le digo—, pero no tenemos nada de qué hablar.

Aparto el teléfono de la oreja, pero me detiene el sonido de la señora Reese gritando: —¡Por favor, no cuelgues, Brooke! Por favor, escúchame.

Dejo escapar un largo suspiro. —No hay nada de qué hablar. Yo... vi un cadáver en su sótano. Lo siento. Sé que es duro oír eso. Nunca hubiera pensado que Tim haría eso tampoco.

—¡No lo haría! —La señora Reese perdió la compostura—. Brooke, tú lo conocías mejor que nadie. ¿Realmente crees que mataría a esa chica?

—El cuerpo estaba *en su sótano*.

—¡Así que alguien más debe haberlo puesto ahí!

Siento una ráfaga de tristeza. No se lo cree porque ella no estaba atrapada en aquella bodega donde había una chica muerta envuelta en una lona, pudriéndose en el suelo del sótano. No vio el pánico en el rostro de Tim cuando se dio cuenta de que la policía iba a bajar al sótano. Habría costado mucho convencerme de que mi antiguo mejor amigo era un asesino en serie, pero aquella noche me convirtió en una creyente.

En ese momento, Shane entra en la cocina con su vaso de agua vacío. Empieza a llenarlo, pero cuando se da cuenta de que estoy hablando por teléfono y capta la expresión de mi rostro, levanta una ceja y me mira. Pronuncia las palabras:

—¿Quién es?

—Por favor, habla con Tim —gimotea la señora Reese—. Si hablas con él y sigues creyendo que hizo esas cosas horribles...

—No voy a visitar a Tim en la cárcel. —Eso está absolutamente fuera de discusión—. Lo siento, señora Reese.





La otra ceja de Shane se levanta al oír el nombre de la señora Reese. Se queda de pie, con el vaso de agua en una mano, escuchando mi parte de la conversación.

—¡Tienes que hacerlo, Brooke! —grita la señora Reese—. Todo esto está pasando por tu culpa, ¿no lo entiendes? Dale a Tim la oportunidad de explicarse. Tienes que...

Antes de que la señora Reese pueda terminar la frase, Shane me arrebató el teléfono de la mano. Se lo acerca a la oreja, escucha un segundo y carraspea.

—Señora Reese —dice con voz firme—. Soy Shane Nelson. Tiene que dejar a Brooke en paz. No llame a este número nunca más.

Con esas palabras, Shane pulsa el botón rojo del teléfono y lo tira sobre la encimera de la cocina. —Qué cara tiene —murmura.

—Para ser justos... —Lo miro—. Tu madre me llamó cuando estabas en el juicio y me dijo casi exactamente lo mismo.

—Cierto, pero yo era inocente.

—Estoy segura de que la madre de Tim piensa que es inocente.

—Oh, por favor. —Ahora que he colgado, llena su vaso de agua hasta el borde—. Ella sabe la verdad. ¿Cómo podría *no saberla*? Ella lo crió, después de todo. —Bebe un trago de su vaso de agua—. ¿No crees que si Josh fuera un asesino, lo sabrías?

Es curioso, porque cuando creía que el padre de Josh era un asesino, siempre vigilaba a mi hijo por si mostraba tendencias sociópatas. Si hubiera mostrado alguna, habría saltado sobre él, pero Josh era un buen chico. Aun así, los niños cambian cuando crecen. ¿Lo conoceré cuando tenga treinta años tan bien como lo conocía a los diez?

—No lo sé —digo finalmente.

Pone los ojos en blanco. —No seas ingenua, Brooke. La madre de Tim no busca la verdad. Sólo busca que su hijo se libere. No puedes permitirlo.

Tiene razón, por supuesto. La señora Reese hará lo que sea para que su hijo sea absuelto. Pero va a necesitar mucho más que eso para convencerme.



Después del día tan estresante que he tenido, no puedo ni plantearme preparar la cena. En lugar de eso, pedimos una pizza. Hay un momento muy bonito en el que Shane y Josh descubren que a los dos les encanta el pepperoni en la pizza y, lo juro, parece que a Shane se le van a saltar las lágrimas.

La conversación durante la cena fluye con facilidad. Había olvidado lo naturalmente carismático que podía ser Shane, y aunque se esfuerza demasiado, Josh no parece darse cuenta. Josh ha estado un poco deprimido desde que arrestaron a Tim, y ésta es una de las cenas más agradables que hemos tenido desde aquella noche.

Después de que Josh sube a terminar sus deberes, Shane se queda en la mesa de la cocina, sonriendo para sí mismo.

—¿Qué? —digo.

—Es un buen chico —dice.

—Sí. Lo es.

—También parece inteligente. —Ladea la cabeza—. ¿Es bueno en los deportes?

—*Realmente* bueno. Deberías verlo batear una pelota de béisbol.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Podría?

—Bueno, ahora no. Pero cuando mejore el tiempo. Y las ligas menores empiezan en primavera. Puedes ir a sus partidos, seguro que le encantará.

Nunca había visto que a nadie se le iluminara todo el rostro ante la perspectiva de asistir a un partido de softball infantil, que hay que reconocer que son bastante aburridos. —Gracias, Brooke —dice.

—¿Por qué?

—Por hacer tan buen trabajo criando a nuestro hijo.

Echo un rápido vistazo a la escalera. —Cuidado con lo que dices. Las paredes son finas por aquí.

—Cierto. Lo siento. —Se aclara la garganta—. En fin, sólo quería decirte que te agradezco que me hayas alojado aquí, y que pronto dejaré de molestarte.

Parpadeo. —¿De qué estás hablando?



—Oh. —Levanta un hombro—. Olvidé mencionarlo. Mi abogado me ha dicho que mi madre me dejó la granja en su testamento. Así que después de limpiar ese lugar, puedo vivir allí. Supongo que iré mañana.

La granja. El lugar donde ocurrió todo. La *masacre*.

—¿Cómo puedes querer vivir allí? —le digo—. Después de todo lo que pasó...

Sus cejas se inclinan hacia arriba. —Ese fue mi *hogar* durante dieciocho años, Brooke. Y sinceramente, no es que tenga muchas opciones.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

—No quiero imponerme.

—No lo harás.

Mira el plato que tiene delante, manchado de grasa de pizza. —Agradezco tu generosidad, pero esta no es mi casa. Necesito mi propia casa. Lo entiendes, ¿verdad?

Lo entiendo, pero no me gusta. Esa granja solo aparece en mis pesadillas estos días. No puedo imaginar cómo podría querer vivir allí. La idea de acercarme a ella me pone físicamente enferma.

—Si eso es lo que quieres —digo finalmente.

Pero no me pidas que te visite.

Recogemos todo lo de la cena y subo con Shane por ropa de cama para el dormitorio de invitados. También recojo una manta extra, porque ha empezado a nevar y la habitación parece un poco fría. Insiste en que puede hacer su propia cama, así que lo dejo mientras le doy las buenas noches a Josh.

Josh ha terminado sus deberes y está leyendo tranquilamente en la cama. Deja el libro cuando me ve entrar.

—Me lavé los dientes —me dice.

Me acomodo en el borde de su cama. Durante los primeros cinco años de vida de Josh, los dos compartimos cama por necesidad. (Fue excelente para mi vida amorosa.) Y ahora el niño tiene su propia habitación. —Buen trabajo. ¿Todos los deberes están hechos?

—Sí. —Duda—. ¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Por qué ese tipo Shane se queda con nosotros?

—Es un viejo amigo. —La mentira es cada vez más fácil—. Sólo se va a quedar unas noches. ¿Por qué?

Josh se encoge de hombros flacos. —Por nada.





—¿No te gusta?

Duda y se me revuelve el estómago. A Josh le gusta *todo el mundo*. Aunque pensé que era posible que Shane y él no fueran los mejores amigos de inmediato, nunca se me ocurrió que a Josh no le cayera bien.

—Está bien —dice Josh con cuidado.

—¿Fue malo contigo?

—No.

—¿Hay algo que no te guste de él?

—No... —Pero de nuevo, hay esa vacilación. Hay algo que no me está diciendo, y me vuelve loca que no pueda sacárselo.

Sin embargo, no sé qué pudo haber hecho mal Shane. He tenido los ojos puestos en ellos prácticamente todo el tiempo desde que Josh está en casa. Shane ha sido genial con él, considerando que tiene cero experiencia con niños. Quiero decir, Tim era profesor. Eso era lo que hacía para ganarse la vida. Obviamente, era mejor haciéndose amigo de un niño de diez años que de un tipo que pasó los últimos diez años de su vida en prisión.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar? —Josh pregunta.

—Como dije, no tanto tiempo. Tal vez unas pocas noches.

¿Es mi imaginación, o Josh parece aliviado?

No sé qué tiene Josh contra Shane, pero no voy a contarle nada de esto a Shane. Estaría completamente destrozado. Tengo que fingir que Josh pensaba que era genial.

Cuando entro en el dormitorio de invitados, Shane acaba de poner las sábanas nuevas en la cama. Está sacudiendo la manta, pero la deja en el suelo cuando me ve. —Hola —me dice.

—Hola.

—Entonces... —Se frota la cicatriz de la frente—. ¿Dijo Josh algo sobre mí?

No puedo decirle que Josh parecía feliz con la idea de que no se quedaría mucho tiempo. —Le gustas.

Era lo correcto. Una sonrisa se dibuja en los labios de Shane. —Eso es estupendo. Sabes, estaba pensando, tal vez hasta que consiga un trabajo, podría estar aquí cuando Josh llegue a casa de la escuela todos los días y vigilarlo por ti.

—Oh... —Desvió la mirada—. Bueno, la cosa es que ya tenemos a alguien que está aquí todos los días. Así que...

—Pero esto te ahorraría dinero. Y pasaría tiempo con él.





—Déjame pensarlo —digo, aunque no quiero. No hay forma de que me deshaga de Margie, especialmente cuando Josh no parece tan loco por Shane—. Escucha, hay algo de ropa que podrías ponerte en el cajón de arriba de ahí.

Shane abre el cajón superior de la cómoda junto a la cama. Saca una camiseta de hombre en cuya parte delantera veo la palabra Syracuse. Es donde Tim fue a la universidad y, por la expresión del rostro de Shane, lo sabe. —¿Esta es la ropa de Tim?

—Sí —admito—. Estaba en la casa así que...

Shane deja caer la camiseta con disgusto. —Genial.

—Lo siento. —Ahora me doy cuenta de lo inapropiado que fue. Aunque antes no parecía una mala idea. Quiero decir, es sólo ropa—. Te traeré otra cosa para ponerte mañana.

Deja escapar un suspiro y se deja caer en el borde de la cama. —No, está bien. No puedo ser exigente. Y es sólo ropa.

—La lavé —digo débilmente.

Se mira el regazo. —Es culpa mía que estuvieras en esta situación. Si te hubiera protegido mejor de él aquella noche...

—Intentaste avisarme.

—Lo hice... —Levanta los ojos—. Me mata que se haya aprovechado de ti desde que llegaste. Nunca me perdonaré por permitirlo.

Me acomodo a su lado en la cama. —No fue culpa tuya. Estabas en *la cárcel*. De todas formas, al final todo salió bien. —Coloco suavemente una mano sobre la suya—. Me alegro de que ahora estés fuera.

Se ríe. —Yo también.

Mira mi mano sobre la suya y luego me recorre con la mirada. El deseo en su rostro es inconfundible. Supongo que no debería sorprenderme. Ese hombre lleva una década en la cárcel. Ni siquiera ha *tocado* a una mujer en todo ese tiempo.

Y Shane sigue siendo *muy* atractivo. Me desmayaba cuando lo veía correr por el campo de fútbol, y ahora que es mayor es aún más sexy. Está más musculoso que en el instituto: debe de haber hecho mucho ejercicio en la cárcel. Es difícil resistirse a él.

Pero no puedo hacer esto. Y mejor quito mi mano de la suya. Ahora.

Cuando se da cuenta de que me he apartado de él, aparta la mirada. —Mierda, lo siento.

Intento mantener la voz uniforme. —Está bien.





—No quiero incomodarte en absoluto —dice—. No te voy a mentir: cuando te miro, quiero... pero en fin, ese es mi problema. No el tuyo. Te prometo que voy a ser un perfecto caballero mientras me quede aquí.

—Gracias. —Le sonrío—. Y no deberías tener problemas en el departamento romántico. Estás bastante bueno.

Se ríe. —¿Lo estoy? Es bueno saberlo.

—Sólo digo. No creo que te cueste mucho encontrar una mujer con la que recuperar el tiempo perdido.

—Oye, no quiero a una mujer cualquiera en un bar que no me interesa. —Se muerde el labio inferior—. Quiero decir, sí, ha pasado mucho tiempo. Pero aún quiero que sea con alguien que me importe. Alguien importante para mí.

—Shane...

—Como la madre de mi hijo...

Sus palabras remueven algo dentro de mí. *La madre de mi hijo*. Shane es algo para mí que nadie más puede ser. Es el padre biológico de Josh. Después de todos estos años, es el solo hombre que puede hacer que esta familia esté completa. Quiere estar aquí conmigo, y nuestro hijo nunca será un segundón para él como temía que sería para cualquier otro hombre con el que eligiera casarme.

—¿Brooke? —dice. Sus ojos están llenos de una lujuria inconfundible.

—Deberías llegar a tener eso —le digo—. No deberías conformarte. Deberías tener esa conexión especial.

Cuando se inclina hacia delante y me besa, no lo detengo.



Me despierto cubierta de sudor frío.

Shane y yo terminamos teniendo sexo anoche. No era mi intención llegar hasta el final, pero me di cuenta de que era lo que él quería y no me atreví a negarme. Después de todo, había estado privado de esto durante diez años. No puedes negarte a darle un vaso de agua a alguien que lleva diez años perdido en el desierto.

Bien, me doy cuenta de que no es lo mismo. Aun así.

Acabó rápido y después me sentí extrañamente vacía. Shane se durmió casi al instante, así que no tuvimos ocasión de hablar, lo cual fue lo mejor. Salí de la habitación de invitados y volví a la mía, donde di vueltas en la cama durante más de una hora antes de caer en un sueño intranquilo.

Y por supuesto, ese sueño estaba lleno de pesadillas.

Era la misma pesadilla de siempre. Estaba de vuelta en la granja, en el salón negro con la tormenta arreciando fuera. Y el collar de copos de nieve me apretaba el cuello. Un trueno sacudió la granja y un eslabón del collar se rompió.

Y fue entonces cuando me desperté a las tres de la mañana, con el camisón empapado.

Me tumbo en la cama temblando. No era tanto una pesadilla como revivir lo que pasó aquella noche. Tim estrangulándome con ese collar. Y luego el trueno. Y luego...

Algo más.

Oí algo más justo cuando estalló el trueno. Estoy seguro de ello. Pero no puedo recordar qué era. El recuerdo araña las afueras de mi subconsciente y aprieto los ojos con frustración.

Bueno, si no he sido capaz de recordarlo en diez años, no lo recordaré ahora.

Me doy cuenta de que un sonido me ha despertado del sueño. Algo de fuera. Todavía hay una tormenta de nieve afuera, así que era difícil de distinguir, pero casi suena como...

El motor de un auto. Justo fuera de mi ventana. Y algo más:

La apertura de la puerta del garaje.



Salgo de la cama con la cabeza dándome vueltas. Navego por la oscuridad hasta la ventana que da a la fachada de mi casa. Está bastante oscuro, sólo hay la tenue luz de una farola, pero veo que la puerta del garaje está cerrada. Y...

¿Son huellas de neumáticos en la nieve?

Entrecierro los ojos hacia la puerta de mi garaje, intentando decidir si debo ir a comprobarlo. ¿Me estoy volviendo loca? ¿Por qué iba alguien a utilizar mi auto? La puerta del garaje está cerrada. Nadie puede entrar, excepto desde dentro. Y la única otra persona en la casa es Shane, y ni siquiera tiene una licencia de conducir válida. No es que no sea capaz de conducir, pero...

El corazón me late demasiado fuerte como para intentar conciliar el sueño. Me meto los pies en las zapatillas y me arrastro por el pasillo hasta el dormitorio de invitados, donde Shane dormía profundamente la última vez que lo vi. Y es de suponer que aún lo está.

La puerta del dormitorio de invitados está cerrada. No hay ninguna señal de que Shane haya estado fuera del dormitorio. Aprieto el oído contra la puerta y casi puedo distinguir el sonido de su respiración profunda. No quiero llamar ni irrumpir. Parece que le vendría bien una buena noche de sueño.

Estoy siendo paranoica. Nadie estaba usando mi auto. No hay nadie afuera. La puerta del garaje está cerrada.

Por supuesto, hay una forma de comprobarlo con seguridad. Podría bajar al garaje y ver si hay nieve en mi Toyota. Si la hay, alguien lo ha estado conduciendo muy recientemente.

Excepto que cuanto más lo pienso, más loco me parece todo. No creo haber oído el motor de un auto. Debe haber sido parte de mi sueño.

Necesito calmarme y volver a dormir.

—

Cuando me levanto por la mañana, me siento fatal. Siento los párpados pegados y casi tengo que abrirlos con los dedos. Antes de ducharme, voy al salón por una taza de café.

Shane ya está despierto y en la cocina. Está haciendo algo en los fogones mientras canturrea para sí mismo. Me froto los ojos y lo miro un momento, hasta que por fin se fija en mí.

—¡Buenos días! —dice alegremente.

—Buenos días. —Bostezo ruidosamente—. Lo siento. No he dormido bien.





—He dormido *muy bien*. —Cuando se vuelve para mirarme, las ojeras casi han desaparecido. Me siento estúpida por pensar que estaba dando vueltas por la ciudad en mi Toyota en mitad de la noche; claramente estaba durmiendo la noche que me gustaría haber dormido a mí—. Esa cama es *tan* cómoda.

Realmente no lo es. Pero sé lo horribles que son los colchones en la prisión.

—Estoy acostumbrado a levantarme temprano —explica—. Así que preparé algo para desayunar si te parece bien. También preparé café si quieres.

Me sirvo una taza de café de la máquina. Normalmente le pongo nata y azúcar, pero esta vez me lo tomo solo. —¿Qué estás preparando?

—Panqueques.

—Josh ama los panqueques. Especialmente si le echas unas chispas de chocolate.

—Lo haré.

Echo un vistazo a la despensa. —Creía que no nos quedaba mezcla para panqueques.

—Los hice desde cero, en realidad.

—¿En serio? —Ni siquiera sabía del todo que se podía hacer eso—. Estoy impresionada.

—Mi madre y yo solíamos hacer panqueques todos los domingos por la mañana —dice—. Estoy haciendo una tonelada de ellos si quieres despertar a Josh y avisarle.

Dice esto último con cierta timidez. Quiere más tiempo con Josh. Lo entiendo, pero no puede forzarlo.

—Después de desayunar —dice—, saldré a palear el camino de entrada, ¿vale?

—Sería estupendo. —La nieve ha dejado de nevar a primera hora de la mañana, dejando un grueso manto en el camino de entrada y en la calle. Yo misma he estado quitando la nieve, una de las muchas responsabilidades que recaen sobre mí por ser la única adulta de la casa. Es bueno que Shane me ayude.

—Y después —añade—, he pensado que podríamos conducir hasta la granja. Ver el mal aspecto que tiene y tal vez limpiar un poco.

Tenía un sorbo de café en la boca y casi lo escupo. —¿Conducir hasta la granja? ¿Hoy?

Le da la vuelta a un panqueque, que ahora está dorado. —¿Por qué no? Me va a llevar un tiempo tenerlo listo para mudarme allí. Y es sábado. Será mejor que empecemos.





—Sí, pero... —Un sudor frío me recorre la nuca—. No sé si es una buena idea. Probablemente esté muy sucio y puede que incluso sea peligroso. Lleva mucho tiempo vacío.

Frunce los labios. —Correcto, y es por eso que necesito revisarlo. No se va a poner más limpio ahí sentado.

Me tiemblan las manos. Dejo la taza de café sobre la mesa de la cocina antes de que se me caiga. —No me siento cómoda conduciendo hasta allí. Después de todo lo que pasó, ¿sabes?

Me mira sorprendido. —¿De verdad? Fue hace once años.

De hecho, acabamos de pasar el undécimo aniversario de aquella horrible noche. —Sí, de verdad.

Deja la espátula que ha estado usando para dar la vuelta a los panqueques. —Bueno, entonces no sé qué voy a hacer. No tengo carnet de conducir, así que ¿cómo se supone que voy a salir por ahí?

—Yo...

Frunce el ceño. —¿Podrías al menos llevarme? No tienes que quedarte ni entrar. Sólo déjame.

Dudo.

—¿Por favor, Brooke?

Siento una punzada de culpabilidad. El pobre ni siquiera tiene carné de conducir, y mucho menos un vehículo. Lo único que quiere es volver a la casa de su infancia para recuperarla en condiciones habitables.

—Bien —digo.

Pero incluso cuando las palabras salen de mi boca, sé que viviré para lamentarlas.



Shane gana muchos puntos con sus panqueques. Josh se come unas ocho y, con la boca llena, declara que son “los mejores panqueques de la historia”. Shane no podría parecer más feliz cuando dice eso.

—¿Puedo tomar algo de material de limpieza para llevar a la granja? —pregunta mientras retira la comida de la mesa.

—Claro... —No quiero decirle que esperaba que cambiara de opinión.

—Muchas gracias por hacer esto, Brooke.

Apoya una mano en mi hombro y me lo aprieta. Me retuerzo, porque Josh sigue en la mesa. Sí, anoche dormimos juntos, pero ¿no entiende que debemos tener cuidado con la información que le damos a nuestro hijo de diez años?

Los ojos de Josh se abren ligeramente al ver la mano de Shane sobre mi hombro. Pero no dice nada.

—Entonces —dice Shane—. ¿Cuándo podemos ponernos en marcha?

—¿Adónde vas? —pregunta Josh.

Shane se desliza de nuevo en uno de los asientos de la mesa de la cocina. —Tu madre y yo vamos a ir a una granja muy bonita en la otra punta de la ciudad. Solía vivir allí hace mucho tiempo.

—Oh —dice Josh—. Genial.

—¿Quieres venir? —Shane pregunta.

Respiro. Había pensado que Josh se quedaría mientras yo llevaba a Shane a la granja. Pero para mi sorpresa, Josh mueve la cabeza con entusiasmo. —¡Sí!

—Oh, cariño —digo rápidamente—. No tienes que venir con nosotros. Va a ser muy aburrido. Ni siquiera vamos a entrar.

—Pero yo quiero ir. —Josh hace pucheros.

Supongo que será un viaje familiar.

Shane sale a palear el camino de entrada y yo recojo los artículos de limpieza de la casa. No sé muy bien qué llevar y me preocupa que toda la casa esté sucia. No hay moqueta, así que no me molesto en pasar la aspiradora. Llevo la fregona y el cubo, mucho líquido limpiador, algunos trapos y dos rollos de toallas de papel. Shane va a tener mucho trabajo.



Una vez que tengo todas las provisiones, voy a recoger las llaves del auto para echarlo todo en el maletero. Guardo las llaves en la estantería que hay junto a la entrada de casa, en el cuarto estante desde arriba, justo delante del diccionario Webster. Pero cuando voy a recogerlas, no están.

¿Dónde están mis llaves?

Una fracción de segundo después, veo las llaves en el tercer estante. En el mismo lugar donde suelo ponerlas, pero un estante más arriba. Las tomo y miro el llavero en busca de alguna pista.

Estoy segura de que puse las llaves en el cuarto estante. Las pongo ahí todos los días cuando llego a casa de la tienda o del trabajo o de donde sea. Es automático. Lo hago sin ni siquiera pensar en ello. Así que, aunque no recuerdo haber puesto las llaves en ese estante, estoy segura de haberlo hecho.

Por supuesto, cuando llegué a casa ayer, estaban pasando muchas cosas. Traía a casa al padre de mi hijo, un hombre que había estado encerrado en la cárcel durante la última década. Tenía muchas cosas en la cabeza. Si hay un momento en el que podría haber puesto las llaves en el lugar equivocado, fue ayer.

Aun así, me inquieta. Anoche, cuando me desperté en mitad de la noche, estaba segura de haber oído el motor de un auto justo al otro lado de mi ventana. Y ahora mis llaves están en un lugar diferente de donde las dejé.

Ojalá hubiera revisado mi auto anoche. Si alguien hubiera estado usando mi auto, habría habido nieve en él. Pero ahora es demasiado tarde. La nieve se habría derretido.

La puerta se abre y Shane irrumpe en la casa con los guantes cubiertos de nieve. Apoya la pala en el rincón junto a la puerta donde la encontró y me sonrío. — ¿Tienes todo lo que necesitamos?

Esto es una tontería. Debo haber puesto las llaves en el lugar equivocado. Tengo muchas cosas en la cabeza. No debería volverme loca analizando esto. ¿Y si Shane se llevó el auto a algún lado anoche? ¿Sería realmente lo peor que ha pasado? Tal vez sólo quería saber lo que se sentía estar detrás del volante de nuevo después de todo ese tiempo. No podía culparlo.

—Sí —digo—. Lo tengo todo.

Quince minutos después, hemos cargado el Toyota con el material de limpieza y me pongo en marcha con Shane en el asiento del copiloto y Josh en la parte de atrás. Tengo una horrible sensación de malestar cuando arranco, pero le prometí a Shane que lo haría. No puedo echarme atrás.

—¿Sabes cómo llegar? —pregunta.

—Sí —respondo.





Se queda callado un momento. —¿Estás bien?

No, no estoy bien. Estamos conduciendo a la casa donde casi me asesinan hace once años. No hay nada de esto que esté bien. Pero no puedo decir todo eso delante de mi hijo. —Estoy bien.

—Te agradezco que hagas esto.

—Sí.

Shane parece darse cuenta de que no quiero seguir hablando de esto, así que se calla y se reclina en su asiento. Las carreteras se han despejado casi por completo por la mañana, así que, aunque no tengo tracción a las cuatro ruedas, no está tan mal moverse por Raker. No es hasta que tomo la carretera más pequeña para llegar a la granja que se pone un poco resbaladiza. La carretera ha sido arada, pero no muy bien, y debido a que la temperatura está por debajo del punto de congelación, gran parte de la nieve restante se ha convertido en hielo.

—Jesús —comenta Shane mientras el auto derrapa hacia un costado—. Ten cuidado, Brooke. ¿No sabes conducir en la nieve?

No muy bien. En Queens no tenía auto, sólo tomaba el autobús para ir a donde tenía que ir. Este Toyota es el primer auto que tengo, y este es mi primer invierno lidiando con nieve en serio.

—Quizá podrías darme algunos consejos alguna vez —le digo.

—Sí, tal vez.

Conduzco despacio durante el resto del kilómetro y medio que me separa de la granja. Debo de ir a menos de quince kilómetros por hora. Al cabo de unos minutos, la casa aparece a la vista.

Hace once años tenía mal aspecto y, si cabe, ahora lo tiene aún peor. La pintura roja se ha desgastado casi por completo, salvo algunos pequeños parches, y los escalones de la puerta principal se han desmoronado casi por completo. El tejado está cubierto de nieve, y parece que al menos aguanta, pero seguro que también tiene muchos daños. Esta casa es un poco más que un fixer-upper.

Shane mira fijamente su antigua casa, con las manos agarradas a las rodillas. No puedo leer bien sus pensamientos hasta que estalla:

—¡Mira! ¡Es mi viejo Chevy!

Efectivamente, el viejo auto de Shane sigue estacionado junto a la casa, cubierto por una buena capa de nieve pero aún reconocible. Estoy segura de que el auto necesitará tanto trabajo como la casa para dejarlo en condiciones de uso. Paro junto al Chevy, con la esperanza de poder sacar mi auto después de esto. Al Toyota no se le da bien salir marcha atrás de las zonas nevadas.

—Ahí es donde solía vivir, Josh —le dice Shane.





—Es como una casa encantada —comenta Josh.

Shane me guiña un ojo. —Puede ser.

No me sorprendería del todo. Después de todo, tres personas murieron aquí. Parece que Shane no siente la gravedad de eso. En realidad parece *feliz* de estar aquí.

—Oye —le dice Shane a Josh—, ¿quieres ver adentro?

—¡Claro!

Abro la boca para protestar, pero Shane y Josh ya están saliendo del auto. Estoy tan enojada con Shane que quiero gritar. Teníamos un *acuerdo*. Le dije que lo dejaría aquí y luego me iría. Pero si mi hijo va a entrar a la casa, obviamente no puedo irme. Así que no tengo más remedio que apresurarme tras ellos.

Empiezo a gritarle a Shane que tenga cuidado con los escalones, pero sin tener que decírselo, Shane ayuda a Josh a subir los cuatro escalones hasta la puerta principal, asegurándose de que no resbale ni se caiga. Lo sigo, agarrándome a la barandilla para no resbalar yo también. Shane rebusca en su bolsillo una llave que introduce en la puerta principal. Mientras abre la puerta, tengo una desagradable sensación de déjà vu, de cuando Shane y yo éramos novios y me llevó a su casa unas cuantas veces.

—Shane... —le digo.

—Vamos a echar un vistazo rápido —dice.

Le cuesta un poco abrir la puerta, entre que la madera está astillada y podrida y que toda la fachada de la casa está helada. Tiene que poner todo su peso contra la puerta, pero finalmente se abre. Y entonces, en contra de mi buen juicio, entramos.

El interior de la casa está tan frío como el exterior. No hay electricidad, pero como es de día, no está tan oscuro como aquella noche de hace once años. Hay telarañas pegadas al techo y todos los muebles están cubiertos de una gruesa capa de polvo. El olor a escarcha y moho impregna el aire.

Pero al menos es mejor que el sándalo.

—Caray. —Shane mira a su alrededor—. Este lugar seguro que ha visto días mejores.

Mi mirada se desvía hacia la zona frente a la escalera. Ahí fue donde ocurrió. Ahí es donde Tim intentó estrangularme con mi propio collar.

Josh pasa un dedo por el sofá. Levanta la punta del dedo, que ahora está cubierta de negro. —¡Mira, mamá!

—Sí, está sucio.

—El sofá es una causa perdida —dice Shane—. Pero podría limpiar el suelo. Y la cocina...



INMATE

203



Me mira esperanzado. Quiere mi ayuda. *Necesita mi ayuda*. Le va a llevar el resto de su vida limpiar este lugar él solo. Y ahora que estoy dentro y no estoy activamente teniendo un ataque de pánico, tal vez esto no será tan malo como creo que va a ser. Tal vez finalmente supere lo que pasó aquí esa noche.

Tal vez me ayude a sanar.

—Bien, podemos quedarnos aquí un par de horas —digo—. Y eso es todo.

Shane asiente con entusiasmo. —Muchas gracias, Brooke.

—De acuerdo —digo—. Vamos a buscar los artículos de limpieza.

FREIDA MCFADDEN

THE



Los tres limpiamos en familia.

Incluso Josh participa. Odia limpiar su habitación, pero esto es más una *aventura de limpieza*. No tiene ni idea de qué asquerosa pepita va a encontrar en cada esquina. Por ejemplo, en un cubo de basura vacío de la cocina, encontramos una rata congelada. Es lo más asqueroso que he visto nunca, pero a Josh le hace mucha gracia. Y Shane se divierte cuando él se divierte.

—Por favor, deshazte de esa rata —le murmuro a Shane—. No quiero que intente llevársela a casa para enseñársela a sus amigos.

Shane se ríe. —Definitivamente entiendes la mentalidad del niño de diez años.

Desgraciadamente, después de unas dos horas de limpieza, hemos soltado una buena cantidad de polvo en el aire, y Josh no puede parar de estornudar. La nariz se le pone roja y le lloran los ojos.

—Creo que tienes que salir fuera —le digo—. Tomar un poco de aire fresco.

—En realidad —dice Shane—, podríamos dar un paseo. Los bosques de por aquí son muy bonitos en invierno. Incluso podríamos hacer un muñeco de nieve. ¿Qué dices, Josh?

—Claro —acepta Josh.

Sacudo la cabeza. —Hace demasiado frío. No quiero vagar por el bosque.

Shane mira a Josh y luego me mira a mí. —Bueno, podría llevarlo yo mismo si quieres quedarte atrás.

Suena una alarma en mi cabeza. *No lo dejes hacer esto*. —No sé si es una buena idea.

Shane me mira un momento, sus ojos se oscurecen. —¿Por qué no?

—Porque no es seguro.

—Es perfectamente seguro. —Frunce el ceño—. Yo solía ir por estos bosques todo el tiempo cuando tenía su edad. *Yo solo*. Y estaré con él... cuidaré de él.

—Lo sé, pero...

—Lo mantendré a salvo. —El rostro de Shane se vuelve ligeramente rosado—. ¿No confías en mí?

¿Ah, sí?



Fui yo quien se aseguró de que Shane saliera de la cárcel. Lo invité a volver a nuestras vidas. Es el padre de mi hijo. Es nuestra oportunidad de volver a ser una familia, y si no puedo confiar en él, tengo problemas mucho mayores que ellos dos dando un paseo juntos a plena luz del día.

Josh me tira del brazo. —Quiero ir, mamá.

Incluso Josh quiere ir. Los dos finalmente se están uniendo. Sería cruel evitar que suceda.

Shane se mete la mano en el bolsillo y saca el móvil que le compré. Lo agita en el aire. —Tengo mi teléfono. Puedes localizarme si lo necesitas. Y yo tengo tu número si te necesito.

—Bien —digo—. Sólo ten cuidado.

Shane le pone una mano en el pecho. —Lo juro, lo protegeré con mi vida.

Le creo.

Me aseguro de que Josh se ponga el gorro y los guantes, y Shane hace lo mismo. Los acompaño hasta la puerta y los veo adentrarse en la pequeña zona boscosa que hay junto a la granja. En un momento dado, Josh resbala en un trozo de hielo, pero Shane le tiende la mano y lo sostiene.

Estará bien. Shane es el padre de Josh. No dejará que le pase nada.

Vuelvo a la granja y cierro la puerta tras de mí. Hace frío ahí fuera, definitivamente bajo cero. Apuesto a que, al cabo de diez minutos, Josh empezará a quejarse y querrá volver a entrar. Aunque a él no le molesta el frío tanto como a mí. Siempre he tenido que luchar para que se ponga el abrigo para ir a la escuela, como si hubiera alguna posibilidad de que lo dejara ir a la escuela sólo con una sudadera cuando hace diez grados. Me pregunto si Shane era igual cuando era niño.

Me duele un poco la espalda de tanto limpiar, así que me tomo un minuto para sentarme en una de las sillas que hemos limpiado. Saco el móvil del bolsillo del abrigo: apenas hay señal. Una barra para el servicio móvil, pero supongo que es suficiente. Abro el navegador de Internet y dudo un momento antes de escribir: Timothy Reese.

No sé por qué sigo buscándolo. Nada cambia día a día, ahora que han pasado dos meses desde su detención. Justo después, su nombre apareció en todos los periódicos. Era una gran historia: un subdirector de modales suaves que había matado a una ex novia y que podría haber sido responsable de varios asesinatos años antes.

Tim ha tenido el descaro de declararse inocente, casi siento que lo hace para torturarme. El cuerpo de una mujer fue encontrado en su sótano. ¿De verdad cree que hay alguna posibilidad de que salga de la cárcel después de algo así? Ya me han





dicho que testificaré en su juicio. Lo estoy temiendo, pero es lo que tengo que hacer. Es mi culpa que no haya ido a prisión diez años antes. Me tenía completamente engañada.

No voy a perder más tiempo pensando en él. Borro su nombre de mi buscador.

En lugar de eso, abro la página de noticias locales en mi teléfono. Echo un vistazo a algunas noticias mientras espero a que Shane y Josh construyan su muñeco de nieve o a que Josh tenga frío y quiera volver, lo que ocurra primero. El sitio de noticias tarda una eternidad en cargarse. Primero aparece el texto y las imágenes siguen cargándose en la pantalla. Es probable que esto agote mi batería. Mientras espero, miro la primera noticia:

Encuentran asesinado a un funcionario de prisiones local

Miro fijamente el titular, con el corazón hundiéndose en mi estómago. No puede ser. *No puede ser.*

Intento hacer clic en el titular. No pasa nada. ¿Por qué Internet tiene que ser tan malo aquí? La imagen junto al titular se rellena prácticamente píxel a píxel. El comienzo de una calavera se materializa en la pantalla.

No puede ser Marcus Hunt. *No puede ser.*

Y entonces la imagen se llena un poco más. Lo suficiente para que pueda ver sus ojos.

Oh, Dios. Es él. Es Hunt. Lo han encontrado muerto, posiblemente hoy. Vuelvo a tocar el artículo, pero la pantalla se ha congelado por completo. No voy a poder leer esta historia. No sé cuándo ha ocurrido ni cómo, pero de algún modo, Marcus Hunt ha sido asesinado.

Son noticias de última hora. Lo que significa que deben haberlo encontrado hace poco. ¿Fue asesinado durante la noche? No tengo la menor idea.

Pero sí sé que esta mañana, las llaves de mi auto estaban en un lugar diferente al que las dejé cuando llegué a casa ayer. Y también sé que después de todo lo que pasó en la penitenciaría de Raker, Shane debe despreciar a Marcus Hunt con una pasión ardiente.

La cabeza me da vueltas. Salto de la silla y doy vueltas por la habitación como si eso pudiera darme alguna pista sobre lo que pasó anoche. Pero, por supuesto, la habitación está en completo silencio. No hay pistas. Sólo un montón de polvo.

Me quedo helada cuando llego al pie de la escalera. Apoyo brevemente la mano en la barandilla. Como todo lo demás, está lleno de polvo.





Aquí es exactamente donde estaba cuando Tim trató de estrangularme. Acababa de bajar las escaleras, saliendo corriendo de la habitación de Chelsea porque, por alguna loca razón, se me metió en la cabeza que podría haber apuñalado a Brandon y Kayla. No sabía que ella misma moriría poco después, y mi decisión de salir de la habitación le costó la vida a mi mejor amiga.

Cierro los ojos, intentando no pensar en aquella noche, pero eso solo parece empeorar las cosas. Cuanto más intento no pensar en ello, más vívido me parece todo. En los últimos años, los recuerdos casi se habían desvanecido. Pero ahora que estoy de nuevo en esta granja, parece que todo ocurrió ayer.

Salí corriendo de la habitación de Shane. Bajé las escaleras tan rápido como pude y tropecé. Y entonces, rápido como un rayo, Tim estaba encima de mí, apretándome el collar alrededor del cuello mientras el olor a sándalo llenaba mis fosas nasales. Entonces se oyó un trueno que enmascaró otro sonido que no pude distinguir.

Casi puedo sentir el peso de su cuerpo aplastándome. El aire siendo cortado de mis pulmones. E intentó gritar:

¡Shane, no!

Vuelvo a abrir los ojos. Me alejo del hueco de la escalera, con el corazón laténdome con fuerza en el pecho. Con el paso de los años, empecé a dudar de mí misma. Nunca vi su rostro, así que podría haber sido cualquiera aquella noche. Excepto que *no era* cualquiera. Yo sabía quién era esa noche. Y sé quién era ahora.

Era Shane.

Llevaba meses saliendo con él. Conocía su cuerpo. Sabía que era él el que estaba encima de mí. No era Tim, que era más delgado y larguirucho. Era Shane. Shane fue quien intentó estrangularme, y probablemente fue quien asesinó a Hunt anoche. ¿Cómo pude hacerme ilusiones de lo contrario?

Hunt tenía razón. Shane es manipulador. Realmente me hizo creer...

Me tiembla todo el cuerpo. Casi puedo sentir el trueno que sacudió la casa hace tantos años. Y el sonido que casi enmascaró. La pieza que faltaba en el rompecabezas. Casi puedo oírla. Era...

Un grito ahogado.

Mientras Shane me estrangulaba en el suelo del salón, Chelsea gritaba en el dormitorio de arriba. No gritaba porque viera lo que Shane me estaba haciendo, porque la puerta del dormitorio estaba cerrada. Gritaba porque alguien se le acercaba con un cuchillo.

Excepto que no era Shane. No pudo haber sido.



INMATE

208



Había otro asesino en la casa esa noche. De los tres supervivientes, solo podía haber sido otra persona.

Dios mío.

Tim y Shane lo hicieron juntos.

FREIDA MCFADDEN

THE



Tiene mucho sentido. No puedo creer que no lo haya visto hasta ahora.

La noche que ocurrió, Shane me dejó casi justo delante de la casa de Tim. *Nunca solía* hacer eso. Y Tim estaba afuera, en su patio. Deben haber pensado que lo invitaría. Y si no lo hubiera hecho, Tim habría conseguido una invitación.

En cuanto llegamos a la granja, a pesar de que decían odiarse, los dos se enfrascaron de repente en una conversación tranquila. Recuerdo que no dejaron de mirarse durante toda la velada. Pensé que era porque se odiaban, pero, en retrospectiva, era más que eso.

Shane era el único que de alguna manera sabía que Tim había salido con Tracy Gifford. Todos estábamos sorprendidos de que lo supiera. Pero por supuesto que lo sabía. Probablemente la mataron juntos. Ella era su ensayo para esa noche.

Y después de encontrar a Brandon muerto, Chelsea y yo dejamos a Shane y Tim solos en el salón. Era casi demasiado perfecto para ellos. Shane salió, dándole a Tim la oportunidad de deslizarse hasta la habitación de Kayla y acabar con ella.

Y en cuanto Chelsea y yo nos separamos, Shane intentó estrangularme en el salón. Había creído tropezar con el cuerpo de Tim en el salón, pero estaba tan oscuro que debí tropezar con otra cosa mientras Tim acechaba en las sombras. Y mientras me aplastaban la tráquea, Tim subió al dormitorio de Shane para ocuparse simultáneamente de Chelsea: el sonido de los truenos casi enmascaraba el de sus gritos. Nunca entendí muy bien cuándo tuvo tiempo el asesino de deshacerse de Chelsea, pero ahora todo tiene sentido.

Cuando se dieron cuenta de que había escapado de la casa, debieron pensar rápido. Era obvio que la pequeña puñalada en el vientre de Tim no era para matarlo. Era para que pareciera que era una víctima. Lo mismo con el chichón en el cuero cabelludo de Shane. Sólo fingían estar inconscientes. Tal vez el plan era esperar que nunca viera el rostro de la persona que me estranguló, culpar de toda la masacre a un vagabundo y alegar que las huellas habían sido borradas.

Pero cuando culpé de todo a Shane, Tim enloqueció. Se volvió contra Shane, siguiendo mi historia para salvar su propio trasero. Debe haber vuelto loco a Shane, pero ¿qué podía hacer? Si decía la verdad, estaría admitiendo que era un asesino.

Por suerte para Shane, Tim no pudo evitar matar de nuevo.



Se me doblan las rodillas y apenas consigo llegar a la silla antes de desplomarme. Shane está loco. Intentó matarme aquella noche; ya no tengo ninguna duda de que fue él. Y ahora está en el bosque con mi hijo.

Nuestro hijo.

Me tiemblan las manos casi demasiado como para sacar el teléfono del bolsillo del abrigo. Tengo que traer a Shane y Josh de vuelta aquí, y no puedo dejar que Shane sepa que sé lo que hizo. En cuanto volvamos a la ciudad, iré directamente a la policía. Les diré todo lo que sé.

El teléfono suena cinco veces antes de que se oiga la voz de Shane: —Hola, Brooke.

Suena tan normal. No suena como un asesino. No puedo decir lo que sé. —Hola. ¿Van a volver pronto?

—Muy pronto —dice Shane vagamente—. Nos estamos divirtiendo mucho aquí construyendo ese muñeco de nieve.

—Estupendo. —Intento mantener la voz firme y normal. ¿Cómo suele sonar mi voz? Ni siquiera me acuerdo—. Pero se está haciendo tarde. Deberían volver.

—¿Tarde? Apenas es media tarde.

—Es que... hace frío afuera. No quiero que Josh se enferme.

—Está bien. Está bien abrigado.

—Aun así. Creo que es mejor que regreses pronto. ¿Sabes?

Hay una larga pausa en la otra línea. —No, *no* lo sé. Sólo intento pasar un poco de tiempo con mi *hijo*, Brooke. Ya sabes, al que no he visto en diez años y ni siquiera sabía que existía.

—Shane —respiro—. Escucha...

—No, escucha tú, Brooke. —Su tono es cortante: he destruido cualquier ventaja que tuviera—. Me perdí diez años. Diez años. Ni siquiera me *lo dijiste*.

—Lo siento —digo en voz baja.

—Un poco tarde para eso, ¿no? —resopla—. Pero no te preocupes. Ahora que estoy aquí, vamos a recuperar el tiempo perdido. Y quizá veas lo que es perderse algo.

—Shane... —Me levanto de la silla, con el corazón palpitante. Me apresuro en dirección a la puerta de la granja—. ¿De qué estás hablando?

—Creo que lo sabes, Brooke.





Salgo por la puerta principal de la granja. Entrecierro los ojos en el bosque, en la dirección en la que Shane y Josh desaparecieron. No veo nada, sólo un blanco cegador. ¿Adónde habrán ido?

—¿Podríamos hablar de esto en casa? —le suplico—. Entiendo cómo te sientes, pero podemos solucionarlo. Sólo quiero que volvamos a ser una familia. —Busco en el bolsillo de mi abrigo las llaves de mi Toyota—. Dime dónde estás e iré a recogerlos.

Voy a conducir por la carretera hasta que los vea. Voy a encontrarlos aunque sea lo último que haga.

Excepto ¿dónde están mis llaves?

—Creo que será difícil que nos recojas —dice Shane—, ya que tengo las llaves del Toyota.

—Pero... —Sigo buscando en mis bolsillos, seguro de que se equivoca. Lo único que encuentro son pañuelos enrollados—. ¿Por qué?

—Creo que sabes por qué, Brooke.

Esto no puede estar pasando. No puedo ser yo la responsable de haber desatado a este monstruo y dejarlo vagar por el bosque con mi hijo. Este va a ser otro de esos sueños de los que me despertaré sudando frío.

¡Despierta, Brooke!

Bajo corriendo los escalones hasta la puerta principal y resbalo en el último. Las piernas se me resbalan y un dolor agudo me punza el tobillo derecho. El teléfono se me ha caído de las manos y yace a mi lado en la nieve. Lo levanto.

—Shane —jadeo—. Por favor... hablemos de esto.

—Oh, no te preocupes —dice—. Al final volveré. —Antes de que tenga un segundo para sentirme aliviada, añade—: Después de todo, tengo que asegurarme de que sufras por lo que hiciste.

—Shane...

—Me pregunto —dice—, si gritarás más fuerte que Tracy Gifford.

Me quedo con la boca abierta. Intento hablar, pero no me salen las palabras.

—Adiós, Brooke. —Casi puedo oírle sonreír en la otra línea—. O debería decir, hasta luego.

A través del teléfono, oigo la voz de mi hijo. Su risa. Puede que nunca vuelva a oírlo reír.

—¡Shane! —grito—. Por favor...

Pero es demasiado tarde. La línea está muerta.





Intento devolverle la llamada, pero salta inmediatamente el buzón de voz. Shane no traerá de vuelta a Josh. No sé dónde está, pero sabe que he descubierto su juego. He perdido mi ventaja. E incluso si vuelve finalmente para tratar de hacerme daño, será inteligente al respecto. Va a esperar mucho tiempo, hasta que se calme.

Por alguna razón, la idea de enfrentarme a Shane no me asusta. Lo que me asusta es lo que le va a pasar a mi hijo. No puedo dejar que ese monstruo se salga con la suya.

Me agarro a la barandilla para ponerme en pie. En cuanto intento apoyar el peso en el tobillo derecho, grito de dolor. Es un esguince, posiblemente una fractura. No me atrevo a quitarme las botas para evaluar los daños. No me ayudará a encontrar a Shane y Josh.

Tecleo 911 en mi teléfono con dedos temblorosos. No se saldrá con la suya llevándose a Josh. Habrá una alerta ámbar, lo encontrarán y Shane volverá a la cárcel. Ni siquiera tiene auto. Quizá se llevó mis llaves, pero el Toyota sigue aquí. La policía los encontrará. Estoy segura de ello.

Excepto cuando intento conectar la llamada, que no pasa. Entrecierro los ojos y miro la pantalla del teléfono.

No hay servicio.

Es casi demasiada coincidencia que mi servicio se cortara justo cuando Shane colgó conmigo. ¿Tiene algún tipo de bloqueador para evitar que funcionen los móviles? ¿Es eso lo que Tim y él hicieron aquella noche de hace once años, para asegurarse de que ninguno de nosotros pudiera pedir ayuda?

¿Qué voy a hacer? Si no tengo cobertura ni vehículo, lo mejor que puedo hacer es caminar hasta la carretera principal. Pero no estoy segura de poder apoyar peso en el tobillo.

Pero no tengo elección. Incluso si estoy caminando con un tobillo roto, no importa. Tengo que hacer esto por Josh. No puedo dejar que ese monstruo se lo lleve y le haga Dios sabe qué.

Apoyo algo de peso en el tobillo derecho. El dolor es casi cegador, pero empujo a través de él. Por Josh. Estoy haciendo esto por Josh.

Cojeo por la carretera, cada paso como un cuchillo que me apuñala el tobillo. No sé cómo voy a hacerlo, pero lo haré. No dejaré de moverme hasta llegar a la carretera principal, y entonces haré señas a un auto.

Pero para mi sorpresa y alivio, veo un auto que viene por la carretera, directo hacia mí. Es un todoterreno verde, como el que conduce Margie. Gracias a Dios. No tengo que seguir caminando con mi tobillo posiblemente roto. Agito las manos en el aire como aquella noche de hace once años. El todoterreno se detiene.





—¡Ayúdenme! —grito—. ¡Han secuestrado a mi hijo! ¡Por favor, ayúdenme! ¡Por favor!

Se abre la puerta del conductor. Para mi sorpresa, Margie sale del auto con las cejas entrelazadas—. ¡Brooke! —grita—. ¿Estás bien?

Qué extraña coincidencia que Margie esté viniendo por este camino justo ahora. Pero no puedo pensar en eso. No hay tiempo.

—¡Josh ha sido secuestrado! —Me las arreglo mientras cojea hacia ella—. Está en algún lugar del bosque. Tenemos que llamar a la policía. Está en grave peligro.

Los ojos de Margie caen a mis pies. —¿Qué ha pasado? Estás cojeando.

—Me resbalé con la nieve. —Me irrita un poco tener que explicarle esto cuando hay algo tan urgente—. No tengo cobertura. ¿Puedes ver si tu teléfono funciona para que podamos llamar a la policía?

—¡Por supuesto! —Margie mete la mano en el auto y saca su bolso gigante. Lo rebusca hasta que encuentra su teléfono—. Oh caramba, no hay servicio.

Me lo esperaba. —Bien, entonces tendremos que conducir hasta la comisaría. Vámonos ya.

Margie gira la cabeza para mirar hacia el bosque. —¿Estás segura de que está en peligro? Quiero decir, está con su padre. Seguro que está bien.

—Margie... —empiezo a decir, pero me detengo.

Nunca le dije a Margie que Shane era el padre de Josh. Ni siquiera le dije que estaba con Shane. Y ciertamente nunca le dije dónde estaba hoy. Aunque no parece sorprendida de verme aquí.

—¿Margie? —digo.

Sus labios se curvan ligeramente. —En realidad no me llamo así. Nos hemos visto antes y me conoces por mi verdadero nombre, pero dudo que lo recuerdes. Claro que no. —Se ríe—. De hecho, te diré una cosa, Brooke. Si puedes decirme mi verdadero nombre de pila, te llevaré directamente con Shane y Josh.

Me quedo mirando su rostro arrugado, intentando desesperadamente ubicarla. Mientras lo intento, ella vuelve a rebuscar en el bolso. Pero esta vez, en lugar del teléfono, saca una pistola.

Y me apunta directamente a mí.





No entiendo lo que está pasando aquí. ¿Por qué Margie tiene un arma? ¿Qué está haciendo ella aquí? ¿Cómo sabe que Shane es el padre de Josh? Estoy segura de que nunca se lo dije. Nunca se lo dije a nadie excepto a Tim, y él no se lo habría dicho.

—Margie —jadeo—. ¿Por qué... por qué estás haciendo esto? Pensé que éramos amigas.

—¡Amigas! —Margie echa la cabeza hacia atrás y se ríe hasta que le tiembla la papada—. No. No éramos amigas. Solo te *toleraba* para poder pasar tiempo con mi nieto. Solo por eso no te escupí en la cara.

Me quedo con la boca abierta. —Tu...

—Josh es un chico muy dulce —reflexiona—. No tan dulce como *mi* hijo, pero por supuesto, fue criado por *ti*, no por mí. Todos esos años, la bruja de tu madre ni siquiera nos dijo que *existía*. ¿Te lo puedes creer?

Solo puedo sacudir la cabeza. —No lo entiendo. ¿Qué pasa con tus hijas? ¿Y tus nietos?

Aprieta los dientes, sus nudillos se blanquean mientras aprieta con más fuerza la pistola. —No tengo hijas. Tengo *un hijo*, y lo he visto pudrirse en la cárcel durante los últimos diez años. Y tengo un nieto que ni siquiera sabía que existía hasta hace un año.

—Eres la madre de Shane —jadeo.

—No esperaba que te acordaras de mí. —Se encoge de hombros—. Solo nos vimos un par de veces, y fue hace mucho tiempo. Y no es que yo significara algo para ti.

No es sólo eso. Pamela Nelson tiene un aspecto muy diferente al que tenía hace una década. La recuerdo con el cabello oscuro y una figura curvilínea, pero la mujer que contraté para cuidar de Josh tenía el cabello canoso y estaba agradablemente rellenita. Había cambiado totalmente de aspecto en la última década. No tenía ninguna posibilidad.

—Señora Nelson... —Tengo que apelar a ella. Sé que ella se preocupa por Josh, y él la adora -ella fue mucho mejor con él de lo que mi madre nunca fue. Tal vez no se da cuenta de la clase de monstruo que es su hijo. Por supuesto, ella está sosteniendo un arma, así que supongo que debe entender *algo*—. Mira, sé que amas a Shane, pero ha hecho cosas terribles. Estaba equivocada sobre esa noche hace once años. No fue



Tim. Quiero decir, lo fue, pero estaba trabajando junto con Shane. Los dos mataron a tres personas esa noche.

La señora Nelson me mira con desprecio. —Oh, por favor. ¿Es eso realmente lo que crees?

—¡Sí! Es la verdad. Tim y Shane estaban trabajando juntos. Mientras Shane me estrangulaba en el salón, Tim estaba arriba, y... apuñaló a mi mejor amiga.

—No —dice ella—. No lo hizo.

—¡Eso no lo sabes!

—Sí, lo sé. —Me sacude la pistola—. Porque fui yo quien apuñaló a Chelsea.

Todo mi cuerpo se entumece. ¿Qué?

—¿Realmente crees que el bonachón de Tim Reese habría hecho eso? —ella resopla—. Sólo era nuestro chivo expiatorio, empezando por esa chica con la que salía... Tracy Gifford. Ese fue el plan que ideamos Shane y yo: dejarlo con vida para que la policía le echara la culpa de todo. Y si no te hubieras escapado, habría funcionado.

No puedo creer lo que estoy oyendo. Esto no tiene sentido. Sé lo que vi en el sótano de Tim. —¿Qué hay de esa mujer, Kelli Underwood?

Se lame los labios agrietados. —Tenía que sacar a mi hijo de la cárcel. Sabía que ibas a ir a casa de Tim ese fin de semana, así que lo preparé todo. Incluso llamé con la denuncia anónima a la policía. Y fue *muy* útil que los dos intercambiaran llaves para que yo pudiera entrar en su sótano.

Miro fijamente el cañón de la pistola. Esta mujer está loca. Está completamente loca. ¿Cómo nunca lo vi? Incluso llamé a una referencia y hablaron maravillas de ella. No puedo imaginar con quién estaba hablando, la referencia era obviamente falsa.

—Me dio asco verte salir con ese hombre. —Me mira con desprecio—. Verlo tratar a *mi* nieto como si fuera su propio hijo. Pero tuve que animarte a que te quedaras con él. Era el único modo de limpiar el nombre de Shane. Y Dios mío, deberías haber visto tu cara cuando te dio ese collar que le vendí en el mercadillo durante el verano. Encontré ese collar en el suelo de mi casa después de que salieras corriendo, y pensé que podría ser útil algún día.

Me arde la cara. Debería haberlo sabido. Siempre creí que Tim Reese era un buen hombre. Debería haber confiado en mi instinto.

—¿Por qué lo harías? —Me palpita el tobillo, pero apenas lo siento. Necesito mantenerla hablando, evitar que apriete el gatillo mientras busco una salida a esto—. ¿Por qué Shane y tú matarían a un grupo de adolescentes inocentes?





—Matar a los otros tres fue desafortunado —dice la señora Nelson con una voz de que no parece importarle mucho—. *Tú* eras el objetivo, querida. Había que darte una lección.

—¿Yo...?

Se aparta un mechón de cabello gris del rostro. —¿Te has preguntado alguna vez por qué tus padres se empeñaban tanto en que no pudieras salir con Shane? Probablemente pensabas que era porque era basura blanca. Nunca te dijeron la verdadera razón, ¿verdad? Porque si lo hubieran hecho, te habrías alejado de él en vez de salir con él a sus espaldas.

Sacudo la cabeza sin decir palabra.

—Cuando Shane tenía cinco años, me enamoré de tu padre. —Su voz se quiebra ligeramente—. Estuvimos juntos casi un año. Se suponía que iba a dejar a tu madre por mí. Me dijo que lo haría. Debía salvarnos a Shane y a mí. Pero entonces decidió que no podía hacerlo. No podía dejar a tu madre y no podía dejarte a ti. Así que nos dejó a nosotros. Tuviste que vivir la vida que Shane y yo deberíamos haber tenido.

—Yo... no tenía ni idea...

—¡Claro que no! —Aprieta con fuerza la pistola—. Estabas demasiado ocupada viviendo tu encantadora vida. No tenías *ni idea* de lo que tu padre nos hizo. Y tu madre lo sabía todo y no nos daba ni un céntimo. Mi hijo tuvo que trabajar durante toda la secundaria sólo para ayudar a pagar la hipoteca aquí. —Hace una pausa—. Esos dos merecían morir. Lo habría hecho de todos modos, aunque no hubiera tenido que hacerlo para que volvieras aquí.

Me tapo la boca con una mano. El accidente de mis padres. Había pensado que fue un acto de Dios, pero al parecer no. Esta mujer los mató. Está más loca de lo que creía.

No había estado muy unida a mis padres. Nunca les perdoné el modo en que me rechazaron después de que decidiera tener el bebé de Shane. Aunque ahora lo entiendo un poco mejor. Entiendo por qué nunca quisieron que volviera a Raker y ocultaron mi embarazo a todos sus conocidos. No era porque se avergonzaran de mí: no querían que esa loca descubriera que tenía un nieto.

—Le conté a Shane lo que me habían hecho —dice—, y lo planeamos todo juntos. Todo fue idea suya. Es *tan* buen hijo. Haría cualquier cosa por su madre. *Cualquier cosa*.

—Siento lo que te hicieron mis padres —digo con cuidado. Tengo que mantener la calma. Por el bien de Josh.

—¡Al menos podrían haberme hablado de mi nieto! —estalla—. Me quitaron tanto. Merecía saber de Josh. Merecía formar parte de su vida, no sólo de los últimos seis meses.





Hay lágrimas en los ojos de la señora Nelson. Tal vez haya una manera de persuadirla para que baje el arma. Tal vez pueda razonar con ella. Ella ama a Josh, después de todo. A pesar de lo loca que está, tiene un lado bueno. Ella no podía fingir la forma en que estaba con él.

—Señora Nelson —digo lentamente—. Josh la adora. Y usted ha sido como parte de la familia estos últimos meses. ¿No podemos encontrar una manera de resolverlo? ¿Ser una familia juntos?

Por un momento, parece que se lo está pensando. Baja ligeramente el arma y sus facciones se suavizan. Doy un paso tentativo hacia delante, pero entonces el arma vuelve a subir. —No podemos resolverlo.

—Margie, por favor... —digo, aunque no es su verdadero nombre.

—No. —Su voz es firme—. No podemos confiar en ti. Nos traicionarás, como hizo tu padre. La única manera de que Josh, Shane y yo podamos ser una familia es si tú estás fuera de escena.

—Por favor... —Me tiemblan las rodillas—. *Por favor.* No tiene que hacer esto.

—Yo no lo haré. —Una sonrisa se dibuja en sus labios—. Fue un vagabundo que pasaba por aquí. Mientras Shane y Josh estaban en el bosque, te disparó en la cabeza y te robó todo tu dinero. *Muy triste.* Suerte que el padre de Josh está por aquí para hacerse cargo.

—Por favor...

Me va a matar. Shane y Josh volverán de su excursión por el bosque y me encontrarán muerta en la nieve. Josh siempre ha querido conocer a su padre, pero me necesita *a mí, su madre.* No puede crecer sin mí. No puedo dejar que esto suceda. No puedo dejar que estos dos maníacos lo críen.

Pero no sé cómo pararlo.

Entonces resuena un golpe en el viento, procedente de algún lugar del bosque. La señora Nelson mueve la cabeza hacia un lado al oírlo, y ahora veo mi oportunidad. Mi solo oportunidad.

Así que arremeto contra ella, agarrando su muñeca derecha con todo lo que tengo.



El arma se disparó, pero no me dio. Debe haberse disparado en la distancia. Lucho contra la señora Nelson. Es mucho más fuerte de lo que habría pensado para una mujer de su edad, pero yo también estoy en buena forma. Por supuesto, tengo ese tobillo torcido, pero ya ni siquiera lo noto. Tengo que dominar a la señora Nelson. Es mi sola oportunidad. Tengo que hacer esto por Josh.

Y entonces el arma se dispara de nuevo.

Esta vez la señora Nelson se queda flácida contra mí. El arma cae estrepitosamente sobre la nieve, que ahora veo manchada de rojo. Le he disparado.

Recojo la pistola de la nieve mientras la señora Nelson se desploma a mi lado. Tiene una mano en su abrigo marrón claro, y la tela se oscurece lentamente. Le he disparado en el pecho. Su rostro pierde color y su vida se escurre por la nieve formando un círculo rojo alrededor de su cuerpo.

—¿Señora Nelson? —susurro—. ¿Margie?

Abre la boca, pero no emite ningún sonido. Le sale un poco de sangre por un lado de los labios. Tumbada en el suelo, desarmada, no parece la mujer malvada que me apuntaba a la cara con una pistola. Se parece a la amable abuela que todas las noches le preparaba a mi hijo comida casera y siempre llegaba a tiempo para que nunca se encontrara la casa vacía.

Me sube la bilis a la garganta. No quería hacer esto. No quería dispararle. Ella podría *morir* por esto. Pero no fue mi culpa. Tuve que hacerlo. Era ella o yo.

De algún modo, eso no lo hace más fácil.

Cierro los ojos un momento y respiro hondo. No tengo tiempo para asustarme con la señora Nelson. Tengo que seguir adelante. Puede que ella ya no sea un peligro para mí, pero mi hijo sigue con ese maníaco.

Tengo que salvarlo.

¡Aguanta, Josh!

Cojeo por el lateral del auto, aferrando el arma con la mano derecha. Me reconforta tenerla, pero puede que Shane también tenga una. Y la verdad sea dicha, no sé cómo disparar esta cosa. Entiendo que hay que apretar el gatillo, pero eso es todo. Ciertamente no puedo apuntar un carajo.



Pero cuando me adentro en el bosque, una pequeña figura emerge de entre los árboles. Tardo un segundo en reconocer que es Josh. Está solo y solloza histéricamente. Pero parece ileso.

—¡Mamá! —se las arregla para decir—. ¡Mamá!

Me meto la pistola en el bolsillo del abrigo para que no la vea. Corre a mis brazos y se aferra a mi cuerpo para salvar su vida. —Josh, ¿qué te hizo?

—¡Mamá! —Levanta el rostro cubierto de lágrimas—. ¡Ha habido un accidente! Creo que Shane está herido!

¿Cómo?

—¡Un montón de nieve le cayó encima desde un árbol! —Josh exclama—. ¡Está allí!

Mi tobillo grita de dolor, pero dejo que Josh me arrastre más adentro en el bosque. Justo cuando no puedo aguantar ni un segundo más, veo el muñeco de nieve a lo lejos, el que Shane y Josh habían estado construyendo juntos. Josh me agarra con fuerza del brazo. —¡Ahí es donde está!

No quiero seguir caminando, y no tiene nada que ver con el hecho de que mi tobillo me esté matando. Hace once años, Shane Nelson intentó matarme. Hace cinco minutos, su madre intentó matarme. Aunque esté temporalmente incapacitado, no se sabe lo que podría hacerme aquí fuera, sin más testigos que un niño asustado.

¿Y si es un truco? ¿Y si está al acecho y, en cuanto me acerque, saltará y me rodeará el cuello con los dedos?

—¡Mamá! —Josh está tirando de mi brazo—. ¡Tienes que venir a ayudarlo!

Me meto la mano en el bolsillo y envuelvo la pistola con los dedos. Si intenta atacarme, estaré preparada. Le dispararé a su madre. Puedo dispararle a él también.

Avanzo los últimos diez metros con la mano agarrando la pistola. Justo después del muñeco de nieve, hay una figura tendida en la nieve. La figura parece completamente inmóvil.

Y no sólo eso, sino que hay gotas de color carmesí alrededor de su cabeza, estropeando el blanco perfecto de la nieve.

—¿Está bien, mamá? —Josh se limpia la nariz con el dorso de la mano—. ¡El hielo de ese árbol de allí le cayó encima de golpe!

Todos los árboles están cubiertos de carámbanos helados que cuelgan como adornos en un árbol de Navidad. La verdad es que es muy bonito. Me tiembla la mano alrededor de la pistola mientras me acerco tímidamente para ver mejor a Shane, tendido en la nieve. Tiene el cuerpo medio cubierto de nieve y hielo y el rostro ensangrentado. Tiene un corte en la frente mucho más grande que el que le cosí hace meses.



INMATE

220



Y sus ojos están abiertos y no parpadean.

—¡Tienes que llamar a una ambulancia! —Josh vuelve a tirar de mi manga—.
¡Necesita ir al hospital!

No puedo soportar decirle la verdad. Odiaba a ese hombre, pero Josh no lo sabe. No sabe que los carámbanos del árbol pueden haberle salvado la vida. No sabe que el hombre que yace frente a nosotros en la nieve es su padre, al que ha estado desesperado por conocer todos estos años.

Ni siquiera sabe que Shane está muerto.

FREIDA MCFADDEN

THE



Capítulo 54

Un Mes Después

—**V**i a Tim hoy.

Josh me suelta esa pepita en la mesa. Estoy masticando un bocado de macarrones con queso. Y no estoy hablando de macarrones con queso gourmet hechos con cuatro variedades diferentes de queso, con una capa de pan rallado crujiente y mantecoso por encima como los que solía hacer Margie (perdón, quiero decir, *Pamela Nelson*). Me refiero a los macarrones con queso de caja. Venía en un paquete de seis que costaba tres dólares. Tiene sabor a queso en polvo etiquetado como queso número cuarenta y dos.

No sé qué pasó con los otros cuarenta y un quesos. No quiero saberlo.

—¿Lo hiciste? —pregunto, deseando desesperadamente escuchar la historia, pero en realidad no queriendo escucharla en absoluto.

—Sí. —Josh chasquea los labios en la “p” que se ha convertido en un molesto hábito suyo—. Cuando fui a la esquina a enviar esa carta para ti. También estaba enviando una carta.

Un millón de preguntas pasan por mi cabeza. *¿Qué aspecto tiene? ¿Está bien? ¿Me ha mencionado? ¿Me odia a muerte?* —¿Dijo algo?

—Dijo hola.

—¿Y qué has dicho?

—Dije hola de vuelta.

Esta podría ser la historia menos interesante que Josh me haya contado nunca, y sin embargo estoy pendiente de cada una de sus palabras. —¿Y después qué?

Josh levanta un hombro delgado. —Volví a casa.

La historia de suspenso de Josh encontrándose con Tim por primera vez desde que volvió a casa de la cárcel parece que ya ha terminado, y Josh vuelve a meterse macarrones en la boca. Hace unos días vi el Oldsmobile en la entrada de la casa de los Reese, y deduje que los padres de Tim habían vuelto a Raker para recogerlo y ayudarlo a rehacer su vida después de que acabaran retirándose todos los cargos por asesinato.



Resultó que Pamela Nelson sobrevivió a la herida de bala, y menos mal que lo hizo. Acabó confesándolo todo, que es más de lo que Shane estaba dispuesto a hacer. Cuando se enteró de que su hijo había muerto, ya no le importó. Se lo contó todo a la policía, toda la impactante historia.

Por ejemplo, les contó cómo había ayudado a encubrir el asesinato de Tracy Gifford once años atrás, cuando Shane había acudido a ella presa del pánico, con la sangre de Tracy en las manos, y le había contado lo que había hecho. Pero salir impunes del asesinato de Tracy los hizo engreírse. Le contó a la policía cómo Shane y ella habían planeado matarme aquella noche en la granja para vengarse de mi padre por no haber dejado a su mujer y a su hija por ella. Incluso contó a la policía cómo había atraído a Kelli Underwood a casa de Tim una noche en la que sabía que iba a pasar la noche conmigo, enviándole un mensaje de texto supuestamente de Tim. Entonces, una vez que Kelli estaba dentro, Pamela Nelson se hizo pasar por el ama de llaves de Tim y le ofreció una bebida con sedantes, diciéndole que Tim llegaría a casa “en cualquier momento”. Después de que la bebida la dejara inconsciente, Pamela hizo rodar su cuerpo por las escaleras hasta el sótano: la caída le rompió el cuello, pero fue Pamela quien la degolló y la mató.

¿El gran error que cometí? Las redes sociales. Mis padres siempre me advirtieron de que mantuviera mi imagen alejada de Internet, pero no tenía ni idea de que la fiesta familiar de Navidad organizada por la empresa para la que trabajaba en Queens había colgado fotos del evento por toda su página de Facebook. Así es como Pamela Nelson se enteró de Josh. Y por eso asesinó a mis padres, para castigarlos por ocultarle el secreto... y también para que yo volviera a Raker. Incluso se aseguró de que acabara trabajando en la prisión llamando a todas las consultas médicas de la zona para quejarse de mi deficiente atención médica.

Y por supuesto, Shane también hizo su parte. Se deshizo de mi predecesora Elise delatándola por distribuir drogas a los presos. No es que lo estuviera haciendo realmente, también fue exonerada.

Una vez que las pruebas de ADN confirmaron que Shane y Pamela Nelson habían sido los autores intelectuales de todos estos asesinatos, el fiscal retiró todos los cargos contra Tim. Pero la justicia es lenta, y él solo había salido de la cárcel unos días antes.

No es sorprendente que no se haya pasado a saludar.

—Tal vez Tim pueda venir —sugiere Josh—. Él podría arreglar ese cable que se salió de la luz del armario.

El cable que enciende la bombilla del armario del vestíbulo se soltó en mi mano hace una semana. Desde entonces, busco a tientas mi abrigo en la oscuridad todos los días. Me encantaría que me la arreglaran. Pero tengo la sensación de que si me





paso por la casa de los Reese, Tim no estará encantado de hacer reparaciones por mí. Tendré suerte si no me cierra la puerta en la cara.

—No creo que sea una buena idea —digo con cuidado.

—¿Por qué no?

—Creo que Tim podría estar enfadado conmigo.

—¿Por qué?

No sé muy bien cómo explicarle a Josh todo lo que ha pasado en los últimos meses, así que no lo he hecho. Solo tiene diez años. Lo llevé a algunas sesiones de terapia después de que el pobre niño viera a su padre muerto delante de él en un alucinante accidente. Por supuesto, Josh no sabía que Shane era su padre. Aún no lo sabe. Espero que siga así.

De todos modos, Josh parece estar bien ahora. Aunque echa de menos a Margie. Terminé sacándolo de la escuela por un par de semanas cuando todo explotó en línea, sólo para minimizar las posibilidades de que se enterara de lo que su querida niñera había hecho.

O que era realmente su abuela.

—Deberías pedirle a Tim que venga, mamá —dice Josh.

—¿Debería?

—¡Sí! Lo extraño.

Eso me toca la fibra sensible. Josh ha perdido muchas cosas, algunas de las cuales ni siquiera conoce. En el último año, perdió a su padre, un abuelo y dos abuelas. Todo lo que le queda ahora soy yo.

Tal vez Tim nunca me perdone, pero si puede estar ahí para Josh, es mejor que nada.

Cuando terminamos de cenar, Josh se queda haciendo los deberes mientras yo me pongo el abrigo y las botas. Podría llevar a Josh conmigo a casa de Tim, pero por si acaso nos dan una fría bienvenida, no quiero a mi hijo cerca. Espero que Tim nunca me perdone por esto. Y de cualquier manera, esta no será una conversación agradable.

Todavía hay un par de centímetros de nieve polvorienta en el suelo mientras recorro el camino familiar entre mi casa y la de Tim. ¿Cuántas veces había hecho este camino de niña? Demasiadas para contarlas. Cada vez que salía de casa, parecía que las últimas palabras que salían de mi boca eran: —*¡Voy a casa de Tim! ¡Volveré más tarde!*





Debería haber confiado en él. Debería haber sabido que nunca haría algo tan horrible. Shane me había lavado el cerebro. No es que sea una excusa, pero quería tanto creer que el padre de mi hijo no era un monstruo.

Me equivoqué.

Estoy en el porche de Tim, abrazada a mí misma, armándome de valor para llamar al timbre. Tardo al menos uno o dos minutos y, antes de que pueda dudar de mí misma, alargó la mano y presiono el timbre con el dedo índice.

Permanezco de pie cerca de un minuto más. Es muy posible que no me abran la puerta. De que tenga que volver a mi casa sin siquiera hablar con Tim, y mucho menos decirle cuánto lo siento y que me cierre la puerta en la cara.

Pero entonces giran los cerrojos. Sonríó justo a tiempo para que se abra la puerta. Pero no es Tim. Es Barbara Reese.

Hacía más de una década que no veía a la señora Reese, pero parece al menos dos décadas mayor, igual que mi madre antes de que Pamela Nelson la matara. La última vez que la vi, tenía el cabello del mismo color que Tim, pero ahora lo tiene blanco.

—¡Hola! —Me retuerzo las manos—. Señora Reese, soy yo-Brooke.

—Sí —reflexiona—. Lo sé.

Claro que lo sabe. No ha estado viviendo en otro planeta los últimos tres meses.

—Yo... —Lanzo la mirada a mi alrededor, me cuesta mirarla a los ojos—. Me preguntaba si... si Tim está por aquí.

—Sí —dice—, está.

No me lo va a poner fácil. Pero es lo que merezco.

—¿Puedo hablar con él? —le pregunto.

Barbara Reese me lanza una larga mirada. Enderezo los hombros, intentando estar a la altura, aunque ya me siento derrotada. A quién quiero engañar: lo he arruinado con Tim, no solo para mí, sino también para Josh.

—Iré a buscarlo —dice finalmente la señora Reese.

Siento una oleada de gratitud. —Muchas gracias. Muchísimas gracias.

Ladea la cabeza pensativa. —Tienes buen aspecto, Brooke. Ya veo por qué le gustabas tanto.

Con esa afirmación un tanto desconcertante, la señora Reese desaparece de la puerta, cerrándola parcialmente tras de sí. Me quedo allí de pie, temblando ligeramente con una chaqueta que no abriga lo suficiente para el tiempo que llevo en el porche. Oigo voces en el interior de la casa: Tim y su madre discuten. Solo puedo imaginar lo que se estarán diciendo. No quiere verme. Eso está claro.





Después de lo que parece una eternidad, la puerta se abre de nuevo. Y ahí está. Tim Reese. El chico de al lado. El chico del que pensé que me estaba enamorando antes de enviarlo *temporalmente* a prisión por asesinato.

Oh, vaya.

No tiene buen aspecto. Recuerdo que me desmayé un poco cuando lo vi en la puerta de la escuela primaria el primer día de clase de Josh. Pero ahora parece cansado, pálido y unos cinco kilos más delgado.

Y muy furioso.

—Brooke. —Sus ojos son como puñales—. ¿Qué estás haciendo aquí?

No me invita a entrar. Ni siquiera se mueve de la puerta.

—Um. —Ojalá hubiera planeado algo que decir. Podría haber escrito un pequeño discurso. ¿Por qué oh por qué no escribí un discurso? —Quería saludar.

Sus cejas se disparan. —¿Hola?

—Y bienvenido a casa —añado.

Ni siquiera hay un atisbo de sonrisa en los labios de Tim. —No gracias a ti.

—Mira... —Me retuerzo en el porche—. Esto tampoco ha sido fácil para mí, sabes...

—Estuve en *prisión*, Brooke.

—Sí, bueno. —Levanto los ojos para encontrarme con los suyos—. El padre de Josh intentó *matarme*. Así que, ya sabes, no ha sido ningún picnic.

—No me digas. —Tim cruza los brazos sobre el pecho. Sólo lleva un jersey, y yo tengo frío con mi abrigo, así que tiene que estar helado, pero no lo parece—. Llevaba todo el tiempo diciéndote que Shane era peligroso. ¿No te lo dije? ¿No te lo advertí *repetidamente*?

Agacho la cabeza. Absolutamente.

—El tipo me apuñaló en el estómago. —Sus dedos se dirigen a la zona del abdomen donde aún tiene esa cicatriz—. Estaba prácticamente desangrándome, apenas consciente, y me arrastré del suelo cuando lo vi salir corriendo. Cogí ese bate de béisbol del suelo y golpeé a Shane tan fuerte como pude, para que no fuera por ti. Ni siquiera sabía que lo llevaba dentro, pero sabía que si no lo hacía...

Me trago un nudo en la garganta. Sé lo que hizo por mí aquella noche. ¿Y cómo se lo devolví? Me negué a creerle cuando lo inculparon de asesinato. —Lo siento —balbuceo—. No tienes ni idea de cuánto siento no haberte creído.

Parpadea. —No sé qué decir. Es un poco tarde para eso.





—Sé que me odias. —Me retuerzo las manos—. Lo entiendo. Pero mira, no la tomes con Josh. Ha perdido a todo el mundo menos a mí. Y realmente le gustas. Al menos... al menos pasa algo de tiempo con él. Significaría mucho para él. Podría irme de la casa si quisieras, o podría enviarlo aquí o...

Me cuesta mucho leer la expresión del rostro de Tim. Pero la sílaba que pronuncia hace que se me caiga el corazón. —No —dice.

—Por favor, Tim. —Odio rogar, pero lo haré si tengo que hacerlo. Por mi hijo—. Sólo una o dos veces. Sé que te preocupas por él.

Tim niega con la cabeza. —No —dice—. No me refería a eso. Quise decir, no, yo... no te odio.

¿Cómo?

—Quiero decir... —Sus cejas se fruncen ligeramente como si también estuviera sorprendido por esta revelación—. Estoy enojado contigo. Estoy *muy enojado*. Pensé que después de todo lo que pasamos juntos, confiabas en mí más que eso. Pero... Dios, Brooke. Te conozco desde que estábamos en *pañales*. Fuiste mi mejor amiga durante toda mi vida. Fuiste la primera chica con la que... bueno, ya sabes. Y esa noche en la granja cuando le dije a Shane que mejor te tratara bien, lo dije en serio. Porque te mereces lo mejor. —Su nuez de Adán se mueve—. Así que, no. No te odio. Nunca podría...

Él no me odia. Tim Reese no me odia. Casi lloro de felicidad.

—Josh no para de hablar de este cable para la bombilla del armario que se soltó —le digo—. Quiere arreglarlo contigo. Si estás libre...

Tim se queda callado durante un buen rato. Finalmente, asiente. —Iré este fin de semana. Echaré un vistazo.

—Gracias.

—Ni lo menciones.

Le ofrezco una pequeña sonrisa. —Nos vemos entonces.

Cuando me cierra la puerta, lo noto. Fue tan rápido que, si hubiera desviado la mirada un segundo, me lo habría perdido. Pero era inconfundible: la comisura de sus labios esbozando una sonrisa.

No me odia. Eso es un buen comienzo. Las amistades se han construido con menos.





Epílogo

Tres Meses Después

JOSH

Hoy ha sido un día muy bueno, porque tenía un examen de matemáticas en el colegio y he sacado una nota perfecta. He acertado todas las preguntas. Incluso he acertado la pregunta extra, ¡y he sido el único de la clase que lo ha hecho!

Tim estaba muy orgulloso de mí. Mamá y él estuvieron muy enojados durante un tiempo, pero ahora ha vuelto a venir y me ha ayudado a estudiar para el examen de matemáticas. Y anoche, cuando me fui a la cama, mamá y él se quedaron hablando en la cocina. Además, cuando me levanté a las seis de la mañana para ir al baño, él salía descalzo de la habitación de mi madre. Se llevó el dedo a los labios para hacerme saber que no debía decirle a mamá que lo había visto.

Tim es simpático. Me cae bien y me alegro de que vuelva a estar más por casa. Sé que no es mi verdadero padre, pero me parecería bien que mi madre quisiera casarse con él o algo así. De todos modos, sea quien sea mi verdadero padre, parece que no quiere conocerme.

Además, me alegro de que Tim esté más por aquí porque no me gusta la nueva niñera que me ha conseguido mamá. Me gustaba Margie. Era muy simpática y cocinaba mejor que nadie, incluso que mi madre. Y siempre me dejaba ayudar y me daba los trabajos más divertidos. Margie solía decirme cosas como:

—Eres mi persona favorita en todo el mundo. ¿Lo sabes?

Pero luego mamá dijo que Margie había hecho cosas malas y que ya no podía venir. Vi a Margie en la tele justo después de que dejara de venir. Pero la llamaban por otro nombre. Pamela Nelson. Y entonces mamá me pilló mirando y apagó la tele.

De todos modos, es agradable tener a Tim por aquí de nuevo. Hace muy feliz a mi madre. Y también es inteligente. Cuando dice cosas, siempre escucho.

Por ejemplo, hace mucho tiempo, al principio del curso escolar, cuando me mudé aquí por primera vez, Tim y yo estábamos sentados juntos en el sofá y mamá había salido a algún sitio. Y me dijo:





—Hay algo muy importante que tengo que decirte, Josh.

—¿Qué? —le dije. Puse un rostro serio para que se diera cuenta de que tenía edad para oír algo importante.

—Tienes que saber —dijo Tim—, que hay un hombre llamado Shane Nelson que podría ponerse en contacto contigo algún día y querer hacerle daño a tu madre. Este hombre, Shane Nelson, es un hombre muy malo. *Realmente malo*. Así que si alguna vez lo ves o sabes de él, tienes que saber que es peligroso.

Asentí muy serio. Me alegraba de que Tim confiara en mí lo suficiente como para decirme eso. Aunque en realidad no esperaba conocer nunca a un hombre llamado Shane Nelson.

Así que puedes imaginarte que me quedé súper sorprendido cuando mamá trajo a casa a ese invitado llamado Shane Nelson. Parecía bastante agradable, pero no dejaba de pensar en lo que Tim me dijo. Que Shane quería hacerle daño a mi mamá. Tim dijo que era muy importante.

Y confié en Tim.

Así que cuando Shane me llevó al bosque para hacer el muñeco de nieve, me di cuenta de que todos los árboles tenían un montón de carámbanos. Parecían muy pesados y puntiagudos. Shane era mucho más grande que yo, así que pensé que si quería proteger a mi madre, esta era mi única oportunidad.

Esperé hasta que Shane estuvo de pie bajo una de las ramas. Alargué la mano y sacudí las ramas, y todo el hielo cayó sobre él.

Había mucha nieve y hielo. Fue suficiente para que se cayera. Me acerqué para ver si lo había noqueado, como en la liga infantil el año pasado, cuando Jaden lanzó aquella pelota a la cabeza de Oliver (accidentalmente). Pero no noqueó a Shane. Estaba en el suelo, frotándose la cabeza, pero seguía bien.

Fue entonces cuando vi el gran carámbano en el suelo.

Tenía al menos tres pulgadas de espesor. Tal vez dos pies de largo. Era más o menos del mismo tamaño que el bate de las ligas menores, donde soy el mejor bateador de todo el equipo. Así que lo tomé con las manos enguantadas y lo bateé como Tim me enseñó cuando practicábamos en otoño. Y lo volví a batear. Y otra vez. Y otra vez.

Pensé que podría romperse, pero el hielo era bastante fuerte. No se rompió. Se mantuvo unido muy bien.

La primera vez que el carámbano golpeó la cabeza de Shane, gritó. Pero no la segunda vez. O la tercera. Finalmente, Shane dejó de moverse. No puedo recordar cuántas veces pasó antes de que eso sucediera.



INMATE

229



Cuando hago algo malo, mamá siempre me dice que pida perdón. Pero no lamento haber golpeado a Shane en la cabeza con ese carámbano. Tuve que hacerlo. Tim dijo que era peligroso y que iba a lastimar a mi mamá. Y pude oír cuando hablaba por teléfono que no estaba siendo amable con ella. Tim tenía razón.

Tuve que hacer lo que hice.

Después de todo, haría cualquier cosa por mi madre.

Fin

FREIDA MCFADDEN

THE



INMATE

230



Acerca de la Autora



La autora éxito en ventas de Amazon Freida McFadden es una doctora especializada en la práctica en lesiones cerebrales que ha escrito múltiples libros bestseller thrillers psicológicos y novelas de humor médico. Ella vive con su familia y gato negro en una casa de tres pisos con vistas al océano, con escaleras que crujen y chirrían con cada paso, y nadie podría oírte si gritas. A menos que grites muy fuerte, quizás.

FREIDA MCFADDEN

THE



INMATE

231



SIMPLYBOOKS TE INVITA A APOYAR
LA LECTURA Y COMPRAR LOS
LIBROS DE TUS AUTORAS
FAVORITAS



FREIDA MCFADDEN

THE

